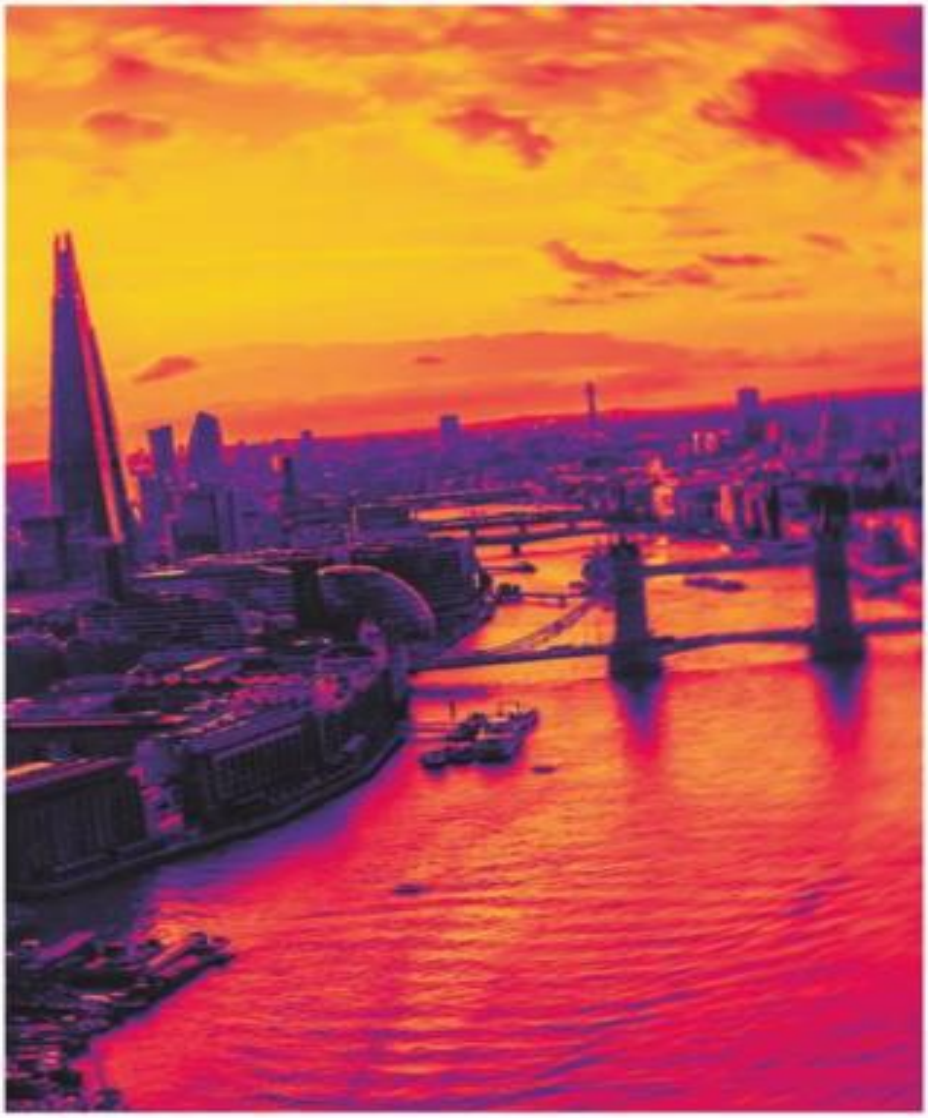
LAS REGLAS DE LONDRES

MICK HERRON



black salamandra

Mick Herron

LAS REGLAS DE LONDRES

Traducción del inglés de
Antonio Padilla Esteban

black salamandra

Para Sarah Hilary

1

Los asesinos llegaron en un jeep color arena y dieron cuenta del pueblo en un plis plas.

Eran cinco, vestidos con uniformes militares disparejos (dos habían optado por el negro y los tres restantes por camuflajes variopintos). Llevaban gafas de sol y pañuelos cubriéndoles la mitad inferior de la cara, y calzaban pesadas botas, como si acabaran de cruzar las colinas circundantes a campo través. Un surtido de artilugios de campaña pendía de sus cinturones. Al salir del vehículo, el primero de ellos dejó caer una botella de agua en el asiento trasero, acción que las lentes de sus Ray-Ban Aviator replicaron en miniatura.

Se acercaba el mediodía y los vecinos pocas veces habían visto un sol tan blanco. No lejos de allí, el agua corría sobre las piedras. Los últimos que se habían presentado en ese lugar con malas intenciones habían llegado armados con espadas.

Bajaron del vehículo, estiraron los músculos y escupieron junto a la cuneta sin decir palabra. No daban la impresión de tener prisa, pero sí de estar muy concentrados en lo que hacían. Porque todo aquello formaba parte del operativo: llegada, precalentamiento, recuperación de la flexibilidad. Habían hecho muchos kilómetros bajo el calor: no convenía ponerse manos a la obra antes de recobrar el dominio de las extremidades y la confianza en los reflejos. No importaba que llamaran la atención porque, aunque alguien los observase, nadie podría cambiar lo que iba a suceder: avisados no era lo mismo que armados. Los habitantes del pueblo no tenían más que palos y bastones para defenderse.

Precisamente uno de esos bastones (una antigüedad en la que seguían siendo visibles muchos rasgos del árbol primigenio, nudoso e irregular, sólido y fiable) servía de apoyo a un anciano cuyas curtidas facciones revelaban su condición campesina, y que quizá albergara en un rincón de su memoria un recuerdo de la guerra porque, entre todos los que miraban a los recién llegados (que se habían puesto a hacer calistenia), era el único que parecía hacerse cargo de sus intenciones, y sus ojos, que el sol hacía lagrimear, reflejaban miedo, así como una especie de resignación, como si siempre hubiera tenido claro que eso, o algo parecido, llegaría a suceder tarde o temprano, y que terminaría engulléndolo.

No lejos de allí, dos mujeres interrumpieron su conversación; una de ellas llevaba una bolsa de tela, la otra se llevó lentamente las manos a la boca. Un niño descalzo se asomó por un umbral y el resplandor del sol le distorsionó las facciones.

Se oía tintinar una cadena que un perro estaba poniendo a prueba, y en el interior de un

gallinero improvisado, cuyos puntales y enrejado no pasaban de ser un batiburrillo de materiales reciclados, una gallina ponía un huevo que ya nadie recogería.

Los hombres fueron a la trasera del jeep y cogieron las armas (negras, brillantes, espantosas).

El anciano dejó caer el bastón: ése fue el último ruido normal. Movió los labios, pero no emitió sonido alguno.

Y entonces empezó todo.

• • •

Desde lejos habría podido pasar por un espectáculo de fuegos artificiales. Varias parvadas echaron a volar en las colinas circundantes, mientras que los perros y gatos del pueblo corrieron a ponerse a cubierto donde fuera. Algunas balas siguieron trayectorias caprichosas, cambiando de dirección y girando como si estuvieran imitando algún baile folklórico de la zona (el gallinero saltó por los aires hecho astillas, muchas piedras que llevaban siglos inmaculadas se desportillaron), pero algunas terminaron por dar en el blanco. El anciano se reunió con su bastón en el suelo, y las dos mujeres fueron lanzadas en direcciones opuestas por unos nódulos de plomo tan pequeños como sus uñas. El niño descalzo intentó huir: en las colinas había unos túneles excavados en la roca. Con un poco de suerte habría podido llegar a alguno de ellos y quedarse quieto en la oscuridad hasta que los asesinos se fueran, pero esa posibilidad se canceló de golpe cuando una bala se le incrustó en el cuello haciéndolo rodar por la corta ladera hasta el río, que aquel día no pasaba de ser un hilo de agua.

Los transeúntes se dispersaban por las calles, corrían hacia los campos, buscaban refugio en muros y zanjas; incluso los que no habían visto lo que sucedía sentían miedo, puesto que la catástrofe no necesita heraldos: ella sola anuncia su llegada, como con fanfarrias, tanto a los madrugadores como a los rezagados. Tiene un olor determinado, un tono particular; hace que las madres corran a buscar a sus hijos gritando despavoridas y que los viejos vuelvan los ojos a Dios.

Dos minutos después todo acabó y los asesinos se fueron. El jeep, al ralentí durante la breve carnicería, escupió piedras al acelerar y la calma se impuso durante unos instantes. El sonido del motor que se alejaba se fundió con el paisaje y terminó por desvanecerse. Un gavilán chilló en lo alto; más cerca, un gorgoteo brotó de una garganta destrozada, pues alguien batallaba con un nuevo idioma cuyas primeras palabras también eran las últimas. Y por detrás, y por encima, y luego por todas partes fueron creciendo los gritos de los supervivientes, para quienes su vida de siempre se había acabado sin remedio, lo mismo que para los muertos.

En cuestión de horas llegarían camiones con otros hombres armados que apuntarían en otra dirección: a las laderas de las colinas circundantes, y aterrizarían helicópteros de cuyas entrañas

saldrían médicos y personal militar, y otros sobrevolarían, rabiando orquestadamente en el cielo, durante las sentenciosas transmisiones de televisión.

En las calles, los caídos estarían cubiertos con mortajas, y las gallinas y los pollos recién liberados deambularían junto al río picoteando la tierra. Sonaría una campana, o eso al menos recordaría la gente (imaginaciones suyas). Lo único seguro sería que, por encima del zumbido de los helicópteros, el cielo, de un azul inmaculado, seguiría intacto entre los chillidos de un gavilán, a lo lejos, que las aturdidas colinas de Derbyshire continuarían proyectando sus largas sombras.

PRIMERA PARTE

Cool cats

2

En algunas partes del mundo, el amanecer llega para suavizar con sus dedos rosados las arrugas dejadas por la noche, pero en Aldersgate Street, en el barrio londinense de Finsbury, el alba se presenta con guantes de ladrón de cajas fuertes para no dejar huellas ni en las repisas de las ventanas ni en los pomos de las puertas; escudriña por el ojo de la cerradura, toma la medida al pestillo y en general inspecciona el lugar antes de que llegue el nuevo día. El amanecer se especializa en los rincones sin barrer y en las superficies cubiertas de polvo, en los recovecos y escondrijos que el día raras veces ve porque el día gira en torno a las reuniones de trabajo y al orden, mientras que la función de su hermano menor es explorar con sigilo lo que queda de oscuridad sin saber exactamente con qué va a tropezarse: una cosa es proyectar luz sobre algo y otra muy distinta es que ese algo brille y destaque.

De manera que el amanecer se aproxima a la Casa de la Ciénaga (un edificio destartalado cuya planta baja está encajonada entre un restaurante chino sin apenas clientela y el local de un vendedor de periódicos y cigarrillos en las últimas, y cuya puerta principal, mugrienta por culpa de los años y los elementos, es imposible de abrir) como un ladrón, por las azoteas de enfrente, y lo primero que hace es colarse en el despacho de Jackson Lamb, que por algo está en el último piso. Una vez allí, descubre que su único rival es una lámpara corriente situada sobre un montón de listines telefónicos tan vetustos y enmohecidos que las tapas están húmedas y pegadas entre sí, como unidas en involuntaria alianza. El despacho está atiborrado de cosas y en él impera cierto aire furtivo, como en una perrera; la primera impresión es de clara dejadez. Se dice que los psicópatas suelen decorar las paredes de sus habitaciones con frenéticas pintadas, y que las vueltas, revueltas y espirales de sus infinitas ecuaciones son un intento de descifrar el código que rige sin contemplaciones sus vidas. Lamb prefiere que sean las propias paredes las que se expresen, y es un hecho que han cooperado, hasta tal punto que las grietas en el enyesado y las manchas de moho han conspirado aquí y allí para crear algo que bien podría ser auténtica escritura (una observación garabateada, quizá), pero el posible sentido de esos trazos se desdibuja rápidamente y se esfuma, como si fueran un garabato espontáneo que un dedo ha dibujado antes de decidirse, contradiciendo la sabiduría secular, a borrarlo todo.

No tiene sentido quedarse en la habitación de Lamb, y el amanecer, por lo demás, nunca se demora mucho. En el despacho de enfrente no encuentra tantos motivos para la desazón: allí impera el orden. Las carpetas están apiladas metódica y sobriamente, con los bordes alineados

con el escritorio y las cintas que las atan anudadas en lazos de idéntica longitud; la papelera está vacía, y los estantes, limpios de polvo y debidamente organizados. Allí reina una calma que resulta incongruente en la Ciénaga, y si uno consiguiera oscilar entre esas dos habitaciones, la leonera del jefe y el refugio de Catherine Standish, quizá encontraría un equilibrio susceptible de brindar paz a ese recinto... aunque sin duda sería efímero.

Tan efímero como la presencia del amanecer en el despacho de Catherine Standish, y es que el tiempo vuela. En el piso de abajo hay una cocina. La comida predilecta del amanecer es el desayuno, a veces basado en ginebra a palo seco, pero allí no hay mucho que desayunar, pues, hablando en términos dickensianos, las alacenas son propias del tacaño Scrooge, en las antípodas de los excesos de Pickwick. En sus estantes no hay latas con galletas, ni frascos de mermelada, ni tabletas de chocolate para emergencias, ni tampoco cuencos con frutas ni paquetes de biscotes; sólo cuatro cubiertos de plástico, unos cuantos tazones desportillados y (sorprendentemente) un hervidor eléctrico que parece recién comprado. En la cocina hay una nevera, sí, pero dentro no hay más que dos latas de bebidas energéticas, ambas etiquetadas con el nombre de «Roddy Ho» y la leyenda «es gilipollas» escrita por otra mano, y un recipiente con hummus que o bien está aromatizado con menta o es verde por otras razones. En torno a ese electrodoméstico flota un olor que podríamos describir como de putrefacción a plazo fijo. Por fortuna, el alba carece del sentido del olfato.

Tras cruzar con rapidez por los dos despachos de esa planta (unas habitaciones anodinas con paredes de colores que hoy sólo se encuentran en vetustos libros de muestras de retales con las páginas amarillentas o grisáceas) y procurar eludir la oscura mancha que hay bajo el radiador, donde se ha producido algún tipo de filtración rápidamente transformada en óxido, el amanecer vuelve a encontrarse en la escalera del edificio, tan vieja y achacosa que sólo la luz del alba es capaz de recorrerla sin hacer ruido... aparte de Jackson Lamb, claro, quien cuando quiere es muy capaz de deambular por la Casa tan silenciosamente como un fantasma (si bien mucho más rollizo), aunque otras veces se decante por el ataque frontal y enfile las escaleras como un oso empujando una carretilla, siempre y cuando la carretilla estuviera llena de latas, y el oso, borracho.

Más parecido a un fantasma de ojo atento que a un plantígrado ebrio, el amanecer llega a los últimos dos despachos y no encuentra muchas diferencias con los situados arriba, con la posible excepción de la textura algo estucada de la pintura detrás de uno de los escritorios. Se diría que han aplicado una nueva capa sin terminar de limpiar la pared, de forma que una sustancia grumosa ha quedado adherida al enyesado. Pero mejor no pensar en qué consisten exactamente esos grumos. Por lo demás, en esa habitación reina la misma atmósfera de ambición frustrada que impregna las demás, y para un ente tan sensible como el amanecer de dedos livianos, también cierto recuerdo de violencia y, quizá, la promesa de más de lo mismo en el futuro. Pero

el alba tiene claro que las promesas se rompen con facilidad (es experta en rupturas), de manera que no se detiene ni un segundo a considerarla. Sigue avanzando por el último tramo de escaleras, y de un modo u otro se las arregla para pasar por la puerta de atrás sin necesidad de emprenderla a empujones como es costumbre, pues estamos hablando de una puerta conocida por resistirse a quien no la usa cotidianamente. En el pequeño y húmedo patio trasero de la Casa de la Ciénaga, el amanecer se detiene, consciente de que su tiempo se acaba, y disfruta de los últimos momentos de aire fresco. En otros tiempos, quizá habría oído los cascos de un caballo subiendo calle arriba, o en épocas más recientes, el reconfortante canturreo de la camioneta de un lechero, pero hoy tan sólo advierte el alarido de una ambulancia que llega tarde a su cita, y cuando esos aullidos de mal agüero dejan de rebotar contra muros y edificios, el amanecer ha desaparecido y su lugar lo ocupa el día como tal, que una vez aposentado en la Casa de la Ciénaga no cumple en absoluto la amenaza de encarnarse en diligencia y laboriosidad, al contrario: como el día previo y el anterior, es otro tedioso interludio que se emplea en otear el reloj hasta que llega la hora de la salida. Y a sabiendas de que ninguno de los ocupantes puede hacer nada para acelerar su marcha, se toma todo el tiempo del mundo para acomodarse a sus anchas. Despreocupado, satisfecho consigo mismo, sin dudas ni sentido del deber que lo inquieten, el día va repartiéndose por los despachos de la Ciénaga y, como haría un gato perezoso, se echa en los rincones más cálidos para dormitar mientras nada importante sucede alrededor.

Roddy Ho, Roddy Ho, camina por el bosque.

(Basado en el tema musical de la vieja teleserie *Las aventuras de Robin Hood*, pegadizo a más no poder.)

Roddy Ho, que es el más valiente de los hombres...

Algunos subestiman a Roderick Ho diciendo que tan sólo sabe hacer una cosa. Reconocen que es el rey de la selva informática, claro, pero consideran que es menos hábil en otras facetas de la vida, ya sea a la hora de hacer amigos, de ser razonable o de plancharse las camisetas. No lo han visto en acción, eso es lo que pasa: no lo han visto al acecho y presto a asestar el golpe decisivo.

Es la hora de comer justo al lado de Aldersgate Street. A la derecha, las feas torres de hormigón del Barbican Centre; a la izquierda, unos bloques de pisos de protección oficial no mucho más bonitos. Pero resulta que esa zona tan poco apreciada de Londres es una trampa mortal, la arena de un circo donde, si te despistas, te comen. Tan sólo tienes una oportunidad

para hacerte con la cabellera de tu enemigo, y la presa de Roddy Ho podría hallarse en el lugar más inesperado.

Y él tiene clarísimo que no anda lejos.

Por eso iba escurriéndose, sigiloso como una pantera, entre los coches aparcados. Se detuvo un par de segundos junto a un letrero que proclamaba algún triunfo municipal. En sus oídos martilleados por el ritmo machacón procedente de su iPod, un cuarentón llevado por un entusiasmo impropio de su edad exponía a gritos (no exentos de ternura) su plan de dar muerte y comerse a su novia. En su mentón, la perilla que se había dejado el último invierno estaba bastante mejor esculpida porque la experiencia le había enseñado que no conviene recurrir a las tijeras de cocina. En la cabeza (y esto era una novedad) lucía una gorra de béisbol. La imagen importa, y él lo tenía claro. La marca personal importa: si quieres que la gente reconozca tu avatar, es fundamental que éste declare quién eres. Y en su opinión, lo había clavado a ese respecto. Una perilla bien recortada y una gorra de béisbol: originalidad y estilo a la vez. Roderick Ho lo tenía todo, como Brad Pitt en su día, antes de volverse un papanatas.

(Pensándolo bien, dado que «Brangelina» era cosa de otros tiempos, existía un hueco en el mercado. Tendría que hablar con Kim, su novia, sobre la posibilidad de acuñar un nombre de celebridad que los incluyera a ambos. «Koddy» quizá, ¿o «Rim»? No, no... habría que currárselo más.)

Pero ya se ocuparía de eso más adelante. Era el momento de activar el módulo de señuelos, de hacer que aquella criatura saliera de su escondrijo y vencerla, lo que exigía empuje, poderío, control de los tiempos y uso de armamento: sus habilidades principales, en pocas palabras... La musa que inspiró al inventor del Pokémon go sin duda lo tenía a él en sus pensamientos; incluso los nombres rimaban: go y Ho, lo que no era poca cosa si del Pokémon estábamos hablando. «Dame ese polvo estelar», pensó. «Dame ese maravilloso polvo estelar y mira cómo Roddy *el Rodillo* brilla más que el sol...»

Pletórico de reflejos, de nervio y de concentración, se deslizaba majestuoso bajo el sol del mediodía como el felino más grácil de todos, como el tigre más peligroso, como un gato con siete vidas... en pos de un enemigo inexistente...

Calle abajo, un enemigo que sí existía puso en marcha el motor y se alejó del bordillo.

Esa mañana, de camino al metro, Catherine Standish había entrado en una pequeña tienda para comprar *The Guardian*. Por detrás del mostrador, una persiana metálica ocultaba las hileras de paquetes de cigarrillos, como si una simple ojeada a las cajetillas pudiera enviarte al otro barrio de forma prematura. A su izquierda, en el estante superior de las revistas, las contadas publicaciones pornográficas que habían sobrevivido a la era digital estaban cubiertas con fundas

de plástico para que no hicieran perder el oremus a las mentes calenturientas. Se le ocurrió que todas aquellas fundas tenían la finalidad de reprimir los impulsos tenidos por perjudiciales; sin embargo, junto a la puerta había un estante con vinos de oferta (dos botellas por nueve libras), y tras el mostrador se extendía una selección de licores que costaban dos libras menos de lo habitual. Ninguna de esas botellas era una delicia para el paladar, pero con una sola bastaba para que la persona más exquisita acabara borracha como una cerda y abierta a escuchar ofertas.

Catherine Standish compró el periódico, dio las gracias con un breve asentimiento y salió de nuevo a la calle.

En el trayecto en metro se acordó de que le tocaba comprar leche para la oficina. No hacía falta tener una memoria de elefante: era lo mismo todos los días. Entró en la tienda situada junto a la Casa de la Ciénaga, donde la leche estaba en la nevera, junto a las latas de cerveza, las litronas y las latitas de gin-tonic listo para beber. Ya iban dos veces sin habérselo propuesto, pensó; nada más fácil que comprar un billete de ida al infierno antes de que su día arrancara. Normalmente, las ocasiones para pecar exigían un pequeño esfuerzo, pero una alcohólica en recuperación no necesitaba ni despeinarse para que la tentación la abordase.

Lo que tampoco tenía nada de raro: no pasaba de ser un bache superficial; el viacrucis que una alcohólica abstinente se veía obligada a recorrer todos los días.

Llegada la hora de comer, una vez dejada atrás la tentación de volver a las andadas, estaba absorta en el trabajo de aquel día: redactar el informe con las cuentas bianuales del departamento, incluyendo la justificación de «gastos extraordinarios». En la Ciénaga había habido bastantes gastos de ese tipo durante el último año: reparación de puertas destrozadas, limpieza de la moqueta... la clase de arreglos que se requieren después de una incursión armada. Casi todos se habían realizado de forma chapucera, pero eso ni la sorprendía ni la preocupaba mucho porque estaba acostumbrada a que se tratara a los caballos lentos como funcionarios de segunda.

Lo que sí la inquietaba eran los perjuicios a largo plazo para sus compañeros. Shirley Dander hacía gala de una calma desconcertante, más o menos la que mostraría un iceberg antes de hundir un transatlántico; River Cartwright estaba más encerrado en sí mismo de lo habitual; y en cuanto a J. K. Coe... digamos que era como una granada de mano con la anilla mal encajada.

Roddy Ho, por su parte, continuaba siendo el mismo de siempre, claro, pero eso era más una molestia que un consuelo.

Menos mal que Louisa Guy se mantenía relativamente cuerda.

Sentada ante pilas de papeles cuya alineación rozaba la neurosis sin llegar a tocarla, Catherine iba capeando el trabajo del día, ajustando las cifras allí donde las entradas hechas por Lamb iban más allá de lo inexacto para adentrarse en lo manifiestamente corrupto, eliminando las justificaciones anotadas en su momento («porque me sale de los putos cojones», pongamos por

caso) y reemplazándolas con sus propias explicaciones, mucho más diplomáticas. Cuando llegase la hora de volver a casa, todas aquellas tentaciones líquidas volverían a desfilar ante sus narices una detrás de otra, pero el hecho de estar expuesta diariamente a Jackson Lamb le había enseñado algo: que de nada servía lamentarse por las complicaciones periféricas de la vida.

Pues Lamb se bastaba y se sobraba para provocarte dolores de cabeza durante las veinticuatro horas del día, siete días por semana.

Shirley Dander llevaba sesenta y dos días.

Sesenta y dos días sin tomar drogas.

Nada más fácil que contarlos...

Otros lo harían, ella no: sesenta y dos no pasaba de ser un número, lo mismo que sesenta y uno, y ella tan sólo se acordaba porque todos aquellos días se habían ido sucediendo en inevitable orden con una lentitud exasperante. Por las mañanas contaba los minutos y, por lo menos una vez al día, se sorprendía a sí misma contemplando las paredes, sobre todo la situada tras el lugar donde estaba antiguamente el escritorio de Marcus. La última vez que lo vio, Marcus estaba incrustado en esa pared con la silla echada para atrás en un ángulo imposible. Más tarde repintaron la pared, un apaño hecho de cualquier manera.

Como la solución de Shirley: pensar en cualquier otra cosa.

Era la hora de comer; hacía sol y calor y Shirley volvía a la Ciénaga para sumirse en otra tarde marcada por la inercia forzosa. Luego se acercaría a Shoreditch para someterse a la última de las sesiones de CPA. Tras haberse pasado ocho meses haciendo el cursillo de Control de la Puta Agresividad, esa noche iban a declararla oficialmente libre de ira. Le habían dado a entender que hasta le darían una chapa para celebrarlo, lo que podía suponer un problema porque, si alguien se atrevía a intentar ponerle la famosa chapa ya podía prepararse para volver a casa con los dientes en un pañuelo... Por suerte, lo que en ese momento llevaba en el bolsillo le permitía concentrarse en otra cosa. Eso la ayudaría a superar los momentos chungos que, en otras circunstancias, bien podrían llevar a que el juez decretara la extensión del cursillo.

Una pequeña y pulcra papela de la mejor cocaína que podías encontrar por el barrio: el regalo que se hacía a sí misma por haber acabado el cursillo de marras.

Sesenta y dos no pasaba de ser un número, pero ella igualmente no tenía intención de ir más allá.

Por culpa de la abstinencia, su entorno se había vuelto un pelín más apagado, de manera que el mundo últimamente era más llano, más gris, más llevadero. Eso contribuía a facilitarle las cosas en relación con todo ese rollo del CPA, pero estaba empezando a cabrearla. La semana anterior, un comercial la había llamado sin previo aviso y le había venido con alguna chorrada sobre

ciertos seguros fraudulentos y ella ni siquiera le había dicho que se fuera a tomar por culo. Más que un cambio de actitud, esa falta de reacción parecía una capitulación en toda regla, pero tenía un plan: aguantar mecha durante ese último día, resignarse a que la terapeuta (a quien se había jurado seguir a casa una noche para acabar con ella) le palmeara la cabecita y después irse de marcha, meterse en un club tras otro, pillar un colocón como estaba mandado y aprender a vivir otra vez. Sesenta y dos días eran más que suficientes y, por lo demás, demostraban de forma inequívoca algo que ella siempre había defendido en teoría: que era capaz de dejar las drogas cuando le diera la gana.

Por lo demás, Marcus llevaba tiempo criando malvas, así que ya no iba a echárselo en cara.

Pero mejor no pensar en Marcus.

Y bien, ahí estaba ella, dejando atrás los pisos de protección oficial en dirección a Aldersgate Street con la farlopa en el bolsillo y la mente puesta en la noche loca que tenía por delante cuando de pronto vio dos cosas a cinco metros de donde se hallaba, muy raras las dos.

Una de ellas era Roderick Ho, quien parecía bailar ballet con el teléfono móvil por única compañía.

La otra era un Honda plateado que estaba girando a la izquierda cuando no había izquierda a la que girar.

El coche se subió a la acera y fue derecho a por Ho.

«Y bien, esto es lo que hay», pensó Louisa Guy. «Si hubiera querido ser bibliotecaria, me habría hecho bibliotecaria. Habría estudiado biblioteconomía y hecho los exámenes pertinentes. Me habría comprado un uniforme de bibliotecaria, aprovechando el montón de dinero que ahorraría en libros. A saber cuáles son las labores exactas de una bibliotecaria, pero yo las habría hecho como es debido, ateniéndome al manual, hasta convertirme en la bibliotecaria por antonomasia, en la bibliotecaria modelo a la que todas las demás bibliotecarias elevarían sus cantos sentadas en torno a un fuego de campamento bibliotecario.

»Lo que nunca habría hecho sería entrar en el servicio de inteligencia. Porque eso habría sido una puta idiotez.

»Y sin embargo, aquí estoy.»

Y allí estaba, efectivamente.

«Allí» era la Casa de la Ciénaga, donde su función consistía en revisar estadísticas de préstamos bibliotecarios para determinar quiénes habían solicitado determinados títulos durante los últimos años. Libros como *Lo que el islam espera de ti* y *El significado de la yihad*, y menos mal que nadie había escrito uno llamado *Cómo hacer la guerra a una población civil*, porque sin duda también habría sido incluido en el listado.

Cuando le asignaron el proyecto, había expresado sus dudas:

—¿Una lista de personas que han tomado prestados unos cuantos libros va a ayudarnos a dar con terroristas en potencia?

—Ahora que lo mencionas —había respondido Lamb—, la probabilidad seguramente es de una entre un millón. Te voy a decir una cosa —agregó negando con la cabeza—: me alegro un montón de no estar en tu puñetero pellejo.

—Gracias. Pero, para empezar, ¿cómo se explica que las bibliotecas tengan unos libros tan peligrosos a disposición de cualquiera?

—Porque la corrección política se ha salido de madre —convino Lamb con tristeza—. Soy un enemigo declarado de la censura, como bien sabes, pero algunos libros merecerían ser quemados, y punto.

«Tampoco estaría de más quemar vivos a ciertos jefes», pensó Louisa. Llevaba tres meses elaborando ese listado que obligaba a cotejar las estadísticas de préstamo de dominio público con las bases de datos de las bibliotecas de cada condado. A esas alturas, el listado no llegaba ni a la mitad de una hoja a4, y, siguiendo el orden alfabético, aún andaba por el condado de Buckinghamshire. Gracias a Dios no tenía que revisar los datos de todo el Reino Unido, labor que habría llevado años a una bibliotecaria de verdad.

No tenía que revisar los datos de todo el país, nada de eso, tan sólo los correspondientes a Inglaterra, Gales e Irlanda del Norte.

—Que se jodan los escoceses —había afirmado Lamb en su día—. Ya que quieren montarse un país por su cuenta, que se las arreglen solitos.

Para su interminable tarea, Louisa tan sólo contaba con el auxilio del gobierno británico, que ponía su grano de arena cerrando una biblioteca pública tras otra.

En la Guerra contra el Terror, toda ayuda era bienvenida.

Soltó una risita para sus adentros porque a veces tenías que hacerlo o de lo contrario te volvías loca. A no ser que las risitas fueran una prueba definitiva de que ya habías perdido la cabeza. J. K. Coe sabía mucho de eso, no tanto por su supuesto historial de especialista en Evaluación Psicológica, sino porque él mismo estaba medio chalado. La Casa de la Ciénaga era un verdadero festival del humor.

Louisa se apartó de su escritorio y se desperezó. Últimamente iba más al gimnasio, y el resultado era que cada vez le costaba más pasarse horas y horas pegada al ordenador. Por la ventana, Aldersgate Street tenía la misma descorazonadora pinta de siempre: una mezcolanza de tráfico rodado impregnado de mala leche y gente que andaba a paso rápido. A nadie se le ocurría pasear por esa parte de Londres: era tan sólo una etapa en el camino hacia algún otro lugar. A no ser que fueras una espía en horas bajas, claro, en cuyo caso Aldersgate era el final del camino.

Qué aburrimiento, por Dios.

Y entonces, como si se hubiera propuesto consolarla, el mundo le ofreció de repente una pequeña distracción. Un chirrido le llegó de un punto cercano, seguido de un ruido sordo: el sonido de un coche que acababa de chocar.

Louisa se preguntó qué estaba ocurriendo.

Hola, Tina:

Te cuento en cuatro palabras cómo van las cosas por aquí, en Devon. No muy bien, la verdad. Acaban de decirme que a final de mes me despiden. Resulta que el hijo de la hermana del jefe está en paro y alguien tiene que dejarle el curro al muy cabroncete. Qué bien, ¿no?

Aun así, no todo son malas noticias. El jefe, que me debe un favor, ha hablado con uno de sus contactos y me ha salido un trabajo de seis meses en Albania. ¡Como lo oyes! Pero el proyecto es un chollo, sólo hay que montar el cableado eléctrico en tres hoteles que están construyendo. Y en Albania se puede vivir con poco dinero, de manera que...

Coe dejó de leer a media frase y miró hacia el Barbican, al otro lado de la ventana. Ese complejo residencial era una pesadilla orwelliana, una monstruosidad de hormigón, pero había que reconocerlo: como había ocurrido antes con los gánsteres Ronnie y Reggie Kray, el Barbican había superado el estigma de ser un brutal pedazo de mierda para convertirse en todo un icono de su tiempo. En eso consistían las reglas de Londres: en obligar a los demás a aceptarte según tus propios términos. Y si no les gustaba, podías permanecer allí plantado hasta que terminaran por rendirse.

Como Jackson Lamb, sin ir más lejos. Aunque, bien pensado, no era un buen ejemplo: a Lamb le importaba un carajo que lo aceptases o no, él seguía yendo a su bola. Era como era y no había más que hablar.

Tina, sin embargo, no era quien parecía ser. O no iba a seguir siéndolo durante mucho tiempo. Por lo demás, tampoco se llamaba así; su verdadero nombre no era Tina. Lo que pasaba era que a él le resultaba más fácil escribir cartas de ese tipo dirigiéndose a un nombre concreto. Por esa misma razón, él siempre firmaba como Dan. El tal Dan era un agente encubierto, infiltrado en algún grupo de activistas que resultaba incómodo por ser demasiado radical (animalistas, fanáticos de la ecología o vete tú a saber quiénes). Por su parte, Tina (quienquiera que fuese en realidad) era alguien de quien se había hecho amigo mientras se infiltraba. Siempre había una u otra Tina. Durante su paso por Evaluación Psicológica, Coe había hecho un estudio de las Tinas de ambos sexos. Los agentes de campo tenían instrucciones de no establecer vínculos sentimentales con miembros del grupo sujeto a investigación, pero él siempre lo hacía porque era imposible traicionar a una persona con eficiencia si antes no te encariñabas con ella. De forma que, una vez concluida la misión, cuando Dan volvía a emerger a la superficie, era necesario escribir alguna que otra carta, un largo adiós que se prolongaba a lo largo de varios meses. Dan

primero se alejaba de la zona, a una distancia considerable, pero no tanto como para impedir las visitas. Luego se mantenía en contacto de modo esporádico hasta que le llegaba una oferta mejor y se trasladaba al extranjero. Las cartas y correos electrónicos iban espaciándose hasta que un día dejaban de llegar y pronto todos se olvidaban de Dan. Todos menos Tina, quien conservaba sus misivas en una caja de zapatos bajo la cama y se ponía a escudriñar Albania en Google Earth después de la tercera copa de Chardonnay... en lugar de, por ejemplo, ponerle una demanda por habérsela estado follando mientras se hacía pasar por otro: nadie quería volver a pasar por un proceso judicial.

Pero, claro, los agentes de campo no escribían las cartas de su puño y letra. De redactarlas se encargaban los espías como él, condenado a pasarse media vida en la Ciénaga. Y podía considerarse afortunado, la verdad, pues pocos se iban de rositas después de haber matado a tiros a un hombre esposado. Por fortuna, él se había cargado a ese tipo al final de una sucesión de acontecimientos tan singularmente embarazosos para los servicios de inteligencia en su conjunto (acontecimientos definidos por Lamb como «un puto despropósito que ni a propósito») que Regent's Park no había tenido más remedio que taparlo todo con una alfombra colosal y meter debajo a la Ciénaga entera. Los caballos lentos estaban hechos a este tipo de situaciones, desde luego. Hasta tal punto que no se sabía si eran caballos lentos o unas grandes bolas de polvo y pelusa andantes.

Coe hizo crujir los dedos y añadió a la carta las siguientes palabras: «me las arreglaré para ahorrar algo de dinero». Por supuesto, cómo no, Dan ahorraría algo de pasta, después conocería a una joven albanesa y, en resumen, jamás volvería al Reino Unido. Entretanto, el Dan de verdad volvería a operar de forma encubierta como parte de un nuevo operativo y a otra cosa, mariposa: las cosas siempre estaban en movimiento en la Calle de los Espías. A no ser que te hubieran asignado a la Casa de la Ciénaga, claro. Aun así, entre él, J. K. Coe, y los demás caballos lentos existía una diferencia fundamental, a saber: él no tenía ningunas ganas de hallarse allí donde se encontraba la acción. Si pudiera seguir aquí sentado, dándole al teclado del ordenador sin tener que decirle nada a nadie en todo el santo día, por él perfecto, pues su vida comenzaba a estabilizarse. Las pesadillas por fin estaban desapareciendo, al igual que los ataques de pánico. Ya no pasaba horas con la mente en blanco, tecleando en un piano imaginario los solos de Keith Jarrett. Las cosas eran soportables, y lo más seguro era que siguiesen siéndolo... siempre que no pasara nada.

Y él deseaba con todas sus fuerzas que no pasara nada.

El coche hizo que Roderick Ho se derramara como un churretón de kétchup sobre el delantal de hormigón: el capó lo destrozó como si fuera un muñeco de plástico, de tal forma que sólo sus

ropas lo mantenían entero. Sucedió con tanta rapidez que Shirley lo vio incluso antes de que sucediera.

Y fue una suerte para Ho, porque llegó a tiempo para evitarlo.

Shirley recorrió los cinco metros que la separaban de su compañero tan rápido como un cerdo lubricado. Gritó su nombre, aunque el otro, por su parte, ni siquiera se volvió porque, de espaldas al coche que llegaba y con los auriculares del iPod encajados en los oídos, escudriñaba la pantalla del móvil guiñando los ojos para ver mejor. En lo fundamental, su aspecto era el de un turista medio tonto al que habían desplumado dos veces seguidas: un vendedor de gorras primero y un mercachifle de barbas postizas después. Cuando ella lo embistió a la altura de las lumbares, parecía estar ocupado en tomar una foto de la nada más absoluta. Pero nunca llegó a tomarla: el empellón de Shirley provocó que se estampara de narices contra el suelo medio segundo antes de que el automóvil lo embistiera a toda velocidad. Tras derrapar en la zona peatonal, el vehículo fue a rebotar contra el murete de ladrillos que circundaba un área ajardinada y chirrió hasta detenerse. El olor a caucho requemado invadió las fosas nasales de Shirley al tiempo que Ho gritaba desesperado porque su móvil se había hecho trizas. El coche volvió a ponerse en marcha, pero en lugar de arremeter otra vez, rodeó el murete, viró a la izquierda, volvió a la calzada y giró ciento ochenta grados hasta sortear la mediana y poner rumbo hacia el este.

Shirley lo contempló mientras se esfumaba, demasiado tarde para quedarse con la matrícula o determinar el número de pasajeros. Pronto iba a notar el impacto de aquel salto de acróbata en la mayor parte de sus huesos, pero por el momento se contentó con visualizarlo tal como lo habría visto un ojo ajeno: poesía en movimiento, un grácil arco de gacela en el aire y un instante salvavidas, todo a la vez. Marcus se habría sentido orgulloso de ella, se dijo.

Se habría muerto de orgullo.

Todavía bajo el cuerpo de Shirley, Roddy chill?:

—¡Vaca estúpida!

• • •

Internet estaba lleno de rumores susurrados.

«No», se dijo River Cartwright. «Borra eso.»

En internet, la gente vociferaba y se desgañitaba como de costumbre.

River se encontraba en un tren con destino a Marylebone, de vuelta a Londres tras haberse tomado la mañana libre «para cuidar de un familiar», según había dicho. Lamb le había espetado:

—Te tomas muchas libertades, majo. No somos los servicios sociales.

—Tampoco estamos trabajando en un almacén de Amazon —repuso Catherine Standish—. Si River necesita tomarse la mañana libre, no hay más que hablar.

—Ya. ¿Y quién va a ocuparse de hacer el trabajo que tiene pendiente?

River llevaba tres semanas seguidas sin ocuparse en absoluto del trabajo pendiente, pero ése no era el mejor argumento en su defensa.

—Yo me encargaré de hacerlo —prometió ella.

Lamb emitió un gruñido y ahí quedó todo.

De manera que River se puso en marcha antes de la hora del desayuno, luchando con las hordas de oficinistas que llegaban a Londres de las afueras. Se dirigió a Skylarks, la residencia para ancianos donde vivía el Viejo Cabrón. No era un centro gestionado por el servicio, pues ya hacía tiempo que el servicio subcontrataba las frivolidades de esa clase, pero sí de uno que concedía mayor prioridad a la seguridad que la mayoría de las residencias comparables.

El Viejo Cabrón, el abuelo de River, se había aventurado sin rumbo por los corredores en penumbra de su propia mente, de los que tan sólo salía de vez en cuando para situarse en el aquí y el ahora. En esos momentos olisqueaba el aire con expresión dolida como un viejo tejón. River no sabía si era porque, durante ese breve lapso, el Viejo Cabrón era consciente de que su percepción de la realidad se había desmoronado o porque momentáneamente recuperaba la capacidad de comprender la realidad. Después de haberse pasado la vida guardando secretos, el viejo espía se había perdido entre ellos y ya no sabía qué verdades escondía ni qué mentiras revelaba. Él y su difunta esposa, Rose, se habían encargado de criar a River, su único nieto. Sentado en el jardín de Skylarks junto al anciano, que se cubría las rodillas con una manta mientras una férrea cortina ocultaba la mitad de su historia personal, River tenía la sensación de encontrarse a la deriva. Había ingresado en el servicio secreto siguiendo los pasos del Viejo Cabrón y, aunque lo habían obligado a desviarse de la ruta, siempre le quedaba el consuelo de que el viejo por lo menos había cartografiado el mismo territorio. Pero ahora se sentía huérfano: las huellas que había estado siguiendo giraban en círculos y, cuando finalmente dejaran de hacerlo, no habrían llegado a ningún sitio concreto. Todo espía soñaba con liberarse de sus perseguidores y con tener la certeza de pasar desapercibido. El Viejo Cabrón estaba llegando rápidamente a ese punto: a un lugar ignoto, sin visitas ni miradas hostiles.

La mañana había sido cálida; el sol brillaba en lo alto y proyectaba sombras sobre el césped. La casa se hallaba en el extremo de un valle, y River veía las colinas que se alzaban a lo lejos y las nubecillas inofensivas que surcaban un cielo azul digno de una postal. Un tren apareció brevemente entre dos arboledas, pero el ruido de la máquina no pasaba de ser un amable murmullo que apenas perturbaba el aire. Le llegaba el olor de la hierba recién cortada y de algo más que no sabía definir. Si lo hubieran obligado a identificarlo, habría dicho que era la ausencia de tráfico rodado.

Estaba sentado en una de las tres sillas de plástico blanco dispuestas en torno a una mesa de idéntico material con un parasol encajado en el centro. La tercera de las sillas estaba desocupada.

En el césped había otros dos conjuntos parecidos de mobiliario de jardín, uno vacío y otro ocupado por una pareja mayor. Junto a ellos se encontraba una mujer más joven que se dirigía a ambos en un tono firme, o eso supuso River, aunque el hecho era que no llegaba a oírla: su abuelo estaba hablando en voz muy alta, superponiéndose a la otra conversación.

—Eso debió de ocurrir en agosto del cincuenta y dos... —decía—. El quince de agosto, si no me equivoco. Un martes. Hacia las cuatro de la tarde.

La memoria del Viejo Cabrón se estaba aguzando en los últimos tiempos. Se enorgullecía de proporcionar detalles pormenorizados, a pesar de que tales detalles tan sólo guardaban un parecido casual con la realidad.

—...y cuando por fin sonó el teléfono, el que llamaba resultó ser el mismísimo Joe.

—¿Joe...? ¿Qué Joe?

—Stalin, muchacho, Stalin. No estarás durmiéndote mientras hablo, ¿verdad?

No, River no estaba durmiéndose.

Estaba pensando en que era ahí donde terminaba la vida en la Calle de los Espías. No hacía mucho, el pasado de ese anciano todavía llegaba ladrando desde las sombras y daba numerosos mordiscos al presente. Si eso fuera del conocimiento público, muchos estarían exigiendo el desquite a gritos, y él mismo, River, tendría que ser uno de ellos, la verdad. Pero por mucho que sus propios y cuestionables comienzos hubieran sido el resultado de los tejemanejes del Viejo Cabrón, de todas formas eran sus comienzos: uno no podía ponerse a discutir con su propia existencia. Por lo demás, no había forma de echarle en cara al abuelo los pecados del ayer, ahora que éstos se habían disuelto en ficciones. La semana previa le había contado algo que él desconocía: una historia que implicaba más tiroteos de lo habitual y una compleja serie de nombres en clave anotados en cuadernos. Más tarde buscó en Google y a los diez minutos descubrió que el Viejo Cabrón había estado desgranando la trama de *El desafío de las águilas*.

Cuando el nuevo relato del anciano se transformó en silencio, le preguntó:

—¿Tienes todo lo que necesitas, abuelo?

—¿Y por qué iba a necesitar alguna cosa? ¿Eh?

—No sé. Sencillamente pensaba que igual querías algo de...

Lo dejó correr. Algo de casa. Pero el término «casa» era un terreno peligroso, un tema que más valía eludir. El anciano nunca había trabajado como agente de campo, sino siempre sentado ante un escritorio. Su labor consistía en enviar a agentes a lo desconocido y dirigirlos desde lo que otros consideraban una distancia segura. Pero ahora estaba allí, a solas en lo desconocido después de que su tapadera hubiera sido puesta al descubierto, y ya no podía seguir viviendo en su hogar. No había territorio seguro para él, tan sólo esa mansión, ese caserón en medio de un paisaje tranquilo y silencioso donde las enfermeras eran lo bastante discretas como para tener claro que era preferible ignorar determinados relatos.

En el tren de vuelta a Londres, River se acomodó en el asiento y fue desplazándose por los resultados de su búsqueda en internet. Era un alivio saber que su carrera como espía le brindaba ese privilegio: si quería saber qué era lo que pasaba en el mundo, era muy libre de navegar por la red como cualquier hijo de vecino. Y en internet vociferaban y se desgañitaban. La búsqueda de los asesinos de Abbotsfield seguía sin aportar resultados concretos, por mucho que el autodenominado Estado Islámico hubiera reivindicado el atentado. La noche anterior, en el curso de un debate en el Parlamento, Dennis Gimball había puesto a parir a los servicios de seguridad. Tras tachar de inútil e incompetente a Claude Whelan, Primera Mesa en Regent's Park, Gimball había insinuado que éste era, en realidad, un simpatizante del Estado Islámico. El carácter demencial de semejante acusación era irrelevante, pues en los últimos años la locura política había alcanzado cotas desconocidas, de tal forma que incluso los medios de comunicación moderados y tradicionales se veían obligados a fingir que se tomaban a Gimball en serio, por si las moscas. A todo esto, en Abbotsfield habían muerto doce personas, y el nombre del pueblecito se había convertido en un sinónimo de problema geopolítico. Podían esperarse muchos otros debates, muchas más lágrimas y crujir de dientes, antes de que los periódicos dejaran de mencionar el atentado en sus portadas. A no ser que pronto sucediera alguna otra cosa, claro.

El trayecto en tren estaba a punto de terminar. Cerró el portátil. A esas horas, el Viejo Cabrón estaría otra vez adormilado como un gato bajo el sol del mediodía. El tiempo había acabado por dar la vuelta a las cosas, eso era todo: le tocaba a él controlar a su abuelo.

Tarde o temprano, todos los pecados del pasado caían en manos del presente.

—¡Vaca estúpida!

Ho había salido despedido de lado al tiempo que el ruido en su cabeza se desvanecía como tras una explosión: guitarras enloquecidas interrumpidas a mitad del lamento, la locomotora de la batería despeñada a mitad del redoble... El silencio repentino era ensordecedor y él se sentía como si acabaran de desenchufarlo.

Para colmo, a su presa no se la veía por ninguna parte, como era de esperar: su teléfono móvil estaba hecho pedazos; la carcasa, a unos metros de distancia.

La que se había abalanzado sobre él no era otra que Shirley Dander, a todas luces incapaz de refrenar su pasión.

Shirley se apartó reptando y fingió contemplar un coche que se alejaba por la calle. Ho se sentó en el suelo y se sacudió el polvo de las mangas de su chupa de cuero recién estrenada. No era la primera vez que tenía que vérselas con el acoso sexual en el trabajo. Primero Louisa Guy, y ahora ésta. Pero Louisa le parecía follable, por muy entrada en años que estuviera; en cambio Shirley, pensó, no había echado un polvo en la vida.

—¿Y esto a qué carajo ha venido?

—Para que lo sepas, acabo de salvarte el culo —respondió ella sin volverse.

«El culo»: esa mujer sólo tenía una cosa en la cabeza.

—¿Sabes qué? ¡Ya casi lo tenía! —Era una pérdida de tiempo intentar explicarle a Shirley los entresijos de una misión de búsqueda: lo más cerca que había estado ella de entender las complejidades de aquel juego era cuando la habían tomado por un troll. Pero bueno, tampoco estaba de más hacerle saber que por su culpa había perdido un premio enorme, y todo porque ella estaba obsesionada con meterle mano—. ¡Un bulbasaur! ¿Sabes lo raro que es?

Saltaba a la vista que no tenía ni idea.

—¡¿Qué?! —dijo ella—. ¿De qué coño estás hablando?

Ho se levantó con dificultad.

—Muy bien —replicó—. Vamos a fingir que sólo pretendías sabotearme la cacería. A fin de cuentas, Kim tampoco necesita saber más.

—¿Eh...?

—Mi novia —aclaró él para que la muchacha no se hiciera más ilusiones.

—¿Has llegado a ver la matrícula del coche?

—¿Qué coche?

—El que ha tratado de atropellarte.

—También es una buena historia —dijo Roddy—, pero mejor nos atenemos a la mía. Es menos complicada: menos preguntas a las que responder, tú ya me entiendes.

Tras haberle impartido esa lección de espionaje, recogió los restos del móvil y echó a andar hacia la Ciénaga.

A esas horas el día ha terminado de asentarse por entero y el amanecer ya no es más que un intruso caído en el olvido. Cuando River vuelve a ocupar la silla ante su escritorio (su actual tarea es abrumadoramente tediosa, tocapelotas a más no poder, casi con toda seguridad inútil para conseguir datos de interés, hasta tal punto que casi ni se acuerda de qué se trata, por mucho que esté haciéndola), todos los caballos lentos han vuelto al establo y el sordo rumor del tedio colectivo resulta casi audible.

Arriba, en su despacho-buhardilla, Jackson Lamb empuña un tenedor de plástico y rasca los últimos restos de arroz frito con pollo del recipiente de aluminio que finalmente tira a un rincón lo bastante oscuro como para que no inquiete a su conciencia, si es que esa extraña criatura lo inquieta alguna vez. Dos pisos más abajo, Shirley Dander frunce el ceño pensativa mientras rebobina mentalmente la secuencia de acontecimientos que la ha llevado a derribar a Roderick Ho. Todo un placer, por supuesto, pero... ¿de verdad aquel conductor iba a embestirlo o era tan

sólo uno de esos típicos londinenses que conducen propulsados por sus penes y cuyos recorridos por las calles de la capital siempre acaban convirtiéndose en una carrera de demolición? Quizá debería plantearle esa pregunta a otra persona. «A Catherine Standish», decide. «Y quizá también a Louisa Guy.» Louisa a veces puede ser una bruja con escoba incorporada, pero al menos no piensa con la polla: a veces una tiene que conformarse con lo que tiene a mano.

Más tarde, Lamb presidirá una de sus ocasionales reuniones de departamento cuya finalidad primordial es incordiar a todos los involucrados. Por ahora, sin embargo, la Casa de la Ciénaga está sumida en lo que ahí puede interpretarse como un momento de calma, pues el personal se limita a refunfuñar y a quejarse para sus adentros mientras los relojes que cada uno contempla avanzan con el ritmo imperante en aquel sitio, es decir: más de un cincuenta por ciento más lento que en cualquier otro lugar mientras, como el Viejo Cabrón en el lejano Berkshire, el día pasa la tarde sesteando.

En otras partes, en cambio, la jornada avanza a toda velocidad, como un gremlin enloquecido.

3

Corría el rumor de que el cuestionario utilizado para detectar si los heridos en la cabeza han sufrido una conmoción cerebral («¿qué día es hoy?», «¿dónde vive usted?», «¿cómo se llama el primer ministro?») había tenido que ser modificada a causa del actual ocupante del cargo, pues la gente no terminaba de hacerse a la idea de que siguiera siendo primer ministro, lo que estaba provocando una avalancha de falsos positivos. De ahí, pensaba Claude Whelan, que el hombre insistiera en que todos se dirigieran a él llamándolo «señor primer ministro».

Sin embargo, como todos los de su calaña, era peligroso cuando se veía acorralado en un rincón, y rincones los había de sobra en el mundo de la política.

—¿Usted sabe cuál es la principal amenaza para el Parlamento? —le preguntó a Whelan.

—Un ciberataq...

—No: ésa es la principal amenaza para el país en su conjunto. La principal amenaza para el Parlamento es la democracia: la democracia ha sido un mal necesario durante unos cuantos siglos, aunque por lo general nos las hemos arreglado para utilizarla en nuestro provecho, pero después de este puto referéndum se diría que alguien le ha puesto una pistola en la mano a un niño borracho. —Enarboló un periódico doblado por la columna de Dodie Gimball—. ¿Ha leído esto?

Sí, lo había leído, pero el señor primer ministro hizo caso omiso y leyó en voz alta: «¿Y quién va a protegernos? Es verdad que contamos con servicios de seguridad, pero en este caso lo de “servicios” lleva a pensar en unos retretes públicos. En otras palabras, y que los lectores me disculpen, es una cagada monumental.»

—Debo decir que esta mujer no redacta demasiado bien —observó Whelan—: pasa del plural al singul...

—Sí, sí, claro, ahora mismo llamamos a la policía gramatical. ¿Sabe si tienen potestad para detenerla? ¿O para colgarla del participio más cercano?

Whelan se limitó a asentir. Era un hombre bajito, con la frente despejada y de modales afables. Esto último constituía una sorpresa, en vista de los muchos años pasados en compañía de los que cortaban el bacalao en los servicios secretos, una hermandad no precisamente conocida por sus maneras amigables. Su ascenso a lo más alto había sido inesperado y en gran parte debido a que no estaba en el ajo de los crímenes, delitos y faltas que habían provocado que el cargo quedara vacante. La limpieza de las manos era un factor infrecuente a la hora de designar a alguien, pero

los tejemanejes del predecesor habían hecho que la patada hacia arriba resultara políticamente conveniente.

Por contra, Claude Whelan tenía la desventaja de que su experiencia con los políticos era más bien escasa. Como había comentado en su día Diana Taverner, Segunda Mesa, a Whelan le quedaba un montón por aprender, y un montón más elevado que una cuenta de bebidas en un bar del West End.

Whelan miró a los ojos al primer ministro y le dijo:

—Doce personas han muerto, señor. Por muy zafia que sea la forma de escribir de la tal Gimball, es comprensible que se lleve las manos a la cabeza.

—Sería más comprensible que les echara la culpa de lo sucedido a esos asesinos y subnormales que se presentaron en el pueblo y se cargaron a toda esa gente. No, Gimball va con segundas. ¿Sabe usted quién es?

—Sé quién es su marido.

—Pues bueno —dijo el primer ministro—, pues bueno —repitió, y se azotó el muslo con el periódico, o trató de hacerlo, pues no había espacio físico para efectuar esa maniobra.

Se encontraban en el interior de un cubículo minúsculo, una de las denominadas «incubadoras». El número 10 de Downing Street era una auténtica madriguera de conejos, como si el arquitecto hubiera sido un coleccionista de pasillos y hubiera decidido utilizarlos todos de golpe. Con la excepción de los despachos de los cargos importantes, cada oficina parecía un pretexto ideado para poder incluir un espacio adicional antes de la siguiente, y lo habitual era encontrarlas ocupadas por personas sumidas en una u otra maquinación, de ahí lo de «incubadoras». Eran idóneas para dicha finalidad porque en ellas apenas cabían dos personas a la vez, lo que reducía la posibilidad de que se generaran temores políticos; esto es, el temor a que las culpas por algo abyecto recayeran en alguno de los presentes.

Por el contrario, la reunión de la que Whelan y el primer ministro acababan de salir, centrada en lo sucedido en el condado de Derbyshire, había suscitado fuertes temores políticos.

—Además —prosiguió el último—, el cabrón de su marido quiere hacerse con mi cargo.

—Ciertamente, da la impresión de que le gustaría dirigir el país —convino Whelan—, pero con todo respeto, señor primer ministro, ese hombre es el único representante de su partido en el Parlamento, ¿qué amenaza puede suponer?

—Últimamente ha dejado caer que está sopesando volver al único partido que importa: el nuestro.

—Ah.

—Sí: ah. Y no me lo ha dejado caer a mí, sino a otros; ya me entiende: a oídos que lo escuchan con simpatía. Entre ellos, la mitad de los oídos de mi puto gobierno.

A Whelan no le quedó claro si cada miembro del gobierno le había ofrecido a ese fulano un

oído simpático o si medio gobierno le había ofrecido los dos oídos bien abiertos, pero no importaba, la verdad: en cualquier caso, el señor primer ministro lo tenía crudo. El triunfo de los partidarios del Brexit en el referéndum sobre la salida o no de la Unión Europea lo obligaba a ir en la dirección contraria a la que había defendido en campaña, con independencia de sus opiniones personales al respecto, y tan sólo la ausencia de un rival de envergadura en el seno del partido conservador (pues los candidatos más obvios habían ido quedando descartados tras un frenesí de traiciones, duplicidades y puñaladas por la espalda dignas de la última reunión de las Spice Girls) había facilitado que siguiera en el cargo hasta la fecha. Pero si Dennis Gimball había dejado caer que podría estar tentado a volver al redil que había abandonado «con incomparable pesar» unos pocos años antes para entrar en un partido menor cuyo único objetivo era encabezar la campaña del mentado Brexit, la situación era de pronto muy distinta, y pocos creían que el señor primer ministro tuviera los cojones necesarios para superar la situación actual, menos aún la que pudiera venir después.

Y por si esto fuera poco, ahora tenía que vérselas con una matanza perpetrada por terroristas.

—¿Volver al partido...? —dijo Whelan porque no se le ocurrió otra cosa—. Pero es poco probable que lo haga, ¿no es cierto?

—¿Que es poco probable? ¿Ha visto usted cómo está el patio? Lo improbable es la nueva normalidad. La mujer de ese sujeto escribe dos columnas a la semana que no son, en realidad, más que sendos comunicados de prensa de la facción que se ha jurado echarme de Downing Street, y él sólo saldrá a la palestra cuando dé por sentado que en un par de meses estará ocupando mi cargo. Y lo hará cacareando ese repentino gusto que le ha entrado por la democracia (el primer ministro pronunció la palabra como si fuera un sinónimo de «pedofilia»), que le servirá para que el cincuenta y dos por ciento de la población lo reverencie como a un dios durante ese par de meses. Pero ojo, ese tipo y sus secuaces no sólo tienen previsto acabar conmigo: la principal razón por la que se ha convertido de pronto en el azote del servicio secreto con la eficiente colaboración de los artículos sensacionalistas que escribe su mujercita se reduce a que usted cuenta con mi apoyo, como he declarado públicamente. Yo confío en usted al cien por cien, ¿lo recuerda, no? Al cien por cien, y no al ciento diez por ciento o, ya puestos a decir chorradas, al ciento veinte por ciento, lo cual deja muy claro, o eso espero, que mi sinceridad es absoluta, maldita sea. Me la estoy jugando al apostar por usted. Lo que quiero decir, Claude, es que estamos los dos en el mismo barco, y salimos a flote o nos hundimos juntos. Motivo por el cual voy a preguntarle otra vez, ahora que mis honorables camaradas no están aquí para tomar buena nota de su respuesta: ¿cuánto va a tardar en detener a esos mierdas de gatillo fácil? Porque si no resolvemos este problema pronto, el segundo en caer será usted y, quién sabe, hasta es posible que ensarten nuestras cabezas en unas picas bien juntitas. Preciosa imagen, ¿no?

Whelan pensó que, si al dirigirse a la nación, el primer ministro hiciera gala de la mitad del

fervor con que defendía su cargo, la opinión pública no lo tendría por un pelagatos.

—Todo está en el informe que acabo de presentar —repuso Whelan—. No he ocultado nada. No está previsto hacer detenciones inmediatas, pero las haremos. Ahora bien, si se trata de garantizar que no va a producirse otro atentado de ese tipo, lo cierto es que no puedo hacerlo. Sea quien sea esa gente...

—El ISIS —escupió el primer ministro.

—Bueno, es verdad que lo han reivindicado, sí. Pero sean quienes sean esos individuos, ahora mismo están logrando escapar a nuestro radar. No sabemos dónde se encuentran y podrían estar planeando cualquier cosa. No estamos en condiciones de asegurar nada, pero repito que, ahora mismo, no me parece oportuno efectuar registros puerta a puerta en los barrios donde abunda la población musulmana.

—Bueno, pues aquí es donde no estamos de acuerdo... porque yo creo que ahora mismo sería más oportuno que nunca para dejar claro que estamos haciendo algo al respecto.

—Me hago cargo, señor primer ministro, pero aun así recomiendo obrar con cautela... porque provocar a los elementos radicalizados de dicha población sería hacerles el juego: eso es justo lo que buscan.

Se trataba de una argumentación que Whelan había expuesto tres veces en el curso de la mañana. Iba a desarrollarla una vez más, pero una repentina alteración en la atmósfera lo llevó a perder el hilo. El ruido de fondo del pasillo más cercano, el zumbido sordo que la gente emite para que todos sepan que está ocupada, se había ido diluyendo en los últimos diez segundos para verse reemplazado por el ruido menos audible, pero bastante más inquietante, de esa misma gente leyendo las alertas de noticias que acababan de llegar a sus móviles.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Yo no oigo nada —respondió el primer ministro.

—Ni yo —dijo Whelan—, y eso es justamente lo que me preocupa.

Salieron al pasillo en el mismo momento en que alguien subía el volumen de un canal de noticias que emitía unas imágenes sangrientas filmadas por aficionados.

Sangre, pánico, escombros.

No parecía que el problema fuera a resolverse pronto.

—Me han llegado rumores de que hay unos cuantos capullos que no están muy contentos. —El que hablaba era Jackson Lamb y «unos cuantos capullos» designaba a su equipo al completo—. Por eso he convocado esta reunión, para que todos podáis expresar vuestras quejas.

—Bueno, yo... —empezó a decir River.

—¿He dicho «todos podáis»? Perdón, quería decir «para que yo pueda...». —Se hallaban en su

despacho, lo que constituía una ventaja para él porque no tenía que moverse de la poltrona, y una desventaja para todos los demás porque se trataba de su despacho. Él fumaba, bebía y comía en ese despacho, y algunos sospechaban que tan sólo le haría falta un cubo para que no necesitara salir en absoluto. Y ello a pesar de que no era un prodigio de decoración o comodidad. Por otra parte, las guaridas de los osos tampoco lo eran, y sin embargo los osos parecían sentirse la mar de felices dentro—. Mis queridos payasetes, ¿alguno de vosotros me ha puesto uno de esos cojines de broma en la silla? ¿No? En tal caso, será que se me ha escapado un pedorro. —Se arrellanó en el asiento y los miró, muy ufano—. Y bien, os sentís descontentos porque nos encontramos ante una emergencia nacional y de pronto os acordáis... vagamente, pues vuestras cabezas de chorlito no dan para más... de que un día entrasteis a trabajar en el MI5. Os suena de algo, ¿verdad? ¿Os suena un edificio blanco y reluciente pegado a Regent's Park?

—Jackson —intervino Catherine.

—No me gusta tener que decirlo, Standish, pero me encantaría que cerraras la puta boca cuando yo estoy hablando. Un poco de educación, por favor.

—Muchas gracias por ayudarme a mejorar mis modales, pero ¿de verdad tenemos que oír la perorata de siempre?

—Bueno, yo creo que vendrá bien para la moral del equipo, ¿tú no? Por lo demás, no creo que el chaval nuevo la haya oído más de una vez, y no es cuestión de dejarlo atrás. Por cierto, ¿cómo te llamabas?

—Coe —respondió J. K. Coe, que ya llevaba un año en la Casa de la Ciénaga.

—Coe. Tú eres el que sufre ataques de pánico, ¿no? Pues ¡cuidado! ¡Allí, a tu espalda! No, no, tranquilo, es broma.

Catherine se cubrió la cara con las manos.

Lamb encendió un cigarrillo y agregó:

—¿Por dónde iba...? Ah, sí. A ver, como todos sabéis soy un defensor a ultranza de la corrección política, pero está claro que al que propuso que todos éramos iguales habría que darle un puñetazo en los morros. Porque, si fuésemos iguales, no os encontraríais aquí en la Ciénaga haciendo chorradas cuando yo os lo digo mientras los niñatos de Regent's Park se dedican a salvar el mundo... con la salvedad de algunas zonas de Derbyshire, claro está... —Dio una profunda calada y dejó que el humo le saliera por la boca, por las fosas nasales, puede que hasta por las orejas, al tiempo que añadía—: Pero si os dejásemos ayudarlos en su trabajo, está clarísimo que terminaríais por hacer lo único que sabéis hacer, como la experiencia demuestra sobradamente: empeorar una situación que ya es mala de por sí. ¿Algún comentario al respecto?

—Bueno, yo... —intervino River.

—Era una pregunta retórica, Cartwright. Si de verdad creyera que ibas a decir algo, me largaría volando de esta habitación.

—Para dar caza al enemigo siempre se necesita apoyo —dijo Louisa—: revisión de grabaciones de cámaras de seguridad, cotejo de matrículas de vehículos, todas las medidas de costumbre. ¿De verdad crees que a los de Regent's Park no les interesa nuestra colaboración?

—A ver, adivina.

—Yo diría que sí, ¿no...?

—Esa suposición es propia de alguien que dejó el cole a los quince años para ponerse a trabajar en un supermercado.

—Pero yo pienso que...

—Ya, claro, pero a vosotros no os pagan por pensar. Lo cual, tratándose de ti, es una puta suerte. —Se movió en la silla y, tras meterse la mano libre por la cintura del pantalón, empezó a rascarse con detenimiento—. Y bien, como trataba de explicar antes de que os diera por creer que aquí cada uno puede decir lo que le venga en gana, la situación ahora mismo es complicada y vosotros no pintáis nada en absoluto. De manera que a mover el culo se ha dicho y todo el mundo a su escritorio, ¿entendido? Quien tiene oficio tiene prepucio y todas esas mierdas.

—Beneficio.

—Beneficio, sí, perdón. Ha sido un pequeño despiste.

Salieron, al menos la mitad de ellos, y Lamb se despatarró en el asiento con los ojos cerrados y la mano aún metida bajo el pantalón, fingiendo no haber advertido que Shirley, Louisa y Catherine permanecían en el despacho. Él habría podido seguir así el día entero, pero Catherine no estaba dispuesta.

—¿Has acabado o ni siquiera has empezado?

Lamb abrió un ojo.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Es que tienes previsto cronometrarme?

—Shirley tiene que contarte algo.

—Ay, mierda.

—«¿De qué se trata, Dander?» Eso es lo que has querido decir, ¿no?

—Sí, supongo que sí —contestó Lamb—. El corrector automático siempre jodiendo, ya se sabe. —Se sacó la mano del pantalón y abrió el otro ojo—. ¿De qué se trata, Dander?

—Alguien ha intentado atropellar a Ho.

—¿Aquí?

—En la calle, a la hora de comer. —Shirley hizo una pausa y terminó de aclarar—: Con un coche.

—Igual lo han confundido con una ardilla: ya le dije que esa barba no le quedaba bien.

—Ha sido deliberado.

—Caramba, nos habría robado horas de sana diversión. ¿Y dónde ha pasado eso exactamente?

—En Fann Street.

—¿Y lo habéis visto las tres?

—Sólo yo —informó Shirley.

—¿Y vosotras dos qué sois, las coristas?

Catherine fue la primera en responder:

—Si alguien va a por uno de nosotros, quiere decir que todos corremos peligro... en potencia.

—Y la Casa de la Ciénaga ya ha sufrido un asalto armado con anterioridad —intervino Louisa.

—No hace falta que me lo recuerdes —replicó Lamb—. El menda fue quien tuvo que apechugar con todo el papeleo la última vez. ¿De qué coche estamos hablando?

—De un Honda plateado.

—¿Algún detalle más? Como por ejemplo, a ver qué se me ocurre... una matrícula, por ejemplo, sin ir más lejos.

—Estaba demasiado ocupada salvando a Ho como para tomar nota de la matrícula.

—Si vuelve a pasar, igual es buena idea que antepongas lo fundamental a lo secundario. ¿Qué ha hecho el conductor? ¿Girar de golpe en la dirección del amigo?

—Subirse a la acera.

—Toma ya.

—En ese tramo de calle no hay cámaras —dijo Catherine—. Es cierto que no han llegado a atropellarlo, pero igualmente se han ido de rositas.

—A ver. El hecho de escapar del lugar de un accidente tampoco te convierte en un sicario: el ciudadano promedio prefiere incluso pagar sus impuestos antes que ser interrogado por la policía. ¿Este señor ha asomado la cabeza por la ventanilla y han gritado: «¡la próxima vez te mato!»?

Shirley negó con la cabeza.

—Bueno, pues supongamos que era un turista. Casi todo el mundo se llevaría un buen susto al encontrarse frente a Roderick Ho de buenas a primeras, y ya sabemos cómo son esos extranjeros: medio locos, y pésimos conductores, pero ¿cómo es que el propio Ho no ha sacado el tema a relucir? A veces podría parecer tímido, pero yo lo describiría como francamente exhibicionista.

—No se ha dado cuenta —explicó Shirley.

Lamb se la quedó mirando durante unos segundos y finalmente asintió.

—Sí, claro. No me extraña en absoluto.

—Era un Honda plateado... —repitió Louisa—, y se ha marchado en dirección este. Podemos encontrarlo.

—Y pedirle que vuelva a intentarlo, ¿no? A veces tienes buenas ideas. Eso sí, yo sería partidario de embestir de frente en vez de dar un volantazo en el último momento. Porque, si sobrevive a un segundo intento de asesinato, Ho empezará a creerse especial, y entonces no me quedará más remedio que cargármelo con mis propias manos.

—¿Vas a tomarte en serio lo que te estamos contando o no? —preguntó Catherine.

—Me encanta que me hagas esa pregunta, Standish. No, no voy a tomármelo en serio. Dander no es precisamente la testigo más fiable del mundo: la coca le ha dejado el cerebro como un queso Gruyère, y eso por no hablar de sus problemas para controlar la agresividad, así que no tengo previsto desviar parte de nuestros magros recursos basándome en su juicio. Por supuesto, si alguna de vosotras considera que no estoy gestionando este asunto de la mejor forma posible, sois muy libres de iros a tomar por culo, lo último que quiero es que os sintáis coaccionadas.

—¿Entonces qué? ¿Tenemos que limitarnos a olvidar lo sucedido? —insistió Catherine.

Lamb suspiró.

—No pienso hacer de ahogado del diablo en este caso. Casi seguro que no ha sido nada. Como sin duda sabéis, nuestro querido Roderick se pasa media vida fastidiando a la gente. Si sube en el metro y otro tío es más rápido a la hora de ocupar un asiento libre, busca su historial crediticio en internet para joderlo bien. Tarde o temprano alguien va a darse cuenta de sus tejemanejes y el amigo acabará hecho una piltrafa en una acera. Un pajillero menos, aunque lo sentiré por los fabricantes de pañuelos de papel, que se habrán quedado sin un buen filón. Pero por el momento no vamos a volvernos majaretas porque alguien ha maniobrado mal a la hora de dar un giro de ciento ochenta grados. —Sonrió ampliamente exhibiendo su horrible dentadura—. Bueno, como sabéis soy un feminista convencido, pero a ver, chicas, ¿no tenéis nada mejor en que ocupar vuestras cabecitas?

Las tres se encaminaron en fila hacia la puerta pero, antes de salir, Catherine se volvió y dijo:

—«Abogado del diablo», no «ahogado del diablo», dicho sea de paso.

—Vete a la mierda, dicho sea de paso —replicó Lamb.

—Van catorce muertos —dijo Diana Taverner—, y habrá más.

—¿Tenemos algo de las cámaras de seguridad?

—Nada que podamos usar ya mismo: todo es demasiado caótico. Les pasaremos las grabaciones a los de imagen y sonido, a ver qué encuentran, y reuniremos todos los vídeos que podamos grabados por ciudadanos de a pie, pero el asunto es quién puede haber hecho algo así, por los clavos de Cristo...

Whelan arqueó una ceja.

—Bueno, sí —aceptó ella—: sabemos quién pudo hacerlo, pero ¿por qué? Esto ha ido más allá de una masacre completamente indiscriminada: parece sacado de una película de Batman.

Mientras Whelan volvía de Downing Street con la ira del primer ministro todavía resonando en los oídos, su chófer se había detenido unos segundos ante el escaparate de una tienda de televisores, y justo entonces, como suele pasar en las películas (¡cuánto odiaba esas

coincidencias, por Dios!), todas las pantallas estaban emitiendo las mismas imágenes que ahora volvía a ver: sangre y escombros y, por banda sonora (afortunadamente atenuada por la distancia y el cristal), los espeluznantes gritos de los agonizantes.

Entonces, delante del aparador, le había sonado el móvil. Era Claire, su mujer.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —le había preguntado.

—Sí.

Esperaba que él hiciera algo, que pusiera fin a toda esa violencia y horror...

También se habían producido situaciones violentas y horrorosas en Abbotsfield, y Claire no lo había llamado en mitad de la jornada para decírselo: se había guardado su estupor y su asco hasta que él había vuelto a casa de madrugada.

Pero esta vez no: esta vez no había podido contenerse, había tenido que decírselo al momento.

Él le había respondido asegurándole que harían todo lo humanamente posible y que los responsables acabarían en la horca. Esto último era imposible, desde luego, pero el lenguaje de la venganza resultaba perfectamente aceptable en estos casos: uno proyectaba las más rabiosas fantasías sobre los culpables y al final se conformaba con el veredicto de los tribunales.

—¿Tú crees que se trata de la misma gente? —le preguntó a Taverner.

—Todo el enfoque del ataque ha sido distinto —repuso ella—, y también el objetivo, y el ataque como tal...

—Eso está claro, pero aun así ¿crees que se trata de la misma gente?

—Si ése es el caso, tenemos un problema... porque no hay manera de anticipar lo que harán en el futuro: las masacres aleatorias y erráticas no permiten identificar un *modus operandi*, de modo que cualquier perfil que podamos elaborar siempre estará incompleto. Quien sea que esté detrás de esto ha empleado una bomba de fabricación casera, de modo que perfectamente podría ser un lobo solitario, incluso un adolescente resentido, pero también podría formar parte de una campaña de mayor alcance y haber incorporado algunas diferencias para crear una cortina de humo. Sabremos más cuando la policía científica presente sus resultados.

«O cuando alguien reivindique el atentado», pensó Whelan.

El vídeo había llegado a su fin, así que cerró la tapa del portátil.

Diana Taverner rodeó el escritorio como si fuera a sentarse, pero no llegó a hacerlo: prefería quedarse de pie. De hecho, cada vez que se reunía con alguien solía merodear por el lugar como una gata cartografiando su territorio. El despacho de Whelan no era aún su territorio, pero acabaría siéndolo si ella se salía con la suya. En su condición de Primera Mesa, él se sentía muchas veces como un funambulista, y Lady Di (una entre varios funcionarios supuestamente del mismo nivel conocidos como Segundas Mesas) estaba a la espera de que tropezase y cayera, no precisamente para cogerlo al vuelo, sino para asegurarse de que, una vez en el suelo, ya no pudiera volver a levantarse.

De ahí que él acudiera a ella siempre que surgía un problema gordo, porque así al menos la tenía delante y no a la espalda, presta a asestarle una puñalada trapera.

Por lo demás, Diana Taverner tenía sobrada experiencia en problemas gordos: en su momento había creado más follones a su alrededor que un chimpancé en plena pubertad.

Él la miró merodear por el despacho un momento más y finalmente formuló la pregunta:

—¿Qué sabemos de Dennis Gimball?

Naturalmente, preguntaba si Taverner conocía algún dato sobre el tal Gimball que no fuera de dominio público, teniendo en cuenta que a esas alturas se sabía casi todo sobre él.

Mientras era un simple parlamentario del montón, su nombre sólo afloraba en relación con alguna pelea de bar o una multa por exceso de velocidad, pero luego había encontrado su ventaja competitiva: convertirse en la punta de lanza de la campaña en favor de que el país saliera de la Unión Europea y retrocediera en el tiempo hasta los años cincuenta. Eso lo había convertido en una celebridad. Enseguida, se había dado de baja del partido «con incomparable pesar», como no se cansaba de repetir, aunque eso no le había impedido lanzar agrios ataques personales contra antiguos compañeros, cuyas furibundas respuestas solía citar como demostración de que no eran merecedores de ostentar un cargo público.

Le encantaban las americanas de color granate y los mocasines, y solía perder los estribos delante de las cámaras, lo que lo convertía en una estrella mediática tan peculiar como improbable. Un humorista había comentado que su repentino salto a la fama era como si el perro *Goofy* se convirtiera en protagonista de una historieta de Disney: algo inesperado y decepcionante a la vez. Digamos que lo que tendría que haber sido un *cameo* se convirtió en una carrera en toda regla y se alargó durante unos años que parecieron décadas. Luego, cuando todo terminó, más de un votante desconcertado se preguntó si el referéndum no habría sido un montaje para conseguir que Gimball no volviera a opinar sobre ningún tema una vez alcanzada la victoria. De momento, sin embargo, seguía metido en todos los saraos.

—Bueno —repuso Lady Di—, está claro que Gimball ha encontrado la nueva bandera que andaba buscando.

—Y eso significa que se ha convertido en el crítico número uno de los servicios secretos, ¿correcto?

—Si eso te consuela, dudo que lo haga movido por unos sólidos principios. Más bien se trata de un recurso útil para atraer la atención de la opinión pública.

—¿Sabemos algo de él que preferiría que no supiésemos?

Taverner lo miró con aprobación.

—Estás aprendiendo, Claude. Seis meses atrás te habrías escandalizado ante un planteamiento como ése.

Whelan recolocó la foto de su esposa en el escritorio... y medio segundo después volvió a

dejarla como estaba al principio.

—Hay que adaptarse para sobrevivir —sentenció.

—Voy a revisar su expediente, a ver si hay algún que otro pecadillo que valga la pena airear. La verdad, me sorprendería que se las hubiera arreglado para taparlos todos: su mujer hace que Amy Schumer parezca un modelo de discreción... —Hizo una pausa—. Esto último ha sido una referencia cultural, Claude; haré que te envíen el informe correspondiente.

Whelan esbozó una media sonrisa.

—En su día, esa mujer escribió una columna en la que comparaba a los refugiados con una plaga de tijeretas, ¿no es así?

—Y poco después fue a un *reality show* donde le sirvieron precisamente eso: un plato de tijeretas. No siempre se tiene ocasión de ver al karma dar un buen puñetazo.

—¿Y dijo a qué sabían?

—Sí: dijo que le habían sabido a somalíes. Hay que reconocer que no le preocupa hacer amigos.

De todas formas, con los columnistas solía pasar que, cuanto mayor desprecio mostraran hacia quienes no eran como ellos, más populares se volvían... o más se hablaba de ellos, lo que en el fondo era lo mismo. Digamos que una hipotética lista de personas que habría que ejecutar en pro del interés nacional elaborada por la opinión pública no coincidiría en absoluto con la que efectivamente llegaría a los búnkeres desde donde se dirigen los drones con carga explosiva.

—En todo caso —continuó Lady Di—, para ella no somos más que un palo con el que aporrear al primer ministro, de modo que, en cuanto éste expresó su absoluta confianza en nosotros, o en ti, de hecho, nos convertimos en el enemigo. Se trata de un juego de suma cero, no lo olvides: si el primer ministro hiciera un discurso elogiando a las señoras que se encargan de proteger del tráfico a los escolares, Gimball no tardaría mucho en describirlas como enemigas del Estado y Dodie dedicaría sus próximas tres columnas a enumerar los accidentes de tráfico que han provocado.

Whelan había aprendido de Diana Taverner casi todo lo que sabía sobre la naturaleza traicionera de los que aspiraban al poder, pero pocas veces era tan explícita como aquel día. Por lo general, él tenía que conformarse con verla actuar.

—¿Y cuál es el papel de Zafar Jaffrey en todo esto? —le preguntó—. ¿Deberíamos considerarlo un enemigo de nuestros enemigos?

—¿Quieres saberlo porque la respuesta nos interesa a nosotros o al primer ministro?

El interesado era el primer ministro: unas horas antes, cuando estaban a punto de entrar a la reunión para la que el gobierno había convocado a Whelan, se había acercado a él y, tras llevarlo a un aparte, le había susurrado: «Necesito información sobre Jaffrey. Está limpio, ¿verdad? Lo pregunto porque me han llegado rumores...»

—Dodie Gimball también ha estado machacándolo —le respondió a Taverner—. Siempre que escribe sobre el extremismo islamista acompaña sus artículos con una foto de Jaffrey. No hay que ser psicólogo para ver por dónde van los tiros.

—Bueno, Zafar Jaffrey es negro —comentó Lady Di—. Puede que el matrimonio Gimball no se atreva a decir «que regrese a su país», pero está claro que no están dispuestos a apoyar una coalición multicolor. —Hizo una pausa—. A Jaffrey lo hemos investigado a fondo no sólo nosotros, sino todo el mundo, incluida la policía de transporte y puede que hasta el cuerpo de guardias forestales, y nadie lo ha pillado fabricando cinturones explosivos en el sótano de su casa.

—¿Alguna relación comprometedora?

—Estamos hablando de un político, y tarde o temprano todos los políticos comparten la tribuna con bichos raros porque éstos hacen todo lo posible por compartir la tribuna con ellos. Pero si estuviera metido en algo realmente sospechoso, a estas alturas ya lo sabríamos. Seamos realistas: el hombre tiene cuarenta y tantos años y una polla; si fuera la clase de tío que se deja arrastrar a una encerrona sexual destinada a chantajearlo, ya nos habríamos enterado.

—¿Entonces no hay dudas sobre él?

—Dudas siempre hay —repuso Lady Di—. No sería la primera vez que alguien nos engaña.

—En tal caso, lo mejor será que le echemos otro vistazo, por si se ha metido en alguna cosa rara desde la última vez que lo investigamos —dijo Whelan.

Taverner se lo quedó mirando con una expresión tan inocente y poco calculadora que resultaba obvio que su mente estaba funcionando a toda pastilla.

—¿Por alguna razón en particular? Lo pregunto porque ahora mismo estamos muy ocupados como para ponernos a corregir los deberes que ya habíamos entregado.

El caso era que Westminster no era el único juego de suma cero en Londres, pensó Whelan. Pero no tenía intención de revelarle a Taverner todos los ángulos del asunto, sobre todo cuando ella, simplemente con los ángulos que ya conocía, podía construir todo un poliedro por su cuenta.

—Digamos que queremos hacer limpieza —respondió—. Puedes recurrir a los Perros si quieres: no se les ha pedido que investiguen lo de Abbotsfield ni este último atentado y estoy seguro de que un poco de distracción les vendrá bien.

Lady Di se limitó a asentir.

—Como quieras, Claude.

—Ah, y una cosa más: pasado mañana, en la abadía de Westminster, habrá una misa en memoria de las víctimas civiles de la guerra que, en vista de los últimos atentados, servirá como una especie de homenaje a los muertos recientes. Asistirán muchas personalidades, por lo que tendremos que poner en marcha las medidas de seguridad habituales.

—Pero sin abandonar la búsqueda de los asesinos de Abbotsfield, ¿verdad?

A veces valía la pena dejar que Lady Di dijera la última palabra, aunque sólo fuese para asegurarse de que la conversación había terminado. Whelan asintió con la cabeza y se la quedó mirando mientras salía del despacho.

Una vez a solas, tendió la mano y rozó con los dedos la fotografía de Claire como para impregnarse de su fortaleza y su certidumbre moral.

«Tienes que poner fin a todo esto», le había pedido.

Ojalá las cosas fueran tan sencillas.

Louisa hizo una pausa y se dirigió a la cocina para hacerse un té porque cualquier rato que pudiera hurtarle a la tediosa tarea de revisar listas de usuarios de las bibliotecas era una pequeña victoria en el largo combate de la vida diaria. Shirley se apresuró a seguirla; «demasiado», pensó Louisa.

Había reparado en que su compañera no parecía tan desquiciada en las últimas semanas, pero lo que para otros habría sido una buena señal constituía, a sus ojos, un augurio de problemas inminentes.

—¿Tú de qué lado estás? —le espetó Shirley sin más preámbulos cuando entraron en la cocina.

—Pues, si me apuras, creo que me inclinaría por Daenerys Targaryen —respondió Louisa sin volverse—, no tanto por los dragones, sino por la liberación de los esclavos. Aunque lo de los dragones tiene su gracia, ¿no?

—Lo pregunto porque sé lo que he visto —continuó Shirley—, y me queda clarísimo que iban con intención de cargarse a Ho.

No había forma de eludir esa conversación, así que Louisa reprimió un suspiro y llenó el hervidor de agua.

—¿Te preparo una taza?

Reparó en que era la primera vez que le ofrecía un té a Shirley, pese a que llevaban mucho tiempo trabajando juntas, y sintió un extraño alivio al ver que su compañera ignoraba su ofrecimiento.

—Lástima que no haya llegado a ver la matrícula...

—Eso hubiera ayudado a aclarar lo sucedido —convino Louisa.

—A ver, tú no estabas allí. Todo ha pasado en apenas unos segundos...

—No era una crítica —repuso Louisa, aunque sí lo era.

Shirley era rápida como un rayo en muchas cosas (a la hora de ofenderse por las palabras ajenas, cambiar de humor, comerse un dónut...), pero resultaba que no lo era tanto para recopilar datos.

—Sea como sea, estoy segura de que ha sido un atentado, así que lo más probable es que el coche haya sido robado. Como mucho encontraríamos unos restos carbonizados en algún solar de las afueras: no habría servido de mucho apuntar la matrícula...

—Si tú lo dices.

—Es inútil hablar contigo.

Ya había salido a relucir la Shirley de siempre, con la diferencia de que esta vez no había saltado como una fiera ni se había ido de la cocina dando un portazo para luego emprenderla a golpes con la silla y el ordenador. Louisa sabía que llevaba tiempo yendo a un cursillo para el control de la agresividad, pero aquélla era la primera señal de que la terapia estaba surtiendo efecto, cuando ella había dado por hecho que, con Shirley, tan sólo funcionaría el equivalente femenino de la castración química. Pero, mira por dónde, se había equivocado: milagros de la terapia.

—Si quieres que te diga la verdad —le respondió, ya que la otra continuaba de pie frente a ella —, no tengo nada claro de qué lado estoy.

—¿Y eso por qué?

—Verás. Por un lado, lo más seguro es que Lamb tenga razón: ¿qué probabilidad hay de que Ho esté incluido en una lista de personas destinadas a ser eliminadas? No hablo de una lista cualquiera, sino de una lista hecha por profesionales porque, obviamente, todos los que lo conocen querrían verlo muerto... —Pescó una bolsita de té del interior de una lata abollada—. Por otro lado, si Lamb está equivocado y a Ho le dan el pasaporte... bueno, pues tampoco veo el problema.

—A no ser que hayan querido liquidarlo por ser uno de nosotros —puntualizó Shirley.

—Ho puede ser muchas cosas —replicó Louisa—, pero «uno de nosotros» no es lo primero que me viene a la cabeza, la verdad.

—Tú ya me entiendes. Desde luego, tiene su gracia que esto le esté pasando precisamente a Ho, que es tan gilipollas que ni siquiera se da cuenta... pero ¿y si el que va a por él termina por decidir que lo más fácil es poner una bomba en el edificio? ¿O entrar a saco, armado con una escopeta? ¿Ya has olvidado lo que pasó la última vez?

Louisa no respondió. La última vez que la Casa de la Ciénaga había estado en el punto de mira, Marcus lo había pagado con su vida. Y si ella y Shirley tenían algo en común (aparte de la condición de parias del MI5) era su aprecio por Marcus.

La tetera empezó a hervir lanzando un chorro de vapor en la pequeña cocina. Louisa se encajó un mechón de cabello tras la oreja y se sirvió agua caliente en la taza pero, al ver que Shirley continuaba allí plantada, sintió cierta compasión. Ella misma había sufrido mucho con la muerte de Min Harper, y aunque Marcus y Shirley sin duda no habían sido amantes como ellos dos, sí los unía un compañerismo que era inusual en la Ciénaga. Puede que Shirley no estuviera

sintiendo exactamente lo que ella había sentido, pues no hay dos sentimientos idénticos, pero seguro que era lo bastante similar para que ella pudiera comprenderlo y casi palparlo.

Pero si empezabas a derribar según qué paredes, a saber con qué te ibas a encontrar después...

Miró en la nevera, localizó la leche y le añadió un chorrito al tazón. Era curiosa esa necesidad de seguir sus propias reglas al hacerse un té, por mucho que la bolsita estuviera llena de polvo aromatizado y el agua tuviera un sabor metálico...

Shirley rompió el largo silencio:

—En fin, lo que me estaba preguntando era si... —Y se detuvo.

Louisa se mantuvo a la espera.

—¿Si qué? —preguntó al fin.

—Nada, olvídalo.

—Shirley, ¿qué era lo que te estabas preguntando?

—Creo que voy a vigilar un poquito a Ho.

—¿Para que no le pase nada malo?

—Bueno... sí.

—¿Hablas en serio?

—Por si las moscas: por si vuelve a pasar... tú ya me entiendes.

«Válgame Dios», pensó Louisa.

—¿Y te estabas preguntando si me parece una buena idea?

—No, me preguntaba si querrías ayudarme... —murmuró Shirley.

—Es decir, si estoy dispuesta a dedicar mi tiempo libre a observar a Roderick Ho...

La simple verbalización de semejante chifladura bastaba para contaminar el aire como una ventosidad en un ascensor atestado.

—Sólo durante un par de días, nada más.

Louisa dio un sorbito a su té y pensó que sabría mil veces mejor si, en lugar de agregarle un chorrito de leche, hubiera salido corriendo a esconderse en el despacho hasta que Shirley se fuera a casa.

—Te das cuenta de que eso sería obrar a espaldas de Lamb, ¿no?

—¿Tienes alguna objeción?

—Ninguna en el plano moral —contestó Louisa—, pero no me gustaría estar en tu pellejo cuando se entere.

—¿Y por qué iba a enterarse?

—Cuestión de experiencia. —Se acordó del chirrido y el topetazo que había oído unas horas antes: tenía claro que había pasado algo con un coche, pero no creía que tuviera nada que ver con lo que Shirley pensaba que había ocurrido—. Mira, Shirley. —No le gustaba lo que iba a decir, pero lo hizo igualmente—. Entiendo que estés angustiada, pero creo que no tienes motivos para

estarlo. Lo que sucedió con Marcus, etcétera, fue terrible, claro que sí... pero pasó porque nos vimos mezclados en un embrollo en el que no teníamos nada que ver. Nadie va a por nosotros, ¿por qué iban a hacerlo?

—Ah, entonces tú también crees que soy una histérica —repuso Shirley—: una cocainómana y una histérica.

«Bueno, pues sí, básicamente sí», pensó Louisa.

—No —dijo—, no es eso...

—Sí que lo es. ¡Que te jodan! —repuso Shirley, aunque lo dijo sin levantar la voz.

No daba la impresión de que fuera a empuñar la cucharilla para sacarle un ojo, pensó Louisa, y volvió a decirse que el cursillo de control de la agresividad muy probablemente estaba dando resultados, o al menos eso parecía.

—Bueno, vale, que me jodan.

Salió al pasillo llevándose su asqueroso té pero, cuando iba a entrar en su despacho, River la llamó desde el suyo.

—Louisa, ven a ver esto.

Estaba mirando un vídeo en YouTube, o algo así: un vídeo de aficionado. Cuando ella entró, J. K. Coe, que estaba en el otro escritorio, ni siquiera levantó la vista. Era lo normal: aquel chico se pasaba la vida perdido en el Planeta Coe, un lugar donde reinaba la soledad pero el aire al menos era respirable, de otro modo ya habría muerto de asfixia hacía mucho.

Pero ¿qué era lo que River estaba mirando?

—Por Dios... —susurró Louisa.

—Lo han subido hace unos cuarenta minutos.

En el vídeo, una confusa multitud huía corriendo de una explosión. El atentado había tenido lugar al otro lado de un gran cristal que se había manchado y salpicado de sangre y de algo parecido a pelo de animal... ¿o tal vez eran plumas?

—¿Quién...? ¿Qué es esto? ¿A quiénes han matado?

—A un montón de pingüinos: un salvaje ha lanzado una bomba casera al interior del recinto de los pingüinos en Dobsey Park, cerca de Chester. Catorce bichos han muerto ya, y al resto no debe de quedarles mucho.

El artefacto había caído en el estanque y casi la mitad de los pingüinos se habían sumergido tras él. Los pingüinos son unos animalitos muy curiosos, y esa curiosidad los había llevado directos a la muerte.

—¿Se sabe quién...?

—Aún no. —River cambió de navegador. El portal de la BBC no daba muchos datos, pero mostraba una imagen de la matanza que un visitante había tomado con su iPhone. Aquello parecía la trastienda de una carnicería: pedazos de pingüino por todas partes, incluida una aleta

suelta, aunque en apariencia intacta... Los pingüinos eran muy graciosos cuando caminaban y unos bailarines elegantísimos al nadar, pero si uno los sometía a las más brutales leyes de la física se convertían en un amasijo de carne picada.

Shirley entró en el despacho y su rostro se estremeció ante aquel horror.

—¿Qué coño...? Esto es una puta monstruosidad.

—«El Abrevadero» —leyó River—: así es como llaman al recinto de los pingüinos. Más bien suena a un lugar frecuentado por elefantes, gacelas y demás, ¿no? —preguntó haciendo gala de un mayor conocimiento zoológico del que Louisa le habría atribuido.

J. K. Coe levantó la vista del escritorio y se los quedó mirando un momento, luego se le nublaron los ojos y desvió la mirada hacia la ventana.

Louisa se sentía turbada: doce muertos en Abbotsfield y ahora esto... Se volvió para mirar a Shirley, cuya expresión era de lástima y disgusto, algo asombroso y también inquietante, pues la Shirley que todos conocían habría reaccionado emprendiéndola a puñetazos con las paredes, y no porque fuera una amante de los pingüinos, al menos que Louisa supiera, sino porque todo pretexto para estallar era bienvenido.

Sin poder evitarlo, susurró:

—Shirley opina que habría que vigilar un poco a Ho.

—¿Vigilar que no le pase nada, quieres decir?

—Más o menos —repuso Shirley.

—¿Después del trabajo?

—Nadie va a ir a por él aquí dentro, como no seamos nosotros mismos.

—Sabes que por las noches frecuenta algunos clubes un tanto peculiares, ¿no?

—Me lo imaginaba.

—Y que allí se relaciona con gente parecida a él: gente como Ho... —River hizo una pausa—. Vamos a necesitar trajes antirradiación.

—¿Estás diciendo que te apuntas? —preguntó Shirley.

—Tampoco tengo nada mejor que hacer. —River miró a Louisa y agregó—: Ni tú, ¿o sí?

Louisa se encogió de hombros.

—Vale. ¿Por qué no? Contad conmigo.

4

Cuando le hacían esa pregunta, lo que sucedía a menudo en las entrevistas, Dodie Gimball acudía a la respuesta que tenía preparada:

—Mire, no se equivoque: en casa, quien lleva los pantalones es Dennis.

Lo que en términos generales era cierto, aunque se cuidaba de no mencionar que, de vez en cuando, Dennis también se ponía un vestido de noche rojo bastante exagerado que originalmente le había regalado a ella en su cuarenta cumpleaños y prendas de lencería suyas que, eso sí, reemplazaba escrupulosamente cuando ocurría algún accidente. Era un pecadillo inofensivo, y ella, que de joven sólo había tenido novios educados en colegios privados de élite, ni siquiera se inmutó cuando Dennis sacó a relucir sus particulares manías: él por lo menos no mostraba interés en ponerse un neopreno de submarinista para que ella lo pisoteara después con sus tacones de aguja, práctica que no uno, sino dos antiguos alumnos de Harrow (ciertamente del mismo curso) le habían propuesto como diversión *after hours*.

Puede que los colegios privados de élite tuvieran sus cosas, pero los alumnos al menos salían con nociones sobre los clásicos, una abultada agenda de contactos y conocimientos sobre qué cubiertos había que usar en la mesa, mientras que de los colegios públicos sólo salían químicos de laboratorio y poetas de tres al cuarto. Sólo la incomodaba pensar que, con ocasión de su cuadragésimo cumpleaños, Dennis le había hecho un regalo pensando en su propio placer. Por fortuna, se había puesto el famoso vestido la semana anterior, así que no volvería a usarlo en los próximos días. Ahora, ambos tenían otras cosas en mente. Sentados en la sala de su piso en Chelsea, hablaban de un asunto relacionado con sus respectivos e imbricados intereses profesionales, y no con los placeres a los que se entregaban por las noches con entusiasmo más o menos compartido.

—Y estás segura de que la información es veraz; de que ese hombre...

—Barrett.

—De que ese tal Barrett sabe lo que dice.

No era una pregunta y, de haberlo sido, Dodie ya la había respondido dos veces, pero así era Dennis: cuando estaba procesando información nueva, le gustaba que se la repitieran unas cuantas veces; de este modo, cuando le tocara levantarse sobre los cuartos traseros y regurgitarla ante la opinión pública, no se vería obligado a consultar sus notas ni le costaría dar con las

palabras exactas, hablaría con seguridad y sus palabras sonarían veraces, aunque dieran cuenta de puras fabricaciones.

—Barrett ha trabajado para el periódico otras veces y nunca nos hemos visto obligados a retractarnos —repuso Dodie—. Creo que antes era policía, o al menos da esa impresión. En cualquier caso, es la persona a la que recurrimos cuando hay que hacer cosas de tapadillo, como seguir a alguien, por ejemplo, o enterarse de lo que se está diciendo por ahí. Siempre en aras del interés general, claro.

—Claro.

—Y últimamente ha estado siguiendo al recadero de Zafar Jaffrey.

Zafar Jaffrey, el musulmán predilecto del primer ministro, candidato a la alcaldía de Birmingham y su zona metropolitana y el portavoz perfecto para su comunidad: respetable, razonable, moderado y humano, el primero en condenar el extremismo sin por ello dejar de defender a sus correligionarios musulmanes de los ataques islamófobos. Ésa era, al menos, su imagen oficial, e incluso Dodie reconocía que daba el pego por televisión, pero estaba claro que había un límite a la hora de abrir puertas a la gente de otras religiones (¿estaba mal decir «razas» en este caso?): tampoco se trataba de darles la llave de casa. Además, estaba la cuestión de su hermano menor, que el propio Jaffrey, ciertamente, nunca había tratado de ocultar (aunque tampoco hubiera podido hacerlo), pero que, aun siendo de dominio público, resultaba tan molesta como un forúnculo: el hermanito de Jaffrey se había ido a combatir a Siria y había muerto guerreando en la yihad; o sea, que era un terrorista como los que se dedicaban a ametrallar a inocentes en el moderado Reino Unido.

Dennis cerró los ojos y recitó:

—El recadero de Jaffrey: Tyson Bowman, un antiguo presidiario de treinta y tantos años cuyo historial incluye dos encarcelamientos por agresión. Un tipo peligroso que ahora dice que Alá se le apareció en el trullo y que ha cambiado y se porta bien, pero que sigue llevando en la cara un tatuaje tribal. ¿Me equivoco?

—Lo de «tribal» es preferible que no lo digas, cariño.

—Tienes razón, mejor que no. Por lo demás, la mayoría de los colaboradores personales de Jaffrey están fichados por uno u otro motivo. Porque Jaffrey va de ese palo: defiende la rehabilitación de las personas... —Dennis frunció la nariz: idioteces progres— y en ningún caso negaría que se relaciona con delincuentes convictos.

—Pero Jaffrey no va a estar presente para negarlo o confirmarlo, así que no menciones lo de la rehabilitación y limítate a dejar claro que Bowman ha estado en la cárcel. En todo caso, nuestro amigo Barrett tiene un vídeo donde Bowman aparece visitando un local cutre a más no poder cerca de la catedral de San Pablo; una papelería o algo así, aunque en realidad no es más que una... tapadera. Se dice así, ¿no? El propietario es un tal Reginald Blaine, alias *el Bailarín*, que

tiene conexiones con el hampa, o al menos eso dice Barrett. Se supone que comercia con armas y que está especializado en la falsificación de documentos de identidad.

—¿Y cómo es posible que siga en libertad?

—Cielo, es posible porque vivimos en un mundo plagado de zonas grises. Este hombre seguramente proporciona información útil a las autoridades y éstas permiten que haga de las suyas hasta cierto punto. Pero eso no es asunto nuestro, lo que nos importa son dos cosas: la primera, que comercia con armas y documentos falsos, y la segunda, que el hombre de Jaffrey ha estado haciendo tratos con él.

—Pero no el propio Jaffrey...

—No el propio Jaffrey, claro; por eso precisamente...

—...tiene un recadero —completó Dennis.

Así funcionaban: como un equipo.

La copa de su mujer estaba vacía, así que le sirvió un poco más de vino: un burdeos bastante agradable que había conseguido en una de esas enormes tiendas de vinos de las afueras. No tenía nada de malo que te vieran comprar en comercios frecuentados por el vulgo, siempre que fuera un vulgo más o menos aceptable.

—¿Y tú crees que es preferible airear esta información en un encuentro público? Igual sería menos peligroso hacerlo en el Parlamento.

—Puede que sí, pero no vamos a escondernos bajo las faldas de la Madre de todos los Parlamentos —repuso Dodie—, sino a empuñar la espada de la verdad y a salir a la calle para defender a la ciudadanía.

Dennis levantó su copa para agradecerle el uso del plural.

—Por lo demás —prosiguió ella—, todo esto se puede verificar. La historia aparecerá en mi columna mañana a primera hora acompañada de fotografías que son pruebas incontestables. Jaffrey no nos pondrá una querella ni loco porque, si lo hace, lo dejamos tieso.

Dennis cambió de papel: en vez de seguir sopesando el contenido del discurso que iba a pronunciar, empezó a ensayarlo como quien pone a prueba su contundencia.

—No se puede alegar ignorancia cuando se ha tratado de obtener una identificación falsa, y el hecho de que Jaffrey...

—O su recadero...

—...O su secuaz se haya reunido con un conocido falsificador de documentos menos de cuarenta y ocho horas después de la matanza de Abbotsfield sin duda habla por sí solo.

—«Sin duda exige una explicación» quedaría mejor.

—Sin duda exige una explicación —corrigió Dennis—. ¿Es demasiado pedir que el primer ministro exija explicaciones inmediatas a su asociado?

—Esto último es innecesario —opinó Dodie—. Todo el mundo se va a plantear esa pregunta

por sí solo, créeme. Y si no lo hacen, ya lo haré yo por ellos en mi columna. A todo esto, el primer ministro se habrá quedado hecho polvo por tu declaración de que, tras meditarlo largamente, has llegado a la conclusión de que la mejor forma de servir a tu país...

—En estos momentos difíciles —intercaló Dennis.

—... en estos momentos difíciles... consiste en volver a ingresar en el partido cuyas aspiraciones e ideales siempre has compartido y en trabajar con el mayor brío desde tu escaño en compañía de aquellos a quienes siempre has considerado amigos.

—Un hatajo de niñatos repelentes, si hablamos de la última generación de parlamentarios.

—Aunque no tanto como la chusma de nuestra propia agrupación.

Era verdad: el partido al que Gimball se había unido sólo tenía una razón de ser, pero ésta bastaba para suscitar la división entre sus militantes, en general irreflexivos y poco sofisticados hasta el punto de considerar que una trifulca a puñetazos en un aparcamiento equivalía a un debate político. Sin duda se pondrían furiosos al enterarse de su deserción —o redeserción—, pero las aguas volverían a su cauce en pocos días.

Dennis volvió a levantar la copa para brindar. Esas sesiones de estrategia eran la mar de entretenidas, todo un modelo de planificación cooperativa.

—A ver cómo se lo toma el primer ministro —dijo.

—Fingirá estar más contento que unas castañuelas por el regreso del hijo pródigo, en vez de reconocer que se está meando encima. Justo acaba de declarar que Jaffrey tiene todo su apoyo, y después de mi artículo del otro día...

—¡Muy bueno lo de la «cagada monumental»! ¡Ja, ja, ja!

—...se vio obligado a salir en defensa del jefe del MI5... ¿cómo se llama ese hombrecillo del montón?

—Claude Whelan.

—Así que el musulmán domesticado predilecto de los medios y del propio primer ministro es en realidad un bicho de cuidado y el responsable de investigar su entorno no hace bien su trabajo. Se diría que el primer ministro no da una, ¿verdad?

—Y que ya va siendo hora de sustituirlo.

—¿Y quién mejor que el héroe del referéndum? Querido, en la política no abundan los finales felices, pero éste va a ser motivo de alegría durante muchos años.

Como tantos otros articulistas de prensa, como tantos otros políticos, ambos creían sinceramente que la gente los quería.

Dennis Gimball se terminó su copa de vino, se puso de pie y se desperezó.

—Muy bien —dijo—. Miel sobre hojuelas. Si no te importa, voy a salir un momento a... a dar un paseo... a comprar el periódico.

—Que no te hagan una foto fumando, cielo, o saldrá en primera plana. Dijiste públicamente

que lo habías dejado, ¿recuerdas?

—Tampoco es que lo prometiera en el programa electoral.

—Ese chiste tuvo cierta gracia la primera vez, pero no hace falta que lo repitas. Si vas a fumar, fuma en el jardín, y asegúrate de que nadie está mirando.

A veces, pensó Dodie, su marido era como un niño pequeño.

Mientras él estaba en el jardín, ella aprovechó para echar un vistazo a la agenda y revisar los detalles del encuentro público que tendría lugar esa noche en el distrito electoral de Dennis. Mantener ese tono local era deliberado: la fuerza de Dennis radicaba en su capacidad de tolerar a la gente vulgar y fingir ser tan poco importante como ellos, y en ese momento de su carrera política eso era más fundamental que nunca. Cuando hiciera el anuncio estaría en campo propio, frente a su gente y a los medios adictos. Sus seguidores tendrían la sensación de formar parte del momento y la subsiguiente oleada de entusiasmo reforzaría su posición durante los próximos meses. En paralelo, dicho entusiasmo sería desastroso para el primer ministro, un idiota amigable que cada vez parecía menos amigable y más idiota. En efecto, el primer ministro se comportaba de forma cada vez más estúpida. A la hora de formar gobierno se había rodeado de sus amigos de toda la vida, de modo que los consejos de ministros parecían una reunión de antiguos compañeros de escuela y, para colmo, él no parecía darse cuenta del resentimiento que generaba esa situación. No obstante, el viento había empezado a soplar en otra dirección y era posible que pronto se viera en la calle, tiritando.

Todo eso tenía su gracia, por cierto. No estaría de más tomar notas para el próximo artículo: «...el viento había empezado a soplar...»

Apuró la copa y se concentró en el siguiente apartado de su agenda: cómo vestirse para el encuentro público. Se pondría algo sobrio, nada llamativo, que rezumara clase y categoría... justo lo que le faltaba a aquel vestido de noche rojo, la verdad. Pero mejor no decírselo a Dennis: hasta los matrimonios mejor avenidos tenían secretos.

• • •

Pasadas las cinco de la tarde, las escaleras de la Casa de la Ciénaga se volvían de una sola dirección y, salvo raras excepciones, conducían a todo el mundo hacia la puerta. Pero Shirley tenía la última sesión de CPA a las seis y necesitaba una media hora para llegar hasta allí a pie (por cierto, una de las cosas más cargantes de tener la ira controlada era que, al no emprenderla a patadas contra ningún objeto, se podía caer en la tentación de ponerse tacones), lo que le dejaba tan sólo otra media hora inaprovechable para la misión que ella misma se había encomendado: seguir a Roddy Ho y ver qué reptiles se arrastraban a su vera, una misión que la atraía hasta tal punto que incluso se había olvidado de que llevaba una papela de coca en el bolsillo.

Pero de pronto se acordó, como suele ocurrir en esos casos.

¿Y si esnifaba un poco? Así empezaría la noche a tope. Nunca antes había tomado farlopa antes de una sesión de CPA, salvo una o dos veces, y había seguido adelante con el maldito cursillo, ¿no? Aunque era verdad que la habían obligado a asistir a más sesiones de las estipuladas en un principio...

Bueno, igual no era buena idea ponerse a esnifar coca.

Tocaba quedarse allí sin hacer nada: alargar esa mierda de jornada otros treinta minutos a sabiendas de que River Cartwright y Louisa Guy estarían ocupados en ese mismo momento con una misión que en realidad era de ella... ¡ya sólo le faltaba perderse toda la acción! En una de ésas, los malos se cargaban a Ho de una forma interesante y ella se lo perdía. Si eso pasaba, le daría algo...

Y aún le quedaban veintiocho minutos a solas en la Ciénaga, excepto por...

Por Lamb y Catherine.

Desde hacía algún tiempo se le había ocurrido algo para lo cual nunca se había presentado la ocasión, a lo mejor porque esa ocasión no existía. Sin embargo, ése era un buen momento para ver si existía o no. O eso o seguir sentada contando los minutos añadidos a aquella jornada interminable...

A tomar por culo.

Se levantó, salió del despacho y enfiló las escaleras en dirección contraria a la que cabía esperar.

—¿Cómo es que Ho vive en una casa? —preguntó River.

—¿Y qué esperabas? ¿Que viviera en una caja para pizzas?

—Sabes lo que quiero decir.

Sí, Louisa lo sabía: a River le sorprendía que Ho viviera en una casa con todas las de la ley. No en un apartamentito de tres al cuarto, sino en una casa londinense de verdad, con su puerta a la calle, su tejado, etcétera. El propio River vivía en un minúsculo estudio del East End con vistas a una calle llena de negocios cerrados para siempre donde todas las noches se oía la misma canción de cuna: peleas de borrachos, y donde, para rematar, le subían el alquiler cada tres meses. Louisa tenía una vivienda en propiedad (también un apartamento), pero a muchos kilómetros de la ciudad; tan londinense, pues, como los aeropuertos de la capital. Y ahora resultaba que Ho vivía en una casa, o al menos eso parecía; no en el barrio más vistoso ni limpio de la ciudad, pero bueno, una puta casa al fin y al cabo.

—¿El Banco de Papá y Mamá? —aventuró Louisa.

—Probablemente. Y tiene uno de ésos allá arriba... ¿cómo los llaman?

—Un añadido.

Se refería a una galería en la segunda planta cuya pared exterior estaba en gran parte acristalada. Los huecos entre las cortinas permitían ver estantes llenos de aparatos, supusieron que para tocar música electrónica o navegar por la red. La galería estaba iluminada y Ho (u otra persona) estaba paseándose por ella.

—Creo que una vez me habló de esa galería —comentó ella.

—¿Ho te habló de su casa?

—Eso creo.

—¿Y tú pusiste atención?

—Soy una espía, ¿recuerdas?

Sin ir más lejos, en ese momento estaban en el coche de Louisa, ocupados en espiar, aunque también comiéndose un par de hamburguesas en sus recipientes de porexpán y una ración compartida de gruesas patatas fritas con queso fundido que suscitó una pequeña discusión más o menos estresante («No hace falta que les pongas más sal: ya tienen sal») que probablemente había reducido, para ambos, el placer derivado de comerse media ración de gruesas patatas fritas con queso fundido. Ho llevaba una hora en casa, y a estas alturas ya habían decidido que, si seguía allí toda la noche sin que ocurriera nada, lo siguiente que harían sería tirar a Shirley de un puente a primera hora de la mañana.

El coche apestaba a fritura, Louisa bajó la ventanilla.

—Hablando de casas —dijo River.

—¿Qué?

—El otro día fui...

—¿A la casa de tu abuelo?

River asintió.

—Qué raro que él no estuviera, ¿no?

—Me sentí como si fuera la primera vez que estaba a solas en esa casa. Seguramente no es cierto, pero tuve esa sensación.

Se había sentido como si estuviera colándose en el pasado de otra persona: los libros, los abrigos en la percha, las katiuskas junto a la puerta posterior... Él se había marchado de allí diez años atrás, y sin duda quedaban restos de su presencia (algún que otro desconchado en los zócalos de las paredes, cajas en el desván, estanterías con lecturas adolescentes), pero ahora era sólo la casa del Viejo Cabrón, igual que en su día había sido la casa del Viejo Cabrón y de la abuela Rose. Al recorrerla se había sentido fuera de lugar, como si alguien hubiera dedicado un museo a sus abuelos, aunque olvidándose de añadir placas y cartelitos. Se sorprendió a sí mismo tocando diversos objetos, tratando de insertarlos en una cronología que sólo conocía a medias.

—¿Y qué va a pasar con la casa?

—¿A qué te refieres?

Louisa apartó la vista un segundo y luego volvió a mirarlo a los ojos.

—Tu abuelo no va a vivir eternamente, River.

—No, claro.

—¿Eres el único heredero?

—La descendiente directa es mi madre.

—Pero ¿te parece probable que vaya a dejarle la casa en herencia?

—No lo sé. Supongo que no.

—Bueno, pues eso.

—Tampoco es que yo esté esperando a que el viejo...

—Lo sé.

—...se muera. No es que esté...

—Lo sé.

—...contando los días que le quedan. Pero es cierto: lo más seguro es que me caiga en herencia. Y me vendrá bien, claro: vivir en Londres es carísimo. Aunque, si quieres que te diga la verdad, preferiría que el viejo siguiera con vida, incluso ahora que tiene la cabeza llena de pájaros la mayor parte del tiempo.

—Lo sé —repitió Louisa apretando el recipiente de porexpán, que chilló bajo la presión de sus dedos como una foca al recibir un garrotazo o uno de esos pingüinos masacrados por alguien que sólo podía ser un loco. Reflexionó un instante sobre si un atentado cuyas víctimas no eran mamíferos debía contarse como una acción terrorista y luego susurró—: Ahí lo tenemos. —Ho acababa de salir de casa y estaba subiéndose a un Uber—. Hagan juego, señores —añadió, arrancó y empezó a seguir al coche.

• • •

Lamb estaba enroscado como el muelle de un viejo somier oxidado. Semidespatarrado en la silla, con los ojos cerrados, un pie en el escritorio y un cigarrillo expirando en la mano derecha. A través de un hueco en la camisa mal abotonada, Shirley veía su barriga subir y bajar. El humo del cigarrillo formaba una espiral gris azulada que se deshacía en jirones al chocar contra el techo.

Fuera aún era de día (apenas comenzaba a atardecer), pero Lamb se regía por su propio reloj biológico. En su despacho (una zona muerta), siempre era el momento en que te despiertas sobresaltado, con el corazón a mil por hora y con todos tus problemas personales esperándote junto al lecho. Shirley estuvo a punto de dar media vuelta y enfilar las escaleras en dirección contraria: hacia abajo y al exterior, pero la ventana de oportunidad se estrelló de golpe.

—Si has venido para pedirme un aumento de sueldo —dijo él con los ojos aún cerrados—,

piensa que soy como tu Papá Noel particular.

—¿Vas a aumentarme el sueldo?

—No, voy a decirte: «Jo, jo, jo.»

—No he venido a pedir un aumento de sueldo.

—¿Unas vacaciones, quizá? La respuesta es la misma.

—Marcus tenía una pistola —dijo Shirley.

Sus palabras hicieron que Lamb abriera un ojo.

—Anda, eso sí que no me lo esperaba —reconoció.

—¿Puedo quedármela?

—Claro, ¿por qué no? Está en un estante de por ahí. —Señaló un rincón con un brusco movimiento de la cabeza—. Sírvete tú misma.

—Lo dices en broma, ¿verdad?

—Pues claro que es una puta broma. En su día no me leí todas esas mierdas sobre mis competencias como jefe, pero es evidente que no estoy autorizado a armar a mi personal por el simple hecho de que se aburra. Más de una cadena de grandes almacenes se fue a la quiebra por no tenerlo en cuenta.

—Yo no me aburro.

—¿Ah, no? Pues me lo tomo como una crítica directa a mi liderazgo.

—Sí que me aburro —se corrigió Shirley—, pero no es la razón por la que quiero quedarme con la pistola de Marcus.

—Si necesitas un pisapapeles, roba una grapadora de algún otro escritorio: es lo que hacen todos.

—En Regent’s Park hay una armería.

—En Regent’s Park también hay gimnasio y spa. Por haber, hay hasta una guardería, ¿qué te parece? Si tanto te interesaba contar con las prestaciones que el servicio ofrece a sus empleados, haberlo pensado antes de joder hasta el fondo tu carrera profesional. —Bajó el pie del escritorio tirando al suelo unos cuantos papeles seguramente de poca importancia. Alargó el brazo y aplastó la colilla contra el fondo de una taza de té—. No sé ni por qué tengo que explicártelo, la verdad. Pero si mi decisión te molesta, hay impresos para comunicar tus quejas a las altas instancias. Por ahí andarán.

—Si nos vemos metidos en un follón como la última vez —dijo Shirley—, no quiero verme obligada a esconderme detrás de una puerta que parece de cartón. Cuando aquel espía chiflado entró a saco en el edificio tuvimos que hacerle frente armados con un hervidor eléctrico y una silla.

—Dander, siento dar la impresión de que me importa, pero tú eres una cocainómana con malas pulgas y la mecha muy corta. Proporcionarte un arma de fuego cargada sería como darle una caja

de cerillas a una niña de tres años; sin duda sería divertido durante diez minutos, pero los de recursos humanos me darían el toque antes de que pudiésemos decir «joder, aquí huele a chamusquina». Por no hablar de todo el papeleo necesario, y mira que no me gusta quejarme de eso, pero el hecho es que Standish últimamente me hace firmar como quince papeles al día. —Contempló su mano y esbozó un gesto de dolor—. Algo me dice que estoy desarrollando una lesión por esfuerzo repetitivo.

—Pues nadie lo diría —repuso ella—. Y el propio Marcus no debería haber tenido esa pistola: no está permitido.

Lamb fingió quedarse estupefacto.

—¿Quieres decir que si lo hubieran pillado con la pipa en el cajón podrían haberlo denunciado por tenencia ilegal?

—Eso mismo.

—Pues el amigo se libró del pelotón de fusilamiento, ¿eh? Lástima que luego fuera incapaz de repetir el truco.

Durante medio minuto, Shirley se lo quedó mirando sin pestañear, pero Lamb había adoptado la más benévola de las expresiones (semejante a la de un jabalí tras el coito o algo así), y daba la impresión de ser capaz de sostenerle la mirada hasta el pedo final y, dado que la capacidad de expulsión gasística de Lamb era formidable, podían pasar años hasta que llegara ese momento.

Después de este breve encuentro, la sesión de Control de la Puta Agresividad de la noche iba a ser pan comido.

—¿Y qué pasa si alguien vuelve a atacarnos? —preguntó a modo de despedida.

—Hice que compraran un hervidor eléctrico nuevo, ¿no? —recordó Lamb volviendo a cerrar los ojos—. No hagas mucho ruido al bajar por las escaleras, por favor: algunas personas somos hipersensibles.

A todo esto, en Regent’s Park estaban comunicando las órdenes impartidas por las altas esferas.

«Jaffrey está limpio, ¿verdad?», le había dicho el señor primer ministro a Claude Whelan. «Lo pregunto porque me han llegado rumores...»

—El Primera Mesa quiere asegurarse de que Zafar Jaffrey es... fiable —dijo entonces Lady Di dirigiéndose a Emma Flyte.

«No hay nadie fiable», pensó Flyte. «Estamos hablando de políticos, no de artículos de ferretería.»

—¿Cuándo quiere saberlo?

—Hace diez minutos —contestó Lady Di—. ¿Qué haces ahí parada?

Entre ellas había cierta mala sangre (ninguna de las dos se había sentado, por ejemplo),

aunque no tanta como cabía suponer. En todo caso, Emma Flyte, nacida con la maldición de una belleza física excepcional, estaba acostumbrada a la hostilidad de uno y otro sexo, aunque ésta se manifestara habitualmente de un modo solapado. En ese entendido, el franco rechazo de Lady Di resultaba tranquilizador y, por lo demás, Flyte tenía el respaldo de Claude Whelan, motivo por el que seguía siendo la Perro en Jefe, esto es: la directora de la policía interna del servicio, una sección del MI5 que históricamente se había convertido, una y otra vez, en un pequeño cuerpo privado centrado en la satisfacción de los implacables antojos personales de la o el Primera Mesa de turno. Sin embargo, bajo el mando de Flyte la policía interna se había convertido en lo que inicialmente era, o en lo que se suponía que debía ser: una sección imparcial destinada a perseguir y eliminar los comportamientos inaceptables en el seno del servicio; o sea, en pocas palabras: destinada a dar caza a los espías que hacían trastadas. Flyte normalmente se mostraba inquebrantable a ese respecto, lo que era el principal motivo de fricción con Taverner, pero de vez en cuando estaba dispuesta a dar su brazo a torcer, al menos un poco, y no como moneda de cambio por el apoyo de Whelan, sino como una forma de reconocer tácitamente que, cuando Regent's Park tenía problemas, todos remaban en el mismo barco. Y después de lo sucedido en Abbotsfield, Regent's Park tenía problemas.

Y además, Lady Di (una profesional como la copa de un pino) nunca dejaba entrever su animosidad a no ser que fuese totalmente necesario... o tuviera ganas de hacerlo.

De manera que Flyte sencillamente respondió:

—Sólo estaba planteándome por dónde empezar, señora.

Y se fue para ponerlo todo en marcha. Lo primero era hablar con Devon Welles para que recabara toda la información disponible y la pusiera al día.

Al igual que ella, Devon procedía del Cuerpo: de la policía de verdad, así que sabía cuándo tenía que cumplir órdenes, cuándo no valía la pena y, sobre todo, dónde se encontraba el pub más próximo. Esta vez le bastaron cuarenta minutos para identificar los hilos de la madeja que el servicio había urdido en torno a Zafar Jaffrey: dos informes completos elaborados en su día y un puñado de informes parciales subsiguientes.

—Son muchos informes para un político de medio pelo —observó ella.

—Serían muchos para un político de medio pelo blanco como la leche —la corrigió Welles—. Pero, aparte del alcalde de Londres, Jaffrey es la figura política musulmana más destacada del país, y estos dos informes completos se elaboraron antes de que apareciera en público estrechándole la mano al primer ministro: como sabemos, a éste no le interesa ser visto magreándose con alguien considerado peligroso.

—No sé si es apropiado que digas eso de «blanco como la leche» delante de mis narices.

—Pues yo no me he molestado cuando antes has pedido un café negro delante de las mías. —Se encontraban en la cantina, escenario de muchos encuentros que, o no eran privados en

absoluto, o lo eran tanto que convenía fingir lo contrario. Welles siguió a lo suyo—: Nuestra gente estuvo investigando a toda la familia de Jaffrey hace tres años, cuando el hermano se fue a Siria y, más tarde, cuando él anunció que se presentaba como candidato a la alcaldía. Al final salió con... bueno, nadie llega a salir con matrícula de honor, pero resultó que estaba limpio en lo fundamental. Su familia es de clase media, aunque él es un hombre del pueblo. Y se le da bien hablar por la tele: es muy resultón. En una entrevista... supongo que la viste... rompió a llorar ante la cámara al explicar que él y su familia no habían sabido ayudar a su hermano y que era importantísimo que las familias musulmanas del Reino Unido no les fallaran a sus hijos. Después de esa entrevista fue invitado a incorporarse a varias comisiones, apareció en el programa *Question Time*, donde respondió a las preguntas de un modo impecable, y se las arregló para que lo nombraran asesor especial del primer ministro. Esto es lo que hay.

—Háblame de su hermano.

—Se llamaba Karim y era bastante más joven, doce años o así. Se radicalizó sin que nadie se diera cuenta: malos contactos en internet, más que nada, y obviamente no me refiero a problemas técnicos. Se involucró en un par de foros que más tarde cerramos. Su familia sólo se cayó del guindo cuando Karim subió un vídeo grabado en Siria, y la última vez que supieron de él fue cuando un dron lo envió al otro barrio en compañía del jefazo al que le estaba cubriendo las espaldas. En Siria es fácil hacer amistades peligrosas.

—Lo tendré en cuenta para no ir allí de vacaciones. ¿Qué sabemos de su entorno?

—Jaffrey trabaja con muchos jóvenes radicalizados, con antiguos radicales en recuperación, quiero decir. Los pone a dar charlas en los colegios, a escribir blogs y grabar pódcast, y a algunos incluso los contrata como colaboradores personales, así que tenemos un montón de informes sobre estos jóvenes, lo que equivale a decir que tenemos más setos que el laberinto de Hampton Court. Ése sería el resumen, pero es evidente que...

—Que nadie quiere jugarse su carrera profesional afirmando que todos ellos son intachables.

—Por ahí van los tiros. —Welles hizo una pausa—. Otra cosa: justo acabo de hablar con un antiguo contacto, uno de esos reptiles de la prensa.

—¿Has estado hablando con un periodista?

—Cuando triunfe la revolución digital hablaremos con ellos todos los días, como tiene que ser, para indicarles que nos pongan patatas fritas con la hamburguesa. Entretanto, a veces son de utilidad. Éste del que te hablo trabaja en el mismo periódico que Dodie Gimball, y parece que ella acaba de escribir un artículo donde dice que Jaffrey se relaciona con cierto... en fin, con un individuo sospechoso que trafica con armas y documentos falsos. Dodie suma dos más dos y apunta al terrorismo, y no sólo eso, sino que sugiere una vinculación directa entre Jaffrey y el grupo responsable de los asesinatos en Derbyshire.

—Pues qué bien —comentó Emma Flyte—: no hace ni diez minutos que me han encargado

confirmar que nuestro hombre está tan blanco como la leche y ahora resulta que lo vinculan con una masacre.

—Diez minutos no, una hora, o casi —puntualizó Welles—, y no sé si es apropiado que digas lo de «blanco como la leche» delante de mis narices.

—Y eso que todavía no sabemos quiénes cometieron la masacre de Derbyshire. ¿Cómo se ha enterado Gimball de todo eso?

—Da lo mismo: tiene un cargamento de mierda y se dispone a volcarlo encima de nosotros, eso es todo. Dodie está casada con el parlamentario antieuropeo por excelencia, y seguramente tiene sus propias motivaciones secretas, que desconocemos por completo.

—Todo el mundo tiene sus motivaciones secretas —rezongó Flyte, que terminó de beberse el café y se levantó—. Gracias, Dev. Sigue mirando por ahí.

—Lo haré.

Dicho esto, Flyte se marchó a hablar con Lady Di.

Catherine conectó el hervidor y, mientras esperaba, aprovechó para limpiar una mancha en la encimera de la cocina. Siempre había una cosa u otra. No mucho tiempo atrás estaba convencida de que pronto abandonaría la Casa de la Ciénaga para siempre, y durante esos pocos meses la vida le había resultado más o menos grata: las noches seguían a las tardes y las tardes a las mañanas, y en todo ese tiempo ella no había bebido ni una gota. Aun así, las horas se le hacían eternas: para una alcohólica puede haber cosas peores que la abundancia de tiempo libre, pero tampoco son tantas. Su piso era un modelo de orden rayano en la caricatura. Para dedicar tiempo a la limpieza, primero se veía obligada a ensuciarlo y a desordenarlo un poco. En cambio allí, en la Ciénaga, la suciedad y el desorden eran lo normal: siempre había una cosa u otra.

Además, no todas las manchas desaparecían. No mucho tiempo atrás, en la Ciénaga habían muerto tres personas, lo que hasta el propio Lamb consideraba excesivo para una tarde de día laborable. Habían perdido a un compañero, y también habían muerto un antiguo espía y un prisionero... asesinados a tiros. Probablemente, ella había sido la única que lamentó la muerte del prisionero, no tanto porque hubiera perdido la vida como por la forma en que había muerto: J. K. Coe había cometido un asesinato y ella estaba convencida de que esas acciones tenían consecuencias, y no por motivos religiosos ni por algún tipo de creencias espirituales, sino porque la amarga experiencia le decía que las cosas malas iban siempre seguidas de más cosas malas. Los círculos tradicionalmente eran viciosos, aunque ella tenía la sospecha de que las demás formas geométricas también eran de armas tomar, con la diferencia de que tenían mejor prensa.

Terminó de limpiar, preparó dos tazas de té y las llevó, junto con la bayeta, al despacho de

Lamb, situado en el último piso.

El jefe se revolvió en la silla al verla entrar.

—¿No me digas que he establecido una política de puertas abiertas? Habrá sido por accidente y, en todo caso, no me refería a mi puerta, sino a las de todos los demás.

Catherine dejó las dos tazas en el escritorio, del que apartó un calcetín solitario y un peine al que faltaban tantos dientes como para requerir dentadura postiza. En la silla de invitados había un recipiente de cartón vacío que había contenido bocadillos, lo cogió y limpió el asiento con la bayeta. Luego se sentó.

—¡Ni que estuviera visitándome la familia real! —gruñó él—. Si tu culo es tan delicado, ¿cómo se explica que esté pegado a tu cuerpo? En fin, sea como sea, ¿qué es lo que andas buscando? Aunque no sé por qué lo pregunto: lo tengo bastante claro.

—Alguien trató de atropellar a Roddy.

—Ya. Igual te has quedado dormida durante la reunión de esta tarde: hemos hablado del tema en el turno de ruegos y preguntas.

—Y tú has dicho que eso no era lo que había pasado.

—Lo que he hecho es subrayar que Dander es una farlopera medio imbécil —se defendió él—. Es un detalle sutil, soy consciente, pero la sutileza siempre ha sido mi fuerte.

Se tiró un pedo y cogió la taza de té.

—Por simple curiosidad, ¿eres capaz de hacer eso a voluntad? —preguntó Catherine sin poder evitarlo.

—¿Hacer qué?

—Nada, cosas mías. Así que en realidad te crees lo que nos contó Shirley, a pesar de sus problemas personales... —Lamb sorbió el té haciendo un estrépito que no habría deshonrado a un cerdo—. Y sin embargo le hiciste pensar que no te tragabas una sola palabra.

—Por Dios, Standish... —Lamb abrió el cajón del escritorio. Catherine sabía perfectamente qué era lo que iba a sacar y, en efecto, ahí estaba: una botella de whisky escocés Talisker. La abrió y vertió un chorro interminable en la taza, lo suficiente para una semana entera—. A ver si eres capaz de completar lo que sigue: tras haber recibido información sobre la existencia de una amenaza creíble para la integridad de un agente...

A ella se le hizo la luz.

—Entendido.

—Bueno, eso que acabas de decir no es exactamente lo que sigue.

Catherine no veía la forma de escaparse de la encerrona.

—«Es obligatorio redactar un informe de lo sucedido y enviarlo al superior del centro más próximo (operaciones).»

—He podido oír incluso el paréntesis que has incluido —celebró él—. Pero, dime, ¿cuál es el

centro más próximo?

—El de Regent’s Park.

—El de Regent’s Park. Y bien, la Norma de Servicio vigente número... ahora no me acuerdo...

—«Veintisiete (tres).»

—Gracias. La norma obliga a redactar el informe completo de lo sucedido y enviarlo a Lady Di Taverner, quien, sin duda, a su vez le enviará una copia a Claude Whelan. Para ser un servicio supuestamente secreto, hay un montón de cosas por triplicado. —Lamb miró la taza donde antes había habido té y se echó un lingotazo al gaznate—. Uf, así está mejor... Por fortuna, la Norma de Servicio vigente número veintisiete tres queda sin efecto cuando estamos hablando de las reglas de Londres. Y bien: ¿cuál es la regla número uno?

Ahuecó la mano tras su gigantesca oreja.

Las reglas de Londres no estaban escritas, pero todos conocían bien la número uno.

—Cubrirte el trasero.

—Justamente. —Lamb eructó con orgullo—. Menciono todo esto porque, en fin, no sé si te habrás fijado, pero los de Regent’s Park no se hacen precisamente pajas al pensar en la Casa de la Ciénaga. De hecho, a muchos les gustaría meternos a todos en un saco, amarrarlo y tirarlo al Támesis. —Negó con la cabeza consternado por su nula popularidad y luego sacó un cigarrillo de alguna parte y lo encendió—. Por consiguiente, si se da la oportunidad de que escriban memorandos sobre nosotros, nos interesa abortar dicha oportunidad antes de que la lleven a la práctica. Dime si estoy hablando demasiado deprisa.

—Tu rapidez nunca deja de impresionarme —repuso Catherine—. Para el tamaño que tienes, quiero decir. —Agitó la mano en el aire para librarse del humo y añadió—: ¿Alguna vez has pensado en dejar de fumar? Igual vivirías más tiempo.

—¿Y para qué?

—También es verdad. En fin, si lo he entendido bien, estás diciéndome que lo que ha llevado a que otros pongan a Roddy en el punto de mira también nos sitúa en la línea de tiro de Regent’s Park.

—Pero tan sólo si se enteran del asunto.

—¿Qué es lo que Roddy puede haber hecho... o visto?

—Eso sólo Dios puede saberlo. Igual se bajó los archivos porno del arzobispo de Canterbury. Sea lo que sea, dudo que sepa que lo ha hecho. Hay algo en él que... A veces es... ¿cómo decirlo?

—¿Un tanto introvertido?

—No, un tonto del culo. Lo suficiente para no darse cuenta de que a veces ha pisado mierda ajena y va salpicando por todas partes.

—Hoy ya se ha ido a casa —indicó Catherine.

—Lo sé: he notado que el promedio de inteligencia en la casa aumentaba considerablemente.

—¿Y qué pasa si vuelven a intentar cargárselo?

—A juzgar por el intento de esta mañana, lo más probable es que esos sicarios terminen saliendo en uno de esos vídeos recopilatorios de cagadas y estropicios. Menos mal que no están en nuestro bando; si lo estuvieran, ya los habrían asignado a la Ciénaga.

—¿Entonces no hacemos nada?

—Por mi parte, no pienso hacer mucho, pero si crees que nuestro pequeño grupo de mongolos va a pasar por alto la oportunidad de montar su propia operación privada será porque ya ni te acuerdas de cómo huele la testosterona. Hace un momento, Dander ha pasado por aquí pidiéndome una pistola.

—¡No se la habrás dado!

—He estado tentado de hacerlo. Estaba a punto de irse a ese cursillo para el control de la agresividad, ¡imagínate que se presenta armada! —Los ojos le brillaron al pensar en los titulares de prensa. Se acercó y dejó caer la ceniza del cigarrillo en la taza de Catherine—. Gracias, muy amable.

—Algo me dice que viviríamos mejor si pudiésemos confiar en Regent's Park.

—El hecho es que Claude Whelan no tiene previsto enviarme una felicitación por Navidad puesto que estoy al tanto de que iba metiendo la polla donde no debía: estamos hablando del mismo Whelan cuyo matrimonio es modélico a más no poder, la envidia de todos los miembros del servicio. —Sonrió con lascivia—. Por lo visto, el hombre considera que su esposa es una santa, lo que significa que la pobre tan sólo se pone de rodillas cuanto está en misa. No sé si pillas la idea.

—Sería difícil no pillarla.

Lamb estaba a punto de responder con un juego de palabras, pero fue víctima de un ataque de tos tan fuerte que no sólo su cuerpo se estremecía, sino el de los muertos que había acompañado a la tumba. Incluso el escritorio empezó a temblar. A Catherine no se le ocurrió otra cosa que contemplarlo en silencio mientras pensaba en lo que haría si se moría de repente, lo que en aquel momento no parecía descartable. «En fin», dijo una voz en su interior, la misma que le impedía meter una botella de vino en el cesto del supermercado cuando hacía las compras de la semana, «ya hubo otro jefe que murió delante de tus narices». Tampoco es que ella se hubiera propuesto coleccionarlos pero, si éste también fallecía, probablemente lograría salir adelante una vez más.

Su instinto acabó por imponerse, sin embargo. Fue a su despacho y volvió con un vaso limpio, una botella de agua y una caja de pañuelos de papel. Le sirvió un poco de agua a Lamb y le pasó los pañuelos. Él agarró un puñado y hundió la cara en ellos. Luego, cuando la tos empezó a ceder, se bebió el vaso de agua de un tirón.

Estaba limpiándose la saliva de la barbilla cuando ella le preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que te hiciste una revisión médica?

—Ya sabes que tenemos derecho a una revisión anual.

—Sí, pero ¿cuándo te la hiciste por última vez?

—Ha sido un pequeño acceso de tos, ya está olvidado.

—Fumas demasiado, bebes demasiado. Yo creo que por las noches no duermes, sino que te desmayas. ¿Alguna vez haces ejercicio...? Déjalo, no hace falta que respondas.

—Mi cuerpo es un templo para mi espíritu —citó Lamb.

—Curioso punto de vista —apuntó ella—. Y entonces, ¿cómo se explican tus hábitos? Porque parecen dictados por los talibanes.

Lamb soltó un gruñido y Catherine volvió a levantarse.

—Y bien, ¿por dónde íbamos? Aquí está pasando algo y no sabemos de qué se trata, pero sí sabemos que uno de los nuestros está metido hasta las narices en el asunto. Y mientras tanto, el país se encuentra en alerta roja. ¿Todo esto tiene algún sentido para ti?

—Casi todos los días tengo la sensación de que mi vida es un bucle.

—Un bucle que se va a acabar de golpe como no hagas algo de ejercicio.

Catherine se dio la vuelta y fue a ponerse el abrigo.

Sentado en la oscuridad, Lamb se sirvió otro trago.

Instantes después, encendió un nuevo pitillo.

5

Ho no podía haber elegido el local, concluyeron, porque en vez de sonar una música que exprimiera el cerebro como una prensa de sidra exprime una manzana se sucedían antiguos éxitos de una lista que bien podía llamarse «Vuelta al colegio».

Estaban en uno de los reservados de un altillo con vistas a la pista de baile y a Roddy Ho, que formaba parte de un grupo situado en un extremo de aquel amplio espacio. Él no los había visto porque estaba distraído con sus compañeros y además llevaba gafas de sol. Esto último les había parecido el colmo, y a punto estuvieron de abandonarlo a su suerte, acaso mortal, pero River terminó por argüir que aquello no sería justo para Shirley.

—¿Y desde cuándo te importa un carajo lo que Shirley pueda pensar?

River se encogió de hombros.

El club estaba en Stockwell. Después de que el Uber lo dejara en la puerta, Ho había estado paseando arriba y abajo por la acera durante cuarenta y siete minutos, enviando mensajes de texto mientras Louisa daba vueltas a la manzana sin que él se diese cuenta. Había dejado a River en un cruce de calles cercano, donde Ho habría podido descubrirlo fácilmente si hubiese mostrado el más mínimo interés por su entorno. «Si hubiera querido matarte, ya estarías muerto», pensó River. Lo que probablemente no se ajustaba del todo a la verdad porque River había tenido ganas de matarlo un montón de veces y su miedo visceral a ser encarcelado siempre había acabado por imponerse.

Después de una larga espera, un taxi se detuvo frente al club y bajaron unas dieciséis personas, una de ellas una mujer joven y atractiva, china en apariencia, que se avino a sufrir un beso de Roddy en la mejilla. Lo cogió de la mano unos segundos mientras Ho pagaba la carrera y, a continuación, las entradas del club. Mientras tanto, River y Louisa, que se habían reagrupado, entraron también en el local, donde vieron que la pequeña comitiva había encontrado mesa y estaba a la espera de que Roddy volviese de la barra. Necesitó tres viajes para llevarles las bebidas y, ocupado como estaba (y con gafas de sol), no se percató de la presencia de sus compañeros.

—¿Tú crees que ésa es su famosa novia? —preguntó Louisa.

—Se llama Kim.

—Sí, ahora que lo dices, alguna vez ha mencionado su nombre. ¿Tú crees que la pidió por internet?

—Más bien diría que él mismo la fabricó en el sótano de su casa, pero no: está demasiado bien hecha.

Dado que estaban en medio de una operación se habían propuesto pedir agua mineral, pero en vista de los precios optaron por una cerveza. También salía por un ojo de la cara, pero como mínimo obtendrían un beneficio adicional a la hidratación. River le había enviado un mensaje de texto a Shirley indicándole dónde estaban, pero no había respondido todavía, lo que tampoco les extrañó: después de sus sesiones de CPA solía estar muy cabreada durante varios días seguidos.

—Aunque en los últimos tiempos se muestra menos... en fin, monta menos follones, ¿no crees? —comentó River—. Y está más callada.

—Tengo la sensación de que ha dejado de meterse cosas por la nariz.

—Yo creo que echa de menos a Marcus.

Louisa no quería que la conversación avanzara por esos derroteros, de modo que fingió mirar a la gente que los rodeaba.

—¿Haces esto a menudo?

—¿Ir a clubes nocturnos? Por favor.

Ella lo miró fijamente.

—Pues no se te da mal, chico. Vamos, digo yo. Tampoco te he visto en acción.

—Se supone que estamos haciendo un seguimiento.

—Se supone que estamos en un club nocturno charlando, bebiendo y todo eso. Por cierto, hay una chica que no para de mirarte. Ahí detrás.

River se dio la vuelta.

—Te lo has tragado.

—Gracias, muy amable. ¿Tú crees que alguien va a tratar de cargarse a Ho?

—Aquí no, lo más seguro. O al menos un profesional no lo haría; uno de los parroquianos puede que sí.

—Parece tener un montón de amigos.

—Porque invita a un montón de copas, lo que es muy distinto.

Kim (si es que era ella) se había puesto a bailar con otro de los jóvenes del grupo mientras Ho los observaba con una sonrisa forzada en el rostro.

—Me da pena, pobrecillo —dijo Louisa.

—¿Por qué querría arrojar alguien una bomba a un estanque lleno de pingüinos?

Ella también había estado pensando en eso.

—Al Abrevadero, así es como lo llamaban.

—¿Te parece que ha sido cosa de un loco?

—La verdad es que no se me ocurre ninguna motivación razonable.

—Quizá haya una conexión con lo de Abbotsfield...

—No lo creo, a no ser que sea algo que se transmite por el aire: una sed de sangre que atenaza a la gente y hace que no les importe mucho de quién o qué obtenerla.

Shirley apareció de pronto ante ellos.

—¿Me habéis pedido una birra?

—No —respondió Louisa—. No sabíamos a qué hora ibas a aparecer, y además no nos apetecía invitarte.

Shirley se apretujó a su lado en la banqueta y, tras observar un momento a Ho (que seguía sin reparar en ellos), se fijó en lo que estaba mirando.

—¿Quién es la calientapollas?

—Creemos que es Kim.

—¿Ho está follándose a ese bombón? Esto huele a chamusquina.

—¿Qué tal ha ido el CPA? —se interesó River.

—Ha terminado.

—Igual podrías celebrarlo pagando una ronda —sugirió Louisa.

—Soy una chica, y las chicas no pagan las copas en los clubes.

Ambas se quedaron mirando a River.

—Ah, pues qué bien.

—Descuida, que no vamos a dejar que maten a Ho mientras vas a la barra.

—Por mí no os preocupéis.

River fue a por más cervezas y, cuando volvió, Louisa estaba contándole a Shirley una idea para un programa de televisión. Cada episodio empezaría con un plano de Tom Hiddleston andando por un larguísimo pasillo con la cámara enfocándolo por detrás.

River se quedó esperando a que continuara.

—¿Y entonces qué? —preguntó por fin.

Pero las dos estaban llorando de risa y ni siquiera lo oyeron.

Kim finalmente dejó de bailar y se sentó junto a Ho. Entretanto, la gente había empezado a llenar la pista, lo que les dificultaba la visión, y la música había ido subiendo de volumen, rivalizando con los ruidos propios de los rituales de apareamiento que River observaba como quien intenta recordar un hábito abandonado mucho tiempo atrás.

—¿Tomando notas? —preguntó Louisa.

—Cuando una mujer se toca el cabello es señal de atracción sexual, ¿me equivoco?

—Puede ser. El problema es que algunos individuos hacen que te sientas como si tuvieras liendres.

—Ho se marcha —indicó Shirley.

«He jugado bien mis fichas», pensó Ho. Las chavalas como Kim, su novia, hacían lo posible por ponerte celoso: conscientes de que eras un macho alfa, se sentían obligadas a tontear con los demás tíos. Lo había visto en un documental sobre el tema. Se centraba en las tortugas, sí, pero la movida era más o menos la misma. Por su parte, él se había estado riendo con los demás, había pagado unas copas y ahora volvía a su guarida en taxi con Kim sentada a su lado, acompañándolo a su casa. En cuanto ella dejara de enviar mensajes de texto, sin duda se le arrimaría en el asiento para que ambos pudieran entrar en calor. Tampoco era que él necesitase mucha ayuda en ese sentido: cuando Kim andaba cerca, siempre estaba más que preparado para cumplir como un señor. Eso sí, Kim trabajaba en una tienda, y el estrés del trabajo normalmente provocaba que estuviera cansadísima o con dolor de cabeza. Pero bueno, ahí estaba, sentada a su lado.

El Rodillo se sentía en plena forma e iba a dejarlo claro: aquello iba a ser pan comido.

—¿A quién le estás enviando mensajes, nena?

—¿Eh?

—¿A quién le escribes?

Una farola de la calle iluminó un segundo la cara de la chica.

—...a nadie.

En diez minutos estarían en casa. El conductor miró por el retrovisor y sus ojos se encontraron con los de Roddy. «Ya veo», pensó él. «Te mueres de envidia.» Le puso la mano en el hombro a Kim y notó que ella se ponía tensa. «La excitación del momento. Los dos estamos igual, preciosa.» Se puso a planificar mentalmente lo que estaba por venir: un poco de música tranquila, una copichuela para entonarse... En la nevera tenía una botella de champán reservada para una situación como ésa. No era un caldo añejo, o no lo era cuando lo compró, pero daría el pego.

Roddy Ho, Roddy Ho, camina por el bosque...

A por ello.

Louisa no perdió de vista el taxi durante todo el trayecto. Tampoco se trataba del seguimiento más difícil del mundo, pues el automóvil estaba volviendo por donde habían venido, pero sí que les resultaba complicado, a los tres, hacerse a la idea de lo que estaban viendo con sus propios ojos: a Roderick Ho regresando a casa en taxi... acompañado de una mujer.

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó Shirley.

—Roddy está con una chica y vuelve a casa con ella... —dijo River sin poder ocultar su estupefacción—. Ya sé, ya sé. Yo tampoco me lo explico. Estamos hablando del capullo número uno, ¿cómo se entiende que haya ligado?

—Ya sabíamos que tenía novia —recordó Louisa—. Lo mencionó un par de veces.

—Sí, ya —repuso Shirley—, pero yo ni siquiera creía que la tía existiera, y menos aún que estuviera tan buena.

Los tres estaban de acuerdo: en una escala del uno al diez, la joven merecía un ocho y medio, tal vez incluso un nueve.

—¿Has visto la piel que tiene? Es jodidamente impecable.

—¿Vas a pasarte a la acera de enfrente? —apuntó River—. No hace ni una hora que babeabas pensando en el culo de Tom Hiddleston.

Como Shirley no se dignó responder, Louisa se vio obligada a dar una explicación:

—El culo de Tom Hiddleston va más allá de las preferencias de género.

—Vale, pero tal vez nos estemos perdiendo algo —sugirió River—. Es posible que sea precisamente esa chica quien esté intentando matar a Ho. Si es el caso, esto de volver a casa con él puede formar parte del plan.

—Nada me haría más feliz —reconoció Shirley.

—¿Y por qué esperar tanto? —preguntó Louisa—. Llevan meses saliendo. Si yo fuera la novia de Roddy Ho, ya lo habría matado hace tiempo.

—Es posible que haya estado utilizándolo de alguna manera.

Shirley emitió un gemido de asco.

—Por Dios —saltó River—, no me refiero a lo que estás pensando. Igual ha estado utilizándolo en lo único en lo que es bueno.

—Hackear...

—Entonces todo esto es un montaje —dijo Shirley animándose.

—Tiene más sentido que la otra posibilidad —señaló River—: que Ho realmente tenga novia, y una novia que es un bombón.

—Si es el caso, me arrepiento de haberle salvado la vida.

—Ya estamos cerca —dijo Louisa—, el taxi está reduciendo la velocidad.

—Ya hemos llegado, muñeca —dijo Ho mientras pagaba la carrera.

—Una cosa, Roddy. ¿Te importaría darle veinte libras más?

—¿Veinte libras? Hay que dejar propina, claro, pero...

—Lo digo para que me lleve a casa, eso es todo —repuso Kim sonriendo—. Mañana me espera un día muy especial. Esta noche he de dormir bien. Con veinte tendría que llegar, pero por si acaso dale veinticinco, ¿sí?

—Yo... sí, claro, nena. Pero pensaba que...

—¿Qué era lo que pensabas, Roddy?

—Nada, preciosa.

Mientras Ho sacaba más billetes, Kim le explicó al taxista adónde se dirigía.

A continuación, puso la mano bajo la barbilla de Ho y acercó su rostro al de ella.

—Esta noche estabas tan... sexi, Roddy. Cuando estaba bailando y tú me mirabas... un poco más y me corro. Hablo en serio...

—*Ngh*...

Kim le dio un prolongado beso de tornillo... y luego un empujoncito.

—Anda, vete. El taxímetro está en marcha.

Ho bajó del coche como quien sale de un tren recién accidentado y, al oír que ella lo llamaba, se volvió.

—¿Roddy?

—¿Sí, preciosa?

—Adiós.

—Buenas noches, Kim.

El taxi siguió donde estaba mientras Roddy, no sin cierta dificultad, sacaba las llaves del bolsillo del pantalón. Kim estuvo despidiéndose de él con la mano hasta que entró en el vestíbulo.

Y el taxi arrancó.

—Al final, resulta que Dios existe —musitó Shirley tras observar toda la situación desde el coche de Louisa, estacionado calle arriba.

En el interior del taxi, Kim dio unos golpecitos en la mampara divisoria y le dijo al conductor:

—Mire, al final tengo que ir a otro lugar.

Le dio una nueva dirección y cogió el teléfono de nuevo; pero esta vez, en lugar de mandar un mensaje de texto, hizo una llamada.

—Está solo en casa —indicó, y después de titubear un segundo añadió—: Sólo una cosa: que sea rápido, ¿de acuerdo? El chico es inofensivo.

Metió el móvil en el bolso y dejó que el taxi la llevara a su destino.

—¿Y ahora qué? —preguntó Louisa.

—Roddy está en casa y nadie ha tratado de matarlo. Voto por irnos a dormir, que ya va siendo hora —dijo River reprimiendo un bostezo.

—Estás hecho un blandengue —le soltó Shirley.

—No, tiene razón —señaló Louisa—. ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Sentarnos a mirar la puerta durante toda la noche?

—El hecho de que haya vuelto a casa no significa que esté a salvo —insistió Shirley con la voz más tensa que de costumbre.

—Pero nada de cuanto hemos visto indica que esté en peligro.

—Alguien ha tratado de cargárselo esta mañana.

—Eso ya lo sabemos.

—Si no llego a estar ahí, habría muerto.

—Lo que tampoco quiere decir que seas responsable de él a partir de ahora —arguyó River—. Eso sólo pasa en las películas.

—Y además —intervino Louisa—, está clarísimo que él no se ha dado ni cuenta.

—Pero ha ocurrido, joder.

—Sí, pero...

—Ni «pero» ni hostias. Ha ocurrido. Y mientras sigamos sin saber por qué...

—Shirley...

—...podría volver a pasarle, a él o a cualquiera de nosotros.

—Eso tampoco es...

—Vete a cagar, Cartwright.

—Pues vale.

—Shirley, lo que dices tiene sentido —dijo Louisa—. Pero ¿qué hacemos los tres metidos en un coche? No es forma de hacer un seguimiento, ¿verdad?

—¿Estás diciéndome que me baje de tu coche?

—Lo que estoy diciendo es que no podemos hacer turnos si nos quedamos aquí apretujados. Y ninguno de los tres va a pegar ojo. No sé cómo lo ves tú, pero por mi parte no pienso pasarme la noche en vela.

—¿Y...? ¿Qué es lo que propones?

—Creo que debemos organizarnos un poco —indicó Louisa—. Vamos a hacer turnos. El mejor lugar para vigilar esta casa es esa parada de autobús que hay en la esquina. Por aquí pasan autobuses nocturnos, de manera que no levantaremos sospechas. El primero monta guardia hasta las dos, el siguiente hasta las cinco, y mientras tanto los otros echan una cabezadita en el coche. ¿De acuerdo?

—¿Aquí, en plena calle?

—No: aparcaré más abajo. Por allí no hay tiendas ni nada, pasaremos desapercibidos.

—Ya —dijo Shirley—. ¿Y quién monta guardia primero? ¿Lo decidimos a las pajitas o qué?

—El coche lo conduzco yo. No te mosquees, pero no quiero que nadie más toque este volante.

Por lo demás, River se ha tomado dos cervezas, de manera que no puede ponerse a vigilar hasta que haya dormido un rato, así que...

—Que me toca el primer turno.

—Bueno, todo esto ha sido idea tuya, ¿no?

Shirley frunció el ceño.

—Más vale que no os retraséis.

Ignorando lo que decía el manual sobre seguimientos, dio un portazo al salir.

—Es un placer trabajar contigo —murmuró Louisa.

Esperó a que Shirley estuviera a mitad de camino de la parada de autobús y puso el motor en marcha.

—Lo que querías era que se bajara del coche, ¿me equivoco? —preguntó River.

—Pues sí. Que se vaya a la mierda. Por mi parte me voy a la cama. Si quieres, te dejo en casa.

—Por favor.

Avanzó calle abajo.

Roderick Ho entró en su casa, encendió la lámpara del recibidor y se recostó en la pared.

—Pues claro que lo entiendo, preciosa... —susurró.

Al día siguiente, Kim se enfrentaba a un día muy especial. Tenía que dormir para estar bien guapa por la mañana. Así que mejor que no hubiera entrado en casa con él, porque no habría pegado ojo.

—Me molas mogollón, nena.

Se lo había dicho un par de veces. «Me molas mogollón...» A las titis les encantaba que citaras poemas y letras de canciones porque entonces se sentían únicas, y Kim se lo merecía, aunque por su parte habría preferido que se quedase con él alguna noche que otra. Porque, para qué engañarse, tampoco era cuestión de avergonzarse: la verdad era que estaba enamorado de ella. Sus días de ir de flor en flor se habían acabado para siempre. Eso sí, era una lástima que Kim no se hubiera quedado con él después de haberlo obligado a pagar el primer taxi, las entradas al club, las copas y el segundo taxi.

Pero en fin... Molaba salir por ahí con ella, que todos la vieran a su lado, que todos supieran que Kim era su chica.

Roddy Ho, que es el más valiente de los hombres...

Era la canción que todos cantaban estos días.

Tiró la chaqueta a una silla, se dirigió a la cocina y cogió una bebida energética de la nevera. No era lo que la gente solía tomar antes de acostarse, pero así era como él se lo montaba. Iba a dormir de forma energética, se sumiría en energéticos sueños y despertaría pletórico de visiones

energéticas. Le enviaría un breve mensaje a Kim: «Tú no necesitas dormir para estar guapa, nena.» Ella sin duda entendería lo que quería decir.

Puso a cargar sus dos teléfonos y subió por las escaleras. Algunas noches se quedaba un rato sentado en lo que la agente inmobiliaria había descrito como «una galería interior situada en el piso superior de la casa»: una habitación casi enteramente acristalada que el anterior propietario usaba para cultivar flores, hierbas o mierdas de ese tipo, pero que él empleaba como su guarida. Allí estaban sus ordenadores, su equipo de sonido y su pantalla de alta definición. Se le ocurrió que estaría bien escuchar un par de temas antes de acostarse. Se sentaría en el mullido sillón y pondría unas cuantas canciones a todo trapo, como le gustaba a esas horas de la noche.

Un tablón del suelo crujió en lo alto. Ho subió un par de escalones más y se detuvo a escuchar. Un nuevo crujido.

Había alguien más en la casa.

Al final resultaba que por aquí no pasaba ninguna línea nocturna y Shirley pensó que, si seguía plantada en la parada del autobús, no tardaría en llamar la atención. Probablemente aquellos dos mamones se habían largado, pero sólo lo sabría con seguridad si volvía sobre sus pasos hasta el tramo de la calle donde estaban las tiendas; aunque, si por casualidad continuaban allí, sin duda pensarían que no se fiaba de ellos, se mosquearían y se largarían en cuanto ella diera media vuelta para dirigirse de nuevo a la parada. Era lo que ella misma haría en un caso semejante.

A tomar por culo.

Seguía llevando la papela con farlopa en el bolsillo, ¿y qué mejor ocasión para esnifar? Se sentiría un poco más despierta, más vigilante. Rozó la papela con la mano y acarició sus reconfortantes bordes; sin embargo, de momento no fue más allá. Pronto sería medianoche, el día daría paso al siguiente y entonces llevaría sesenta y tres días seguidos sin... Seguía siendo un simple número, pero más elevado. ¿Y eso importaba? No demasiado, la verdad, pero el hecho de que algo no fuera muy importante tampoco era motivo para soslayarlo: si no importaba, tampoco había nada malo en permitir que sucediera.

El día número sesenta y tres... por qué no.

Se estremeció ligeramente. El calor del día se había disipado. Si Marcus hubiera estado allí rezongaría diciendo que sería mucho mejor estar en la cama. Aunque ambos tendrían claro que él no estaría en la cama, sino jugándose el dinero en algún casino de internet, enfrascado en el constante intento de recuperar las pérdidas del día anterior. Shirley negó con la cabeza. Algunas pérdidas eran para siempre... Sus pensamientos volvieron a lo sucedido por la mañana: el coche se había subido a la acera y ella había reaccionado de forma instantánea. No se había equivocado: alguien había tratado de liquidar a Roderick Ho. Por eso se encontraba allí, no

porque fuera imprescindible que Ho siguiera vivo y coleando, sino porque todo eso era de verdad, estaba sucediendo de verdad... y también porque así tenía algo que hacer.

Con la mano todavía en el bolsillo, deambuló arriba y abajo por la acera. Era fácil vigilar la casa de Ho: tenía un gran ventanal, casi una pared entera acristalada, el tipo de detalle que ponía cachondos a los agentes inmobiliarios. Aunque si lo pensaba bien, ¿qué coño importaba un ventanal más o menos? No valía la pena hacer mejoras en una casa londinense. Si lo que querías era aumentar el valor de tu propiedad, bastaba con quedarte sentada cinco minutos. A todo esto, Ho estaba en casa, pero no había encendido las luces. Los otros dos seguramente tenían razón: nada indicaba que estuviera en peligro. Todo aquello era una pérdida de tiempo (para ella y para los otros dos también, en fin), pero si lo dejaba correr sin más quedaría como una imbécil. Eran las once y media, más o menos: quedaban unos veinticinco minutos para el cambio de hora, para llegar al día sesenta y tres. La papela era cálida y agradable al tacto, pero no iba a abrirla aún. Quizá después, si le entraba la modorra. Por el momento, todo estaba en orden.

Lo primero que Ho pensó fue que Kim había vuelto: tan sólo había querido hacerse la interesante. Dentro de unos segundos, cuando llegase a la galería, se la encontraría allí, esperándolo en ropa interior. ¡Sorpresa! Él le había dado una copia de la llave para una eventualidad de ese tipo... Pero no, no podía ser: Kim se había ido en taxi vestida de pies a cabeza, era imposible que se encontrara en el piso de arriba. Y el que estaba ahí arriba no había ido con la idea de pasar una noche loca en sus brazos.

De pronto se acordó del rollo patatero que Dander le había estado contando por la mañana, después de arruinarle la movida del Pokémon. Según ella, habían tratado de atropellarlo con un coche. ¿Podía ser verdad?

Estaba inmóvil en la escalera, a dos pasos del rellano, completamente petrificado. ¿Subía a ver o bajaba de inmediato? Si daba media vuelta y bajaba, el que estaba arriba se daría cuenta y al instante se encontraría encima y por detrás de él, justo allí donde a nadie le interesaba que estuviera su enemigo.

Y lo que le interesaba a uno era que el enemigo se encontrara lejos, muy lejos, lejísimos.

Roderick Ho disfrutaba de una vida rica y plena. Admirado por quienes lo conocían, envidiado por todos los hombres... y eso porque estaba con Kim, o se habría visto obligado a quitarse a las mujeres de encima noche tras noche. Era todo un campeón, en definitiva, y muy capaz de cuidar de sí mismo, como dejaban claras sus dotes para el Pokémon. No sólo eso, sino que también era un agente en activo del servicio secreto. En resumidas cuentas, podía decirse que había nacido para manejarse en situaciones como ésa. Entonces, ¿cómo se explicaba que las rodillas le temblaran y no fuera capaz de moverse de ese maldito escalón?

Pasaron unos cuantos segundos. Arriba no se oían más crujidos, como si el otro también se hubiera quedado inmóvil a la espera de que él hiciese acto de presencia. Si se trataba de un enemigo, estaría armado: nadie se colaba con malas intenciones en una casa sin andar pertrechado con las herramientas necesarias para el trabajo. ¿Y si no era un enemigo? Pero enseguida se quitó esa idea de la cabeza: la única persona que tenía llave era Kim, y ella jamás la había utilizado.

¿Se iba o se quedaba?

¿Luchaba o huía?

Cerró los puños.

El de arriba, fuese quien fuese, estaría escondido en la oscuridad. Porque sin duda sabía quién era él, conocía su fama, comprendía que necesitaba la oscuridad y el factor sorpresa... Bueno, pues este último factor ya lo había perdido y ni siquiera se había dado cuenta: él sabía que estaba allí. También conocía la casa al dedillo. Podía cruzar las habitaciones a la velocidad del relámpago, como un fantasma a bordo de un monopatín, mientras el intruso se la pegaba una y otra vez contra puertas y muebles cuya existencia desconocía. Iba a dejarle claro quién mandaba allí, y en cuestión de segundos. Que se fuera preparando el de arriba, fuese quien fuese. Dio un paso hacia lo alto...

Y el pie se le enganchó en el escalón y cayó de morros.

Eso no estaba en el guión, pero ahora sólo cabía seguir adelante, la suerte estaba echada. No le quedaba otra que seguir moviéndose, y cuanto antes. Se levantó como pudo, subió los restantes escalones a toda prisa e irrumpió como un rayo en la habitación a oscuras con la adrenalina invadiendo todo su organismo. Sus manos eran dos máquinas destructoras prestas a aferrar la garganta de su oponente; sus pies, dos armas mortíferas hechas para patear, magullar y matar. Soltó un gruñido sordo, estremecedor. Enseñó los dientes. La victoria era para los valientes...

Plantado en un rincón del cuarto, Lamb susurró:

—Menos lobos, Caperucito.

—Standish no deja de darme la lata: que si tengo que vivir de forma más saludable, que si esto y lo otro, así que he decidido desintoxicarme un poco. De hecho, acabo de beberme un agua mineral con gas que he encontrado en tu nevera. Sabía que no te importaría.

—Pero... ¡si era champán!

—¿En serio? Ya me parecía que tenía un gustillo raro.

Lamb hizo una mueca de disgusto, como si la botella lo hubiera traicionado.

—Esto... una cosa. ¿Qué haces aquí?

—He venido a comprobar si estabas muerto. —Lamb eructó, guardó silencio un segundo y

volvió a eructar, con mayor fuerza esta vez—. No hace falta que me des las gracias. Aunque si estás pensando en llamar para que traigan una pizza, no te diré que no.

—Creo que hay una pizza en la nevera.

—Así es, pero me apetece una bien caliente.

Había arrastrado una silla al rincón y se había quitado los zapatos, aunque no la gabardina. Tenía la botella de champán agarrada por el cuello y había restos de pizza alrededor.

—Y bien. ¿Alguien ha tratado de matarte o algo por el estilo?

—¿Eh? No.

—Lástima. Porque nos iría bien que todo esto terminara de aclararse de una vez, ya sea en un sentido o en otro.

Lamb se levantó de repente (era capaz de mover su corpachón con inesperada celeridad) y escudriñó por el ventanal. Lo que vio le provocó algo a mitad de camino entre una risita y un nuevo eructo. Luego se volvió de nuevo hacia Ho.

—¿Y no te ha seguido nadie?

—Estoy seguro de que me habría dado cuenta —respondió Ho sonriendo con la tranquilidad propia de un profesional.

—Por lo que veo, o tú vas a peor o tus compañeros a mejor. Esto es un puto enigma.

—¿Y por qué iban a querer protegerme?

Lamb se encogió de hombros.

—Yo tampoco estoy muy convencido de que sea necesario, pero es evidente que alguien te la tiene jurada. A los hechos me remito: Dander vio que alguien trataba de atropellarte y de pronto tienes novia, o eso se supone. No soy un conspiranoico, pero aquí pasa algo raro.

—No lo pillo.

Lamb se volvió y le dio una palmada en el hombro con tanta fuerza que Ho estuvo a punto de caerse.

—Tú no te preocupes, que ya te haremos un diagrama. Así no habrá necesidad de tanta cháchara. Y bueno, ¿dónde tienes la cama? Este champán que tenías me ha dejado un poco aturdido.

—¿La cama...?

—Sí, la cama, ya que eres demasiado roñoso para invitar a tu jefe a una pizza. Algunos de nosotros trabajamos por la mañana, ¿sabes?

—Pensaba que estabas aquí para montar guardia.

—No, por Dios. ¿Cómo se te ocurre? Sólo he venido para asegurarme de que otros se encargaban de hacerlo, eso es todo. —Señaló la ventana con un gesto de la cabeza—. Si le damos un casco y una espada, la chica estaría hecha un pequeño y valiente hobbit. Bueno, te doy

cinco minutos para cambiar las sábanas. Y me muero de ganas de mear. ¿Dónde está el lavabo más cercano?

Atónito, Ho señaló el rellano y Lamb se dirigió hacia allí.

—Por la mañana tomaré un desayuno inglés con huevos, beicon y salchichas, pero sin judías: me dejan el estómago hecho polvo.

Al salir, soltó un pedo para ilustrar el problema.

Ho se acercó a la ventana y miró. ¿Un hobbit? Él no veía a nadie. Se frotó los ojos, pero seguía sin ver a nadie. ¿Y qué pintaba Lamb allí a esas horas? Durante medio segundo fantaseó con la idea de que el jefe hubiese encontrado la forma de hablar con Kim y le hubiera pedido que no se quedara en casa con él esa noche. Eso le subió un poco el ánimo hasta que comprendió que, por desgracia, aquello no tenía ni pies ni cabeza.

«Igual es verdad», pensó: igual era cierto que alguien lo tenía en el punto de mira. Se apartó de la ventana bruscamente, por si alguien estaba apuntándolo con una mirilla telescópica de visión nocturna, y de pronto oyó un crujido: acababa de romper el frágil cuello de la botella de champán tirada en el suelo. Empezaba a sospechar que las cosas no iban bien del todo...

Y se preguntó si tendría un juego de sábanas limpias.

Las dos. Las dos y algo, y nadie había venido a sustituirla. Durante un segundo, Shirley se imaginó unas metafóricas llamas del infierno devorando a Louisa y a River. «Tonterías», terminó por decirse: estaba allí por iniciativa propia. O se quedaba ahí plantada, con dos cojones, o volvía a su puta casa. Y tampoco le gustaba mucho la idea de estar en casa porque a esas horas de la noche siempre se acordaba de su ex. Era casi mejor permanecer en esa parada de autobús, aguantando el frío y el hambre, vigilando que no le pasara algo malo a un colega del trabajo cuya supervivencia de hecho le daba más o menos igual. En realidad, lo que la mantenía en este lugar no era el impulso de salvar a Ho, sino el hecho de que en su día hubiera sido incapaz de salvar a Marcus.

Volvió a meter la mano en el bolsillo y rozó con los dedos la papela de cocaína, cuyo mensaje no podía ser más nítido: cógeme.

Vale, de acuerdo.

Pero todavía no.

Algo se movió.

Un hombre, iluminado durante unos segundos por una de las farolas, venía andando por la otra acera. Oculta entre las sombras, no creía que la hubiera visto, pero contuvo el aliento mientras el desconocido se plantaba ante la puerta de Ho, sacaba una llave, abría y entraba.

¿Acaso Ho compartía la casa con alguien?

Imposible: compartir casa con Roderick Ho era algo absolutamente impensable.

Echó a andar hacia la puerta, aunque el desconocido la había cerrado al entrar. La casa continuaba sumida en la oscuridad, tan silenciosa como un convento, pero era muy posible dañar sin hacer ruido, y ese tipo podía reaparecer en cuestión de segundos tras haber perpetrado una ejecución silenciosa.

«Lamb tendría que haberme dejado la pistola», pensó.

Aunque tampoco estaba claro de qué podía servirle en este momento.

Llegó a la puerta de la casa y se detuvo. Había heredado de Marcus un juego de ganzúas, pero no lo llevaba consigo. ¿Y si la derribaba a patadas?

«Claro, y de paso me rompo un pie.»

Por suerte, había una ventana que daba a la calle. Y ella tenía puños, ¿no?

Se quitó la chaqueta sin pensárselo dos veces, se la enrolló en torno a la mano derecha y echó el brazo atrás para darle un puñetazo al cristal...

Y justo en ese momento oyó un grito desgarrador en el interior.

• • •

Había un intruso en su casa.

Pero eso era antes, ¿no? ¿A qué venía esta nueva sorpresa?

Alguien acababa de entrar en su casa.

Roderick Ho estaba tumbado en un lecho improvisado con mantas y cojines sin entender por qué le sangraba una oreja. Descubrió que era por culpa de los cristales: tendría que haber barrido aquella botella rota antes de acostarse. Pero, mientras trataba de dar con la caja de pañuelos de papel que tenía a mano por las noches (por motivos estratégicos), notó cierta corriente de aire, o un ruido sordo de repente; algo, lo que fuera, que denotaba la presencia de un extraño en las escaleras. Podía tratarse de Lamb, pero ¿cómo iba a estar en la escalera si de hecho estaba en el dormitorio?

Estaba tratando de recordar qué otras cosas dignas de ser robadas tenía en la nevera cuando entró una oscura silueta en la habitación. Se movía sigilosamente y con el cuerpo encogido, como él mismo cuando soñaba ser un guerrero ninja.

Se sentía como un personaje de Pokémon a punto de ser capturado y eliminado para siempre.

—¿Kim? —dijo esperanzado.

La luz se encendió y la habitación se tornó blanca. La oscura silueta se volvió y se encontró con una pesadilla en el umbral: ahí estaba Jackson Lamb, sonriendo y enseñando los dientes, con la enorme barriga desnuda oscilando sobre unos calzoncillos andrajosos.

Y blandía una botella de plástico azul con ambas manos.

—Hola y adiós —dijo.

Y echó un chorro de lejía a la cara del intruso.

El desconocido dejó caer lo que llevaba en la mano, fuera lo que fuese, y se puso a gritar.

El puño de Lamb lo alcanzó en el pecho como si fuera un martillo...

Y el intruso trastabilló y reculó, tropezó con el cuerpo de Roddy, que seguía echado en el suelo, y se precipitó a la calle por el gran ventanal.

• • •

Shirley soltó un puñetazo al cristal, y, como si acabara de ganar un premio en una atracción de feria, un hombre se estrelló sobre la acera.

El súbito impacto hizo que intentara volverse hacia él, pero la chaqueta que tenía enrollada en torno al puño se le enganchó en la ventana rota y, antes de que pudiera soltarse, un coche se paró junto al bordillo. De lo alto caían añicos de cristal como si fuera una lluvia helada. Entonces, por el gran boquete abierto en el ventanal apareció el corpachón de Lamb, semejante al de un toro. Desnudo, al parecer, ¿o estaría sufriendo una alucinación?

¿Lamb?

¿En casa de Ho?

¿Desnudo?

Qué cosas.

Se soltó, consciente de que acababa de destrozar su chaqueta, y se volvió justo a tiempo para ver que alguien metía una forma oscura en el interior de un coche plateado. Al mismo tiempo, otra persona se asomó por la ventanilla del copiloto y la apuntó con algo. Ella se arrojó al suelo, ocultándose tras el automóvil más próximo mientras algunas esquirlas de pared y astillas de la puerta de Ho salían proyectadas en su dirección. Notó el frío y duro cemento de la acera contra su mejilla y le llegó el olor de la porquería acumulada junto al bordillo. Oyó que la puerta del coche se cerraba de golpe y que el vehículo arrancaba y, cuando finalmente se arriesgó a mirar, vio que algo rebotaba contra el techo del automóvil. ¿Una botella de plástico azul? Fuera lo que fuese, el coche desapareció un segundo después, esfumándose como un espectro entre los brumosos resplandores de las farolas y las sombras de las dos de la madrugada. Sacudió la cabeza y se frotó la mejilla, que ya empezaba a hincharse. Otro pedazo de cristal se desgajó de lo alto y fue a hacerse añicos contra el suelo.

Cuando levantó la vista, Lamb estaba mirándola con cara de pocos amigos y el torso y los hombros desnudos alfombrados de rizos grisáceos.

—Diez puntos sobre diez por hacer acto de presencia —sentenció—, y cero puntos por hacer un trabajo de mierda.

Y dicho esto, se retiró mientras las esquirlas de cristal seguían lloviendo del cielo en medio de la noche.

6

Por la mañana, más o menos a la hora en que Londres volvía a la vida, empezó a llover: una serie de chubascos se abatieron sobre la ciudad recordándoles a sus habitantes que el verano no era una promesa eterna, sino un placer ocasional. El cielo se extendía gris y cargado, y los edificios daban la impresión de estar agobiados bajo su peso. En las calles, el tráfico ejecutaba la banda sonora de rigor en tiempo pluvioso: una sinfonía de siseos y ruidos apagados con el contrapunto en segundo plano de los limpiaparabrisas en acción. En la Casa de la Ciénaga, por su parte, reinaba el silencio, pues la lluvia contra las ventanas de una oficina produce melancolía y sensación de soledad, por no hablar de que la vida allí no era precisamente un festival del humor.

El coche que se detuvo en Aldersgate Street era negro, acorde con el ánimo generalizado, y volvió a incorporarse al tráfico en cuanto Diana Taverner se bajó. Ella hizo caso omiso de su marcha, del mismo modo que había estado ignorando al chófer durante todo el trayecto; se quedó mirando la puerta de la Casa de la Ciénaga, que asimismo era negra, o lo había sido, pues ahora tenía un tono desvaído, casi verdoso en los bordes. Negó con la cabeza, resignada. De no ser porque se proponía meterle una bomba en el trasero a Jackson Lamb, ni en sueños se habría acercado a ese lugar inmundo. En las ventanas del segundo piso estaban escritas con pintura dorada las palabras w. w. henderson, abogado y fedatario público, una tapadera de la que ya nadie se acordaba, o quizá simplemente una reliquia del anterior inquilino, a saber. De pie frente a la puerta, al cabo de un segundo cayó en la cuenta de que la propia puerta era una tapadera, una barricada disimulada bajo la forma de puerta. Imaginó que la llave descansaba en algún cajón del escritorio de Lamb y también que, si alguna vez se abría esa puerta, el edificio entero se vendría abajo como una red de espías puesta al descubierto.

Se había subido el cuello de la gabardina, pero no llevaba paraguas. ¿Cuánto tiempo iba a seguir ahí plantada a la espera de que en la Casa de la Ciénaga se dignaran a darle la bienvenida? Pero eso no iba a pasar, claro, y de pronto se acordó de que a su derecha había un callejón, una puerta en la pared que daba a un pequeño patio trasero. Llegó allí sin dificultad, pero no le resultó tan fácil abrir: la puerta parecía insistir en dejarla bajo la lluvia. Cuando por fin cedió, dando paso a una escalera, lo hizo con un gemido de gato angustiado. La escalera olía a moho y a esperanzas hechas añicos. Una de las bombillas había fenecido y la otra zumbaba como si hubiera un moscardón en su interior.

Alguien apareció en un rellano un poco más arriba: una persona bajita y gruesa, de sexo

indefinido. Hizo amago de plantarse ante ella, pero al momento advirtió quién era y corrió a refugiarse en su despacho. «Una muestra de sentido común», coincidió Lady Di, aunque aquel movimiento no hablaba bien de las medidas de seguridad del edificio.

Fue subiendo paso a paso sin que la escalera se tornara más limpia o mejor iluminada; las puertas de todos los despachos estaban cerradas.

Se detuvo al llegar a la última planta. No había placas ni distintivos en las puertas, pero la del despacho de Jackson Lamb resultaba inconfundible porque sus paneles inferiores tenían marcas de patadas: las inconfundibles huellas pedestres de quien prefiere hacer entradas abruptas...

Tendría que llamar con los nudillos, pero no pensaba hacerlo.

Antes de que su mano llegara al pomo, sin embargo, una voz cavernosa retumbó en el interior:

—Adelante, adelante. No te quedes ahí fuera.

Diana Taverner abrió la puerta y entró.

El despacho, atiborrado de todo tipo de cosas, se encontraba sumido en la penumbra porque la única ventana estaba cubierta por una persiana veneciana. Una lámpara descansaba sobre una pila de gruesos libros de aspecto tambaleante, pero el haz que proyectaba no llegaba a los rincones más alejados, como si fuera preferible no ver lo que había por aquellos andurriales. Un grabado enmarcado y con el cristal mugriento mostraba un puente situado en algún punto de la Europa continental. A su lado, un tablero de corcho pendía ladeado, casi enteramente cubierto por un collage de frágiles recortes amarillentos por el paso del tiempo; y en el aire, bajo el olor a tabaco rancio, se percibía el aroma de algo más antiguo, algo rabioso e indomable, aunque esto último bien podía ser un simple producto de su imaginación.

Pulsó el interruptor de la luz, junto a la puerta, sin demasiadas esperanzas de que funcionara. Nada. Lo único que consiguió fue que Jackson Lamb soltara un leve gruñido.

Ella se quitó la gabardina, la sacudió y, a su alrededor, minúsculas gotas de agua flotaron en una breve danza iluminadas por la lámpara. En la puerta había un gancho del que colgó la prenda. Luego se mesó los rizos (la melena le llegaba hasta los hombros) y se volvió hacia Lamb.

—Estoy mojada —indicó.

—Yo también me alegro de verte —repuso él—. Pero contengámonos un poco. —La miró con atención—. Oye, tienes una cara... Ni que estuvieras celebrando todos tus cumpleaños de golpe.

—¿Tengo cara de estar contenta?

—No, de vieja. ¿Es que soy el único que habla inglés por aquí?

Ella se abstuvo de sonreír.

—Vieja, ¿eh? Muy amable por tu parte. Y también estoy muy ocupada. No sé si te has enterado, pero el país está en alerta roja. Y sin embargo, me he visto obligada a recorrer todo

Londres para saber exactamente a qué tipo de mierdas te estás dedicando estos días. ¿Qué pasa con Roderick Ho? Creía que lo tenías metido en una jaula, como si fuera un hámster.

Lamb consideró sus palabras un momento.

—Lo sobreestimas. Ho es más bien como una verruga: nunca acabas de saber de dónde ha salido y no hay manera de quitártelo de encima.

—Pero los dos sabemos que también es un as de la informática, ¿no? Así que, cuéntame, ¿qué demonios ha estado haciendo? En el lugar de los hechos había de todo: un cuchillo, agujeros de bala en la pared, trozos de cristal por la calle... Y los de Scotland Yard se quedaron bastante mosqueados con tu declaración: «Una trifulca doméstica.» ¿Se trató de eso?

—Me pareció que era mejor no airear la ropa sucia delante de la servidumbre. La ropa sucia de Ho, quiero decir. Mejor no te la describo, en serio. —Señaló la silla para las visitas con un vago gesto de la mano—. Puedes sentarte: ayer mismo le pasaron una bayetita mojada.

—¿Mojada con qué?

—Vete tú a saber.

Taverner se quedó de pie con las manos sobre el respaldo de la silla.

—Jackson, una cosa es jugar la baza de la seguridad nacional delante de la policía... aunque los dos sabemos que tu acreditación de seguridad no es mucho mejor que la del payaso Krusty... y otra muy distinta es hacerte el tontito y el mudito cuando Regent’s Park te pregunta por lo sucedido.

—No me parece bien que digas eso de «tontito» y «mudito»: esas palabras resultan hirientes para los subnormales y los tarados, no sé si me explico.

—Hoy no estoy de humor.

—No, ya me he dado cuenta.

—Estabas en casa de Ho en plena madrugada, no sé exactamente a qué hora, y eso significa que sabías que algo iba a pasar. Pero no informaste al respecto. Te recuerdo que hay una cosa llamada Norma de Servicio vigente número no sé cuál...

—Veintisiete tres —puntualizó Lamb.

—Si tú lo dices.

—Y el tres va entre paréntesis.

—Como si va en puto sánscrito. La cuestión es que esa norma está para algo. Si uno tiene la sospecha de que alguien quiere cargarse a un miembro de su equipo, el protocolo es muy claro: está obligado a informar a su superior inmediato. Yo misma, en este caso.

—Normalmente lo hubiera hecho, pero se daban circunstancias extraordinarias.

—¿Cuáles?

—Me la soplaba.

Taverner se apoyó un poco más en el respaldo de la silla. En todo encuentro con Lamb era

fundamental no revelar tu irritación, lo que era comparable a intentar que un tiburón no olfateara tu sangre en el agua.

—Eso que dices no es una circunstancia extraordinaria, Jackson —aseveró—. Es lo que te pasa normalmente... pero esta vez podría costarte el cargo.

—Diana, si lo que quieres es ir a la guerra, mejor dímelo con claridad, porque tengo almacenadas tantas cagadas tuyas como para montar una fábrica de abonos agrícolas.

—Pues me alegro de que tengas algo que hacer cuando te llegue la jubilación forzosa. Porque esta vez no te salvas, esta vez no.

Lamb se recostó pesadamente en su asiento y puso los pies sobre el escritorio.

—Si vas a amenazarme, será mejor que me ponga cómodo. ¿Te importa si me aflojo el cinturón?

—Lo que me gustaría es que te cambiaras los pantalones de vez en cuando... Mira, soy consciente de que en el pasado se dieron algunos, en fin... algunos incidentes que...

Lamb empezó a enumerarlos:

—Intento de asesinato, detención ilegal y hasta sedición o algo muy parecido.

—Bueno, eso igual te sirve para negociar unas condiciones más ventajosas... Pero esas cosas ya son agua pasada, Lamb. Así que, antes de que empieces a hacerte una paja, hay un par de detalles que tal vez deberías tener en cuenta.

—Siempre me gusta estar al corriente de los detalles antes de hacerme una paja.

—Según Scotland Yard, se encontró un coche quemado a tres kilómetros del lugar de los hechos. En el interior no había ningún cadáver, por lo que es posible que el tipo que salió volando por la ventana de tu amiguito sobreviviera a la caída, aunque también puede ser que sus secuaces dejaran el cadáver en otro lugar... Si es el caso, estoy segura de que terminará por aparecer.

Lamb bostezó y se metió la mano bajo la presilla del pantalón.

—O sea, que igual hay un muerto o igual no. Pues vaya. Menudos investigadores estáis hechos.

—A todo esto, la policía científica ha estado analizando las balas encontradas en la calle.

—Sigue, sigue. Ya casi estoy, lo juro.

—Provienen de un arma que coincide con una de las utilizadas en Abbotsfield.

Lamb se quedó petrificado.

—Joder —dijo.

—Sí, joder —convino Taverner—. Por una vez en la vida estamos de acuerdo.

• • •

Zafar Jaffrey se vio obligado a detenerse tres veces en su camino al café Dewdrop: dos para recibir felicitaciones y elogios de miembros de la comunidad, la tercera para comprar una revista distribuida por personas sin recursos y hablar con el vendedor de los problemas de un albergue para vagabundos situado en la zona, donde los traficantes de drogas estaban tentando a los inquilinos más jóvenes. Jaffrey tomó notas mientras iba asintiendo con la cabeza. Era un hombre apuesto, iba bien afeitado y llevaba el pelo un poco revuelto, sólo lo justo para denotar independencia de espíritu. Cuando sabía que no iba a haber cámaras de por medio prefería vestir pantalones vaqueros y camisas con el cuello abierto, ese día llevaba una chaqueta ligera de corte militar, pese a las advertencias de Ed Timms.

—No es lo más conveniente, Zaf: debes tener más cuidado con esas cosas.

—¿Estás diciéndome que no puedo ponerme una chaqueta de estilo militar? ¿Hablas en serio?

—Es un regalo que les haces a las Dodie Gimballs de este mundo. Se lo pones en bandeja.

Daba igual lo que vistiese o dijese: las Dodie Gimballs de este mundo iban a atacarlo igualmente, acribillándolo con comentarios malintencionados a los que las Dodie Gimballs del siguiente mundo tendrían que responder. Y además, la chaqueta le gustaba: le parecía que le quitaba un par de años de encima. Cuando se la ponía daba la impresión de tener algo menos de cuarenta.

Antes de despedirse del vendedor de la revista («Te llamas Macca, ¿cierto?»), le prometió ocuparse del tema y poner en marcha una investigación, y ya había hecho una llamada al respecto cuando llegó al Dewdrop, cuya puerta empujó con el hombro mientras levantaba la mano para saludar a Tyson, sentado frente a un tazón grande como un cubo. Tyson llevaba un tatuaje que no encajaba mucho con su vestimenta: camisa blanca, traje gris, corbata roja con nudo matemáticamente exacto... todo demasiado formal. Con la excepción de la tinta en su cara, tenía más pinta de político que el propio Jaffrey, aunque se trataba de una gran excepción, desde luego.

Zafar Jaffrey se metió el móvil en el bolsillo, Tyson Bowman se levantó al ver que se acercaba y ambos se abrazaron, aunque sin llegar a rodearse con los brazos.

—Hola, Tyson.

—Hola, jefe.

Se sentaron frente a frente en la pequeña mesa con el inevitable mantel a cuadros rojiblancos, tan sólo ornada con un recipiente circular con cubiertos y bolsitas de kétchup y salsa inglesa. Zafar se acordó de cuando iba a ese lugar con Karim, su hermano menor. En aquella época, Karim aún no era un aspirante a mártir, aunque, mirando en retrospectiva con la lucidez que da el tiempo, él comprendía que su hermano, por entonces, ya empezaba a distanciarse de la vida que había llevado, de la gente que bebía té y hacía chistes, de las personas que vivían de un modo normal, corriente y descreído. Él mismo, en cambio, por aquel entonces ya pensaba igual que

ahora: que había mejores medios para conseguir tus objetivos que ponerte un cinturón atiborrado de explosivos.

En todo caso, la historia de Karim aún no había terminado del todo, y el país que su hermano había llegado a despreciar seguía necesitando mejoras urgentes.

—Entonces, ¿no hay problemas? —preguntó Zafar.

Tyson negó con la cabeza.

—¿Cuándo estará todo listo?

—En un par de días... una vez hecho el pago.

Tyson frotó el índice contra el pulgar.

Visto de cerca, Tyson ya no tenía tanta pinta de político en ciernes. Y no porque tuviese aspecto de matón, aunque así lo habían descrito durante sus dos primeros juicios por lesiones, ni porque tuviese pinta de terrorista en ciernes, aunque, tras haberse radicalizado durante su segunda estancia en la cárcel, había sido condenado una tercera vez por tenencia de documentos extremistas. Tampoco se trataba del color de su piel, del cráneo rasurado y ni siquiera del tatuaje facial (aunque...). No, pensó Zafar, lo fundamental era el talante que se adivinaba detrás de ese rostro: una actitud que se proyectaba al exterior y que venía a decir que toda interacción social estaba de más. Excepto con él, que se había tomado la molestia de echarle una mano cuando se había quedado sin empleo, sin casa y sin amigos. Sólo él era capaz de iluminar los ojos de Bowman, aunque sabía que no estaba bien explotar al otro en su provecho.

La camarera revoloteaba junto a ellos con la libreta en la mano.

—Buenos días, señor Jaffrey.

—Angela —respondió él—. Radiante como siempre.

—Lo mismo me dijo ayer, señor Jaffrey. Sugiero que lo tenga en cuenta: la gente terminará por pensar que no es sincero.

Jaffrey le rozó la mano.

—La gente puede pensar lo que quiera, Angela. Yo siempre voy a encontrarla radiante.

Ella sonrió quitándose de golpe varios años de encima (debía de tener unos sesenta y pico).

—¿Seguirá viniendo a desayunar cuando sea alcalde?

—Sí, siempre que siga usted sirviendo las mesas. Pero esta mañana no voy a tomar más que un café, gracias.

Angela se fue y Jaffrey volvió a concentrarse en Tyson. Su «recadero», decían: una palabra que seguía teniendo connotaciones negativas, aunque al fin y al cabo era cierto que Tyson le hacía recados de vez en cuando.

Llegó el café y los dos hombres se pusieron a hablar de los cambios en el plan del día: una reunión cancelada, otra que seguía en pie. La intervención de cinco minutos en una radio local finalmente tendría lugar en una furgoneta, y no en el estudio, con lo que todos, salvo el

conductor, saldrían ganando media hora. Cada día era más ajetreado que la víspera, pues apenas faltaban tres semanas para las elecciones municipales. Jaffrey se presentaba como candidato independiente y, aunque el primer ministro se había declarado «decepcionado» con él por su negativa a hacerlo bajo el manto del partido (y eso que había sido escogido como miembro de dos comisiones especiales en los últimos años), los dos continuaban siendo «buenos amigos» en el terreno personal. El primer ministro solía recurrir a esa táctica: si no lograba que las figuras que gozaban de popularidad lo respaldasen, él las respaldaba a ellas con la idea de conseguir publicidad de rebote. Jaffrey aceptaba esa complicidad no buscada del mismo modo que aceptaba el «respeto» tantas veces mencionado por el líder de la oposición. En el mundillo de la política no podías permitirte dejar vacío el casillero de la publicidad personal. Por lo demás, dijeran lo que dijesen, ninguno de aquellos ilustres personajes era lo bastante ingenuo como para suponer que su propio candidato a la alcaldía tenía la menor oportunidad de salir elegido a no ser que las encuestas fuesen un fiasco aún más desastroso que la última vez, o que la penúltima: a finales de ese mes, él iba a hacerse con la alcaldía de Birmingham y su área metropolitana.

Por supuesto, había algunas personas (el matrimonio Gimball antes que nadie, pero también un montón más) convencidas de que la elección de un nuevo alcalde musulmán sería otro paso hacia la implantación de las leyes de la *sharia*. Por el momento, sus vitriólicas críticas no estaban surtiendo el efecto esperado porque en la política municipal seguía dándose cierta resistencia a los discursos en clave racista, y así era como la gente solía tomarse los intentos de pintarlo como un simpatizante del islamismo radical. Cada vez que Dodie Gimball ilustraba un artículo sobre él con la foto de un atentado con bomba en un autobús, la respuesta era una ligera subida en la intención de voto registrada por los sondeos. Aun así, si las recientes actividades de Tyson salían a la luz, las cosas iban a cambiar, y él no se hacía ilusiones al respecto: en menos de lo que uno tardaba en decir «Operación Caballo de Troya», dejaría de ser considerado como el representante de una minoría oprimida para ser visto como un indudable terrorista.

Tyson también iba a encontrarse en apuros, lo suficiente como para que Zaf se dijera a sí mismo: «Bueno, no será la primera vez.»

Lo llamaron por el móvil, poniendo fin a sus meditaciones. Era Ed Timms, su jefe de prensa.

—Jefe, me han llegado ciertos rumores.

—¿Te importaría contármelos, si eres tan amable?

—Se dice que Dodie Gimball va a soltar un auténtico bombazo en su columna de mañana después de que Dennis dispare unos cuantos fuegos artificiales esta noche.

—¿Y si dejas de hablar con metáforas? Me resulta más fácil procesar hechos que imágenes.

—Esta noche, Dennis Gimball va a pronunciar un discurso ante sus votantes en el que afirmará que te relacionas con terroristas y su señora tomará el relevo en el artículo de mañana, ilustrado con imágenes. Porque tienen fotos, Zaf. No sé de qué exactamente, pero ya sabes lo que

suele decirse de las fotos: demuestran que algo ha pasado y, llegados a cierto punto, lo que haya pasado realmente resulta irrelevante.

Así de rápido iba todo: en un abrir y cerrar de ojos, una situación que sólo existía en potencia se transformaba en un aquí y un ahora.

—¿Y dónde va a tener lugar ese discurso?

—En Slough, la circunscripción de Dennis Gimball.

—Entendido, Ed. Otra vez nos vienen con sus fanfarronadas. Por el momento no hay motivo de preocupación.

—Ya, pero...

—Lo dejamos para después, Ed.

Y cortó la llamada.

Tyson arqueó una ceja por si Jaffrey precisaba de su ayuda.

—¿Hay algo de lo que ocuparse, jefe?

—Es posible, un par de cosas.

—Lo que haga falta —dijo Tyson—. Ya lo sabes. No me importa lo que sea.

Zafar alzó la mano, que el otro chocó al vuelo. «Es verdad», se dijo Jaffrey: podía pedirle lo que fuese, Tyson estaba más que dispuesto a hacerlo. Ese pensamiento lo entristeció y lo alegró a la vez. Le daba esperanzas para el futuro, pero al mismo tiempo se las quitaba.

Era lo que la gente decía: la política era el arte de la componenda y la transacción.

Tras encontrar los cigarrillos en algún lugar de su cuerpo, Lamb, en un sorprendente alarde de caballerosidad, le ofreció uno a Taverner. Primero encendió el suyo y luego el de ella. Nunca estaba de más hacer gala de buenos modales, aunque tampoco había que exagerar.

—Según la BBC —dijo—, o sea, según lo más leído en Twitter, los asesinatos de Abbotsfield fueron cosa del ISIS.

—Es nuestra hipótesis de trabajo.

—Lo que implica que el ISIS también ha atentado contra Ho, y eso no se lo chupa nadie.

—No se lo traga nadie, querrás decir.

—Perdón: un pequeño lapsus freudiano. —Dio una profunda calada—. Para empezar, la gente del ISIS no se dedica a urdir complots: ponen una bomba en un mercado, vale; entran en un pueblo y matan a los vecinos a tiros, vale; pero lo de urdir complots no es lo suyo.

—Sí que atentan contra personas en particular: lo han hecho otras veces.

—Contra personas importantes, de acuerdo. Lo que no hacen es atentar contra un chupatintas de cuarta división en mitad de la noche... —Lamb entornó los ojos—. Si al final resulta que todo esto es otro de tus jueguecitos, Diana, no sabes lo mal que voy a tomármelo.

Taverner miró a su alrededor en busca de un cenicero o similar, pero se dejó llevar por el ambiente y tiró la ceniza sobre la moqueta.

—¿«Jueguecitos»? —repitió.

—Todavía no he olvidado que alguien trató de matarme en este mismo despacho no hace tanto tiempo. Nunca hemos llegado a hablar del tema en profundidad, ¿o sí?

Pasaba de vez en cuando: estabas contemplando el fétido pantano que conformaba la personalidad de Lamb y una aleta emergía a la superficie.

—Mejor nos centramos en los problemas actuales, ¿te parece? —repuso Taverner—. ¿Cómo se encuentra Ho?

—Tiene un corte en la oreja.

—¿Una herida de bala?

—Un accidente doméstico por tener la casa hecha un desastre.

—¿Nadie más ha resultado herido?

—Dander andaba por ahí y no le quedó más remedio que tirarse al suelo de inmediato, pero una de las ventajas de tener un cuerpo como un balón de fútbol es que no pasa nada si te patean un poco.

—¿Todo tu personal se encuentra en la oficina en estos momentos?

—No llevo un puto registro, Diana.

—Pensaba que sí.

—Bueno, ya, sí que lo llevo, pero para tocarles las narices, no por imposición oficial.

—De manera que...

—De manera que todos están aquí, sí.

—Bien, porque a partir de este momento estáis todos en cuarentena.

Lamb puso los ojos en blanco.

—Hablo en serio: sin teléfono y sin internet. De aquí no sale nadie, y Ho se viene conmigo a Regent’s Park. No sabemos qué mierdas ha estado pisando, pero hay que mirarle bien los zapatos. Entretanto, los demás os quedáis aquí retenidos a la espera de que os interroguen.

—Bueno, ¿y por qué no...? —dijo Lamb—. Yo me encargo de que no se desmadren. Nos entretendremos jugando al asesinato en la oscuridad hasta que tú y tu gente tengáis un hueco en vuestra agenda.

Lady Di se echó a reír, pero luego se detuvo en seco y dijo:

—Ay, perdona, ¿lo decías en serio? Cuando quiera poner a un zorro al cuidado del gallinero serás el primero de la lista; sin embargo, de momento prefiero que la agente Flyte os haga de niñera. Ya conoces a nuestra amiga Emma, ¿no?

—Su recuerdo me ha alegrado más de una noche solitaria.

—Ándate con cuidado: algunos estamos acostumbrados a tus cosas, pero otros podrían ponerte

una denuncia. Se lo comunicas a tu gente, ¿de acuerdo? Me sorprende no ver a Standish por aquí.

—Ahora que lo mencionas, algo me dice que no te aprecia mucho.

—Tampoco estoy segura de que te aprecie a ti, y sin embargo, insistes en mantenerla a tu lado. ¿Alguna vez le has dicho por qué?

Lamb la fulminó con la mirada durante unos largos segundos, pero ella se pasaba media vida presidiendo y participando en reuniones y comisiones. Si las largas miradas fulminantes pudieran con ella, la habrían reducido a polvo mucho tiempo atrás.

Finalmente, Lamb respondió:

—Standish sabe que su antiguo jefe fue un traidor, si a eso te refieres.

—¿Y sabe que el tipo trató de involucrarla en su traición? ¿Que lo había arreglado todo para que ella fuese la cabeza de turco, el chivo expiatorio?

—Lo más probable es que haya terminado por deducirlo.

—¿Y sabe que tú fuiste el que lo mató de un tiro en la cabeza o sigue creyendo que se suicidó?

Lamb no respondió.

—Me encantaría oír lo que tenga que decir cuando se entere.

—¿Qué te hace pensar que va a enterarse?

—Por Dios, Lamb. Tú tienes un montón de secretos, pero hay uno en particular que clama ser revelado. ¿Cuál dirías que es?

Se oyeron unos ruidos fuera. Varias personas acababan de entrar en el edificio. Los Perros, pensó Lamb, llegados para conducir a Ho a Regent's Park y asegurarse de que los demás no se movieran de allí.

Oyeron a Standish abrir la puerta de su despacho y salir al rellano.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Vaya, vaya —comentó Lady Di—. Menudos investigadores estáis hechos.

Roderick Ho habría estado encantado, aunque no sorprendido, de saber que el corazón de Kim latía más deprisa por su causa.

La noche anterior, ella se había bajado del taxi tras pedirle al conductor que la dejara a dos calles de su casa (en vista del asunto en el que estaba metida, lo más prudente era no dar pistas sobre su dirección) y luego se había puesto a mirar *The Walking Dead* hasta bien entrada la noche bebiendo vodka combinado con zumo de arándanos y, una vez agotado el zumo, vodka a palo seco.

Hasta que se durmió de golpe.

Un poco más tarde despertó con el cojín mojado de baba y el corazón desbocado. Las cosas habían salido mal o estaban a punto de salir mal. Las sensaciones de ese tipo a veces están fuera

de lugar, tienen más que ver con uno mismo que con los otros, pero es prudente tenerlas en cuenta y actuar en consecuencia. Siempre hay que planearlo todo imaginando el peor escenario posible.

Así que se duchó, se vistió en tres minutos y echó mano del kit de emergencia que guardaba en el armario: el pasaporte, las dos cartillas de ahorro y dos mil libras en efectivo, así como una muda de ropa y el mínimo imprescindible de maquillaje, todo ello metido en un bolso preparado para salir pitando. El resto de las cosas que había en la habitación no importaban. Su alquiler era por mes, y los compañeros de vivienda, unos simples amigos temporales. Les dejaría una nota con la excusa de una urgencia y desaparecería de sus vidas para siempre. Cuanto antes, mejor. Su corazón seguía latiendo acelerado, y si bien era un órgano del que no siempre te podías fiar, era sin duda el que más te convenía mantener en forma.

«Roderick Ho», pensó. El motivo por el que el corazón le latía a toda prisa tenía que ver con Roderick Ho.

«Sólo una cosa: que sea rápido, ¿de acuerdo? El chico es inofensivo», les había dicho.

Tan sólo se proponían pegarle una pequeña paliza, le habían asegurado, pero ella no se lo había creído del todo, lo que significaba, como el corazón seguía indicándole con sus latidos, que más valía poner tierra de por medio.

Se colgó el bolso del hombro y salió de la habitación; sin embargo, cuando estaba en el rellano sonó el timbre de la puerta.

Se quedó petrificada.

Pero ¿por qué inquietarse? Era media mañana en una de las mayores ciudades del mundo: había carteros, repartidores de folletos religiosos, revisores del contador de la luz, encuestadores que te preguntaban tu opinión sobre cosas en las que nunca habías pensado. La silueta tras el cristal esmerilado de la puerta que daba a la calle podía ser la de cualquiera de ellos. Cuando cambió de posición, la luz dibujó el borroso contorno de un rostro como si estuviera garabateado.

Volvió a sonar el timbre.

Cabía la posibilidad de salir por detrás, atravesar el minúsculo jardín y encaramarse en el vallado, pero esa vía de escape obligaba a bajar por las escaleras y, en ese caso, quien se encontraba al otro lado de la puerta la vería durante un segundo. Y ese alguien ahora estaba llamando con el picaporte, algo que los revisores del contador no solían hacer.

Les bastaba con introducir una tarjeta en el buzón.

Se alejó del rellano y volvió a entrar en su dormitorio. La ventana daba al jardín, más de tres metros de caída. Un ruido como de astillas llegó de la planta baja; se diría que alguien acababa de insertar una palanca metálica en un espacio no lo bastante ancho. La ventana del dormitorio, de guillotina, estaba cerrada; se podía abrir simplemente girando una cerradura, lo que cualquiera podía hacer en cuestión de segundos... si no era presa del pánico por la llegada de unos intrusos.

Con los dedos humedecidos por el miedo, ella no acertaba a hacerlo. El sonido de la madera astillándose dio paso a un fuerte crujido, pero la cerradura de la ventana giró por fin.

Unos pasos llegaban de la escalera.

El corazón le latía con fuerza cuando abrió la ventana y tiró el bolso al jardín. También ella iría a parar allí en cuestión de segundos. Más rápido, incluso. Pero la camiseta se le enganchó en algo cuando se agachó para salir por el hueco: las vidas a veces penden de cosas insignificantes; de hilos, de promesas.

Se volvió y vio al intruso en la habitación, a pocos metros de ella, apuntándole al rostro con una pistola.

Se habría dicho que a Emma Flyte no le gustaba mucho la Casa de la Ciénaga. No llegaba a pasar el dedo por las superficies mugrientas con expresión de desagrado, pero seguramente era porque prefería no tocar nada.

—Había oído el término «cultura de oficina» —dijo mirando a su alrededor—, pero en este caso creo que sería más apropiado hablar de «cultivo»... cultivo de bacterias.

A River no le habría importado el comentario de no ser porque la semana anterior había estado limpiando, o pensando en limpiar, para ser más exactos, un proyecto que al final había acabado descartando... a cambio de seguir haciendo el vago.

Flyte había decidido reunirlos a todos y hablar con ellos en un despacho distinto del de Lamb, porque en aquél no había espacio ni para poner los ojos en blanco. Con la expresión de disgusto propia de un emperador obligado a marchar al exilio, Lamb se apalancó de inmediato tras el escritorio de River procediendo a resituar con los pies todo cuanto había encima del mueble. Por lo menos no se había quitado los zapatos, algo era algo. River se había recostado en un archivador, pues el instinto le decía que más valía cuidarse las espaldas; Coe estaba sentado ante su propio escritorio, comportándose, según era habitual en él, como si estuviera a solas; Catherine había situado una silla junto a la pared y se había sentado tan tranquila con un periódico doblado en el regazo, mientras que Louisa y Shirley se encontraban de pie a uno y otro lado de la ventana como dos cirios disparejos. A Ho, por supuesto, se lo habían llevado los Perros y Lady Di, de forma que brillaba por su ausencia.

«Estamos todos», pensó River.

Shirley los había fulminado con la mirada al verlos por la mañana, pero sin la intensidad de otras veces, pues lo que de verdad le interesaba en esos momentos era decirles que ella había tenido razón y ellos no. Hacia las dos de la madrugada, una lluvia de cristales se había precipitado sobre la calle donde estaba la casa de Ho, un cuerpo había caído por la ventana y alguien se había apresurado a llevárselo. Todo aquello sonaba al tipo de cosas con las que los

caballos lentos soñaban despiertos mientras trabajaban en hojas de cálculo: acción, diversión y gente que salía malparada (otra gente, ellos no). Sin embargo, la vaguedad de las explicaciones de Shirley sugería que tampoco se había cubierto de gloria.

—¿Y Lamb estaba allí dentro todo el tiempo? —preguntó Louisa.

Shirley asintió.

—Ho sale de copas con Kim y vuelve a casa para estar con Lamb... sus prioridades siguen siendo jodidamente confusas.

Luego se había presentado la policía y poco después los Perros.

—Todo un circo ambulante —comentó Shirley.

Y nadie tenía ni idea de qué era lo que estaba pasando en realidad.

O sea, lo normal.

Flyte, que se había situado junto a la puerta, no perdía de vista a los congregados. La última vez que había coincidido con ese tal River, éste había terminado por propinarle un violento cabezazo, seguramente accidental, algo que para él era un consuelo, pero para ella no tanto: había salido malparada y llena de moratones, aunque sin secuelas permanentes.

Si Kim estaba entre el ocho y medio y el nueve, Emma Flyte estaba entre el diez y el diez y medio, o incluso el once.

Flyte estaba mirando con especial atención a Coe, que se había puesto unos auriculares.

—¿Y eso qué es? —le preguntó.

Coe no respondió.

—Es un poco reservado —explicó Lamb—. Prueba a soltarle un puñetazo en la cara.

—Coe —intervino Louisa—, alguien quiere decirte algo.

Coe miró a Flyte.

—¿Y eso qué es? —repitió ella.

—El iPod.

—Déjalo sobre la mesa.

—¿Por qué?

—¿Te parece que he venido para que me hagáis preguntas? —contestó Flyte—. Estáis en cuarentena, y no hay más que hablar.

—Es un iPod —repitió Coe.

—Me da lo mismo.

Catherine decidió que debía intervenir:

—Te supongo familiarizada con las funciones de la Casa de la Ciénaga, ¿no?

—He tenido el gusto de leer algo al respecto, sí.

—Entonces sabrás que algunos de nosotros tenemos... problemillas.

—¿Qué es lo quieres decirme, Standish?

—Que a Coe le viene bien escuchar música para calmarse un poco: a veces sufre ataques de pánico.

—¿Y qué pasa si no escucha música?

—No estoy segura —repuso Catherine—, nunca le hemos prohibido que lo haga.

—Pero ten en cuenta que lleva un cuchillo —informó Shirley.

Flyte contempló a Coe: un joven delgado y blancuzco vestido con una sudadera con capucha que parecía surgir de su propia espalda. Como David Bowie en su día libre, vamos.

River se acordaba bien de su llegada a la Ciénaga: por entonces estaba hecho un manojo de nervios. Era posible que ahora estuviera más tranquilo, pero no por ello era más sociable.

—¿Tenéis por costumbre hablar de él como si no estuviera presente? —preguntó Flyte.

—Sí.

—¿Y él siempre se comporta así?

—Forma parte de su proceso de transición —explicó Shirley—: tiene que pasar seis meses actuando como un gilipollas.

Coe no pestañeó. Dio la impresión de que iba a decir otra vez «es un iPod», pero no lo hizo.

Flyte, que pareció darse cuenta, suspiró y dijo:

—Pues vale, que siga escuchando esa puñetera cosa.

Por toda respuesta, Coe volvió a encajarse los auriculares en los oídos.

River observó a Shirley, que solía ponerse como una moto cuando veía que una situación tensa se resolvía sin violencia, pero ella se limitó a negar con la cabeza como si se sintiese decepcionada, pero no sorprendida. Entonces se dio cuenta de que él estaba mirándola y le sacó la lengua.

Luego se volvió hacia Louisa y empezó a decir:

—Estoy vigilando...

—Dejadlo de una vez, por favor —la cortó Louisa—. Me entran ganas de mataros.

—Algo tenemos que hacer, ¿no? Ah, y otra cosa: me muero de hambre, y no pienso quedarme tan tranquila al respecto. —La idea de que Shirley pudiera sentirse tranquila por algo resultaba inquietante—. Necesitamos provisiones —añadió.

—Shirley tiene razón.

—Salgo a comprar algo de comer, ¿vale?

—De aquí no sale nadie —cortó Flyte—. ¿Os suena la palabra «cuarentena»?

—De aquí no sale nadie —convino Lamb—, salvo Dander, que estará fuera tan sólo unos minutos.

River, Louisa y Catherine empezaron a rebuscar billetes y monedas en bolsos y bolsillos y se los dieron a Shirley.

—Que sea algo nutritivo y saludable, por favor —pidió Catherine.

—Y con azúcar, si puede ser —terció Louisa.

—Tú no vas a ningún sitio —ordenó Flyte.

—Ya, claro —repuso Shirley—. Vuelvo en cinco minutos.

Por un momento pareció que Flyte iba a tratar de impedírselo físicamente, algo que tanto River como Louisa tenían muchas ganas de ver, aunque por diferentes razones. Pero no: Shirley sencillamente se escurrió bajo el brazo de Flyte y desapareció escaleras abajo con rapidez hasta que el traqueteo de sus pasos dejó de oírse.

Flyte se volvió hacia Lamb.

—¿Alguna vez has pensado en disciplinar un poco a tu personal?

—Más bien soy partidario de recurrir al palo o la zanahoria.

—Al palo y la zanahoria, querrás decir.

—Bueno, cualquier cosa que pueda meterles por el culo suele funcionar, la verdad. —Lamb frunció el ceño—. No vayas a pensar que estoy hablando metafóricamente. No estamos en un puto recital de poesía.

La escena, sin embargo, sí que llevaba a pensar en un puto recital de poesía: pocas personas presentes y ninguna de ellas vestida con un mínimo de elegancia. Con la salvedad de Flyte, claro, aunque River pensaba que estaría igual de esplendorosa vestida con una falda a cuadros escoceses y unos gruesos leotardos de lana. Llevaba un traje de chaqueta oscuro y una camisa blanca, el cabello recogido en un moño. Su mirada era severa... y River se dio cuenta de que no le convenía seguir mirándola de ese modo: estuviera buena o no, era la jefa de los Perros, y no hacía mucho que su predecesor le había estampado una buena patada en los huevos. Si Flyte lo pillaba mirándola así, bien podría hacer otro tanto. Ganas seguramente no le faltaban, en vista de lo sucedido en su último encuentro.

Por su parte, Lamb parecía encantado de poder charlar con la recién llegada.

—Tú eres la niña de los ojos de Claude Whelan, ¿no?

—¿Por qué dices eso?

—Porque Lady Di te tiene tirria, lo que normalmente implica el despido y la calle, pero tú sigues en el cargo. O bien el Primera Mesa está loco por ti, o bien lo tienes pillado por los cojones porque sabes cosas sobre él.

—Yo me limito a hacer mi trabajo y lo hago bien —contestó Flyte—. Whelan lo sabe.

—No me fío de ese tipo: tiene ojos de párroco.

—¿Ojos de párroco...?

—Demasiado brillantes, demasiado chispeantes. Como le hagas un poco de caso es muy capaz de ponerse a conversar contigo sobre cosas serias. —Se volvió hacia River—. Soy un hombre sumamente devoto, como todos sabemos, pero a los curas no puedo ni verlos. —Y dirigiéndose a Flyte añadió—: Ese hombre es Primera Mesa porque pasaba por allí cuando el tinglado se vino

abajo, eso es todo. Taverner estaría dispuesta a vender los riñones de su madre para hacerse con el cargo, y el hecho es que lo haría bien, mientras que Whelan es un simple gestor; lo cual significa, dicho en términos políticamente correctos, que es un mediocre.

—El primer ministro está de su lado.

—Más a mi favor.

—¿Y qué va a ser de Roddy? —preguntó Catherine.

Flyte alzó las cejas. «Como si se encogiera de hombros», interpretó River.

—Hay que interrogarlo.

—¿De forma... agresiva?

—No creo que vayan a hacerlo de forma amigable.

River, Louisa y Catherine reflexionaron sobre su respuesta, un par de ellos con una sonrisa. J. K. Coe siguió a su bola, escuchando vete a saber qué con sus auriculares, aunque River se fijó en que no estaba imitando los solos de piano con los dedos. Por su parte, Lamb acababa de adoptar una de sus posturas características, la del «hipopótamo en descanso», como la llamaban los caballos lentos: dócil en apariencia, aunque era mejor no acercarse mucho.

Ninguno de ellos estaba haciendo nada ni lo más remotamente útil. «Otro día más en la oficina», pensó River.

Shirley volvió medio mojada por la lluvia y con algunas provisiones de emergencia... que resultaron ser dos botellas de vino tinto y una bolsa tamaño familiar de gominolas Haribo.

—¡Huy, lo que has traído! —exclamó Louisa.

Al tiempo que Lamb decía:

—¡Yo quiero una de ésas!

Shirley le ofreció la bolsa de gominolas.

—Muy graciosa.

Le pasó una botella de vino.

—No sé qué es peor, la verdad —observó Flyte—, el consumo de alcohol o el subidón de azúcar.

—¿Has comprado vino con el dinero que te he dado? —preguntó Catherine.

—Pues sí —respondió Shirley—: he pensado que así nos tocaría más.

—Tiene su lógica —aprobó Lamb, que ya había descorchado su botella y se había puesto a beber a morro—. Muy bien —dijo—. Y ahora vamos a sacudir un poco el cerebro. —Se volvió hacia Flyte—. Espero no haberte ofendido.

Ella se encogió de hombros.

—No entiendo por qué: no soy epiléptica.

—No, pero eres rubia, y a las rubias a veces no os gusta que se mencione la palabra «cerebro»:

os lo tomáis como algo personal. —Miró a su alrededor—. Alguien quiere matar a Ho, además de nosotros, quiero decir. ¿Alguna idea?

—Podría ser Kim —dijo Shirley—. Su novia —aclaró.

—¿Por qué? Además de por las razones obvias, claro.

—La chica está muy por encima de él, pero que mucho —observó River.

—Tampoco es un motivo para querer matarlo. —Lamb miró a Flyte—. ¿Alguna vez te has follado a un tío feo y medio tonto?

—No pienso responder a esa pregunta.

—Quien calla otorga.

—Esa mujer se ha liado con él para sacarle el dinero —comentó Louisa—, tiene que ser eso.

—A ver. Es un hecho que Roddy tiene más dinero que todos vosotros juntos porque tuvo la buena idea de ser hijo único de un empresario que está forrado, pero no tiene lo suficiente como para que una profesional de la estafa haya estado trabajándoselo a largo plazo. Si lo que quería era su dinero, a estas alturas lo habría desplumado y se habría dado el piro sin tomarse la molestia de quedarse en la ciudad a la espera de que se lo cargasen, como no fuese en aras de la pura satisfacción personal. —Volvió a mirar a Flyte—. Doy por sentado que no acostumbras a ordenar la ejecución de los gilipollas del servicio.

—Hasta ahora no, pero igual es buena idea implantar una política de abrir fuego contra los gordos cabrones nada más verlos.

—Ahí, ahí. Llevas sólo diez minutos en la casa y ya eres una más.

—Querían sacarle información —dijo Louisa.

—Sí, tiene que ser eso. Vamos a ver, Ho es un merluzo, pero sabe hacer trucos de magia con un ordenador. Si no fuera por eso, hace mucho tiempo que lo habría metido en una bolsa de plástico y tirado al río, así que esa tía...

—Kim.

—Su novia.

—...lo que sea. Así que está claro que esa tía ha estado haciendo de señuelo. ¿Qué sabemos de ella?

—Es china —indicó Shirley.

—Tiene aspecto de ser china —puntualizó River.

—Ya —dijo Lamb—, no es cuestión de precipitarnos y llegar a conclusiones de tipo racista. Igual es una persona normal, pero tiene aspecto de ser china. Ah, y una cosa más...

J. K. Coe dio un respingo y se enderezó en el asiento.

—¡Vaya! ¿Lo hemos despertado?

Louisa, que era la que estaba más cerca de él, le propinó una patada y Coe se aflojó los auriculares.

—Estupendo —dijo Lamb—. Me gusta que la gente por lo menos finja prestar atención. Otra cosa que he olvidado mencionar: esa mujer, sea quien sea, está compinchada con los responsables del atentado de Abbotsfield.

Se hizo el silencio, tan sólo mancillado por el ruido de Shirley al masticar una gominola.

Y por la repentina intervención de J. K. Coe:

—Creo que tenemos un problema.

7

Durante el invierno, el día se fatiga temprano y sale por la puerta hacia las cinco; con el abrigo puesto, se dirige al oeste y hasta mañana. La noche entonces le toma el relevo durante un largo intervalo de tiempo y, aunque duerme casi todo el rato y presta poca atención a lo que sucede en los rincones más silenciosos, de una forma u otra se las arregla para llegar hasta el alba. Sin embargo, en verano el día se queda un rato más para disfrutar del sol y, después de pegarse una buena siesta y trastabillar un poco con las sombras de las cinco, por lo general sigue activo tanto tiempo como puede.

Y durante esas horas de prórroga inesperada hay más posibilidades de que las cosas salgan a la luz o, como mínimo, de que la luz se proyecte sobre las cosas.

La luz que aquella tarde se proyectaba sobre Regent's Park dibujaba unas sombras perfectas. Se filtraban en franjas por las persianas venecianas para irse a inscribir, como diseñadas por un profesional, en escritorios, paredes y suelos, convirtiendo los despachos de los pisos de arriba en imágenes dignas de un catálogo de ropa, sólo necesitadas de una modelo o un maniquí para redondear la ilusión. Pero, como sucede con los cisnes, en Regent's Park el trabajo de verdad no estaba a la vista: por muy pintorescamente industriosos que pudieran parecer los hombres y mujeres que recorrían los pisos superiores, la faena de verdad tenía por escenario la zona situada en la planta baja (que Diana Taverner y Claude Whelan podían ver a través de los tabiques de cristal), donde otros hombres y mujeres monitorizaban el mundo y las variopintas realidades que tenía para ofrecer. Allí se estaba dando caza a los asesinos de Abbotsfield progresando lentamente, lo que no era una sorpresa para nadie: si apareces de la nada y te cargas a todo lo que se mueve, no dejas muchas pistas que seguir. La procedencia de los asesinos seguía siendo tan imprecisa como una señal de radio con interferencias. Las primeras imágenes del jeep que utilizaban provenían de una cámara de vigilancia a doce kilómetros al norte de Sheffield. El seguimiento de su recorrido a la inversa llevaba a las afueras de dicha ciudad, donde el vehículo terminaba por esfumarse en una tormenta eléctrica: el espasmódico ir y venir de demasiadas cámaras que enfocaban demasiado tráfico, trasladándose con excesiva rapidez de unos objetos a otros.

Hasta un jeep podía desaparecer tranquilamente en los interludios de la respiración digital.

Y cuando algo como eso sucede, las teorías de la conspiración florecen como el moho. Así, se asumía que debía de existir una razón para que el jeep hubiera conseguido sortear las cámaras

con tanta eficacia. Sin embargo, la única razón era ésta: que esas cosas pasan. Cuando todo va sobre ruedas y el viento sopla a favor, se arresta a los asesinos antes de que hayan tenido tiempo de engrasar sus armas, y sus víctimas continúan con sus vidas sin enterarse de que acaban de esquivar al destino, pero a veces todo sale mal, los malos desaparecen y los nombres de sus víctimas colman los titulares. Entonces, los hombres y mujeres del servicio trabajan incansablemente en un intento, muchas veces condenado al fracaso, de paliar al menos la mala suerte.

A todo esto, otras cacerías tenían lugar mientras la luz de la tarde continuaba hurgando y curioseando en resquicios y recovecos. Se estaban abriendo carpetas... algunas de ellas tangibles, de cartón y con papeles dentro (la idea era que, si querías robarlas, tenías que entrar físicamente en el edificio, mientras que eso no era necesario en un robo digital). Los contenidos se revisaban para subrayar los posibles datos de interés antes de entregárselas al Primera Mesa. No es habitual espiar a los miembros del Parlamento (aunque muchos estén convencidos de que los espían); sin embargo, cuando un parlamentario resulta incómodo, demasiado indiscreto, sospechosamente ingenuo o excesivamente díscolo, el radar del servicio debe controlarlo, a menudo a instancias de sus propios líderes, pues, aunque el servicio existe, en principio, para salvaguardar la seguridad de la nación, las inseguridades de la élite política también requieren atención.

El actual primer ministro, como tantos de sus predecesores, tenía el oído muy pero que muy fino a la hora de detectar posibles deslealtades (según observó un chistoso en cierta ocasión, había vaticinado siete de las últimas dos rebeliones de su propio grupo parlamentario), y durante su inexplicablemente prolongado mandato había exigido informes pormenorizados de casi todos los representantes de su partido que habían merecido un párrafo en la prensa o siete minutos de televisión en un par de días consecutivos, lo que había generado un montón de papeleo, claro. Eso sí: él mismo nunca llegó a enterarse de gran parte de lo revelado en esos informes porque se determinó que esa información era políticamente irrelevante, o personalmente embarazosa, o demasiado útil en potencia como para derrocharla con tanta alegría.

Como resultado de ello, en los archivos custodiados por Molly Doran existía un informe sobre Dennis Gimball. Dicho informe no estaba etiquetado en negro, rojo o verde (los colores que urgían a extremar la vigilancia del individuo en cuestión y hasta forzarlo discretamente a abandonar el servicio público, como varios antiguos ministros del Interior y cancilleres sabían de sobra), sino con una etiqueta blanca a la que se había añadido una pequeña cruz trazada a mano, seguramente por Dolly, para indicar que en esa carpeta podía encontrarse una peculiaridad, un pequeño descosido o un inesperado desgarrón en la tela de la vida, una grieta en la que quizá era posible meter una llave improvisada y hacerla girar.

Claude Whelan no salía muy a menudo: iba de su casa a Regent's Park y de Regent's Park a su casa otra vez, iba y venía entre Park y Whitehall, la zona de los ministerios y oficinas gubernamentales, y por lo general comía cualquier cosa sentado ante su escritorio. Cierto que de vez en cuando tenía que asistir a reuniones en lugares más remotos pero, a diferencia de su predecesora, la añorada o desdeñada (según por quién) Ingrid Tearney, Whelan pasaba el menor tiempo posible en Washington, por ejemplo, con el argumento de que el avance en las comunicaciones existía para algo, y si no servía para reducir los viajes en avión no justificaba ni la fibra óptica que lo hacía posible.

Y cuando sencillamente no podía excusarse, se limitaba a hacer el paripé un rato y a beber un gin-tonic a sorbitos en uno de aquellos clubes privados para figurones entre cuyos muebles de anticuario solías divisar a antiguos peces gordos, como Peter Judd, que planeaban su regreso a la política por la puerta grande.

En lo fundamental, Whelan era carne de despacho: firmaba los papeles que aparecían y desaparecían de su escritorio, recibía mensajes en el buzón del correo y él arrojaba sus respuestas al abismo de los circuitos electrónicos. No encontraba nada de malo en vivir encadenado a un mueble. No era que le pareciera algo especialmente digno, ni mucho menos heroico, aunque un chupatintas en general estaba expuesto a riesgos parecidos a los de un agente de campo, incluido el de la traición.

Se acordaba muy bien del primer traidor que se había cruzado en su camino: un hombre con el que había compartido proyectos, reuniones y discusiones de geopolítica mientras se comían un sándwich y añoraban los viejos tiempos, como se suele decir. Al final, resultó que ese hombre era víctima de sus propios demonios, unos diablos que lo habían dejado necesitado de dinero y expuesto a la tentación. En su casa encontraron una extensa lista de secretos en venta, así como otra de posibles clientes. Había sido el propio Whelan quien había sugerido que esa oportunidad de divulgar información falsa era demasiado buena para desaprovecharla, y que su amigo de otros tiempos, en el que no se podía confiar, por lo menos era una valiosa correa de transmisión. Y había sido él mismo quien había montado la Operación Cesta de la Compra, un plan que fracasó cuando el traidor en ciernes se suicidó antes de que pudieran ponerlo en práctica. Fue un follón de aquí te espero, pero no requirió ni un solo viaje internacional. Jamás había tenido la sensación de que sus horizontes se vieran limitados por su nula inclinación a dejar atrás lo seguro y conocido; había visto lo suficiente, bueno y malo, sin verse obligado a hacer la maleta. Su tendencia a quedarse quieto estaba lejos de ser una debilidad: era un rasgo fundamental de su carácter y, de hecho, uno de sus puntos fuertes.

Aquel día, sin embargo, tenía que salir de la oficina.

Después de que el informe sobre Dennis Gimball aterrizase en su mesa, una rápida lectura lo había obligado a modificar su agenda de la tarde. Entre otras cosas, últimamente Gimball le

había cogido el gusto a poner en entredicho su reputación como Primera Mesa del MI5. Él no era de natural vengativo, pero eso se debía, sobre todo, a que pocas veces había tenido ocasión de vengarse. En esto se parecía a la mayoría de la gente, pero con la ventaja de que él era el director del servicio secreto y, por tanto, tenía acceso a informes como el que en ese momento tenía delante de sus narices.

Aun así, antes de salir tenía que ocuparse de otra cosa.

—Ese hombre, Ho —indicó.

—Está abajo, señor.

En Regent's Park, eso podía significar varias cosas. El propio Claude estaba «abajo», ya que se hallaba en la planta baja de la oficina central, pero más abajo había otras salas en las que era mejor no permanecer mucho tiempo si querías salir por tu propio pie, y no en una camilla o metido en un cubo transportado por alguien muy parecido al individuo que tenía delante: uno de los Perros al servicio de Emma Flyte.

—¿Quién lo está interrogando?

—Nadie, señor. Nos dijeron que lo dejásemos un rato a solas para que sudara un poco.

Era un truco que seguía funcionando, por muy visto que estuviera: si te encontrabas en una de las salitas de abajo sentado en la silla de plástico que constituía todo el mobiliario y cuyas patas no eran exactamente de la misma longitud, tarde o temprano empezabas a preguntarte por qué el suelo tendría esa ligerísima inclinación y para qué servía el grifo en el rincón, en vista de que no había ningún lavamanos, sino tan sólo un desagüe.

Y cuando llevabas unas cuantas horas considerando esas cuestiones, era muy posible que terminaras poniéndote bastante nervioso.

Por el momento no estaba claro que el atentado contra Roderick Ho estuviese directamente ligado a la matanza de Abbotsfield.

—Las armas de fuego también son una moneda de cambio —le había comentado Whelan a Lady Di poco antes—. Es posible que los asesinos de Abbotsfield se desprendieran de ellas poco después del atentado... y que pasaran a manos de otros indeseables más tarde. Si fue lo que pasó, entonces se trata de una coincidencia.

—No me gustan las coincidencias.

—No, claro. A mí tampoco. Pero si se trata de la misma gente, el plan no guarda ninguna semejanza: una cosa es asesinar a desconocidos al azar y otra muy diferente atentar contra un miembro del MI5. Son agua y aceite, ¿no cree?

—Sí, a no ser que...

—¿Qué?

—A no ser que alguien estuviera tratando de eliminar un cabo suelto —adujo Lady Di—. Quizá Ho estaba ayudándolos, de forma intencionada o no. Y en ese caso...

Y en ese caso seguramente era mejor cortar la conexión por lo sano.

La hipótesis de Diana tenía sentido: valía la pena verificarla. Si realmente existía un vínculo entre Abbotsfield y el tal Ho, tenían que encontrarlo. Y la forma más rápida de hacerlo era apretarle las clavijas sin contemplaciones. Sin embargo, Roderick Ho era un caballo lento. Eso por un lado era algo bueno, pues significaba que era posible apretárselas al máximo y deshacerse de él después como quien tira algo a la papelera, pero por otro complicaba las cosas al máximo, porque Ho formaba parte del equipo de Jackson Lamb, un hombre proclive a jugar sucio cuando te metías con su gente. Cualquier intento de exprimir a Ho obligaba a poner en jaque a Lamb, lo que suponía adentrarse en terreno minado: si la cosa salía mal, él mismo, por más que fuera el director del MI5, se encontraría maltrecho y a solas en tierra quemada. Lamb sabía demasiado sobre él como para que se sintiera tranquilo; tenía que pensar cómo salir de ese atolladero pero, por lo pronto, estaba obligado a andar con pies de plomo.

Lady Di se había encargado de llevarle a Ho, pero a él le tocaba decidir qué hacer a continuación.

Así que, antes de salir a plantarle cara a Dennis Gimball, ordenó:

—Dejad que siga sudando un rato. Un par de horas, digamos, sin ponerle la mano encima. A la larga saldrá más a cuenta.

Porque, aunque no le pusieran una sola mano encima, unas cuantas horas sentado en una de las salitas de abajo bastarían para que el tal Ho comenzara a desquiciarse y a temblar cual gelatina hasta morirse de ganas de contar todo lo que sabía.

«Bueno, para empezar, el fontanero que hizo esto no tenía ni puta idea...», estaba pensando Ho.

Un grifo aislado que salía de la pared a una altura digna de los enanitos del bosque... ¿quién demonios había tenido semejante ocurrencia? Eso pasaba por contratar a chapuceros que trabajaban en negro. Sería de esperar que el servicio fuera un poco menos roñoso y un poco más digno de confianza, pero la manía de recortar gastos había calado hasta el fondo: bastaba con ver cómo estaba la Ciénaga... y eso por no hablar de sus propios dispositivos, obsoletos desde hacía años. Sí, ya se sabía que él se las arreglaba para coger un cable informático del año que fuese y hacerlo bailar como si de una serpiente india se tratara, pero estaba harto de que le endosaran aquellos cacharros hechos polvo. Llevaba tiempo pensando en plantear el tema en cuanto tuviera la menor oportunidad, pero no había logrado encontrar el momento adecuado. En todo caso, aquí también tenían lo suyo... ¡si hasta el suelo estaba torcido! Pero de momento había cosas más urgentes de que hablar.

Alguien había intentado matarlo la noche anterior.

Era algo terrible, aunque desde luego no podía quejarse de que en Regent’s Park no se

estuvieran tomando las cosas en serio: al fin y al cabo lo habían llevado allí con escolta y todo, y quien lo acompañaba en el coche era nada más y nada menos que Diana Taverner, Segunda Mesa en Regent's Park (Operaciones). Taverner apenas había abierto la boca durante el trayecto: hasta tal punto estaría alterada por lo cerca que habían estado de perder a un genio como él. Incluso estuvo tentado de darle unas palmaditas en la mano para dejarle claro que seguía en el mundo de los vivos, y así disipar sus temores, pero, tras pensarlo un poco, decidió que un roce físico podía ser malinterpretado. Otra vez será, señora. En un momento como ése no era cuestión de olvidarse de Kim, su novia, y Lady Di, además, debía concentrarse en ponerlo a salvo, en lugar de dejarse llevar por fantasías lúbricas típicas de las mujeres de mediana edad.

(Y lo de «mediana edad» era pura caballerosidad, porque la mujer tendría sus cincuenta y tantos...)

El caso era que allí estaba, metido en las entrañas de Regent's Park, adonde lo había conducido una escolta de la policía interna del servicio, los Perros. Ellos tampoco se habían mostrado muy habladores que digamos, y además se habían olvidado de llevarle la bebida energética que les había pedido para entretener la espera. En fin, si le entraba sed siempre podía beber de aquel grifo: nadie podría decir que Roddy Ho no estaba preparado para sufrir mientras las altas esferas dilucidaban la mejor forma de protegerlo.

Tras arrastrar la silla hacia un rincón, se entretuvo en averiguar cuánto tiempo podía mantenerla en equilibrio sin que cayera al suelo. La segunda vez resultó que lo conseguía durante menos de la mitad de tiempo que en el primer intento, pero daba lo mismo; si algo le sobraba en estos momentos era precisamente eso: tiempo.

—Creo que tenemos un problema —dijo J. K. Coe.

Lamb se volvió hacia Flyte.

—El colega no suele hablar demasiado —comentó—. Es posible que esté haciendo un esfuerzo adicional en vista de que andas por aquí. Vamos a ver. —Se volvió hacia Coe y, con extrema lentitud, le preguntó—: ¿Por... qué... crees... que... tenemos... un... problema...?

Miró a Flyte de nuevo y se toqueteó la sien con el índice.

—Es un poco cortito —murmuró.

Coe se enroscó el cable de los auriculares en torno a los dedos.

—Ha pasado otra cosa.

—¿Te has hecho pipí encima otra vez? No te preocupes, que no lo hemos visto.

Catherine decidió intervenir:

—Oigamos lo que tiene que decir, ¿de acuerdo?

—Una bomba en un tren —indicó Coe.

—Y te has enterado a través de la música, ¿es eso? —apuntó Lamb—. Igual tendría que probar a escuchar un poco de jazz, como haces tú. Aunque antes preferiría frotarme los ojos con arena.

Se llevó la botella de vino a los labios y bebió un largo trago como si fuera agua.

—Coe no estaba escuchando jazz, sino la radio —aseguró Catherine.

—Ya, claro. Yo también lo había deducido.

—Estamos en cuarentena —recordó Flyte—: se supone que no deberíamos tener comunicación alguna con el exterior, ¿y tú estabas escuchando la radio?

—Dale un respiro —terció Shirley—, el chico lleva un cuchillo. —Había encontrado un vaso de plástico en el que se había servido vino y tenía la boca roja por el vino o por alguna gominola. Daba la impresión de que había estado aplicándose barra de labios a escondidas.

—¿Dónde ha estallado la bomba? —lo interrogó River—. ¿Cuántos muertos y heridos hay?

—Ninguno: han encontrado el artefacto y lo han desactivado.

—¿Dónde?

—En un tren de alta velocidad procedente de Brístol y en dirección a la estación de Paddington.

Los demás ya habían sacado los móviles y estaban consultando los portales de noticias.

Flyte los abroncó:

—¿Tengo que volver a decirlo? Apagad los dispositivos ahora mismo: ¡estamos en cuarentena!

—Todo esto es porque eres nueva —dijo Lamb—. Están poniéndote a prueba para ver hasta dónde pueden llegar.

—Cuando quiera saber tu opinión, ya te la pediré.

Con la vista puesta en la pantalla, River afirmó:

—Nadie lo ha reivindicado.

—Hombre, claro —apuntó Lamb—. ¿Quién va a hacerse responsable de una cagada semejante? Eso sólo se te ocurre a ti. —Miró a Coe y agregó—: Y oye, tú, justo acabo de soltar la primicia mundial de que los asesinos de Abbotsfield han estado tratando de cargarse a Ho y me dejas con la palabra en la boca para contar cuatro chorradas: que si no ha pasado nada en un tren, que si no ha habido ningún muerto... —Negó con la cabeza—. Un día de éstos me voy a cabrear de verdad.

—Ha pasado algo más, ¿verdad? —preguntó Louisa.

Coe había posado las manos en el escritorio y sus dedos se agitaban ágiles y nerviosos.

—En efecto.

Lamb emitió un suspiro como para hinchar un velamen.

—Unos cuantos putos detalles no estarían de más. Cuando tengas un minuto, ya sabes...

Coe juntó los inquietos dedos de su mano derecha, los convirtió en un puño y luego procedió a abrirlos uno a uno con la vista fija en el escritorio.

—Uno: destruir el pueblo.

River abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea.

—Dos: envenenar el abrevadero.

Lamb se arrellanó en el asiento con expresión sombría.

—Tres: inutilizar el ferrocarril.

Coe volvió a cerrar la mano y la metió en el bolsillo de la sudadera.

Se produjo un breve instante de silencio, que Shirley rompió:

—¿Me estoy perdiendo algo?

—Lo que Coe quiere decir es que no se trata de unos atentados terroristas al azar —explicó River—: nos encontramos ante una estrategia de desestabilización.

—¿Y a quién quieren desestabilizar haciendo saltar unos pingüinos por los aires? —repuso Shirley—. ¿A David Attenborough?

—Los pingüinos no son lo fundamental —indicó Catherine—, lo importante es el nombre del lugar. Es lo que quieres decir, ¿verdad?

Coe asintió con firmeza.

—El Abrevadero —recordó River—. ¿Por qué es tan importante?

—Piénsalo —repuso Lamb.

Lo pensaron todos... menos Coe, que parecía haberse retirado de nuevo a su universo privado.

Al final, fue Emma Flyte quien intervino:

—Bueno, pues si se trata de un plan de desestabilización, no parece que esté funcionando, ¿verdad? Es posible que esa gente tenga un señor plan, pero la opinión pública sigue pensando que estamos ante unos atentados al azar. Algo malo de por sí, pero no lo bastante como para hundir al país. Pensemos en lo sucedido en Abbotsfield; es una tragedia, por supuesto, pero nadie había oído hablar de ese pueblo hace una semana...

—Felicidades —dijo Lamb—. Acabas de adquirir la condición de caballo lento honorario.

—¿Porque doy mi opinión como todos, quieres decir?

—No. Porque los putos árboles no te dejan ver el bosque.

—Pero Emma tiene razón —adujo Louisa—. Si esto sigue así, la gente se pondrá nerviosa cuando se halle en espacios públicos, se angustiarán por lo que pueda pasar, pero tampoco van a pensar que todo forma parte de una estrategia diseñada por un supervillano. A ver si me explico: si esto estuviera pasando en un país pequeño...

No llegó a terminar la frase.

—Justamente —dijo Lamb y luego miró a Coe—, esa gente está poniendo en práctica un plan

ideado para someter a una pequeña población local. Porque todo está en singular, ¿no es cierto? El pueblo, el Abrevadero.

Coe volvió a asentir.

—Parece tratarse de un plan que no estaba diseñado para un lugar de las dimensiones del Reino Unido.

—Pero ¿por qué...? —preguntó River. Se detuvo un segundo y luego agregó—: Si la estrategia fue concebida originalmente para otro tipo de entorno, ¿por qué se está implementando aquí?

—Ya que estamos jugando a las preguntitas —intervino Lamb—, ¿alguien es capaz de aventurar cómo se las ha arreglado nuestro colega el monje loco para reconocer dicha estrategia?

—Ay, Dios... —susurró River—. Porque es una de nuestras propias estrategias operativas, ¿verdad?

Coe asintió de nuevo.

Los demás se miraron entre sí sin comprender. Tan sólo Lamb, que acababa de cerrar los ojos, y Catherine, que negaba con la cabeza, daban la impresión de entender lo que todo aquello suponía.

—Me cago en la puta que los parió —dijo Lamb finalmente—. El colega Coe puede ser algo cortito, pero en comparación con los demás está hecho un sudoku andante. El plan que están implementando no es un complot de algún país extranjero para desestabilizar el Reino Unido, sino una estrategia británica diseñada para desestabilizar países de opereta que nos den dolores de cabeza. Está claro que nadie va a poner al Reino Unido de rodillas matando pingüinos y poniendo bombas en los trenes sin que lleguen a explotar, pero cuando estos cabronazos... sean quienes sean... revelen que operan ateniéndose a una estrategia diseñada por la inteligencia británica para socavar gobiernos de países en desarrollo, bueno... ¿alguno de vosotros se anima a decir qué pasará?

—Se va a armar un escándalo de tres mil pares de cojones —apuntó Shirley.

—Por una vez en la vida aciertas de lleno.

—Pero ¿qué es eso de envenenar el abrevadero? ¿En qué siglo trazaron ese plan? —preguntó River.

—Da lo mismo —contestó Catherine—. Puede que no sea el último grito en tecnología, pero sigue siendo una operación encubierta. Y han muerto personas.

—Y pingüinos —recordó Shirley.

—Podría haber sido mucho peor —añadió Louisa—. ¿Cuántos bares hay que se llaman El Abrevadero?

—¿Y cómo podemos estar seguros de que todo esto es cierto? —se preguntó Emma Flyte—. Perdonadme si me muestro un tanto escéptica, pero esto que dice... ¿Coe, verdad? En fin, que al señor aquí presente le da por aventurar que nos encontramos ante un plan británico y todos dais

por sentado que tiene razón. Por mi parte, necesito saber más... ¡y tú, ni sueñes en fumar! —añadió al ver que Lamb empuñaba un cigarrillo.

—En circunstancias normales ni soñaría en hacerlo... —alegó Lamb—, pero tengo el estómago revuelto y eso es lo único que me ayuda a mantenerlo bajo control.

Antes de que Emma pudiera responder, Catherine susurró:

—No discutas con él, hazme caso...

Lamb encendió el cigarrillo, dio una calada y soltó una bocanada de humo que se difundió por todo el despacho. Luego se volvió hacia Coe y dijo:

—Pero bueno, ¿vas a contarnos de dónde ha salido este complot o ya has tenido tu momento de gloria?

Coe miró a Lamb, luego posó la vista en el escritorio y explicó:

—Procede de un documento de trabajo redactado por las comadrejas del servicio en la posguerra. Se trataba de una estrategia pensada para desestabilizar una región en desarrollo en caso de que fuera necesario.

—Antes de que el colega se convirtiera en una puta nulidad —le explicó Lamb a Emma Flyte —, estaba hecho todo un capullo... un listillo, quiero decir; o sea, uno de esos intelectuales del servicio. Siempre me confundo.

—¿Trabajabas al otro lado del Támesis? —preguntó Flyte.

Coe se limitó a asentir.

—En el Departamento de Evaluación Psicológica —apuntó Shirley—: Coe lo sabe todo acerca de operaciones encubiertas.

—No te digo que no —repuso Flyte—, pero su hipótesis sigue pareciéndome un tanto disparatada.

—No tanto, si tenemos en cuenta lo del Abrevadero —musitó Catherine—. Porque Louisa tiene razón: hay un montón de bares que se llaman así, pero si hubieran escogido uno de esos lugares, la gente no diría que han puesto una bomba en el Abrevadero, sino que han puesto una bomba en un bar.

—En lo referente al documento de marras, alguien lo sacó de un cajón hace un tiempo —informó Coe—: algún genio decidió que tenía su interés como modelo digno de ser imitado. Tomas los principios básicos y los aplicas a mayor escala, o bien los reproduces en una región de mayor tamaño de forma que los mismos acontecimientos tengan lugar en más de una ubicación al mismo tiempo. —Hizo una pausa y añadió—: A los del otro lado del río les gustan mucho los jueguecitos de esa clase. Se supone que están restringidos al plano teórico... hasta que alguien termina por ponerlos en práctica.

—Pero éste en particular no lo pusieron en práctica.

Coe se encogió de hombros.

—Ahora sí.

—No me convence —dijo Flyte.

—Hay que joderse —le espetó Lamb—. No te convence porque se te escapa lo fundamental.

—¿Y qué es lo fundamental?

—Alguien encontró y recuperó este plan. ¿Quién? ¿Y de dónde lo sacó?

—Ho —dijeron River, Louisa y Shirley al unísono.

—El pobre Roddy... —murmuró Catherine.

—Y Kim... —aventuró Louisa.

—Su novia... —prosiguió River.

—Sin duda es el enlace entre Ho y los malos de la película.

—Eso explica que alguien tratara de mandarlo al otro barrio.

—Dos veces.

—Y también que Ho tuviera novia —concluyó Shirley.

Flyte parecía tan atónita como si acabaran de darle en la cabeza con un orinal.

—Alguien trató de cargarse a nuestro genio de la informática —retomó Lamb—. Sus compañeros aquí presentes sospechan que alguien utilizó a la tía esa como señuelo y consiguió que les entregara el modelo de desestabilización, y también que ese alguien no estaba dispuesto a que Ho se fuera de la lengua antes de tiempo.

—En ese caso, ¿cómo es posible que Ho no dijera nada de todo esto? —objetó Flyte—. Sobre todo tras darse cuenta de que alguien estaba tratando de acabar con él.

—Bueno, es perfectamente posible que Ho aún no se haya dado cuenta de lo que está pasando —indicó Louisa.

Flyte se la quedó mirando.

—No en vano os han desterrado a todos a este lugar, claro —dijo al cabo de unos segundos—. No siempre lo tengo presente...

—Ya, y todos sabemos que tu brillante carrera profesional cuelga de un hilo: un hilo atado al pulgar de Claude Whelan —le recordó Louisa.

Le caía bien la tal Emma, pero no veía por qué tenía que aguantar sus comentarios desdeñosos.

—Ándate con cuidado —dijo Lamb dirigiéndose a Flyte—: la chica muerde. Por lo demás, hay una forma muy sencilla de averiguar si Coe está diciendo chorradas o no. ¿Alguien lo adivina?

Se produjo una pausa.

—Podemos torturarlo —sugirió Shirley.

Coe le dedicó una mirada tan afilada que habría podido dejarle el pelo rapado al cero.

—Coe sólo ha llegado al punto tres del plan —observó River.

—Es una lástima que sólo seas medio tonto —dijo Lamb—. Con un pequeño esfuerzo, podrías

haber aspirado a ser un completo idiota... porque sí, por inaudito que parezca, esta vez tienes razón: Coe sólo ha llegado al punto tres. —Señaló a Coe con el cuello de la botella y le dio una calada al cigarrillo—. A ver, tú que sufres de síndrome premenstrual, o de estrés postraumático o como se llame, ilumínanos, anda. ¿Qué van a hacer a continuación los malos de la película?

—Asesinar a un político populista —respondió Coe.

• • •

Plantado frente al espejo, Dennis Gimball se felicitaba porque esa americana de color granate lo distinguía de todo el mundo. Cualquiera podía llevar un traje; de hecho, todos, o casi todos, llevaban traje, pero había que tener mucho estilo para lucir prendas menos convencionales, y el estilo era un punto adicional en el mundillo de la política. ¿A cuántos políticos se los recordaba por su forma de vestir? Sin contar, claro, a Michael Foot: aquel líder laborista de los ochenta que iba siempre hecho un desastre. Se volvió para verse de perfil, encajó la mano entre el tercer y cuarto botón e hinchó un poco el pecho. Su estampa resultaría esplendorosa en un billete de cinco libras, y hasta en un sello de correos, qué diablos.

Dodie entró de pronto en la habitación y él retiró la mano apresuradamente, pero no lo bastante rápido.

—No me digas que estabas posando, querido.

—Yo... sólo estaba rascándome.

—Bueno, pues mejor que no lo hagas delante de las cámaras. Ninguna de las dos cosas: ni poses ni te rasques.

—Se supone que hay que posar ante las cámaras.

—Hay poses y poses. —Dodie miró con ojo crítico no al hombre de carne y hueso, sino su imagen en el espejo. Su marido tenía algún que otro kilo de más, lo que tampoco era grave en el mundo de la política, pero si todo se venía abajo y acababan viéndose obligados a salir en los programas de telebasura, habría que ponerlo a dieta—. ¿Has oído la noticia? —preguntó—. Han puesto otra bomba.

—Vaya por Dios.

—No hay muertos ni heridos.

—Vaya por Dios... qué bien... qué mal, quiero decir. ¿Dónde ha sido? ¿Cuándo?

—En un tren —repuso Dodie—. Voy a pedir que te envíen un correo con los detalles, y cuando la gente te pregunte al respecto... porque te preguntarán... debes insinuar que sabes más cosas de las que dices. Como si te llegaran informes confidenciales de inteligencia.

Porque ésa era otra norma imprescindible: dar a entender que sabes más de lo que dices, actuar

como si pudieras hacer más de lo que la gente cree y, a la hora de hacer campaña, mentir hasta quedarte ronco, lo que era el otro gran legado del referéndum del Brexit.

Dennis asintió. Iba a añadir algo, pero de pronto sonó el teléfono: un número desconocido. Frunció el ceño y se dispuso a responder con una evasiva, convencido de que se trataba de una llamada comercial.

Pero no era una llamada comercial.

—Sí, sí, soy yo... Ajá... ¿Cuándo?, ¿ahora mismo...? No sé si tengo tiempo, la verdad... Ah, claro... Bueno, en tal caso, sí, por supuesto. En mi casa, sí...

Cortó la llamada bizqueando ligeramente, como solía pasar cuando algo lo pillaba por sorpresa. Dodie ya le había hablado de ese problema, pero no era fácil librar a un hombre de una reacción física inconsciente. Tal vez con terapia electroconvulsiva...

—¿Quién era?

—Claude Whelan.

—¿Claude... Whelan? ¿El del MI5?

Dennis se limitó a asentir.

—¿Y qué quiere?

—Hablar conmigo —respondió su marido.

—Tú lo has dicho —repuso Lamb—: en cuanto se carguen a uno de esos chicos de calendario de la plebe, se verá claramente que teníamos razón. —Se apoltronó aún más en el asiento y barrió con los pies el escritorio de River. Todo lo que había encima cayó al suelo—. Me avisáis cuando suceda.

River se volvió hacia Coe.

—¿No hay más pistas? ¿Un político populista y ya está?

Coe se encogió de hombros.

—Siempre hay alguno que otro.

—Seguro que es Zafar Jaffrey —dijo Shirley—, tiene que ser él.

—¿Por qué?

—Porque no hay político más popular desde hace años.

—Populista —la corrigió Coe.

—Bueno, es lo mismo, ¿no?

—No, no es lo mismo en absoluto —subrayó Louisa.

Catherine se irguió un poco en su asiento.

—Si seguimos hablando todos a la vez, aquí no hay quien se aclare.

—¿Eres la niñera a cargo de este parvulario? —preguntó Flyte.

—No, y tú ¿eres la nueva madrastra?

—Veo que esto marcha sobre ruedas —comentó Lamb mientras ponía los pies en el suelo con una agilidad que sólo sorprendió a Emma Flyte—. Por mi parte, tengo que ir a soltar un Donald. Os dejo para que sigáis con vuestra discusión.

Se dirigió hacia la puerta y, al pasar ante Catherine, le robó el periódico de un manotazo.

—¿«Un Donald»? —De pronto, Flyte parecía menos sorprendida por la graciosa huida de Lamb que por aquella expresión tan rara.

—Un Trump —aclaró Louisa.

—Menos mal: pensaba que se refería al pato de Disney.

—Dennis Gimball —intervino Catherine.

—¿Seguimos con las metáforas barriobajeras?

—Si tuviera que escoger a un líder populista entre los políticos del momento —explicó Catherine—, yo elegiría a Gimball.

—Hablarás por ti —objetó Louisa—, yo no lo votaría ni loca.

—No estoy diciendo que lo apoye —respondió Catherine—; más bien lo contrario: si estuviera planeando asesinar a un político populista, Gimball sería el primero en el que pensaría.

—Pues yo antes me cargaría a Peter Judd —dijo Shirley—, o a Piers Morgan.

—Morgan no es un político populista.

—Pues lo que sea.

River seguía mirando a Coe.

—Y este plan de acción, ¿cuántas fases incluye exactamente? —le preguntó.

El otro no levantó la vista de su escritorio, se limitó a extender de nuevo la mano sobre la mesa y luego respondió, diríase que inspirado por su número de dedos:

—Cinco.

—Cinco —repitió River.

—Eso creo.

—¿Cómo que eso crees?

Coe se encogió de hombros.

—Lo digo porque el detalle no es trivial, ¿no? —insistió River.

—No, claro que no, pero en su momento yo no lo sabía.

—¿Quieres decir que ese plan circuló por tu escritorio como si se tratara de un documento cualquiera?

—Lo vi mientras estaba investigando otra cosa, y no lo habría recordado de no ser por lo de los pingüinos.

—Ya —dijo River—. Y ahora que te acuerdas del documento, ¿crees que podrías darnos alguna pista sobre la naturaleza del quinto punto?

—Ojo: alerta de *spoilers* —soltó Shirley. Todos se la quedaron mirando—. Bueno —añadió —, aún no se ha producido el asesinato, ¿no es cierto?

—Ya, pero, en términos generales, no estaría de más que intentáramos hacer algo para tratar de impedirlo —observó Louisa.

—Estáis todos locos —afirmó Flyte.

—Nos gusta más la expresión «cuerdos a nuestra manera».

—Si algo de esto se acerca a la verdad, aunque sea remotamente —continuó Emma Flyte—, estáis obligados a informar a Regent's Park.

—Claro, claro —dijo River—. «¿Regent's Park al habla? Os queríamos contar que un miembro de nuestro equipo le ha pasado uno de vuestros documentos secretos a ciertos tipos malos que ahora están usándolo para montar un follón por todo el país.» ¿Cómo crees que se lo tomarían? Te recuerdo que nuestra popularidad no está precisamente por las nubes.

—No se trata de ser más o menos popular...

—No, se trata de salvarnos de la quema. Puedes estar segura de que Diana Taverner está deseando desmantelar la Casa de la Ciénaga ladrillo a ladrillo. Sólo espera su oportunidad, y ésta podría serlo, por si no te has dado cuenta.

—Taverner no es la jefa: el que manda es Whelan.

—Tú sigue repitiéndotelo, que al final igual te lo crees y todo.

—Empiezas a hablar como tu jefe —observó Flyte.

—Tampoco es eso —apuntó Louisa—. En ningún momento ha dicho «que te jodan».

—¿De quién estamos hablando exactamente?

Lamb estaba de vuelta, por supuesto: siempre se las arreglaba para aparecer en el punto álgido de una conversación embarazosa.

—Estamos hablando de este Jackson Lamb en miniatura que tenemos aquí —indicó Flyte—: tiene la manía de verlo todo de la forma más retorcida posible, igual que tú.

—¿Manía? Una costumbre encomiable, querrás decir. —Lamb volvió a dejarse caer en la silla de River con pesadez—. Oye, ¿y tú qué crees que estarán haciendo con Ho?

—Supongo que tratar de sonsacarle qué relación tiene con los asesinos de Abbotsfield —respondió Flyte.

—Sí, claro; ya suponía que no lo habían invitado a tomar un té con galletas, pero te preguntaba otra cosa: ¿cuál es el procedimiento actual a la hora de sacarle la verdad a un tontito? ¿Descargas eléctricas? ¿Una paliza? ¿Una inyección de vete tú a saber qué mejunje?

Catherine murmuró algo, pero ninguno de los presentes llegó a captar lo que decía.

—Los métodos de ese tipo no forman parte del protocolo —repuso Flyte tras una breve pausa.

—Claro que no, por supuesto. Lo mismo que mearse en un ascensor. Pero la gente lo hace,

¿sabes? Así que, ¿de qué método estamos hablando? ¿Y qué tiempo les va a llevar, teniendo en cuenta que Ho no ha sido adiestrado para mantenerse en silencio bajo presión?

—...y que no sabe una mierda sobre todo este asunto —murmuró River.

—Lo primero que van a hacer es no hacer nada —dijo Flyte.

—Nada, ya. Pero ¿una nada con descargas eléctricas, con paliza o con inyección de mejunje?

—Lo digo en sentido literal: por el momento no van a hacer nada con él. Lo encerrarán en una salita para que vaya poniéndose nervioso. Unas cuantas horas, lo más probable. Y cuando finalmente empiecen a hacerle preguntas será un libro abierto.

—Espero que tengan los lápices de colores a mano —repuso Lamb—. Entonces, lo más probable es que aún no hayan empezado a apretarle las tuercas, ¿correcto?

—¿Y eso qué importancia tiene?

Lamb sonrió mostrando unos dientes que sólo podrían calificarse como infames.

—Nos da algo de tiempo.

—Tendrás que explicarte mejor...

Catherine se volvió hacia Emma y le brindó la más dulce de sus sonrisas.

—Bueno, yo creo que el señor Lamb tiene sus propios planes.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso?

—Porque antes ha dicho que necesitaba vaciar sus intestinos y el asunto nunca le toma menos de un cuarto de hora.

Lamb sonrió con orgullo.

—Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo —observó.

—Entonces, ¿dónde has ido? —quiso saber Flyte.

—A coger esto —respondió Lamb.

Desdobló el periódico que llevaba en la mano y le mostró la pistola de Marcus.

A Claude Whelan no le habría extrañado que un mayordomo le abriera la puerta. No era una mansión, sino uno de esos apartamentos de lujo levantados en las ruinas de un antiguo establo, pero igualmente...

Había estudiado en un colegio público y conservaba los prejuicios correspondientes: siempre esperaba lo peor en el trato personal con los privilegiados. En este caso, sin embargo, no le abrió un mayordomo, sino la propia Dodie Gimball, la famosísima articulista. Llevaba una falda gris hasta la rodilla, chaqueta a juego y blusa blanca. «El uniforme de combate», pensó Whelan. Su sonrisa era tan falsa como su nariz: resultado de años de práctica (mientras que el arreglo de la napia le había costado más de veinte mil libras).

—Señor Whelan, es un honor.

—Señora Gimball.

—No, por favor: llámeme Dodie. Lo supongo al corriente de tantísimas cosas de mi vida que no tiene sentido andarnos con formalidades.

Era verdad: sabía hasta cuánto le había costado operarse la nariz. Y tampoco se trataba de ser hipócrita.

—Dodie, pues.

—¿Viene usted solo, sin escolta ni...? ¿Cómo los llaman? ¿Perros?

—No sé de dónde salen esas historias —repuso él.

—No, claro, por supuesto. ¿Quiere darme su gabardina?

—Sí, gracias.

Había dejado de llover y, aunque los aleros seguían goteando y las aceras estaban anegadas, el sol asomaba ya tras los últimos retazos de nubes, por lo que la gabardina estaba bastante seca. Se la entregó y, mientras Dodie la colgaba de una percha, Dennis Gimball salió del cuarto de estar. Del salón, en este caso, supuso Whelan.

—Ja. El mismísimo George Smiley.

—Ya me gustaría —respondió Whelan—. Gracias por encontrar un momento para hablar conmigo.

—Me ha dado la impresión de que no tenía alternativa.

En sus palabras había un punto de agresividad y de petulancia, lo que no sorprendió en absoluto a Whelan: las intervenciones públicas de Gimball siempre tenían ese retintín que parecía la respuesta a un agravio, a la sensación de que no todos los presentes lo tenían en la estima que merecía. Nada que ver con Peter Judd, por ejemplo, que siempre se las arreglaba para dar la impresión de que le importaba una mierda que no todo el mundo cayera rendido a sus pies; aunque también era verdad que en ese momento Judd estaba a la espera de superar un tropiezo en su carrera política (un cuento largo de contar), mientras que Gimball parecía estar en posición de amenazar la continuidad del primer ministro en el cargo.

Una de las consecuencias inesperadas del Brexit, pensó Whelan, era que había elevado a alturas inesperadas a toda suerte de personajillos detestables. Pero qué se le iba a hacer: era la voluntad del pueblo... Y en fin, si Gimball quería guerra, la tendría.

—No —convino con él—, no tenía usted alternativa.

Dennis puso cara de desconcierto, pero Dodie frunció los labios como si sus sospechas acabaran de verse confirmadas.

—¿Le apetece tomar algo? —le ofreció al recién llegado.

—No voy a quedarme mucho rato —repuso éste, que enseguida preguntó mientras señalaba la puerta abierta del salón—: ¿y si...?

—Si no queda otro remedio... —rezongó Dennis volviendo a entrar.

Habían echado abajo tabiques de tal forma que ese espacio tenía ventanas a uno y otro lado y estaba lleno de luz. En el centro había un par de sofás llenos de cojines dispuestos el uno frente al otro. «Uno para cada Gimball», pensó Whelan imaginándoselos tumbados en paralelo y hablando por encima de la mesita del café. En esos momentos, sin embargo, ni se sentaron ni le ofrecieron asiento.

—Creo que es preferible que hable con su esposo en privado —le dijo a Dodie.

—¿En serio?

—Siempre es mejor dejarlo claro desde el principio —repuso él—, así nadie puede decir que no estaba advertido.

—Ya, pues si de advertencias estamos hablando, yo también voy a hacerle una: si en algún momento trata de intimidar a mi marido, prepárese para descubrir el poder que tiene la prensa escrita en nuestro país.

Whelan sabía que Dodie Gimball se creía invulnerable: aún no se había dado cuenta de que, si bien la dirección del periódico le daba cierta cuerda, no por ello dejaban de tenerla bien atada. Ya le marcarían los límites: el director aspiraba a ser nombrado *sir* algún día, y el propietario, a hacerse con un asiento en la Cámara de los Lores; estaba claro de qué lado se pondrían si un día había bofetadas de verdad.

Miró a Dennis.

—Tengo entendido que tiene usted planes para esta noche.

—No es un secreto para nadie —aseguró Gimball—: se trata de un encuentro público convocado desde hace días. Es usted bienvenido, por supuesto. Venga e igual aprende algo.

—Y que tiene previsto aprovechar la ocasión para lanzar unas acusaciones descabelladas contra Zafar Jaffrey.

—¿Acusaciones descabelladas?

—Ésa es la información que tengo.

—Supongo que no vale la pena preguntar de dónde procede... No, no, desde luego: la clase dirigente cierra filas, como de costumbre.

Todos sabían que Dennis Gimball era hijo del dueño de una cadena de tiendas de moda y había estudiado en un colegio privado de élite. Como tantos otros «rebeldes», vivía convencido de habérselo ganado todo a pulso, lo que tenía su gracia, aunque ya empezaba a cansar.

—Sea como sea —continuó Whelan—, en vista de la situación que vive el país no resulta conveniente que se ponga usted a exacerbar los ánimos más de lo necesario.

—¿A exacerbar los ánimos?

—Sí, a enardecer a la gente.

—Sé lo que significa la expresión, Whelan, pero no me parece pertinente en este caso.

—Últimamente se han producido disturbios en varias ciudades, más precisamente en barrios

con una alta población inmigrante, y a nadie le interesa que las cosas sigan complicándose.

—Me siento halagado al ver que usted cree que mis palabras pueden tener tanta resonancia.

—Pues no debería sentirse halagado.

—En realidad, lo que estamos viendo es el rechazo natural que experimenta la gente respetuosa de la ley ante una masacre como la de Abbotsfield, y si cree que voy a quedarme callado cuando tengo información que puede llevar a la detención de los culpables... En fin, me parece que eso sería poner en duda mi patriotismo, ¿no lo ve así?

—Nadie pone en duda su patriotismo, pero si usted dispone de ese tipo de información le sugiero que la comunique a la autoridad competente en lugar de divulgarla en un encuentro público.

—La autoridad competente, ya. ¿Y de quién estamos hablando...?

—De la policía, evidentemente. Aunque, si lo prefiere, puede comunicármela a mí ahora mismo.

—Sí, claro, para que la supriman o manipulen, ¿verdad?

—No es nuestra forma de trabajar.

—¿En serio? Pues yo tengo la impresión de que, cuando el primer ministro habla, su caniche ladra a continuación. Por eso está usted aquí, ¿no? Sus prevenciones no tienen nada que ver con Jaffrey: lo fundamental es que mis palabras no pongan en peligro la continuidad en el cargo del primer ministro.

—La política de partidos no me interesa, señor Gimball. Sólo la seguridad nacional.

—Y hace un trabajo admirable. ¿Cuál ha sido la hazaña de hoy? Una bomba en un tren, ¿no? ¿Cuántas personas han de morir hasta que reconozca usted que el cargo le viene grande?

—Hoy no ha muerto nadie, señor Gimball.

—Pero en Abbotsfield murieron doce personas —intervino Dodie. Hasta ese momento se había limitado a permanecer en silencio, aunque sin perder detalle, como un hurón que observase a alguien hacer juegos malabares con unos huevos de gallina—. Y eso sucedió mientras estaba en el cargo, ¿no es cierto?

A Whelan le entraron ganas de responder que no hay sistema en el mundo capaz de impedir que un puñado de lunáticos asesinos entre en un pueblo y acribille a la gente a placer; ningún sistema mínimamente deseable, al menos. «Todo es cuestión de equilibrio», reflexionó, «vivir en democracia supone determinadas libertades que conllevan determinados peligros; la alternativa es la opresión a escala total, que efectivamente dificulta la comisión de carnicerías extraoficiales, pero suele facilitar las efectuadas por mandato oficial». Pero hablar de estas cosas con Dennis Gimball era perder el tiempo, así que se limitó a decir:

—Asumo toda la responsabilidad por cualquier fallo del servicio y, por tanto, tengo el deber de impedir, en la medida de lo posible, que se den otros fallos parecidos. Por eso he de pedirle

que no pronuncie el discurso que tenía previsto esta noche, señor Gimball: porque puede tener serias consecuencias.

Dennis Gimball estaba comenzando a hincharse. Tiempo atrás, alguien había usado el adjetivo «churchilliano» en su presencia, y el recuerdo seguía ahí.

—Serias consecuencias, ¿eh...? Y una mierda. —Miró de reojo a su mujer, pero Dodie no parecía incómoda con la vulgaridad, por lo que agregó—: Lo único que quiere es afianzar su propia posición. Dice que no le interesa la política de partidos, pero sigue dependiendo de ella, y si soy una amenaza para el primer ministro, también lo soy para usted. —Saltaba a la vista que le encantaba la idea de ser una amenaza para alguien: los ojos se le habían iluminado ligeramente. Por una rara asociación de ideas, a Whelan le vino a la cabeza la imagen de los gases de los pantanos, esas bolsas de metano que a veces producen llamas efímeras. Nunca había visto el fenómeno, tan sólo había leído al respecto—. Y puedo garantizarle que...

«Ya está bien de tanta tontería», se dijo Whelan.

—Dancing Bear —soltó.

Gimball se detuvo a media frase.

—¿Tengo que decir más?

—...no entiendo a qué se refiere.

—Yo creo que sí.

La cara de Dodie Gimball se había afilado muchísimo (con la excepción de la costosa nariz, que no perdía la forma cuando sus demás rasgos se contraían). Whelan intuyó que el nombre de Dancing Bear no le sonaba, pero que adivinaba por dónde iban los tiros. Daba igual porque el mensaje no iba dirigido a ella.

—No podrá decir que no se lo he advertido —le dijo Whelan.

—Dennis y yo no tenemos secretos —respondió.

—Es posible que entre ustedes no haya secretos, pero de todos modos mucha gente se quedaría con la boca abierta en caso de enterarse de... en fin, digamos que de las «tendencias» de su marido.

—El Dancing Bear ya ni siquiera existe, cerró hace años —apuntó Gimball—, y además ¿cuál es el problema? Era un establecimiento completamente legal.

—Eso tengo entendido.

—Había travestis, pero poco más.

Whelan se limitó a asentir. Su rostro no mostraba ninguna emoción: aunque no tenía ningún problema en dejar caer esa bomba en el salón de los Gimball, no quería dar la impresión de que estaba disfrutándolo. Sería una ordinariez.

Dodie ya había conseguido recomponerse.

—Tesoro, ¿quieres que llame a Erica...? —Luego se volvió hacia Whelan y aclaró—: Es

nuestra abogada.

Antes de que Whelan pudiera decir nada, Gimball respondió negando con la cabeza:

—No, no; mejor esperamos a...

«...a ver», seguramente. No llegó a terminar la frase, a lo mejor porque la palabra «ver» le hizo pensar en otra cosa:

—Supongo que ahora va a decirme que tienen fotografías.

—No, por Dios.

—¿No?

—Por supuesto que no. Eso está anticuado, ¿no cree? Unas polaroid en un sobre color manila, como en las novelas de antes... No, los tiempos han cambiado.

—Escúpalo todo de una vez, por Dios —lo instó Dodie.

—Se trata de vídeos. ¿De verdad cree que un club como el Dancing Bear iba a desaprovechar la oportunidad de grabar a sus miembros divirtiéndose? De hecho, era su principal fuente de ingresos. Tomando en cuenta lo famoso que usted se ha vuelto desde entonces, ya se habrían puesto en contacto con usted... si no les hubiéramos comprado el archivo al completo...

Dennis seguía negando con la cabeza, no porque no creyera lo que estaba oyendo específicamente, sino porque estaba en plena fase de negación maníaca.

—Y bien, esto es lo que hay. Está avisado: si sigue adelante y hace esas declaraciones que tiene previstas, su carrera política durará lo que tardemos en pulsar el botón de «enviar». Y no crea que les enviaremos el material a los noticiarios de esta noche ni a los periódicos de mañana; con todo respeto, señora Gimball, están tan obsoletos como las fotos polaroid. Como sabemos, Twitter, YouTube y demás llegan incluso a zonas del planeta donde la carretilla sigue siendo un gran avance técnico. En fin, les sugiero que mediten el asunto con calma.

Ninguno de los tres tenía nada más que decir, así que Whelan se dirigió hacia la puerta de la calle. Sin embargo, cuando ya estaba cogiendo la gabardina, Gimball lo alcanzó y bloqueó la salida, tal vez con la esperanza de hacer o decir algo que hiciera esfumarse todo lo dicho durante los últimos minutos. Pero su esperanza era vana. Whelan le dijo casi con lástima:

—Antes he mentido, por cierto. A veces lo hago por cuestiones de efecto.

Rebuscó en el bolsillo de la gabardina y sacó un sobre de un color blanco lechoso como los que se usan para enviar tarjetas de cumpleaños. No estaba sellado y, tras agitarlo un poco bocabajo, asomó una fotografía que mostraba a Dennis disfrutando de lo lindo. Estaba de pie en un pequeño escenario, cantando (seguramente haciendo karaoke) enfundado en un vestido que Claire, la mujer de Whelan, probablemente habría descrito como «de los felices años veinte». Sin duda, hacía pensar en *El gran Gatsby*.

Mientras Gimball examinaba la foto como quien escudriña un artefacto procedente del espacio

exterior, Dodie se acercó a él, le echó un corto vistazo a la foto y luego miró a su marido con comprensión y afecto, o al menos eso le pareció a Whelan.

A continuación, miró llena de odio al propio Whelan.

—Esto no es un delito —se defendió Gimball.

—Nadie ha dicho que lo sea.

—Lo que yo haga o deje de hacer en mi tiempo libre no perjudica a nadie.

—Eso nadie lo pondrá en duda, Dennis. Lo que pasará es que la gente se descojonará de risa cuando vea estas fotos.

Más tarde, Whelan se arrepintió de haber dicho esto último (no sólo la fea palabra «descojonarse», sino la frase entera): su mujer se habría sentido decepcionada al oírlo, pero le salió así, de forma espontánea, en el calor del momento, seguramente debido a la forma en que Gimball lo había estado atacando en el Parlamento.

Con la gabardina en el brazo, dejó atrás los lujosos apartamentos y salió a la calle principal, donde tenía aparcado el coche.

—¿Qué es eso de «cuerdos a nuestra manera»?

—Algo que me ha pasado por la cabeza.

—Sí, lo he notado.

—He improvisado, River. No pensaba que fueras a criticarme por eso.

Louisa y River se dirigían hacia donde tenían aparcados los coches; el coche de Ho, en el caso de River: al fin y al cabo, Ho no iba a usarlo de momento, y resultaba que Lamb sabía dónde tenía escondido el juego de llaves de repuesto: en un sobre pegado bajo el tablero de su escritorio.

—El segundo lugar más predecible —aseguró Lamb, como si realmente hubiera existido la posibilidad de que Ho se pegara el juego de llaves en la frente con cinta adhesiva.

Y a River no le importaba usar ese coche sin permiso de su dueño. De hecho, le parecía estupendo.

La lluvia se había atenuado y soplaba una brisa fresca que lo hacía sentir preparado para cualquier cosa.

Ho aparcaba su coche cerca de donde habían intentado asesinarlo la víspera, en una plaza reservada para personas con problemas de movilidad que había solicitado usurpando el nombre de un vecino de la zona; Louisa, en un tramo de calle con parquímetro, lo que era casi tan costoso como una segunda residencia, pero bastante menos gratificante.

Llegaron junto al automóvil de Ho y, antes de que Louisa siguiera su camino, River le preguntó:

—¿Te parece que todo esto puede ser verdad?

—¿Lo que ha dicho Coe?

—Sí, y lo que se supone que va a pasar enseguida: que intentarán liquidar a Zafar Jaffrey o a Dennis Gimball quizá esta misma noche.

—Todo lo demás ha ocurrido así, sin solución de continuidad: Abbotsfield, los pingüinos, la bomba en el tren...

—Sí, pero...

—Ya.

—Ni siquiera sabemos si se trata de Jaffrey o de Gimball... y tampoco tenemos seguridad alguna de que vaya a suceder esta noche.

—Bueno, algo tenemos que hacer.

—En vista de lo que ha hecho Lamb...

—En vista de lo que ha hecho Lamb, claro.

Se referían, en particular, al hecho de que Lamb había encañonado con la pistola a la jefa de los Perros.

—Eso me ha pillado desprevenido.

—Y menos mal, porque Emma, por su parte, te considera una especie de Lamb en miniatura.

—¿Tú... también lo ves así?

—Qué va... —respondió Louisa—, todavía no has llegado a ese extremo.

—Gracias...

Y era cierto: Lamb había apuntado a Emma Flyte con la pistola de Marcus.

—Es una broma, ¿no? —preguntó Flyte al verse encañonada.

—Eso crees —repuso Lamb—, pero sugiero que lo mires desde mi punto de vista.

Emma se levantó.

—Estás mal de la cabeza —dijo—, y esta vez hablo en serio.

—No eres la primera en decirlo, pero mejor que te sientes.

Flyte miró a su alrededor: todos tenían la vista clavada en Lamb salvo Catherine Standish, que la miraba a ella.

—Yo en tu lugar haría lo que te pide.

—No va a dispararme.

—Probablemente no... —Catherine dejó que la palabra «probablemente» surtiera el efecto deseado, luego se encogió de hombros y añadió—: Tú decides, en todo caso.

Flyte no pudo contenerse:

—¡Has perdido la cabeza!

Pero obedeció y tomó asiento, y entonces Lamb preguntó:

—¿No teníamos un par de esposas por ahí?

Todos miraron a Shirley.

—¿Por qué me miráis todos a mí? —exclamó ella.

—Te miramos, pero sin juzgar —aseguró Catherine.

Con un gruñido, Shirley fue a su despacho y volvió con un par de esposas. River esperó a que terminase de maniatar a Emma Flyte a su silla antes de decir:

—Me gustaría saber a qué viene todo esto.

—A ver, para aquellos que aún no lo hayáis captado, los que seáis un poco cortos y, en fin, los que os apellidéis Cartwright; estos dos últimos días han estado pasando cosas: que si la matanza perpetrada por esos terroristas, que si los pingüinos muertos, que si la bomba en el tren y bla, bla, bla; y el caso es que pueden hacernos responsables de lo sucedido.

—Tal vez sólo hagan responsable a Ho —puntualizó Louisa.

—¿Tú crees que Lady Di está para hacer distingos? En cuanto vea su oportunidad, la aprovechará e irá a por todos nosotros. Si puede, cogerá una excavadora de esas gigantes y arrasará con la Casa de la Ciénaga hasta reducirla a escombros, tras lo cual lo mejor que podría sucederos es que alguien os rescate de los escombros para volver a enterraros otra vez, en esta ocasión cristianamente... —Se acordó de la botella de vino y la agarró por el gollete—. Y antes de que me lo preguntéis: no, no estoy hablando en sentido figurado.

—¿Estás diciendo que los de Regent's Park nos pondrían la cinta negra? —preguntó Louisa—. No hablarás en serio...

Las cintas negras se utilizaban para sellar las carpetas de los casos cerrados para siempre.

—A ver si me explico —contestó Lamb—: si no quieren que sigáis sueltos por la calle, con el peligro de que os vayáis de la lengua, harán lo necesario para que no sigáis sueltos por la calle, ¿no os parece?

—Un momento... —intervino River—. Hace unos años se supo de la existencia de cierto protocolo... ¿cómo lo llamaban...? Estanco, creo. Pero, por lo que sé, hubo una investigación y ya no lo ponen en práctica.

—Créeme —repuso J. K. Coe—: las cosas siguen como siempre.

River se lo quedó mirando, pero Coe no dijo nada más.

—¿Estanco? —preguntó Shirley.

—Cárceles secretas en Europa Oriental.

—Joder...

—¿Os dais cuenta de lo que estáis diciendo? —intervino Emma Flyte—. ¡Regent's Park ya no se carga a su propia gente como en otros tiempos, y tampoco los encierra en cárceles de otros países!

—A ti te contrataron para dirigir una división oficial —recordó Lamb— pero, mira tú por dónde, igual siguen existiendo secciones medio turbias que ni siquiera has oído mencionar.

—Os habéis vuelto todos locos: lleváis demasiado tiempo pudriéndoos en esta cloaca. Pero incluso suponiendo que haya un grano de verdad en la historia demencial que estáis improvisando, no creo que ésta sea la mejor forma de abordar el problema...

—Nadie está elaborando el acta de esta pequeña reunión —repuso Lamb—, pero si alguien estuviera haciéndolo, puedes estar segura de que tus objeciones serían debidamente registradas.

—Pensaba que tenías suficiente información comprometedora sobre Taverner como para obligarla a estar de nuestro lado —dijo Louisa—, o por lo menos para que no se ponga en plan medieval con nosotros.

La voz de Catherine sonó casi como un susurro:

—Si al final resulta que la masacre de Abbotsfield sucedió por nuestra culpa, no habrá información comprometedora que nos salve de la cámara de torturas.

—Exacto —dijo Lamb— y, para ser justos con Lady Di, me atrevería a decir que sus bajas civiles probablemente siguen en cifras de un solo dígito... —Los miró uno a uno—. La buena noticia es que, si es cierto que están retrasando el momento de interrogar a Ho, todavía tenemos una ventana de oportunidad.

—La última vez que hubo una ventana de por medio en la Ciénaga un fulano salió volando —recordó Flyte—, lo que no me inspira mucha confianza.

—No haces más que poner palos en las ruedas, así que cierra el pico, anda —repuso Lamb—. Zafar Jaffrey y Dennis Gimball, ¿qué sabemos sobre esos dos? ¿Cuál de ellos os parece que tiene más probabilidades de ser asesinado?

—Estás tomando decisiones basadas en...

—¿Me dejas seguir ocupándome del asunto o tengo que ponerte una bolsa en la cabezota?

—Emma tiene cierta razón —dijo River—: políticos los hay a patadas. ¿Por qué iban a tratar de matar a uno de esos dos en particular?

—Estamos hablando de un grupo de descerebrados y ceros a la izquierda que no tienen ni idea de cómo vivimos en realidad ni les importa el sufrimiento de los otros. Estamos de acuerdo, ¿no?

—¿Ahora te refieres a los políticos o a los asesinos?

—Eh, buena pregunta; digamos que a los asesinos.

Shirley se encogió de hombros.

—Bueno, entonces eso que has dicho tiene sentido... supongo.

—Bien. Nos encontramos ante una cuadrilla de mongolos en acción y ¿quién mejor que vosotros para adivinar qué van a hacer a continuación? Por no hablar de que no tenemos suficientes caballos de vapor para manejarnos con más de dos objetivos hipotéticos a la vez. —Lamb hizo una pausa—. «Caballos de vapor»... ¿lo habéis pillado?

Todavía de pie junto al coche de Ho, River continuó diciendo:

—En fin, sabemos que Gimball tiene previsto dar una charla ante sus electores, pero ¿qué hay de Jaffrey? No tiene un cargo público, o al menos no todavía, así que no anuncia lo que va a hacer en los siguientes días, ¿cómo vamos a averiguar dónde está?

—Se me ha ocurrido que podríamos llamar a su oficina —dijo Louisa.

—Ah.

—Y preguntar qué va a hacer esta noche.

—Ah, bueno... pues sí, igual nos sirve.

—Y, River —añadió ella—: no podemos dejar que esos dos vayan juntos. Te das cuenta, ¿no?

—¿Shirley y Coe? ¿Por qué no?

—Porque estamos tratando de evitar un desastre, no de provocarlo. —Louisa rebuscó en el bolsillo de los vaqueros y sacó una moneda—. ¿Cara o cruz?

—Cara.

Tiró la moneda al aire.

—Ha salido cruz.

—...el que perdía se encargaba de Shirley, ¿correcto?

—No: el que perdía se encargaba de Coe.

—Quizá tendríamos que haberlo dejado claro antes de que tirases la monedita.

—¿Por qué? ¿Es que ahora saldrías ganando?

«Joder», pensó River.

—En fin —dijo—, por lo menos me corresponde escoger político populista, ¿no?

—Sí, siempre que se trate de Gimball.

—¿Por qué tengo la sensación de estar haciendo el primo?

—Bienvenido a la Casa de la Ciénaga, amigo.

Y dicho esto, Louisa echó a andar hacia su coche.

Dennis Gimball se sentía una víctima.

Tenía muchas razones para sentirse así. Y como solía hacer en estas situaciones, se puso a elaborar un listado mental con sus viñetas y todo:

- El primer ministro lo odiaba, por eso...
- El servicio secreto estaba chantajeándolo, lo que significaba que...
- No podría poner en práctica su brillante plan, pues...

• Los del servicio secreto lo convertirían en el hazmerreír universal.

Cualquiera podría entender que necesitase fumarse un cigarrillo.

Dodie no decía palabra, lo cual era mala señal: que no dijera palabra significaba que estaba pensando las cosas a fondo, y cuando eso sucedía él solía verse de pronto con la mierda hasta el cuello, o un poco más abajo, pero no mucho.

No por primera vez, se preguntó cómo era posible que las cosas se fueran a tomar viento con tanta rapidez: tan sólo un par de horas antes la vida le sonreía... ¿y qué le esperaba ahora? La retirada de la vida pública. Porque, en vista de la situación política, ése era el momento ideal para tratar de hacerse con las riendas del partido, y lo malo de los momentos ideales era que duraban poco. Anunciar su retorno a las filas del partido sin decir a continuación lo que tenía previsto no le serviría de nada. Si se abstenía de revelar que el moderadito musulmán predilecto del primer ministro era uña y mugre con un traficante de armas, Downing Street podía darle un giro de ciento ochenta grados a su anuncio de esa noche y presentarlo como una declaración de apoyo al primer ministro... Sería algo así como tirar un penalti y superar la estirada del portero sólo para que el balón rebotara en un poste o en el larguero y acabara dándole en las narices. Y no habría oportunidad de reivindicarse: le tocaría sentarse con los suplentes y chupar banquillo a perpetuidad.

Faltaba una hora para que llegara el coche, de modo que salió al jardín, del tamaño de un pañuelo, se apoyó en el macetón en que Dodie había plantado un árbol, encendió un cigarrillo y se puso a pensar. Si el triunfo previsto se transformaba en una capitulación pública, ¿qué podía esperar? Veinte minutos de fama como el hijo pródigo que volvía al redil, varias semanas de especulaciones antes del próximo reajuste ministerial y unos cuantos comentarios sarcásticos en los periódicos serios después de que no lo nombraran ministro. Luego se sumaría al listado de los muchos otros que en su día se prometieron echar del cargo a este primer ministro pusilánime, una serie de infelices que hoy se ganaban la vida como buenamente podían. En diez años nadie se acordaría de su nombre, como no fuera en algún concurso televisivo de preguntas rebuscadas.

Muy bien, se dijo notando el subidón de la nicotina, eso era lo peor que podía pasar, pero... ¿y si miraba las cosas de otro modo? Quizá no fuera una víctima, en realidad, sino un héroe: alguien que, sin ayuda de nadie, por su propia cuenta y riesgo, había arrinconado a todos los demás.

• El primer ministro le tenía miedo, por eso...
• El servicio secreto estaba buscándole las cosquillas, lo que significaba que...
• Pensaban que su brillante plan podía funcionar, por lo que...
• Los del servicio secreto lo convertirían en el hazmerreír universal.

¡Joder!

Se llevó la mano al bolsillo de la pechera, donde algo con esquinas afiladas se le clavó en la piel: la fotografía tomada en el Dancing Bear. Había pasado toda una vida, pero cuánto se divertía allí, qué bien lo pasaba... ¿era eso un crimen? Quien mirase esa foto y fuera más allá del colorete mal aplicado (hombre, ahí se había pasado un poco, la verdad) se daría cuenta de la alegría del momento. Cierto que llevaba un vestido de mujer y guantes hasta el codo, pero ¿y qué? ¿Acaso le hacía daño a alguien? Sólo estaba dañando su propio futuro y, como entonces no tenía modo de saberlo, todo aquello no pasaba de ser un juego inocente que había acabado mal.

Por aquel entonces había conocido a Dodie, pero aún no estaban casados y no fue hasta años después que le confesó esa faceta de su personalidad, de modo que aquella foto sólo mostraba a un hombre soltero y feliz en compañía de otros como él. No había nada malo en travestirse. La sociedad había cambiado, ¿no? Estas cosas ahora eran aceptables...

De forma inconsciente, estaba empezando a hilvanar argumentos, a construir un nuevo discurso. Aquello no era nada... aquello... era normal... otra muestra de la masculinidad inglesa liberándose de ataduras. ¡Si hasta el mismísimo Mick Jagger había declarado una vez que los ingleses iban siempre buscando pretextos para vestirse de mujeres! Bastaba con ver a Eddie Izzard, a quien todos querían y respetaban. ¿Acaso no era de justicia que él mismo recibiera un trato similar?

¡Si ni siquiera era gay, por Dios!

Bien podía convertirse en una figura pionera, en una persona adelantada a su tiempo...

Y una vez se supiera que estaban persiguiéndolo por ser como era, bien podía convertirse en la figura emblemática de un nuevo ideario político. La inviolabilidad de las elecciones personales sería su bandera; defendería la identidad, la individualidad, la responsabilidad fiscal, el refuerzo de las fronteras y una reformulación radical del sistema de desempleo y prestaciones sociales, ¿quién no votaría por él?

Notó que se le quemaban los dedos: se había acabado el cigarrillo. Aplastó la colilla en la terracota del gran tiesto y la hundió en la tierra del interior. También sería necesario reformular sus declaraciones de esa noche: explicar que el servicio secreto había tratado de impedir que dijese la verdad sobre Zafar Jaffrey recurriendo al chantaje y las amenazas, que habían hecho lo posible por acabar con él recurriendo al más burdo matonismo... y que él, por su parte, no estaba dispuesto a permitir que la bota de la clase dirigente pisoteara a ningún ciudadano, empezando por él mismo...

Saldría de la sala de reuniones a hombros, estaba seguro. Los vítores de sus seguidores reverberarían por todo el país, su nombre brillaría en el firmamento, junto a las mismísimas estrellas.

Contempló la fotografía por última vez y luego se la metió cuidadosamente en el bolsillo.

Ojalá pudiera ver la cara de Claude Whelan cuando el muy puñetero se diese cuenta de que no había podido con él.

Casi todos se habían ido ya de la Ciénaga: Cartwright con Coe, muy a pesar de este último, y Louisa Guy con Shirley Dander, que seguía mostrándose extrañamente dócil, lo que preocupaba a Shirley desde hacía tiempo. De hecho, la habría inquietado menos que hubiera pasado los meses posteriores a la muerte de Marcus pateando las paredes y arrojando escritorios por las ventanas: la bomba más peligrosa es la que de pronto deja de hacer tictac.

Eso por no hablar de J. K. Coe, que le resultaba un auténtico misterio. No necesariamente era una mala persona, pero sin duda le habían pasado cosas nefastas que le habían dejado secuelas. Y también podía ser que fuera una mala persona, no había que hacerse ilusiones al respecto.

En todo caso, pensó, probablemente haría mejor en preocuparse de sí misma.

Lamb se había marchado al cuarto de baño tras anunciar a los cuatro vientos que esta vez iba en serio y que no pensaba hacer prisioneros.

—Es sólo una forma de hablar, no te ofendas —le dijo a Emma Flyte, que seguía esposada a la silla.

Y ésa era la razón principal por la que Catherine debía estar preocupada: Lamb había secuestrado a la jefa de los Perros y enviado a los caballos a una alocada misión que, si al final no resultaba tan alocada, exigiría diecisiete veces más agentes e incontables recursos adicionales a fin de no empeorar una situación mala de por sí. Lo cual, como alguien había dicho alguna vez, era la especialidad de los chicos de la Ciénaga.

Entonces, ¿cómo se explicaba esa sensación de normalidad, de cotidianidad oficinesca? Seguramente llevaba demasiado tiempo en ese lugar.

Se volvió hacia Emma y le preguntó:

—¿Quieres un té?

—Hablas en broma, ¿no? —respondió la otra.

—Pues no. Yo voy a hacerme uno, pero tú decides...

—¿Tienes la llave de estas esposas del demonio?

—Había una por ahí, espero que Shirley no la haya extraviado.

Fue a la cocina, preparó el té y, al volver, descubrió que Emma no se había movido ni un milímetro: nada de ponerse a dar saltos por la habitación golpeando la silla contra las paredes para hacerla trizas. No era una buena señal, desde luego, porque en situaciones como ésa siempre es preferible que tu rehén no se muestre tranquilo, frío y calculador.

Tuvo que acercarle la taza a los labios para que pudiese beber el té a sorbitos. Fue un momento peligroso, como Hannibal Lecter había dejado claro en más de una ocasión. Por suerte,

a Emma Flyte no se le ocurrió lanzarle una dentellada: bebió obedientemente hasta quedar satisfecha. Luego, Catherine dejó la taza en la mesa, tomó asiento y sonrió con afabilidad.

—Cuando está de mal humor, a Lamb le da por inventarse nombres de operaciones especiales —comentó como de pasada—. «Operación Perdón por las Molestias» podría ser bastante adecuado en este caso.

—A mí se me ocurre otro: «Operación Joder Bien la Marrana.»

—Lo tendremos en consideración.

—¿Estás contenta de que tu carrera profesional se vaya al garete porque a tu amo y señor le ha entrado una ventolera en el cerebro?

Catherine se la quedó mirando.

—No sé por dónde empezar, la verdad; si por lo de la carrera profesional, por lo de amo y señor o por lo del cerebro.

—Suponiendo que tengáis razón y que Coe no ande desencaminado, ¿cómo crees que vais a poder evitar todo esto por vuestra cuenta? Esos... esos cuatro que se han ido... en fin, ¿estamos de broma o qué? Louisa aún tiene un pase, aunque cualquiera puede ver que está mal de la cabeza, pero los otros tres son un peligro... y no lo digo en el buen sentido.

—River es mejor de lo que piensas, no es culpa suya que acabara en un sitio como éste.

—Por eso mismo es un peligro: porque tiene demasiadas cosas que demostrar.

—No estoy de acuerdo, pero tampoco pasa nada.

—Si me sueltas y dejas que me vaya, comunicaré vuestra hipótesis a Regent’s Park. Lo peor que puede pasar es que no estéis en lo cierto, pero si resulta que habéis acertado quizá conseguiréis dar un vuelco a vuestras carreras, algo que de ningún modo ocurrirá si seguís por este camino.

Catherine tomó un sorbo de su té.

—Estamos hablando de la Casa de la Ciénaga, Emma: si consiguiéramos una confesión firmada por el máximo líder del ISIS detallando sus planes para el año entrante, Diana Taverner preferiría romperla en pedazos y tirarla a la papelera antes que actuar en consecuencia.

—Podría haber muertos, Catherine —le recordó Emma.

—Ya han muerto unas cuantas personas y, pienses lo que pienses de Lamb, por mi parte tengo claro que, si puede evitar otra matanza como la de Abbotsfield, sin duda lo hará.

«Quizá no debería tenerlo tan claro», añadió para sus adentros.

Flyte hizo amago de responder, pero el supuesto amo y señor de la Ciénaga volvió a entrar en el despacho.

—No he oído que tirases de la cadena —dijo Catherine con suspicacia.

—No —convino Lamb—, por si los del libro Guinness de los récords quieren admirar el producto resultante. Me siento como si pesara media docena de kilos menos.

Catherine se volvió hacia Flyte.

—Y tú que pensabas que estar esposada a una silla era un castigo inaudito...

Lamb cogió la bolsa de gominolas abandonada por Shirley y se dejó caer en una de las sillas: era su forma de poner a prueba el mobiliario de oficina, aunque quizá un día éste se rebelara y le diera su merecido.

—Y bien, ¿la chica ha confesado ya?

—¿Confesado?

—Perdón, ha sido un *flashback*. Quería preguntar si le has ofrecido un té. Que nadie diga que no sabemos tratar a nuestros huéspedes.

Emma no se dejó camelar:

—Justo hablábamos de lo metido en la mierda que estás.

—Ah, ¿me oíais desde aquí?

—Eso por no hablar de lo que puede pasar cuando tu gente se ponga a jugar a *Misión imposible*. Si alguno de esos políticos corre verdadero peligro, tendrían que estar bajo protección oficial, y no vigilados de tapadillo por los Teletubbies...

—Llegados a este punto —dijo Lamb—, me considero obligado a avisarte: la última vez que amarramos a un fulano con esas mismas esposas, la cosa no acabó bien.

—¿Para ti o para él?

—Yo sigo estando aquí, ¿no?

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo lo que te da la gana con todo esto?

—¿Todo esto?

Emma hizo un gesto con la barbilla.

—Todo esto: la Ciénaga, tu gente... todo esto de ir improvisando y hacer las cosas sobre la marcha.

—Yo llevo aquí desde el principio —dijo Lamb.

—No me sorprende.

—De hecho, esto fue idea mía.

—¿Cómo? ¿Terminaste por comprender que eras un inútil y pensaste que lo mejor era rodearte de otros incompetentes?

—Jackson era agente de campo —dijo Catherine.

Emma se volvió hacia ella.

—¿Cómo?

—Trabajaba en operaciones encubiertas.

—Ya sé lo que es un agente de campo, lo que me pregunto es por qué estás defendiendo a este...

—No lo defiendo, tan sólo te aviso para que no lo subestimes.

—Si vais a poneros a pelear —dijo Lamb—, mejor lo grabo en vídeo para mirarlo después y disfrutar de los detalles. —Se volvió hacia Catherine—. En la casa hay piscina de barro, ¿no?

—Dejad que me vaya, aún estamos a tiempo de evitar este desastre.

—¿Que te dejemos ir? ¿Para que informes a Regent's Park? Eso no nos sería de mucha ayuda...

—Porque en Regent's Park no van a hacer caso, lo sé.

—Y porque Coe tiene razón... —Lamb se deleitó observando la reacción de Flyte mientras se echaba un puñado de gominolas al gaznate y las regaba con un trago de la botella de vino tinto: su capacidad multitarea era admirable—. Ese chico abre la boca una vez al mes, más o menos, pero cuando dice algo por lo general sabe de qué habla.

—Ese chico está traumatizado —repuso Emma—: parece el único superviviente de un atentado con bomba.

—Y tú tienes pinta de modelo de pasarela, ¿es motivo para que no te tomemos en serio?

—Está bien, supongamos que Coe tiene razón —convino Flyte—. Aunque los de Regent's Park no te hagan caso, habla con ellos, les cuentas lo que hay y así te cubres las espaldas.

—Gracias, pero no. Porque si esos tipejos están sembrando el caos en el país ateniéndose a un guión escrito por el servicio, los de Regent's Park harán lo imposible para echar tierra sobre el asunto y todo el que esté al corriente tendrá los días contados. Tú incluida, por si no te has enterado. No cometas el error de pensar que no estarás en la lista cuando empiecen a aplicar las reglas de Londres. Porque tú no eres una chupatintas, Flyte, eres una agente de campo, y los agentes de campo son de usar y tirar.

—Yo soy policía.

—Hay menos diferencia de lo que piensas.

—Si estás tratando de engatusarme apelando a que los dos somos unos currantes del oficio, mejor que esperes sentado.

Lamb se encogió de hombros.

—No tengo previsto salir, la verdad. Pero no estoy apelando a nuestro oficio, sino a tu instinto de supervivencia. ¿Hasta qué punto estás dispuesta a confiar en Diana Taverner?

—No mucho más que en ti.

—Supongamos que ahora vuelves a Regent's Park y le cuentas que mi gente no sólo no está en cuarentena, sino que se ha puesto la capa de superhéroe y ha salido a la calle. ¿Cómo crees que se lo tomará? ¿Te dará una palmadita en la espalda o te soltará un patadón en el culo?

—Que lo intente y ya veremos —musitó Flyte.

—Habló la poli... —Lamb se había llevado algo de sabor desagradable a la boca e hizo un gesto de asco. Lo escupió al interior de la bolsa y añadió—: Pero ten muy claro que van a ponerte de patitas en la calle cuando se enteren de que la has cagado otra vez.

—¿Otra vez?

—Cuando David Cartwright desapareció no te cubriste de gloria precisamente —recordó él.

—Mira quién fue a hablar —replicó Emma—. Además, ¿qué te ha hecho creer que voy a hablar con Lady Di? Tengo claro que no me traga: lo que haré será hablar con Whelan directamente.

—Ahora mismo Claude Whelan tiene otras cosas de las que ocuparse —dijo Catherine—. Si no puede confiar en que hagas tu trabajo con eficiencia, ¿de qué vas a servirle?

—Por muy buena que estés, en una situación así no te servirá de nada... —aseguró Lamb. Volvió a llevarse la botella a los labios y, al ver que estaba vacía, la dejó caer en la moqueta—. De acuerdo, dejaremos que te largues —añadió—, pero piénsatelo dos veces antes de hacer cualquier cosa. O Coe tiene razón, y en tal caso hay una partida de asesinos que se dispone a cometer un asesinato de alto nivel, o no la tiene, y tu carrera profesional se ha jodido para siempre, pues se suponía que tenías que mantener a mi gente bajo control y resulta que todos se han dado el piro. Si no eres capaz de llevar a cabo un trabajito tan simple, es evidente que el cargo te viene grande.

—No olvidéis que vosotros también estáis jodidos —repuso Flyte— porque resulta que la filtración del documento, si es que realmente la hubo, se produjo desde la Ciénaga.

Catherine sacó la llave de las esposas del bolsillo de su vestido, se acercó a la silla de Emma y la liberó.

—Bueno, tampoco es que eso nos coja desprevenidos... —le dijo casi al oído—. Si no estuviéramos jodidos, por usar tus mismas palabras, no nos habrían desterrado a este lugar.

Emma se frotó las muñecas.

—¿Y ahora qué esperáis que haga? ¿Cruzar los dedos para que todo salga bien?

—¿Lo ves? —apuntó Lamb—. Al final va a resultar que estamos en el mismo barco.

River no le había preguntado a Coe si quería conducir, y Coe tampoco había expresado preferencia alguna al respecto. Aunque, a juzgar por su postura en el asiento del copiloto (cómodamente apoltronado y con los ojos cerrados), parecía bastante contento...

Si no fuera porque la expresión «parecer bastante contento» no era la más adecuada en su caso, se dijo River. Repasó su diccionario mental de sinónimos y sólo encontró uno que se aproximara a lo que quería decir: parecía bastante «vivo». Aun así, tendría que ir comprobándolo cada media hora más o menos. Habría preferido seguir con Louisa, en quien podía confiar, o incluso que le hubiera tocado Shirley, con su fogosa agresividad: al menos, con ella uno sabía a qué atenerse. Con J. K. Coe, en cambio... En fin: ni siquiera recordaba a qué nombre correspondían las iniciales. Tras casi un año de compartir despacho, habría sido incapaz de decir

dónde almorzaba a mediodía. Sólo le constaba que el tío se sentaba a su escritorio entre las nueve de la mañana y las cinco de la tarde, casi siempre con los auriculares del iPod puestos y escuchando música tranquila... lo cual era de agradecer, ciertamente: al menos no le tocaba compartir despacho con los chirriantes solos de guitarra de Ho. Aunque era evidente que J. K. Coe usaba la música como barrera: era su forma de minimizar el contacto con los demás seres humanos... Eso por no hablar de que poco tiempo atrás había ejecutado a sangre fría, con tres balazos, a aquel fulano desarmado y esposado.

Lo que no había que perder de vista al encontrarse metido en un coche con él.

Por el momento, sin embargo, Coe estaba dormido, o como si lo estuviera, y él tenía algo en que ocupar la mente tras haberse pasado varias semanas seguidas contemplando el salvapantallas del ordenador. Ya ni recordaba qué era lo que le habían encargado. Ah, sí: cotejar el censo electoral y los listados de viviendas con los impuestos y los pagos de servicios para determinar si esas propiedades en apariencia ocupadas realmente lo estaban. Lo había sugerido Lamb, con el entusiasmo propio de quien ha tenido una idea mientras disfruta de un almuerzo temprano que se ha prolongado durante horas y ha sido líquido en su mayor parte, y había insistido en que se trataba del método idóneo para elaborar una lista de posibles casas seguras y pisos francos de terroristas. Él, por su parte, consideraba que sería más efectivo deambular por las islas británicas llamando a las puertas de las casas al azar.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Estás diciéndome que tengo que cotejar todas las direcciones del país? —había preguntado River aquel día, anonadado ante la perspectiva de un infierno semejante abriéndose ante él.

—No, por Dios —había respondido Lamb—. ¿Por qué clase de monstruo me has tomado?

—Bueno...

—Sunderland lo pasas por alto, y Crewe tampoco nos interesa; lo demás, lo miras a fondo.

Así que había pasado nada menos que tres semanas seguidas jugando al Solitario Spider, lo que era todo un récord. Cada dos días, más o menos, hacía una chapuza de cortar y pegar, y si la lista de casas resultante se ajustaba a lo establecido por Lamb, pues mejor que mejor. Luego le entregaba esos listados a Catherine convencido de que ella sabía perfectamente que se trataba de puras invenciones y que él se pasaba el día haciendo volar cometas... Incluso era probable que Lamb también lo supiera y que sólo estuviese a la espera del momento oportuno para meterse con él. «Bueno», se dijo River, «que sea lo que Dios quiera». Todo tiene un límite, y eso de tener que coexistir con Coe bien podía ser la gota que colmara el vaso.

Durante su primera etapa en la Casa de la Ciénaga, había compartido despacho con Sid Baker (Sid de Sidonie, ojo, que es un nombre de mujer). No había llegado a conocerla tanto como le habría gustado porque no tardaron en descerrajarle un tiro en la cabeza. Las heridas en el cráneo eran puñeteras: un montón de sangre, para empezar, y la generalizada suposición de que, si salías

con vida, tendrían que alimentarte con una pajita... Aunque todo el mundo sabía que había numerosas excepciones. Él mismo había oído muchas anécdotas sobre heridos de bala que habían sobrevivido durante décadas con un proyectil alojado en el cerebro. ¿Habría sido Sidonie una de esos pocos afortunados? Él no tenía ni idea: el servicio había corrido un tupido velo de silencio sobre el episodio y nadie sabía si eso significaba que habían incinerado el cadáver tras declararla muerta por causas naturales o si habían logrado devolverle la salud en algún sanatorio situado a orillas de un lago. Así que él trataba de no pensar demasiado en Sid. Si estaba muerta, que era lo más probable, esperaba que hubiesen esparcido sus cenizas en un lugar bonito.

Pero el pasado era el pasajero que lo acompañaba a todas partes, el que siempre estaba a su lado allí donde fuese. Un pasado que tampoco era exactamente como habría esperado: más que un pasajero, era como un autoestopista que, a mitad de trayecto, empieza a comportarse de forma inquietante. Unos meses atrás se había encontrado con su padre por primera vez en su vida. No se lo esperaba, la verdad: a esas alturas estaba seguro de que nunca iba a conocerlo. Siempre había supuesto que su padre había sido un pequeño accidente en la errática juventud de su madre, lo que explicaba la escasa información que ella le había dado sobre su identidad, algo que había dejado de importarle desde hacía ya mucho tiempo y que había enterrado bajo los escombros psicológicos del día a día. La verdadera figura paterna en su vida era el Viejo Cabrón, bajo cuya guía se había convertido en el hombre que era. Había venido al mundo por accidente, ¿y qué? ¿Acaso importaba? Lo mismo podía decirse de una parte sustancial de la población del planeta, y no muchos de ellos habían sido criados exitosamente y con cariño y recibido una buena educación. Pero ahora resultaba que la imagen mental que se había hecho no se correspondía del todo con la realidad: en lugar de ser una figura borrosa surgida de un bar o un club nocturno para disfrutar de un revolcón con Isobel Cartwright, su padre había estado viviendo en la Calle de los Espías, lo mismo que su abuelo. En lugar de un accidente, su nacimiento había sido el producto de un cálculo: su misma existencia era una jugada en un amplio tablero, y su padre seguía vivo y coleando. Eso, desde luego, era así antes de que él lo supiese, pero el hecho de que se hubiese enterado le daba un nuevo sentido.

Sentado allí, en aquel coche junto a Coe, pensó que bien podría matar a su padre la próxima vez que sus caminos se cruzaran.

Y también que la Casa de la Ciénaga ya no le valía, que ya no podía creer en la tenue promesa de una futura redención y un posible regreso al esplendoroso redil de Regent’s Park. Se había pasado semanas enteras jugando en el ordenador en vez de cumplimentar otro de los trabajos de Sísifo que Lamb le había encomendado. ¿Por qué actuaba así? ¿Estaba pidiendo a gritos que lo despidieran? En su fuero interno, pensaba que había llegado el momento de tirar la toalla, y no era casualidad que todo eso tuviera lugar mientras esperaba que le llegase la muerte al Viejo Cabrón...

La mera idea de la muerte le nubló momentáneamente la vista, obligándolo a aminorar la velocidad, aunque no se le ocurría una forma más grotesca de irse al otro barrio: en un vehículo que no era suyo, junto a un sujeto que no decía ni mu, justo cuando empezaba a replantearse el futuro...

Se encontraban a una media hora de Slough. El tráfico era un poco lento, pero tampoco tan terrible (era el fin de la hora punta, no el último latido de su malévolo corazón), y la tarde empezaba a asomar en el cielo. El coche, un Ford Kia de color azul eléctrico (un modelo de nefasta reputación cuya simple mención en internet generaba un montón de comentarios indignados), era agradable de conducir justamente porque no le preocupaba la posibilidad de abollarlo. Ho sin duda había escogido ese automóvil porque estaba convencido de que era el que más se ajustaba a su personalidad, y él no podía estar más de acuerdo.

Miró a Coe de reojo y se sorprendió al advertir que tenía los ojos abiertos.

—¿Hasta qué punto estás seguro de que va a suceder lo que piensas? —le preguntó.

Coe no reaccionó.

El iPod, claro.

River toqueteó su rodilla y, con un gesto, lo instó a quitarse los putos auriculares de los oídos. Coe lo hizo de mala gana.

—¿Hasta qué punto estás seguro de que va a suceder lo que piensas? —repitió.

Coe miró al frente unos segundos, como hipnotizado por el asfalto que los neumáticos delanteros iban engullendo, y finalmente se encogió de hombros y se dispuso a ponerse los auriculares de nuevo.

—Siempre en aras de una buena relación de trabajo —dijo River—, te advierto que, como vuelvas a ponértelos, me paro en el arcén y te saco esa mierda de los oídos a palos.

Coe se enderezó un poco en el asiento.

—Inténtalo.

Y procedió a ajustarse los auriculares.

«De poco me ha servido...», pensó River.

Al cabo de unos segundos, sin embargo, Coe volvió a quitárselos.

—En una escala del uno al diez —dijo respondiendo a la pregunta de River—, digamos que tres.

El otro asintió: era lo que suponía, poco más o menos.

—Pero pensaste que valía la pena subir la apuesta.

Coe pareció reflexionar unos segundos.

—No me equivoco en lo referente a la situación en su conjunto: el patrón que esa gente está siguiendo es el que es, otra cosa es que acertemos con los políticos en su punto de mira, y si van a tratar de asestar el golpe esta noche; eso ya no lo tengo tan claro.

Lo dijo sin mirar a River, con la vista fija en la carretera.

Sólo por diversión, River continuó:

—Pero supongamos que estamos en lo cierto y que van a ir a por Gimball esta misma noche. ¿Hasta qué punto crees que podremos evitarlo, de nuevo en una escala del uno al diez?

J. K. Coe cogió los auriculares y, antes de volver a encasquetárselos, repuso:

—Menos de cero.

—¡Un coche amarillo! —exclamó Shirley.

—¿En serio? No me digas.

—Pues sí.

—Pues no —contestó Louisa—. Primero, porque eso de ahí delante no es un coche, sino una furgoneta, y además no es amarilla, sino naranja. O sea: una furgoneta naranja, no un coche amarillo.

—Viene a ser lo mismo, ¿no?

Louisa suspiró. Las reglas del juego del coche amarillo estaban muy claras (al ver un coche amarillo, tenías que exclamar: «¡Un coche amarillo!»), pero no para Shirley.

El juego ni siquiera evitaba que siguiera toqueteándolo todo nerviosamente. Tras rebuscar en la guantera, había dado con unas gafas de sol (que se había puesto) y con un paquete de chicles.

—¿Puedo coger un par?

—Por Dios, Shirley: estar contigo es como estar atrapada con una niña de diez años...

—Cuando voy en coche me aburro.

—Si quieres te dejo en la próxima estación de servicio —repuso Louisa—. No tienes más que decírmelo.

Shirley admiró su propio perfil en el retrovisor.

—Estas gafas estaban de moda hace seis años por lo menos...

—Por eso las llevo en la guantera y no en la cara, sin ir más lejos.

—¿Ya estamos llegando o qué?

«Ojalá», pensó Louisa.

Se dirigían al este de Birmingham, pues una llamada telefónica de Louisa les había bastado para averiguar que Zafar Jaffrey se encontraría en su ciudad natal esa noche para pronunciar una charla en una biblioteca. La mujer que les dio la información añadió unas cuantas pinceladas de su cosecha haciendo hincapié en las incontables cualidades de Jaffrey, entre las cuales sólo faltaba la capacidad de andar sobre las aguas. Era interesante saber que el tipo tenía sus seguidores, aunque, cuando un político parecía demasiado bueno para ser verdad, lo más probable es que fuera nefasto. En todo caso, si se veía obligada a escoger entre Zafar Jaffrey y

Dennis Gimball como posible víctima de un asesinato, este último ganaba por goleada. Por eso se lo había endosado a River: porque, con el corazón en la mano, no sabía si sería capaz de hacer todo lo necesario para salvaguardar la vida de ese tipo. Había poderosos motivos para pensar que apartar a Gimball de la circulación supondría hacerle un favor a la nación. O, en todo caso, si eso llegaba a suceder, la nación no iba a necesitar ir al psicólogo para superar el duelo.

Volvió a pensar en la mujer con la que había hablado por teléfono y se acordó de que Jaffrey era famoso por contratar a antiguos presos para que colaborasen en sus campañas. Si fuera una película, el tío estaría dirigiendo todo un sindicato del crimen bajo la tapadera del activismo político. Por otra parte, si fuera una película, sus gafas no habrían pasado de moda seis años antes.

—¿Qué probabilidades hay de que Coe tenga razón en todo esto? —preguntó Shirley.

—No muchas.

—No muchas, ya, pero ¿cuántas?

—Muy muy pocas... —Louisa maniobró para adelantar a un atontado que iba a setenta por el carril intermedio—. Vamos a ver, en lo tocante al asunto del Abrevadero, es posible que el amigo no ande tan desencaminado, pero no me creo que esta gente planee cargarse a Zafar Jaffrey.

—Y entonces, ¿qué hacemos aquí?

—Salir de la oficina un rato.

Shirley se volvió para saludar con la mano al conductor al que acababan de adelantar. Hizo un globo con el chicle y lo reventó.

—Si este Coe es tan listo como todos dicen, ¿cómo se explica que tenga pinta de ser un puto idiota?

—¿Quién, Coe? Yo no creo que sea un puto idiota.

—Pero si casi no habla.

—Eso no es una muestra de imbecilidad, Shirley —repuso Louisa, pero su comentario cayó en saco roto.

—Y el tío es medio psicópata, además...

—En eso estás en lo cierto.

—Seguro que su teléfono es más inteligente que él.

—Todos los teléfonos son más inteligentes que sus dueños.

—Y seguro que su teléfono tiene una vida sexual más activa que él.

—¿Tú crees que es gay?

—No tengo ganas de ponerme a pensar en la polla de Coe, la verdad.

—No estoy pidiéndote que te pongas ahora a pensar en la p...

—Sí que lo haces, porque quieres que me ponga a especular dónde le gusta meterla, y no me

apetece pensarlo.

—Bueno, tú eres la que ha sacado el tema, ¿no? —Louisa levantó un dedo del volante y señaló el carril opuesto—. ¡Un coche amarillo!

—No tengo ganas de seguir jugando a esta mierda.

«Se ha enfadado como una niña de ocho años», pensó Louisa. «Esto es como estar metida en un coche con una niña de ocho años...»

Quizá habría hecho mejor en emparejarse con Coe: el viaje estaría siendo mucho más tranquilo, y bueno, sí, el chico era medio psicópata, pero eso tampoco quería decir que su análisis general de la situación careciese de sentido. Aquel supuesto proyecto de desestabilización resultaba lo bastante demencial como para que a ella le resultara plausible. Lo suficiente, al menos, para que ese viaje valiese la pena... y para salir de la oficina un rato, como acababa de decir sin asomo de broma, pues más tarde o más temprano Ho iba a revelarles a los chicos y chicas de Regent's Park que había entregado un documento del servicio a una gente chunga que ahora estaba utilizándolo como inspiración para cometer un atentado tras otro hasta hacer que todo saltara por los aires. Y más valía encontrarse lejos de la Ciénaga cuando eso sucediera: que Lamb apechugara con las consecuencias.

Incluso si en Birmingham no pasaba nada, el viaje no habría sido una pérdida de tiempo. La noche anterior había metido la pata hasta el fondo: esos tipos podrían haber asesinado a Ho y, más allá de si se lo merecía o no, en la Casa de la Ciénaga ya había habido demasiadas muertes. Y además, si al final hubieran logrado liquidar a Ho, ¿en qué lugar habría quedado ella? Porque se suponía que había ido a protegerlo, ¿no? «De manera que hoy voy a estar más atenta», pensó, «a modo de penitencia». También había hecho callar a River cuando él le había dado a entender que Shirley echaba de menos a Marcus, algo de lo que ahora tampoco se enorgullecía; quizá había llegado el momento de interesarse un poco más por su compañera de viaje.

En lugar de estar siempre a la greña, tal vez ella y Shirley podían brindarse un poco de apoyo mutuo.

—Nunca hablas de Marcus —comentó, y Shirley le dejó claro que acababa de meter el dedo en la llaga porque no respondió—. Sé lo que se siente al perder a alguien cercano...

—¿Y si hablas de él vuelve a la vida? —preguntó Shirley.

Esta vez fue Louisa la que se quedó callada. Unos segundos después, la otra añadió:

—¿Cuánto tiempo hace que tienes estos chicles en la guantera?

—Ya estaban ahí cuando metí las gafas de sol.

Shirley escupió el chicle en su mano... y el rostro se le iluminó de pronto.

—¡Un coche amarillo! —exclamó.

—Pensaba que no te apetecía seguir jugando...

—Era una trola: lo que no quería era ir perdiendo.

«¿Ya estamos llegando o qué?», se preguntó Louisa.

Y un rótulo le indicó que faltaban veinticinco kilómetros.

—¿Lo ves? —había dicho Lamb—. Al final va a resultar que estamos en el mismo barco.

Durante su paso por la policía, Emma Flyte nunca había caído en la trampa de pensar que los polis y los delincuentes eran las dos caras de una misma moneda, más próximos en su forma de pensar y proceder de lo que la ciudadanía en su conjunto podía sospechar. Por su parte, prefería atenerse a otra verdad más fundamental: los delincuentes eran unos cabrones de cuidado a los que era preciso meter entre rejas, y para eso estaban los policías.

Pero allí, en la Calle de los Espías, no podía limitarse a detener a los cabrones de cuidado.

De haber tenido esa opción, Jackson Lamb estaría en su lista desde hacía mucho tiempo. Poco le importaba que en su día hubiera sido un agente de campo, porque ella no compartía esa visión romántica del «traumatizado superviviente de una guerra encubierta». Y por supuesto, tampoco la había impresionado mucho su aparente determinación de hostigar o alienar a todos los que lo rodeaban. No era más que un cabrón, y punto. Y la mejor forma de tratar a los cabrones consistía en cortarles las piernas, y él mismo, chiflado como estaba, tenía que ser consciente de que en el curso de la última hora le había proporcionado un hacha lo suficientemente afilada con la que llevar a cabo esa tarea.

Se echó el cabello hacia atrás y se hizo una coleta con una goma elástica. Cualquier cosa menos elemental, incluso una diadema o la más sencilla de las bandas para el pelo, bastaba para que sus colegas varones la mirasen de reojo, como si pensaran que la más mínima muestra de coquetería equivalía a aprovecharse de su condición de mujer. Ellos, en cambio, podían lucir pendientes o tatuajes en los antebrazos... nada que ver, claro.

Estaba sentada en su coche, pero aún no había hecho girar la llave de contacto. Seguía sin saber qué iba a hacer.

Esperaba que los de la Ciénaga no se hubieran dado cuenta, pero apenas había podido contener su rabia cuando la habían soltado. Eso de que la hubieran esposado como a una ladrona, de que otra persona le hubiese dado el té sorbito a sorbito... Lo que más deseaba en ese momento era devolverles el golpe: acorralar a los caballos lentos, hacer que les trabasen las patas uno a uno y que los pusieran en un caldero con agua hirviendo para hacer cola...

Y aun así...

Y aun así, el panorama tampoco era muy alentador.

Esa mujer, Standish, estaba en lo cierto: Claude Whelan tenía asuntos más importantes de los que ocuparse y no iba a gustarle nada que su vigilancia en la Casa de la Ciénaga hubiera acabado en un completo desastre. Y Taverner tampoco sería de mucha ayuda. Estaría encantada de

hacerse con cualquier tipo de munición que pudiera tumbar a Lamb, pero no era de las que malgastan munición, así que, si podía tumbarla a ella en la misma ronda, lo haría sin contemplaciones. Ella la había decepcionado al mostrarse neutral en vez de dejarle clara su lealtad, y Lady Di tenía un concepto de la lealtad absolutamente binario: o estabas con ella o eras un objetivo a batir.

Además, siempre quedaba la posibilidad de que Lamb tuviera razón. Ella misma le había asegurado que todo eso de las prisiones secretas era cosa del pasado, e insistido en que Regent's Park ya no aplicaba según qué métodos de otros tiempos, pero algo le decía que, si los asesinatos de Abbotsfield finalmente resultaban parte de una descomunal herida autoinfligida, todos los que estuvieran al corriente muy pronto se arrepentirían de estarlo.

Tamborileó en el volante con los dedos. El día comenzaba a bostezar y a pensar en la noche; no tardaría en correr las cortinas. Fuera lo que fuese lo que iba a hacer, más valía que lo hiciera rápido.

Conocía las reglas de Londres, que Jackson Lamb había mencionado, y la regla número uno era cubrirte bien las espaldas...

Detestaba llegar a esa conclusión porque sabía que era justo lo que Lamb esperaba de ella.

Gracias a Dios, por lo menos tenía un aliado confiable en ese universo donde perro sí comía perro. Antes de poner en marcha el motor, cogió el teléfono y llamó a Devon.

—¿Ya estás contento? —preguntó Catherine.

—Ya me conoces: más contento que el puto Papá Noel por Navidad.

—Algo me dice que a ti sólo te traía carbón —repuso ella.

Se encontraban en el despacho de Lamb. La tarde agonizaba en el exterior, desvaneciéndose poco a poco, aunque en aquella buhardilla, dadas la atmósfera y la iluminación, parecía que el tiempo no hubiera pasado desde 1972. Lamb acababa de servirse un vaso de whisky tirando a enorme y, por supuesto, le había servido otro a Standish, como hacía de vez en cuando. Quizá quería que se lo bebiera, quizá le gustaba ver cómo se resistía a la tentación. Se diría que gran parte de su existencia consistía en poner a prueba los límites de los demás, presumiblemente porque ya estaba aburrido de poner a prueba los suyos.

—Sabes que ahora mismo Flyte estará llamando a sus Perros a rebato, ¿no? —dijo Standish—. No sé dónde tienen encerrado a Roddy, pero puedes estar seguro de que pronto vas a hacerle compañía.

Lamb la miró con cara de indignación.

—¿Y yo qué he hecho ahora?

—Si quieres, te escribo un listado.

—No creo que Flyte vuelva lloriqueando a casita —repuso Lamb—. Si lo hiciera cada vez que un tipo curtido le pone unas esposas, nunca se divertiría.

—Yo en tu lugar me lo pensaría dos veces antes de presentar ese argumento como atenuante.

Lamb descartó sus objeciones de un manotazo, aunque quizá estaba ahuyentando una mosca.

—Flyte es una poli, Catherine, y tiene muy claro que, si existe la más mínima posibilidad de que Coe tenga razón, debe ponerse las pilas ya: si ahora se entretuviera redactando una hoja de protesta por todo lo que ha pasado aquí dentro, no haría más que meterse palos en las ruedas...

Hizo una pausa para llevarse el vaso a los labios. «Ya se ha metido más de media botella de vino entre pecho y espalda y ahora empieza con el whisky», pensó Catherine. Casi podía saborearlo ella misma si se dejaba llevar, pero ésa era una puerta que no estaba dispuesta a abrir, mucho menos en ese día y en ese momento.

Lamb seguía a lo suyo:

—Y además, a Flyte no le interesa que se sepa lo mal que ha hecho su trabajo. ¡Joder, pero si Dander hasta ha bajado a comprar gominolas! Dudo que las normas aplicables en esos casos autoricen salidas a la tienda de la esquina...

—Y yo dudo que las redactaran pensando en ti.

Lamb asintió con firmeza, muy serio: las normas nunca se redactaban pensando en él.

—Hoy has enviado a tu equipo a dar caza a una partida de asesinos —le recordó Standish.

—Habría ido con ellos, pero...

—Pero no tenías ganas de mover el culo, claro. A eso me refiero. Coe lleva un cuchillo encima, si es que hemos de dar crédito a lo que dice Shirley, pero por lo demás están desarmados. Supongamos que dos de ellos consiguen interceptar a esa gente, ¿cómo crees que acabará la cosa?

—Como bien sabes, soy un optimista incorregible... pero me parece que acabará en un puto desastre, como de costumbre.

—Eso es muy alentador.

—¡Venga ya, Catherine! Échale un par de cojones... o mejor no, pensándolo bien...

Se quedó mirando el vaso como si tratara de dilucidar qué había en su interior y para qué servía, un rompecabezas que resolvió del modo habitual. Cuando terminó de dar un largo trago, se volvió hacia ella y agregó:

—Esos asesinos tampoco son muy competentes que digamos. Masacrar a un puñado de transeúntes es una cosa, pero la jodieron dos veces seguidas al tratar de liquidar a Ho, y eso que el amigo está hecho una diana de tiro con patas, no lo olvidemos. Yo digo que Guy y Dander pueden con ellos.

—¿Y qué me dices de River y Coe?

—Bueno, quizá sea mejor no entrar en detalles con esos dos. Pero no hay mal que por bien no

venga, y un despacho libre nunca está de más en una oficina.

—Jackson...

—Esos dos políticos, los dos supuestos objetivos, sin duda van a contar con protección policial. Si los nuestros advierten algo irregular, no tienen más que dar la alarma. Ya se imaginarán que no espero de ellos que se sitúen en la línea de tiro.

—Vaya, menos mal.

—Por lo demás, si no fueran unos putos inútiles no habrían acabado en este lugar ni tendrían que hacer estas cosas.

—No te merecemos, Jackson —dijo ella—. Menos mal que eres tú quien reparte las cartas.

En la cara de Lamb se dibujó una sonrisa torcida y mellada. Alargó el brazo y agarró el vaso de Catherine.

Eran cinco, y uno estaba muerto.

Lo habían envuelto con película de plástico transparente para uso alimentario bien sujeta y apretada, lo que confería a su cadáver un brillo propio del cine de terror. Cada vez que Danny lo miraba (cada vez que miraba aquella cosa) tenía la sensación de que en cualquier momento iba a moverse, a extender sus brazos de momia y a ponerse en pie con torpeza. Ayer mismo formaba parte del mundo de los vivos y se llamaba Joon, ahora no pasaba de ser una cosa envuelta en plástico transparente, como si la fina película fuera a mantenerlo fresco.

Todos sabían que no era el caso.

—Una mala caída —había dicho Shin.

Al parecer, consideraba que las había buenas. En el caso de Joon, habría sido menos mala de no haber aterrizado de cabeza tras precipitarse por el ventanal. Y estaba clarísimo que, antes de su encuentro con la acera, no había estado muy fino en el trabajo que le habían encomendado, de otro modo no habría tenido que tomar un atajo tan absurdo: habría podido bajar por las escaleras y salir por la puerta.

Y también estaba clarísimo que el objetivo seguía vivo y coleando.

Todo por culpa de Shin.

Él no era quién para venir con críticas, pero cada vez le costaba más morderse la lengua. Llevaba tres años en el país y la flacidez de la vida en el Reino Unido continuaba sorprendiéndolo. Ese país carecía de rumbo, de liderazgo. Los periódicos (los medios de comunicación al completo) ofrecían una constante y caótica mezcolanza de opiniones, un ruido incongruente y sin sentido que estaba haciendo mella en todo el equipo. Desde la incursión en Abbotsfield habían tenido más fracasos que éxitos. Entre estos últimos se contaba la bomba en el Abrevadero, de la que él se había encargado a solas: un golpe tangible, físico, tan simple como

magnífico, tras el cual se escabulló con facilidad, como si fuera un fantasma, sin que la multitud que lo rodeaba conmocionada llegara a detectarlo. Pero Ho, el objetivo a batir, había salido ileso en dos ocasiones, y la bomba en el tren había acabado en otro fiasco humillante. Para él, bastaban dos factores para explicarlo: el primero era el propio Shin, que daba la impresión de no tener estómago para el papel de líder; el segundo era la ausencia de uniformes. Al despojarse de sus uniformes habituales, habían abierto la puerta al caos.

Shin tenía la espalda apoyada en la furgoneta en la que llevaban una semana viviendo. Miraba la pantalla del teléfono y se desplazaba por hilos de Twitter y por titulares de noticias como quien consulta un oráculo. Danny lo miraba con desprecio creciente: si de verdad era el líder, Shin tendría que liderar, y no buscar respuestas en el vertedero de internet. Su resolución disminuía a cada hora que pasaba. Parecía creer que la mejor forma de obtener resultados consistía en explicarles con todo lujo de detalles la misión que tenían por delante, cuando un auténtico comandante se limitaría a exigir obediencia ciega y a castigar todo error o infracción con severidad. Ni siquiera había castigado a An por no haber conseguido atropellar al objetivo la mañana anterior. Y ahora, además, era incapaz de establecer la conexión entre dos hechos: An había fracasado el día anterior y por eso Joon estaba muerto al día siguiente.

Cerró los ojos y trató de tomárselo con calma. La misión estaba desarrollándose de aquella forma, pero seguía siendo factible. En lo tocante a Shin, pensaba informar de lo sucedido una vez que todo hubiera acabado. No le quedaba otra: tenía que denunciarlo. Su forma de liderar era un desastre, una vergüenza, y él mismo se daría cuenta si el caos que reinaba en ese país no lo hubiera trastornado. Y en cuanto a los demás (los otros cuatro, que ahora eran tres), lo que tenían que hacer era mantener la cabeza fría y llevar la misión a buen puerto. Ahí estaba la clave: en mantener la cabeza fría. Al fin y al cabo, los detalles estaban de más, lo fundamental era llevar el plan a la práctica en su totalidad. Era la más antigua de las estrategias, una lección para tus enemigos: cuanto más sólidos fueran los muros que levantaban en sus ciudadelas, mejor sellados quedaban los instrumentos de su propia destrucción en el interior.

Todo lo que él y sus camaradas tenían que hacer era mantener la cabeza fría.

Ésa era la clave.

La cabeza fría...

SEGUNDA PARTE

Perritos calientes

8

River aparcó en un tramo de calle con parquímetro y empezó a buscar unas monedas en el bolsillo. Entonces recordó que el coche era de Ho y se dijo que ni hablar. Hizo un barrido de la zona. El crepúsculo difuminaba las siluetas lejanas y, a su lado, Coe seguía conectado al iPod. Tenía los ojos abiertos, pero vidriosos y desenfocados; si no lo conociera, habría dado por sentado que llevaba un colocón de campeonato.

Estaba casi seguro de que Coe no tenía por costumbre colocarse, teniendo en cuenta lo descolocado que estaba siempre.

Con un gesto, volvió a pedirle que se quitara los auriculares. Tratándose de él, comunicarse por señas muchas veces era imprescindible.

—Tiene cierta gracia esto de encontrarnos en Slough, «la ciénaga», ¿no? Teniendo en cuenta que... —dijo, pero Coe simplemente se lo quedó mirando—. Luego te lo explico —agregó—. ¿Todo en orden?

—No.

—¿En qué sentido exactamente?

Coe meditó unos segundos.

—En todos los sentidos.

—Bueno, sea como sea, espero que esta vez no te dé por pegarle un tiro a alguien.

—No llevo pistola.

—Ya. Lo que esperaba de ti era que te hicieras cargo de la situación, no que me recordaras que hemos venido desarmados.

No creía que fuera a producirse un tiroteo, ni siquiera que hubiera violencia y sangre, pero pensaba que al menos uno de los dos estaba obligado a recordar la existencia de esa posibilidad en vista de que, al menos en teoría, estaban allí para prevenir un posible asesinato, o como mínimo para interrumpirlo. Pero llegados a su destino, de pronto esa posibilidad le parecía muy remota: a los caballos lentos nunca les pasaba nada interesante... Bueno, no podía negarse que tiempo atrás habían participado en aquella ensalada de tiros, por no hablar del psicópata que entró en la Casa de la Ciénaga pistola en mano, pero lo normal era la tediosa rutina cotidiana. Y en cierto modo, el hecho de que ahora se encontrasen en el Slough real no hacía más que confirmarlo. Por su parte, nunca antes había estado en el Slough real: todo cuanto sabía de ese

lugar era que se las había arreglado para estar cerca de Londres, pero sin llegar a ser Londres, como si se hubiera rendido por falta de ambición.

También había un poema de John Betjeman sobre unas bombas («¡Venid alegres bombas y caed sobre Slough!»), pero no era cuestión de sacar conclusiones apresuradas al respecto.

—Tendríamos que examinar bien el lugar para ver con qué nos encontramos —propuso.

—Por si damos con un grupo de individuos vestidos con camisetas del Equipo de Abbotsfield, ¿no?

River clavó los ojos en él.

—O en el McDonald's, pidiendo el menú Terrorista Feliz, ¿eh? —preguntó.

Bueno, mejor eso que nada.

—Sí, algo por el estilo.

—¿Dónde va a celebrarse la reunión?

Un par de calles más allá, a dos minutos a pie.

Con las manos en los bolsillos, Coe tenía el aire de un adolescente al que hubieran obligado a ir de excursión, con la salvedad, se fijó River, de que sus ojos no cesaban de moverse y escudriñarlo todo, tanto el tráfico como a los transeúntes. Daba la sensación de estar siempre a la espera de lo peor. River no conseguía imaginar qué haría el colega cuando lo peor se presentara, si es que llegaba a presentarse, pero Shirley no dejaba de recordarles que llevaba un cuchillo encima: algo era algo. No venía mal que al menos uno de ellos llevara un arma, aunque mejor no preguntarse de qué iba a servir un cuchillo contra un grupo de fanáticos paramilitares armados hasta los dientes.

Pero eso no iba a pasar, claro, volvió a pensar: el mismo Coe lo había descartado, y eso que estaban allí por su culpa.

El centro vecinal donde iba a celebrarse la reunión tenía el aspecto de un parvulario: era de ladrillo rojizo con los marcos de las ventanas pintados de verde y cañerías a la vista. Estaba enclavado junto a un murete con pasamanos de hierro y una ancha entrada para vehículos custodiada por vigilantes privados. Desde lejos, sus uniformes se asemejaban a los de la policía, pero llevaban tantos cachivaches prendidos de los cinturones (radios, linternas, kits para reparación de pinchazos) que no podías tomártelos en serio. Aunque, en el fondo, era posible que simplemente estuviera celoso: por muy agente del MI5 que fuese, desprendía la misma falta de autoridad que un reponedor de supermercado.

—¿Qué? —preguntó Coe—. ¿Contemplando el futuro que te espera?

—Pégame un tiro ya, anda —repuso River antes de recordar con quién estaba hablando.

—No te preocupes, algo me dice que no vas a acabar trabajando como segurata en un aparcamiento: al paso que vas, eso sería un final feliz.

Estaba bien que Coe abriera por fin la boca, pero lo cierto es que ya tenía ganas de que la

cerrara de una puta vez.

—Será mejor que nos separemos —indicó—. Vamos a asegurarnos de que esa gentuza de Abbotsfield no anda cerca del edificio.

«¡Como si eso fuera a pasar!», se dijo.

Por otra parte, cosas más raras se habían visto.

A kilómetros de distancia, un poco más tarde, se estaba produciendo otro encuentro público.

La biblioteca se hallaba en una calle lateral y, desde lejos, podía parecer un edificio municipal de cualquier tipo: un centro sanitario, un burdel, una oficina del fisco... El cartel pegado a la puerta anunciaba el evento de la velada: ZAFAR JAFFREY HABLARÁ SOBRE LOS PROBLEMAS DE LA COMUNIDAD Y RESPONDERÁ PREGUNTAS SOBRE SU CANDIDATURA A LA ALCALDÍA. La pequeña foto del candidato le confirmó a Louisa que el tal Jaffrey era un tipo atractivo. En la parte posterior de la sala había unas cuantas hileras de sillas, situadas algo más allá de las estanterías para los libros; algunas ya estaban ocupadas, aunque aún faltaba media hora para la charla. Caminó de vuelta al coche fijándose bien en los demás vehículos estacionados en la calle. Todos estaban vacíos. También había unas cuantas plazas de aparcamiento desocupadas, y le entraron ganas de fotografiarlas para enseñárselas a la gente de Londres.

Cuando llegó junto a su vehículo, vio a Shirley sentada con los brazos cruzados. A pesar de las gafas de sol, tenía un extraño parecido con un buda.

—Hoy no he comido más que un puñado de gominolas —se quejó.

—¿Y yo tengo la culpa? —repuso Louisa.

—Podríamos haber parado en un área de servicio.

—O podríamos estar cenando en un restaurante a la luz de las velas, pero he tomado la decisión ejecutiva de cumplir con nuestro trabajo.

—Ah, ¿ahora estás al mando?

«Hemos venido en mi coche, así que soy la jefa», pensó Louisa, pero no dijo nada: discutir con Shirley era como discutir con una pared de hormigón; si no querías acabar dándote cabezazos contra ella, era mejor salirte por la tangente.

Ella prefería esto último.

—Jaffrey empezará a hablar dentro de media hora. Está previsto que la charla dure cuarenta minutos, y luego habrá veinte más para preguntas y respuestas. Lo mejor es que una de las dos entre mientras la otra vigila aquí fuera y...

—¿Asegura el perímetro?

—Quería evitar decirlo —reconoció.

—Pues con una sola persona no basta para asegurar el perímetro —observó Shirley.

—No, es verdad. No digo que sea el mejor de los planes, pero es un plan.

—¿Tú vas armada?

—No, ¿y tú?

—Ojalá.

—Hay una llave inglesa en el maletero.

—Me la pido.

«¿Por qué no?», pensó Louisa: no venía mal tener de su lado a Shirley armada con una llave inglesa. Aunque pareciera un buda en miniatura, era sabido que no estaba por la paz, la unidad eterna y esas cosas. En su defensa sólo podía decirse que había ayudado a unos cuantos individuos a encaminarse hacia su próxima encarnación.

Louisa cogió el móvil y abrió Google Earth.

—No parece que haya puerta trasera: la parte de atrás del edificio está pegada a un bloque de oficinas o algo así.

—¿Y qué me dices del techo?

—Bueno, pues que es un techo. Con una claraboya, eso sí.

—Dudo que esos tíos sean tan refinados.

Por lo visto, Shirley consideraba que bajar por una claraboya era una muestra de refinamiento, qué cosas. Louisa no pudo evitarlo y se formuló la pregunta que había estado eludiendo hasta ese momento: y ellas dos ¿qué pensaban que estaban haciendo? Los responsables de la carnicería de Abbotsfield no tomaban rehenes: disparaban contra todo lo que se moviese, y una llave inglesa no iba a detenerlos. Una sola, además, porque ni siquiera tenían dos.

Pero no era de prever, ni por asomo, que ocurriera algo, y también estaba claro que evitar el peligro no iba a facilitarles una carta de libertad para dejar atrás la Ciénaga. Ella no había entrado en el servicio para pasarse el día sentada delante de un escritorio compilando listados de usuarios de bibliotecas. La mayoría de las operaciones de campo implicaban refuerzos considerables y vestimenta de protección, pero se suponía que en situaciones improvisadas tenías que valerte de tu adiestramiento y de la experiencia adquirida en las colchonetas de las escuelas del servicio o en las llanuras cercanas a Salisbury. Eso de levantar las manos y esconderte en un rincón hasta que pasara la tormenta era cosa de los civiles; ella, en cambio, cuando se hiciera un balance, podría dejar claro que estuvo en primera línea y preparada para lo que fuese. En otras palabras: que eso de tenerla sentada en un despacho suponía desaprovechar su capacidad.

Aun así... en fin: sólo tenían una llave inglesa.

Pero no iba a pasar nada malo.

—Noto algo raro en el estómago... —dijo Shirley.

¡Estupendo!

—Gracias por avisar. ¿Un presentimiento?

—No, lo que necesito es comer algo.

—Shirley, por favor...

—Hay una tienda de comida para llevar a la vuelta de la esquina. Hemos pasado por delante.

La gente estaba llegando: grupos reducidos de personas con espíritu cívico que acudían a tomar la temperatura política. Una pareja de ancianos con sendos bastones; otra pareja, de estudiantes seguramente; uno que venía con un montón de folletos...

—No tenemos tiempo, puedes pasar sin comer.

—Para ti es fácil decirlo.

—Estamos en plena operación, Shirley, no de pícnic.

—Estoy segura de que Lamb me daría permiso.

—Lamb no está aquí, y yo no te lo doy.

—Tú a mí no me das órdenes.

—No, pero te dejo tirada y vuelves a Londres andando.

—No me importa: hay trenes —le soltó Shirley.

¡Trenes! Para troncharse de risa.

—Estamos en vivo y en directo —le recordó Louisa—. Una de nosotras ha de entrar y fijarse bien en el público. Si tiene que pasar algo, nos será más fácil impedirlo si detectamos a esa gentuza antes de que pase a la acción. ¿Vas a seguir quejándote o ponemos manos a la obra?

Shirley murmuró algo y ella interpretó que asentía.

—¿Quieres estar dentro o fuera?

—Lo que quiero es la llave inglesa —repuso Shirley.

—Está en el maletero —indicó Louisa, y fue a mezclarse con el gentío en el interior de la biblioteca.

—Necesito fumarme un cigarrillo —le dijo Gimball a su mujer.

—De eso nada.

—No voy a pasar por esto sin fumarme un pitillo antes.

Dodie esbozó un gesto de fastidio.

—Anunciaste, ¡en público!, que dejabas de fumar. Ante un montón de gente. «Si alguien vuelve a verme fumando, votad a otro candidato...» Eso fue lo que dijiste, literalmente.

—Vale, sí. Pero no lo decía en serio. Tampoco se trataba de una promesa electoral.

Ahora que lo pensaba, igual tendría que haber dicho que era una promesa electoral, pues tan sólo los niños pequeños y los muy lerdos esperaban que las cumplieses.

—Has estado en reuniones como ésta un millar de veces, ¿a qué vienen tantos nervios?

«Podría decírselo», pensó Dennis: podría explicarle que, una vez en el estrado, iba a pedirles a

todos que lo aceptasen tal como era en realidad. A continuación, seguramente podría aprovechar para mencionar que tampoco había dejado de fumar y nadie se lo echaría en cara porque el público estaría más pendiente de lo otro.

Pero si ahora se lo revelaba a Dodie y ella no lo veía claro (lo que sin duda ocurriría), él se vendría abajo como un pastelillo bajo la lluvia. Necesitaba el apoyo de su mujer, y sólo iba a conseguirlo si ella se encontraba de pronto ante un hecho consumado. Estaba seguro de que se lo recriminaría después, en privado, pero en público lo respaldaría sin vacilación porque no le quedaría otra. A no ser que... no, eso no: no podía creer que fuese a abandonarlo. Aquello traería cola, aunque la circunstancia de aparecer como una mujer engañada que se mantenía leal a su marido acapararía titulares de prensa y minutos de televisión, y le daría material para escribir artículos durante todo un año. Además, Dodie lo amaba, así que adelante.

—Éste es un momento decisivo... —afirmó ella— para los dos.

«No lo sabes tú bien.»

—Se trata de una simple retirada táctica, eso es todo —añadió—. Vamos a hacer lo que Whelan nos ha indicado, pero esta historia no se ha acabado ni por asomo, tan sólo es un paréntesis. —Se lo quedó mirando: Dennis seguía ansiando un cigarrillo—. Si alguien te sorprende fumando —insistió ella—, olvídate de calzarte mis Manolo Blahnik nunca más.

Era una forma tácita de darle su consentimiento, porque los Manolos no le entraban ni en broma.

Se toqueteó el bolsillo de la pechera asegurándose de que la cajetilla y el mechero seguían estando en su lugar, salió de la sala donde estaban y vio a uno de los voluntarios pasar zigzagueando bajo un zigurat de sillas de plástico.

—¿Hay una puerta trasera? Tengo que salir un momento para pensar bien lo que voy a decir.

Sí que la había.

River echó a andar, dio la vuelta a la manzana y después rodeó la manzana siguiente para hacerse una composición de lugar. En un momento dado, vio que J. K. Coe atravesaba un cruce más arriba y negó con la cabeza al observar a aquella figura encorvada que andaba arrastrando los pies. Incluso en ese momento, cuando casi había logrado convencerse a sí mismo de que por fin hacía algo útil (llevar a cabo una operación), la realidad de los caballos lentos se hacía patente una vez más. Sus compañeros de trabajo eran casi todos unos inútiles, vivían tan abrumados por sus problemas psicológicos que tendrían que haber estado en una escuela de arte moderno y no en el servicio secreto. Con la posible salvedad de Louisa, claro; y de él mismo, por supuesto. Nunca estaba de más recordarlo: él no tenía problemas de ese tipo.

Una furgoneta de la televisión había aparcado frente a la puerta del centro vecinal. Se le

ocurrió que podía ser una tapadera adecuada para una partida de extremistas armados, pero cuanto más la miraba, más le parecía una auténtica furgoneta de la televisión. De haberse tratado de una tapadera, probablemente se habrían esmerado un poco y pintado unos logotipos en los lados, llevarían gorras con el mismo logo y alguna que otra tablilla sujetapapeles, pero allí tan sólo había un par de tipos ocupados en extender una serie de cables más largos que una maratón a través de una salida de incendios abierta y, en la furgo, suficiente equipo adicional como para filmar una película de Harry Potter.

Claro que, si uno se proponía atentar en un mitin político, ésa podía ser la forma indicada de hacerlo: te agenciabas un transporte, lo llenabas de material profesional que diera el pego, lo aparcabas cerca de tu objetivo y te tomabas tu tiempo. Pero no, se dijo River, los antecedentes (el hecho de abrir fuego en la calle de un pueblo, de dejar un artefacto explosivo en un tren o de arrojar una bomba casera al foso de los pingüinos) hablaban de un grupo de fanáticos que operaba de forma apresurada, de unos tipos que más bien se lanzarían a un asalto frontal y a por todas sin perder el tiempo en meticulosos preliminares: eso de hacerse pasar por unos profesionales de la televisión, con todas las credenciales falsificadas que hicieran falta, seguramente les quedaba muy grande.

Siguió observándolos un rato a la espera de algún indicio de incongruencia, pero finalmente los dejó a su aire y se alejó.

No lejos de allí se alzaba un edificio revestido de andamios. La mitad superior estaba recién pintada, mientras que la inferior aparecía cubierta de mugre y de salpicaduras de barro de la calzada: las inscripciones que la vida urbana había ido haciendo en la fachada a lo largo de los años. Por uno de sus lados discurría un angosto callejón al que el andamiaje dificultaba el paso y que iba a dar a un patio trasero en el que había unos cuantos contenedores de basura. El edificio estaba en uso, como indicaban las luces encendidas en sus últimos pisos, pero la lámina de lona impermeable que colgaba agitándose en lo alto le daba un aspecto de abandono y desolación. River recorrió el callejón hasta el final, no vio señales de presencia humana y volvió por donde había venido.

Al volver a contemplarlo, el edificio le recordó a la Casa de la Ciénaga; no por nada en especial, como no fuera su estampa un tanto deprimente, un tanto... ¿cómo decirlo?... Digamos que, si trabajabas en un lugar como ése, nada más llegar a casa tendrías que servirte un buen trago de algo fuerte. Pero había una clara diferencia: allí alguien estaba invirtiendo tiempo y dinero en repintar la fachada; quizá no esperaban un futuro radiante, pero al menos habían decidido darle una mano de pintura al pasado...

De pronto experimentó una repentina sensación de abatimiento que le resultaba familiar. No sabía hasta cuándo iba a poder seguir con esa comedia... En teoría, era uno de los protectores de la nación, pero de hecho no era más que un insecto irrelevante. Le sobraban dedos de la mano

para contar las veces que lo habían enviado a cumplir una misión, fuera de los recados para Lamb, por supuesto, porque traerle un bocata o una bandeja de arroz frito tres delicias no contaba.

Eso no era lo que se había propuesto en la vida, ni tampoco lo que su abuelo habría esperado de él.

Así que, si no pasaba algo pronto, se largaría de la Ciénaga: cualquier cosa era mejor que aquello. De pie junto al andamio mientras caía la tarde, acababa de tomar una decisión, pero no por ello se sentía más animado, más bien tenía la impresión de que algo acababa de desinflarse para siempre.

«Joder», pensó, y luego: «Mierda.»

Echó a andar entre los postes metálicos que obstruían la acera y se plantó delante del centro cívico. Habían abierto las puertas y la gente había empezado a hacer cola.

Se preguntó por dónde andaría Coe.

Después de que Louisa entrara en la biblioteca, Shirley aguardó unos diez minutos y decidió que había llegado el momento de ir a pillar una ración de *fish and chips*. Luego esperó diez minutos más porque, si ella fuese Louisa y se hubiese propuesto pillar en falta a Shirley, saldría en el transcurso de esos veinte minutos. Si ella fuese Louisa, sin duda la habría atrapado con las manos en la masa, pero como no era Louisa, sino Shirley, volvería con el pescado y las patatas antes de que el gentío empezara a entrar.

A mitad de camino a la tienda de comida para llevar, se acordó de la papela de coca que guardaba en el bolsillo.

Llevaba sesenta y tres días limpia, y el cielo era lúgubre, las sombras de la noche avanzaban hacia allí. Ya faltaba menos para llegar a los sesenta y cuatro, ¿y entonces qué? Tampoco le hacía mucha ilusión seguir contando los días, uno tras otro, pero en un rincón de su mente seguía inquietándole la idea de que poner el calendario a cero supondría un... en fin, un completo fracaso: como si se hubiera fijado un objetivo y se hubiese rendido antes de alcanzarlo, como si fuera incapaz de perseverar.

Aunque tampoco veía una razón para que los demás pensaran eso de ella, pues nadie iba a enterarse: en ese momento estaba sola. De hecho, podría colocarse todas las noches y, mientras hiciera acto de presencia en la Ciénaga por las mañanas, la vida seguiría avanzando al moroso ritmo de siempre. Porque ella no era una adicta. Una usuaria, vale, pero sólo por diversión, y si le daba por divertirse era asunto suyo y de nadie más.

Si de verdad tenía un problema, ¿cómo se explicaba que llevara sesenta y tres días limpia?

En la tienda acababan de poner a freír una nueva tanda de bacalao, así que pidió un perrito

caliente mientras esperaba contemplando el chisporrotear y crepitar del aceite. Se acordó de una noche, estando en una lavandería de autoservicio, en que se había sentado a observar los tambores que giraban y las cargas de ropa que subían y bajaban como delfines en el mar... Probablemente había pasado varias horas allí, completamente fascinada. Antes le pasaban cosas de ese tipo, pero ya no: la vida se había adentrado en la normalidad; no era más que una larga sucesión de momentos grises, como si el ánimo imperante en la Casa de la Ciénaga se filtrara por sus muros y la infectara.

Al final, todos caían en ese abismo. Era la maldición de los caballos lentos: la Ciénaga los despojaba de toda energía hasta dejarlos completamente vacíos.

Llegó su pedido y abandonó la tienda pertrechada con un tenedor de plástico y aún masticando el último bocado del perrito caliente. Pensaba en Marcus, en lo que él habría opinado sobre su prolongada abstinencia voluntaria. Apenas le habría dicho nada: se habría contentado con asentir con la cabeza o algo por el estilo, y luego habría hecho alguno de esos gestos de machote tan suyos para recordarle que, aunque había ido a parar detrás de un escritorio idéntico al de ella, en su día había estado echando puertas abajo.

Y ella se habría sentido contenta al verlo asentir: pensaría que estaba haciendo las cosas bien...

Pero ¿en qué estaba pensando? ¡A tomar por culo Marcus y todas sus chorradas! ¿Qué le importaba a él todo eso? ¡Como si no hubiera pasado la vida bailado con sus propios demonios! Hacia el final de sus días, durante la primera mitad del año anterior, no hacía más que insertar monedas en las máquinas tragaperras con un frenesí propio de quien acaba de descubrir el secreto de la eterna juventud.

Al menos las patatas fritas estaban buenas.

Al llegar junto al coche se sintió aliviada (aunque la fastidió reconocerlo) al ver que Louisa no había reaparecido y decidió comer allí, de pie, usando el techo del vehículo como mesa improvisada. Si se lo comía dentro, el coche apestaría a fritanga y Louisa se pondría pesada. Atacó el filete de bacalao con el tenedor de cinco centímetros, un arma que no estaba a la altura de la tarea, y se las arregló para llevarse un trozo aceptable a la boca. De pronto recordó que se suponía que debía estar «asegurando el perímetro». «Claro, por qué no.» Sin dejar de masticar, rodeó el automóvil y se puso a pasear por aquella calle tranquila y silenciosa echando un vistazo de vez en cuando a los vehículos aparcados. Todo estaba como antes...

«Excepto», pensó cuando ya iba a dar media vuelta para seguir disfrutando de la cena al aire libre.

Excepto la furgoneta estacionada a unos cien metros de distancia.

¿Estaba allí cinco minutos antes?

No, no estaba.

• • •

Al ver que Cartwright se dirigía a la entrada del centro cívico, Coe se escondió en el portal de una tienda. Tenía la sensación de que su presencia estaba de más. «Creo que tenemos un problema», había dicho en la Ciénaga, y lo había dicho en serio, aunque no creía que el problema fuera a producirse en ese lugar: antes aterrizarían unos extraterrestres en el andamio del edificio de enfrente, o el grotesco presidente de Estados Unidos renunciaría a decir idioteces vía Twitter.

Pero, hablando en general, el problema seguía allí.

Se puso los auriculares y escuchó las noticias de la radio: las últimas novedades sobre los pingüinos supervivientes; el hallazgo del cadáver de una mujer en una casa de Londres... No mucho tiempo atrás, habría sido incapaz de hacer algo tan simple como escuchar las noticias: tan sólo soportaba los largos pasajes de improvisaciones al piano, la música creada de forma espontánea que lo llevaba a sentirse tan a la deriva como la hoja de un árbol en la estela de una barca de remos. Todo eso, sin embargo, se había ido desvaneciendo desde el día en que le había metido tres balazos en el pecho al asesino que irrumpió en la Casa de la Ciénaga. Vaya modo tan extraño de reducir el estrés. Ese método en particular difícilmente aparecería en los libros de autoayuda, pero el hecho era que funcionaba.

Por lo demás, aunque el entorno estuviera cargado de electricidad estática, su cerebro volvía a funcionar como era debido, y era evidente que estaba en lo cierto respecto del plan. Siempre había tenido la capacidad de retener la información que había leído, de rememorar la forma de las palabras en el papel, la disposición de los párrafos, en qué parte de un libro se hallaba determinada frase... Lo del «Abrevadero» parecía sacado de una obra de Kipling. Los que habían tirado la bomba al foso de los pingüinos en Dobsey Park habían seguido las instrucciones que, en su día, él había visto por escrito, y ese plan encubría otro de mayor alcance. El propósito final consistía en abrir el telón y dejar a la vista la maquinaria escondida detrás, en hacer patente que ese plan había sido elaborado en el propio país por quienes poseían los secretos de la patria, por los guardianes del alma de la nación.

Salió del portal y caminó calle abajo, y luego entró en el callejón enclavado entre el edificio en obras y el de al lado. Al final había un pequeño patio con unos contenedores de basura. Ya iba a dar media vuelta cuando reparó en una escalera de peldaños en el lateral del andamio. «Mira qué bien», se dijo: desde allí arriba podría observar la calle sin ser visto. Porque Cartwright sin duda iba a llamarlo en cualquier momento para preguntarle qué estaba haciendo.

—Vigilarlo todo —respondería él para que el otro lo dejara en paz. Y además, allí arriba estaría fuera de peligro.

Se encaramó por la escalera, subió por otra que había a continuación y llegó a una pasarela situada a una decena de metros sobre la calle. Los tablones de madera se combaban ligeramente,

pero no lo bastante como para sentirse amenazado; era apenas una pequeña oscilación. Lamb se había reído de él por tener ataques de pánico, y los tenía, pero porque la gente se los provocaba. Las alturas, por el contrario, no le suponían ningún problema. Él no tenía problemas con casi nada, siempre que no hubiera gente de por medio.

En el entarimado se encontró con una lata de pintura sellada que en principio no tendría que estar ahí. La rodeó, se apoyó en un poste metálico horizontal y escudriñó la calle a sus pies.

El Abrevadero. En Regent's Park lo habrían obligado a respaldar sus afirmaciones con datos concretos o probabilidades estadísticas, en la Casa de la Ciénaga le había bastado con convencer a Jackson Lamb. Pero, claro, Lamb era un veterano que en su día había operado al otro lado del Telón de Acero y seguía teniendo un olfato muy fino. La gente hablaba mucho de la Calle de los Espías, de la vida en el mundo encubierto, pero Lamb se había pateado las zonas más sórdidas, y allí uno tenía que recurrir al instinto si no quería acabar de mala manera. Por eso reconocía la verdad nada más verla. También era un gordo cabrón, cierto, pero un gordo cabrón al que no te convenía subestimar.

En cualquier caso, ninguna de esas cosas demostraba que él tuviera razón en ese lugar y en ese momento, ni que Guy y Dander fueran a tener más suerte en Birmingham que ellos. Zafar Jaffrey y Dennis Gimball no pasaban de ser dos ejemplos del tipo de objetivo especificado en el modelo de marras, pero sin duda había otros cuyas muertes estremecerían a la clase política y provocarían distintos grados de dolor, estrés o júbilo. Las calles se llenarían de turbas enfurecidas mientras otros lo celebrarían descorchando botellas en casas y restaurantes, la situación se prolongaría durante días y días con titulares de prensa que alimentarían el escándalo y, cuando esos payasos terminaran por revelar de quién era la estrategia que habían estado siguiendo, el castillo de naipes no tardaría en venirse abajo. Daba igual quiénes fueran, pensó Coe: rusos, chinos o partidarios de la independencia de Cornualles, su identidad concreta se vería eclipsada por el mensaje enviado: la nación objetivo, siempre tan proclive a presumir del máximo rigor moral, había diseñado su propia destrucción...

Justo en ese momento vio a Dennis Gimball colándose por el callejón en dirección a los contenedores de basura, y se preguntó qué demonios estaría haciendo ahí abajo.

Había bastante gente en la sala: exactamente cincuenta y dos personas, más de las que Louisa esperaba. Aunque, si tenía que ser sincera consigo misma, también era verdad que, por su parte, había asistido exactamente a cero reuniones públicas sobre cuestiones locales en centros como ése. Jaffrey estaba hablando, refiriéndose a posibles problemas y oportunidades (uno de sus fuertes era proclamar que lo decisivo era la actitud), y ella tenía que reconocer que el tipo tenía algo especial. Carisma, probablemente, como la gente solía decir. Fuera lo que fuese, había que

quitarse el sombrero ante el hecho de que estuviera malgastando dicha cualidad en una biblioteca de barrio sin la presencia de los medios de comunicación, y además, parecían preocuparle de verdad los problemas de los vecinos. Hasta el momento no había eludido ni una sola pregunta, ya fuera sobre unas multas de tráfico o sobre la posible suerte de la propia biblioteca, cuyo cierre estaba más o menos cantado. Ella misma tendría que haberse sentido disgustada al oír hablar del cierre de una biblioteca pública, pero se limitó a tacharla mentalmente de la hoja de cálculo de su ordenador: iba a ahorrarse el trabajo de revisar los libros de la sección sobre terrorismo prestados por esa biblioteca.

En lo referente al público, era poco probable que un asesino fuese a surgir de su seno. Sí cabía esperar, en cambio, que en la sala hubiese un policía de paisano y seguramente desarmado: el país estaba en estado de alerta desde lo acontecido en Abbotsfield. Pero aquélla había sido una acción de violencia indiscriminada, y nada invitaba a pensar que los políticos corrieran mayor riesgo que en los últimos meses y años. Aun así, Jaffrey era conocido en todo el país, y también era musulmán, y siempre habría individuos que encontrarían que la unión de ambas cosas era repugnante por definición. Un cuerpo de policía celoso de su imagen estaba obligado a no perder de vista a las figuras públicas residentes en su jurisdicción, por lo que era seguro que entre el público se contara algún agente. Ella sospechaba que, o bien era la mujer asiática sentada en primera fila (pequeña pero matona, si sabías leer entre líneas), o bien el tipo corpulento que tanto se esforzaba en disimular su aburrimiento unos cuantos asientos a su izquierda. Y entre el público, además, había un par de personas que bien podrían formar parte del equipo de seguridad del propio Jaffrey: un hombre y una mujer jóvenes que no dejaban de mirarlo todo con suma atención. Nada más verlos, se le aceleró el corazón: también podían ser los terroristas. Se puso a vigilarlos, pero no tardó en relajarse, al advertir que la mitad masculina del dúo se levantaba para ayudar a una anciana con su bolso. Nunca sabías qué pinta exacta iba a tener un terrorista, pero que se pusiera a ayudar a una persona mayor no cuadraba con el modelo estándar.

Esperaba que Shirley mantuviera los ojos bien abiertos allí fuera, aunque tenía bastante claro que a esas alturas probablemente se habría escaqueado ya para ir a comprar algo de comida. Pensó en salir un momento para comprobarlo, pero tampoco valía la pena: Shirley era como era y se tomaba muy a pecho que alguien la reprendiese. De modo que siguió allí plantada, aunque una vez más se preguntó para qué exactamente. Antes, en la Casa de la Ciénaga, la idea le había parecido buena: un plan de acción que valía la pena poner en marcha; allí, en ese momento, sin embargo, le parecía un simple pretexto para salir un rato de su despacho, con el agravante de que se hallaba en Birmingham, a dos horas de su casa, y que tendría que volver acompañada de Shirley, que sin duda alguna olería a patatas fritas.

«Nadie podrá negar que la nuestra es una profesión de lo más glamurosa», pensó.

Jaffrey estaba entrando en calor al hablar sobre el Brexit y sus efectos sobre la industria local.

Ella se arrellanó en el asiento, pero con un ojo puesto en la puerta por la que, supuestamente, iban a entrar unos sujetos armados para asesinar a ese hombre. No parecía probable, y tampoco tenía claro qué podría hacer ella para evitarlo si acababan apareciendo.

En cualquier caso, se dijo que la situación se resolvería por sí sola, si es que llegaba a producirse.

• • •

Eso de salir a la calle a fumar de tapadillo tenía su encanto, pensó Gimball. Le recordaba su paso por Eton, las escapadas después de que hubieran apagado la luz en el dormitorio. Esas aventuras habían cimentado amistades.

El aire fresco resultaba gratificante tras la atmósfera viciada del centro cívico. Oscurecía ya, y las personas que hacían cola ante las puertas (una imagen que también resultaba gratificante siempre) no pasaban de ser unas formas grises e indistinguibles, pero decidió ser prudente y escurrirse por la primera esquina que encontró: aquellas formas grisáceas iban armadas con teléfonos inteligentes entre cuyos usos se contaba la absurda sensación de estar obligados a informar sobre todo cuanto se moviera. Si encendía el cigarrillo, antes de dar dos caladas se volvería tendencia en Twitter, el equivalente moderno del cepo medieval.

Diez minutos... sólo diez minutos... el tiempo justo para tranquilizarse un poco y poner sus pensamientos, sus ideas, en orden: necesitaba repasar mentalmente lo que iba a decirles a los suyos.

Sí, a los suyos, pues eso era lo que le quedaba. Amistades, no tantas. Tenía aliados, por supuesto, pero no era lo mismo. La propia Dodie, sin la cual nunca habría llegado tan lejos (era lo bastante maduro para reconocerlo y lo bastante listo para mencionarlo de vez en cuando), era su mejor amiga, pero sólo porque él no tenía casi ninguna otra amistad. De hecho, lo más correcto sería decir que ella era su única amiga. Por eso mismo, lo que iba a hacer dentro de unos minutos, hablar ante las cámaras y revelar quién era en realidad, resultaba doblemente peligroso... porque Dodie sin duda le brindaría apoyo, pero se sentiría furiosa porque no se lo hubiera contado antes. Ella tenía sus propias ideas, y al salir en defensa del derecho de su marido a mostrarse tal como era probablemente se vería obligada a retractarse de algunas afirmaciones hechas en público con anterioridad. Lo que tampoco sería una experiencia muy novedosa para una columnista de prensa con opiniones tajantes, un sueldazo de seis cifras al año y un par de becarias que de hecho redactaban sus artículos, pero sí exigiría cierto trabajo preparatorio.

Por su parte, estaba condenado a hacer frente al chaparrón inevitable, algo que no le hacía mucha ilusión, pero lo prioritario era lo prioritario, porque la alternativa era convertirse para siempre en un títere del servicio secreto. Si cedía a las presiones de Claude Whelan, aunque fuera

una sola vez, ya podía despedirse de cualquier posibilidad de conservar la independencia política, así que, una vez más:

- Estaba obligado a hacer eso exactamente, de manera que...
- Iba a hacerlo, y...
- Al demonio con las consecuencias.

Se sintió más animado después de enfocar claramente la situación, pero seguía con el ansia de fumarse un pitillo.

Encontró un callejón que enfiló de inmediato, encajándose un cigarrillo en la boca antes de llegar al patio sin salida que había en su extremo. «Que no me vean por aquí», pensó. ¿Qué diría la gente si lo pillaban en ese lugar, merodeando entre los contenedores de basura como un gato callejero? Dio una profunda calada y exhaló el humo, que ascendió hacia el andamiaje mientras le venía a la memoria un lejano recuerdo del colegio que se le había quedado grabado como una pintura rupestre: tres alumnos junto a la puerta trasera del gimnasio, un cigarrillo que iba de mano en mano... La imagen se esfumó de golpe, pero él se preguntó qué habría sido de aquellos antiguos compañeros. No se acordaba ni de sus nombres, mucho menos sabía qué habían hecho de sus vidas, pero estaba claro que pronto iban a leer sobre él en los periódicos de la mañana, o esa misma noche, dentro de un rato, en las pantallas de sus móviles: «¡El héroe del Brexit reconoce ser un pervertido sexual!», un titular que no aceptaría ningún matiz, por mucho que él se esforzara en matizarlo. «¡Lo nunca visto, se viste de mujer!» Negó con la cabeza, pero ya era demasiado tarde para ignorar las terribles consecuencias de lo que tenía previsto hacer. Eso de dar la cara y explicar a todo el mundo sus pecadillos privados... ¿de verdad era buena idea? ¿Era así como pretendía conseguir que a Claude Whelan le saliera el tiro por la culata, situándose ante un pelotón de fusilamiento? No, era una locura. Porque no era a Whelan a quien había que temer, ni siquiera a la prensa que, de hecho, se limitaría a hacer lo de siempre: abalanzarse sobre la carnaza que se cruzara en su camino. No, si osaba revelar la verdad acerca de su persona, serían los suyos los que irían a por él. ¿Cómo se le había ocurrido semejante idea...?

Notó un sudor frío en el cuello y, un segundo después, ese desbarajuste en las entrañas que le acomete a uno cuando escapa de algo por los pelos. Se había dejado llevar por la rabia y la soberbia durante unas cuantas horas, eso era todo: el futuro que le esperaba era demasiado esplendoroso, demasiado importante como para ponerlo en peligro por un simple arrebato de ira. De acuerdo, muy bien, haría lo que Whelan quería, lo que tampoco iba a suponer diferencia alguna, al menos a largo plazo. Esa noche no podría hacer públicos los manejos de Zafar Jaffrey con un sujeto relacionado con el hampa, no podría socavar la posición del primer ministro dejando en evidencia a su musulmán de compañía, pero era imposible detener el reloj de la

historia, y aquella vinculación terminaría por salir a la luz tarde o temprano, y si daba la casualidad de que él mismo no era el primero en revelarla, sí que estaría más que disponible para comentarla y difundirla. Al fin y al cabo, eso era lo que contaba: estar ahí en el momento decisivo, porque en política el control de los tiempos lo era todo. Qué demonios, si hasta podías meter la polla en la boca de un cerdo muerto e irte de rositas siempre y cuando todo sucediera en el momento adecuado, y siempre y cuando no supieras lo que era la vergüenza... aunque para eso precisamente estudiabas en colegios de élite como Eton.

Había estado a punto de olvidar esa lección primordial, pero se había echado atrás justo a tiempo gracias al bendito hábito de fumar: de no haber salido a la calle para aclararse la cabeza con un subidón de nicotina, habría podido seguir sumido en la ilusión de que hacer el ridículo en público no tenía nada de malo. Dios santo. Menos mal que Dodie jamás perdía la perspectiva.

Bueno, se dijo, en vista de que iba a mantener en secreto sus pequeños vicios privados, ¿qué importancia tenía fumarse un pitillo o dos? Un pensamiento agradable que al momento convirtió en realidad, pues prendió el segundo cigarrillo con la colilla del primero. Dio una profunda calada mientras contemplaba los retazos de cielo que se veían entre los trapezoides del andamiaje y, cuando bajó la vista, vio a la figura amenazante que se aproximaba a él por el callejón.

Shirley seguía allí de pie, con el envoltorio de la comida para llevar abierto sobre el techo del coche, masticando con expresión pensativa y haciendo lo posible para que nada delatara que estaba en misión de vigilancia. La furgoneta estaba aparcada de tal modo que su parte posterior apuntaba hacia ella. Nadie había salido del vehículo, aunque ella creía haber detectado una mínima oscilación, como si alguien, o varias personas, estuvieran moviéndose en el interior. Pero no podía asegurarlo. Una mujer rezagada pasó por su lado a toda prisa, taconeando por la acera hasta entrar en la biblioteca. Al abrirse la puerta, una breve exhalación de risas emergió del interior. El político estaba divirtiendo a sus masas.

La furgoneta era gris con zonas de tonalidad más clara, como si la hubieran repintado recientemente de forma algo chapucera. La placa de la matrícula estaba situada por debajo de su línea de visión. Pensó en hacerle una foto, pero enseguida se dio cuenta de que eso sería como enarbolar una gran bandera roja y ponerse a saltar sobre la acera gesticulando como una loca. Lo que tenía que hacer era estar al acecho, pero sin traicionarse. Mirar en derredor, a las cosas en general, sin fijar la vista en la furgoneta. «Estás comiéndote una ración de pescado con patatas fritas en un atardecer de verano: lo más normal del mundo, algo que pasa todos los días...»

También pasaban otras cosas. La noche anterior había acabado arrojándose al suelo en la calle donde vivía Ho mientras alguien (probablemente uno de los que estaban dentro de esa furgoneta) le disparaba con un arma de fuego y, por la mañana, había descubierto que tenía polvo de ladrillo

en la cabeza: la prueba definitiva de que no había sido un sueño. Al mismo tiempo, y dejando de lado la magulladura en la mejilla, tenía la sensación de que todo aquello era un capítulo en las memorias de otra persona. Marcus le había hablado de ese fenómeno: al recordar los momentos de peligro, tiendes a distanciarte de lo ocurrido, por lo que contemplas la acción en la que has participado como si estuviera teniendo lugar en la pantalla de un televisor. Era una de las razones por las que seguías en la brecha y volvías a por más. Como cualquier otro colocón, decía él, el subidón de la adrenalina era incomparable.

Marcus tenía sobrada experiencia en ese tipo de asuntos y, si ahora estuviese allí en lugar de ella, ya se le habría ocurrido un buen plan.

Un plan basado en dar por seguro que iba a ocurrir lo peor. No era prudente suponer que aquella furgoneta era inocua porque equivocarse podía ser desastroso, de forma que lo primero que debía considerar era: ¿los de la furgoneta estaban en condiciones de reconocerla? ¿Estaban observándola por una mirilla, planeando enviarla al otro mundo antes de entrar en la biblioteca, o la noche anterior estaba todo demasiado oscuro, de manera que ella no había sido más que un borroso blanco en movimiento entre el caos generalizado? Las balas habían pasado por encima de su cabeza, ¿por qué? ¿Porque aquellos tipos no tenían intención de darle o porque tenían una puntería lamentable? Ella tenía el centro de gravedad bajo, claro estaba, o era «bajita», como solían decir los que no se enteraban: quizá por eso no habían dado en el blanco. Que tu cuerpo no tuviera una altura convencional tenía sus ventajas.

Ventajas que se disiparían en el acto si esos tipos salían de pronto de la furgoneta empuñando sus armas.

Se comió una patata frita, asintió con la cabeza en señal de que le gustaba (ahora estaba actuando ante un público) y al instante, asintiendo todavía, rodeó el coche de Louisa y abrió el maletero. La observaran o no, estaba claro que esos individuos no podían ver a través del metal, por lo que no iban a darse cuenta de lo que estaba haciendo: revolver entre los detritus de Louisa (una manta vieja, una nevera portátil para guardar el vino, unas zapatillas deportivas...) hasta que su mano encontró, bajo la manta, la llave inglesa, que deslizó al momento por debajo de su manga derecha. A continuación, con el brazo tieso como un palo, cerró el maletero y se puso a comer otra vez con la mano derecha metida en el bolsillo de los vaqueros mientras, con la izquierda, cogía patatas y pedazos de pescado frito del envoltorio y se los llevaba a la boca. «Fíjate en mí, Marcus», pensó, y se imaginó que él respondía: «A por ellos, colega.»

Desde luego que iría a por ellos, vaya si lo haría.

Tan sólo estaba esperando su oportunidad.

River no tenía ni idea de dónde estaba Coe. Lo llamó, pero no obtuvo respuesta, lo que casi muy

probablemente quería decir que al muy capullo no le daba la gana responder, y no que acabara de encontrarse con el comando terrorista y estuviera demasiado ocupado como para coger la llamada. De manera que tampoco se alteró mucho, simplemente pensó que Coe era un capullo sin remedio. El centro cívico se había llenado de gente que permanecía expectante ante lo que estaba por caer. Él se había enterado de que Dennis Gimball se disponía a hacer un anuncio importante, a declarar que se proponía reingresar en el partido del que en su momento había desertado. Volvía a cruzar el Rubicón, esta vez en la dirección contraria, y muchos daban por sentado que lo hacía con la intención de ser nombrado líder en el futuro próximo. River pensaba que, en lo referente a la gobernación de la nave del Estado, eso sería como quitar a un babuino para poner a un orangután, aunque tenía claro que no era ningún experto en cuestiones políticas. De serlo, estaría ocupado en buscarse otro empleo en el que ganarse la vida, como todos los expertos en política desde el referéndum del Brexit en 2016.

Mejor olvidarlo. El hecho era que a Coe no se lo veía por ninguna parte y que tampoco parecía haber nada alarmante en su campo de visión, más allá de lo que los encuentros políticos de esa clase solían ofrecer: gente que lanzaba miradas llenas de fervor, gente que se envolvía en la bandera británica y lucía en la cabeza el típico bombín... Un hombre vestido con un traje de rayas tan anchas que parecía una cebra, una mujer que llevaba una maceta con una planta... Tan sólo faltaba el propio Gimball. Junto al escenario se había formado un corrillo de personas que charlaban y consultaban el reloj; los figurones de la zona, supuso. La mujer vestida de azul con aspecto de tipa peligrosa debía de ser la señora Gimball, pero ni rastro de su marido. Quizá hacía como las estrellas de rock y retrasaba la salida a escena hasta que la tapicería de todos los asientos estuviera mojada... lo que podía suponer un problema en vista del promedio de edad de aquel público en particular.

Salió a la calle. Aún había gente haciendo cola para entrar y la furgoneta de la televisión emitía un sordo zumbido eléctrico dando a entender que estaba a punto para apuntar a todos los objetivos. «Con las cámaras, claro está, no con unas pistolas», se dijo River. Trató de recordar hasta qué punto era probable, según Coe, que se produjera un atentado allí esa noche, pero no se acordaba. Sí se acordaba, en cambio, de que Coe había insistido en que estaba en lo cierto, en que se había puesto en marcha una maquinaria que, por el momento, había causado estragos en Abbotsfield y aniquilado a catorce pingüinos inocentes. No tenían claro que Dennis Gimball fuese el siguiente en la lista, pero que había una lista era indiscutible, o al menos eso era lo que aseguraba el capullo de Coe.

Y su lógica de capullo era tan válida como cualquier otra.

Fuera como fuese, ¿dónde demonios se había metido Gimball? Igual le entraban los nervios antes de los eventos de ese tipo y estaba echando la papilla por un retrete.

¿Y Coe? ¿Dónde demonios se había metido?

Decidió rodear de nuevo la manzana. Dobló la esquina y llegó al edificio cubierto por el andamio, cuyos postes metálicos le daban cierto aire lúgubre en la oscuridad, inquietante como la atmósfera de un cementerio.

Ya estaba echando mano al teléfono para llamar a Coe otra vez cuando llegó a la altura del callejón y se detuvo al ver dos siluetas al fondo: una era ancha y enorme, amedrentadora; la otra era la de Dennis Gimball.

—Está comiéndose unas patatas fritas —indicó Shin.

—¿Y?

—¿Y quién iba a estar comiéndose unas patatas fritas si estuviera montando guardia?

Danny se encogió de hombros: igual era un camuflaje habilidoso. Uno simplemente veía a alguien comiéndose unas patatas fritas y suponía que tenía hambre, sin más, pero el hecho de que aquella mujer estuviera plantada delante del edificio podía ser un indicio de que estaba montando guardia, de manera que más valía no descartar ninguna posibilidad.

Por su parte, Shin estaba empeñado en descartar el posible peligro.

—No nos moveremos hasta que se enciendan las farolas de la calle, supongo que para entonces ésa ya se habrá ido.

Danny cruzó una mirada con An, pero ninguno de los dos dijo nada.

Durante las últimas veinticuatro horas, cada orden que salía de los labios de Shin parecía una simple sugerencia.

An había perforado la puerta trasera de la furgoneta para improvisar una mirilla. Danny se acercó arrastrando los pies para mirar por ella, y Shin, un tonto sin capacidad de mando, se apartó para dejarle espacio.

La mujer era bajita y un poco corpulenta, seguramente haría mejor en comer ensaladas. Saltaba a la vista que estaba sola... ¿y cuándo se había visto un operativo en el que sólo participara una mujer? Por no hablar de que se movía de forma un poco rara, con el brazo tieso, como si estuviera lisiada o algo así. No era lo que uno esperaría de un soldado.

Y sin embargo... también había habido una mujer frente a la casa de su objetivo de la noche anterior, en el momento exacto en que Joon había caído del cielo como si lo hubiera soltado la cigüeña, una mujer que se echó al suelo cuando él le disparó, lo que sin duda indicaba que estaba bien entrenada. O quizá se había tirado al suelo por puro instinto, ¿qué otra cosa ibas a hacer cuando las balas silbaban a tu alrededor? En todo caso, no se acordaba de ningún rasgo específico de la mujer de la noche anterior... Ya se había dado cuenta en Abbotsfield de que, cuando tenías un arma de fuego en la mano, la gente a tu alrededor perdía definición: se convertían en espectros y sus rasgos distintivos se esfumaban porque ya no importaban en

absoluto. Si querías conservar tu condición de ser humano, más valía que te alejaras del campo de batalla, y esa máxima era válida tanto si estabas delante del cañón del arma como apuntando con él.

Por lo demás, se habían ido del lugar de los hechos con tanta rapidez (con Joon metido en el vehículo de cualquier manera, como si fuese una bolsa de basura) que él ni siquiera sabía con certeza si sus disparos habían alcanzado a la mujer o no. Igual sí, y por eso había caído en la acera... Era muy posible que en Londres hubiera una mujer muerta y que ésa de allí fuera otra, una desconocida que estaba comiéndose unas patatas fritas.

Pero a él le daba lo mismo que fuera una cosa u otra.

—Si esa mujer sigue ahí cuando nos pongamos en marcha, me la cargo —aseguró.

—Acabo de decir lo que vamos a hacer —objetó Shin, pero enseguida miró a An y después a Chris, que estaba sentado al volante: siempre daba la impresión de buscar el apoyo de los demás.

Finalmente volvió los ojos hacia Danny y éste le sostuvo la mirada como si la mirada de su jefe fuera algo sucio y desagradable que, si recaía sobre cualquier objeto, lo llenaría de porquería.

Y en ese momento, Danny vio la luz.

—Me pregunto si estás comprometido al cien por cien —indicó.

—¿Al cien por cien?

—En Abbotsfield no hiciste más que disparar al aire.

—¿Y eso qué significa, qué es lo que quieres decir?

—Que estuviste disparando a lo alto sin darle a nadie ni a nada, excepto a aquel gallinero. Unas cuantas gallinas sí que liquidaste.

—Disparé apuntando a matar.

—Disparaste a lo alto.

—Me cargué a dos, puede que a tres.

—Yo creo que no.

—Disparé apuntando a matar —repitió Shin.

—Pues no se entiende que no matásemos a más gente.

—Estoy al mando de esta unidad, Danny, y todos los días redacto un informe. ¿Crees que no voy a mencionar esta conversación en el informe de hoy?

—Yo también escribo un informe todos los días —mintió Danny.

Shin se quedó callado.

An, que estaba en cuclillas en un rincón de la furgoneta, bajó la vista y luego miró al otro lado, evitando cruzar miradas con Danny o con Shin.

—A esa tía me la cargo antes de entrar en la biblioteca —insistió Danny.

—¡Yo soy quien está al mando, y vas a cumplir mis órdenes! —exclamó Shin.

—Pues digamos que me encargaste cargarme a esa tía antes de entrar en la biblioteca.

Apoyó la espalda en uno de los laterales de la furgoneta y cerró los ojos.

Desde su atalaya, J. K. Coe vio que Dennis Gimball daba buena cuenta de un cigarrillo en un par de minutos y encendía un segundo pitillo con la colilla del anterior. Al tipo le temblaban las manos: estaba claro que no las tenía todas consigo y no hacía falta ser un lince para darse cuenta. En todo caso, a él le importaba bien poco. Tenía sus propias ideas sobre los políticos en general y sobre Gimball en particular, y por él como si la cabeza de este último estallara de pronto.

Aun así, se puso tenso cuando una segunda persona entró por el callejón y se dirigió hacia Gimball con pasos firmes y amenazadores. Pensó de inmediato que en el rostro del recién llegado había algo raro, aunque quizá se debía a las sombras de los andamios, que distorsionaban sus rasgos de forma grotesca...

El hombre se plantó ante Gimball y alzó los hombros ligeramente adquiriendo una mayor envergadura.

Porque el desconocido era enorme, y eso que él lo veía achatado desde donde estaba. Era un negro con un abrigo holgado y el pelo rasurado en líneas rectas en torno a las orejas, y además, tenía esas extrañas sombras en la cara... Entonces se dio cuenta de que no eran las sombras del andamio sobre su rostro, sino tatuajes.

Las marcas de tinta se arremolinaban en su cara y sus pómulos formando un extraño dibujo.

El tipo emitió un murmullo ronco que él no acertó a descifrar.

Gimball dio un paso atrás, movió el cigarrillo en el aire como si pretendiera dibujar algo con él y empezó a balbucear:

—Espera, espera, espera...

Coe volvió sobre sus pasos y se situó junto a la escalera de peldaños, justo encima de la extraña pareja.

¿Iban a cargarse a Gimball en aquel callejón? ¿Era eso lo que iba a ocurrir?

No parecía que el recién llegado fuese armado, pero tampoco le hacía falta porque, si quería, podía partir a Gimball por la mitad. No estaba claro que pretendiera hacerlo ni que fuese un terrorista. Podía ser un votante preocupado, un encuestador demasiado entusiasta o simplemente un representante del cuarenta y ocho por ciento de la población, esa pequeña minoría que se había opuesto al Brexit y que ahora quería mostrar su disgusto por las consecuencias del referéndum. En cualquiera de esos tres supuestos, el recién llegado podía acabar metiendo a Gimball en uno de los contenedores de basura, y toda interferencia por su parte supondría entorpecer el normal diálogo democrático...

Así que se dijo: «Voy a esperar un poco más, a ver qué pasa.»

Pero River apareció justo en ese momento por el callejón y las cosas se complicaron.

Louisa se levantó de pronto y el hombre con cara de aburrido que estaba sentado unos cuantos asientos más allá se volvió a mirarla en el acto. «Tú eres el poli», pensó ella. Fingiendo no haberse dado cuenta, sacó el móvil del bolsillo y echó a andar hacia la salida musitando palabras al dispositivo como si estuviera respondiendo a una llamada. Miró por el ventanal y vio que Shirley estaba de pie junto al coche comiéndose una ración de pescado con patatas fritas. «Te pillé.» Todo lo demás parecía estar en calma, con la salvedad de que ahora había una furgoneta aparcada junto a la acera. El vehículo no llevaba ningún rótulo publicitario en los paneles laterales, y su conductor estaba sentado al volante, volviéndose hacia atrás como si estuviera hablando con alguien situado en la parte posterior. Podía ser algo, podía no ser nada. Si aquello fuera un operativo de verdad, y no un remedo propio de la Casa de la Ciénaga (una especie de excursión laboral), la furgoneta ya estaría abierta y sus ocupantes intentando cantar el himno nacional, pero eso no pasaba de ser un apaño, y lo único que podían hacer era mantener los ojos bien abiertos.

A no ser que Shirley hiciera alguna barbaridad, claro.

River gritó:

—¡Eh!

Y el hombre con el tatuaje se volvió. A pesar de lo delicado del momento, su rostro no mostraba ninguna emoción, como si sus rasgos faciales supieran que con la tinta en la cara bastaba y sobraba.

—Esto no es asunto suyo —le soltó—, lárguese de aquí.

River se detuvo a un par de pasos de ambos.

—¿Se encuentra bien, señor Gimball?

—Tengo que asistir a una reunión importante —respondió el político—. Voy a presidirla, mejor dicho, así que fuera de mi camino.

No estaba claro a quién de los dos se dirigía exactamente, pero River se sumó a la exigencia:

—Ya ha oído a este señor: largo de aquí.

—No he terminado de hablar con él.

—Pero él sí ha terminado de hablar con usted.

—Esto es completamente irregular... —terció Gimball—. ¿Voy a tener que llamar a la policía? ¿Es eso lo que quiere?

—No será necesario —repuso River—, este caballero ya se va.

Pero el caballero no estaba conforme. Cuando River fue a agarrarlo por el codo, lo apartó de un manotazo, se irguió cuan alto era y cerró los puños. Era más corpulento que River y bastante más ancho de hombros, y estaba claro que no era la primera vez que levantaba los puños en un callejón, pero River había sido entrenado por profesionales y, aunque no había sido el número uno de su promoción, tampoco lo había hecho mal del todo. Aunque eso le sirvió de poco consuelo cuando el tipo de los tatuajes le arreó un patadón en el estómago.

J. K. Coe, que observaba la escena desde arriba, llegó a la conclusión de que, o bien intervenía, o bien escalaba por el edificio y desaparecía cuanto antes.

River se dobló sobre sí mismo y el hombretón le puso la mano en la cabeza y lo empujó hacia atrás haciéndolo caer.

—Esto ha ido demasiado lejos —dijo Gimball—. Voy a llamar a la policía... —Acababa de sacar el teléfono para subrayar sus palabras, y lo movió de un lado a otro—. Ahora mismo los llamo...

El hombretón le quitó el móvil de la mano y lo tiró contra la pared, donde se rompió en mil pedazos.

—Espera, espera, espera...

—Nada de «espera», limítese a escucharme.

—Espera, espera...

El hombre agarró a Gimball de la chaqueta y pegó el rostro al suyo.

«Ay, Dios», pensó J. K. Coe.

River se puso en pie con dificultad.

—Espera, espera...

—¡A ver si nos callamos de una puta vez! —gritó el de los tatuajes.

River agarró al desconocido por los hombros y el otro soltó a Gimball y se volvió, presto a estamparle un derechazo en los morros, pero River fue más rápido y le dio un codazo en la nariz. El del tatuaje empezó a sangrar, pero logró bloquear el siguiente puñetazo levantando el antebrazo. Arremetió contra River y los dos fueron a estrellarse contra uno de los contenedores y cayeron al suelo. El tipo levantó el puño para golpear otra vez, pero River se escurrió y lo agarró por la muñeca, frustrando el golpe de su oponente al tiempo que le estampaba un cabezazo en la nariz, ya dañada de por sí.

—¡Dejen que me vaya! —gritó Gimball contemplando horrorizado el espectáculo.

Pero el ánimo le flaqueaba: estaba temblando como lo haría el espectador de una pelea de perros angustiado por la posibilidad de que uno de los dos se lanzase a por él.

River consiguió enderezarse y lanzó una patada que alcanzó el hombro de su oponente, aunque Coe estaba seguro de que iba dirigida a la cabeza. El hombretón emitió un gruñido, pero

no parecía que el golpe le hubiera hecho mucho daño. Se levantó a su vez y se encaró con River, bailoteando y balanceándose.

—Venga, ven a por mí, vamos...

Eludió el siguiente puñetazo y también el que vino a continuación, y entonces lanzó un golpe feroz en dirección a la garganta de River. Si hubiera dado en el blanco, el otro habría quedado seriamente dañado, pero retrocedió justo a tiempo y el derechazo cortó el aire. Desde donde se encontraba, Coe tenía la extraña sensación de que estaba viendo una coreografía medida al milímetro. Gimball estaba agazapado junto a uno de los contenedores, como si se propusiera meterse en su interior si no llegaba ayuda de inmediato. River y su adversario, por su parte, parecían haberse olvidado de él, enfrascados como estaban en el combate. Lo único que importaba era cuál de los dos iba a ser el perro vencedor. Coe volvió a considerar sus opciones, pero seguían siendo las mismas: huir o pelear. ¡Pero si River ni siquiera sabía que estaba ahí, por Dios! Podía forzar una ventana, cruzar el edificio vacío y salir a la calle por el otro lado. Ya volvería después para recoger lo que quedara de su colega en el callejón...

Si no fuera porque...

Si no fuera porque, si River estuviera arriba y él abajo, River acudiría en su ayuda.

Lo pensó un momento lo bastante prolongado como para presenciar los dos segundos posteriores de la pelea. No precisamente agradables para River, que recibió un puñetazo en la sien como para oír campanillas. Coe se dijo que, si ahora bajaba a ayudar, el hombretón respondería dándole puñetazos también a él mientras River recobraba el aliento. Así que, pies para que os quiero, por la ventana se ha dicho. Se giró para volver sobre sus pasos pero, al hacerlo, su pie fue a topar con la solitaria lata de pintura y la empujó sin querer. La lata giró en el aire sin que la tapa llegara a abrirse... y cayó directa hacia el callejón, situado diez metros más abajo.

«Mierda», pensó Coe.

Cinco minutos después, a bastantes kilómetros de distancia, Shirley acabó de comerse las patatas fritas. De repente, las farolas de la calle titilaron y se encendieron transformando el mundo de una manera sutil. «Ha llegado el momento», pensó. No sabía qué demonios ocurría dentro de aquella furgoneta, pero era tiempo de pasar a la acción porque, si algo tenía que suceder, sucedería en aquel instante, cuando la noche llegaba por fin.

Probablemente debería ir a buscar a Louisa, pero ¿de qué iba a servir? Las dos solas, con una simple llave inglesa como arma... Si en la furgoneta había gente peligrosa, la presencia de Louisa tan sólo serviría para que fuesen a por las dos. Arrugó el envoltorio de la comida, lo puso sobre el recipiente vacío de cartón y dejó el amasijo resultante en el techo del coche. Seguía llevando la

llave inglesa insertada en la manga derecha, y la cabeza de la herramienta se le clavaba en la palma de la mano. En cuanto dejara de sujetarla, la llave se deslizaría hacia su mano al instante. O ésa era la idea, al menos. Lo ideal hubiera sido tener tiempo suficiente para poder ensayar el movimiento una y otra vez.

«¿Marcus?», pensó.

«A por ellos, colega.»

Y eso hizo: ir a por ellos.

Shin estaba mirando la pantalla del móvil.

—Eh... hay una cosa... —empezó a decir.

—Viene hacia aquí.

—¿Cómo?

—Esa mujer —repuso An, que ejercía de centinela con el ojo puesto en la mirilla de la parte trasera de la furgoneta—. Viene hacia aquí.

—Pues nos la cargamos —dijo Danny. Tenía el subfusil en el regazo y lo mecía como si fuera un hijo recién nacido—. Nos la cargamos —repitió—, yo mismo me ocupo, y luego entramos.

Sabía que las cosas no serían como en Abbotsfield: allí todos llevaban uniforme y estaban al aire libre, con el cielo azul en lo alto y los viejos caserones de piedra haciéndose eco de su presencia. Un arroyo fluía cerca y los árboles centenarios habían contemplado su llegada. Era como si hubieran retrocedido en el tiempo unos cuantos siglos llevando la guerra a un mundo que creía haberse liberado del derramamiento de sangre. Allí, en cambio, no había colinas desde las que gritar, ni pájaros prestos a remontar el vuelo, sólo muros, paredes y ventanas, nada más. Los moribundos y agonizantes serían conscientes de que estaban en el corazón de su ciudad, pero aun así morirían. Era la lección indispensable y definitiva: que todos iban a morir.

Y la primera en hacerlo iba a ser esa mujer que andaba con el brazo tieso y caminaba hacia ellos en ese instante, según había anunciado An.

Que avanzaba resueltamente hacia ellos.

Danny se dispuso a abrir la puerta trasera.

—No, espera un momento...

Era Shin otra vez; seguía blandiendo el teléfono, pero ahora lo miraba, y en su voz había más autoridad que antes.

Danny frunció el ceño y agarró la manija de la puerta. El subfusil pendía de su hombro y su correa de lona trenzada le resultaba tan familiar como la tela de su camisa o el cuero de su cinturón.

—¡He dicho que esperes!

La puerta se abrió y una bocanada de aire de la noche veraniega irrumpió en el interior imponiéndose al olor de los cuerpos masculinos.

An retuvo a Danny agarrándolo por la manga y, con la otra mano, cerró la puerta de inmediato.

—¿Qué...? —preguntó Danny.

Shin se metió el móvil en el bolsillo y anunció:

—Ya está hecho, hay que irse de aquí.

—¿Qué significa que ya está hecho? ¿Cómo...?

—¡Vamos, arranca de una vez!

Esto último iba dirigido a Chris, sentado al volante.

—¡¿Cómo puede estar hecho?!

Chris puso en marcha el motor y la furgoneta dio una sacudida.

—¡No! ¡Tenemos una misión que cumplir!

Shin se acercó y le estampó un bofetón.

—¡Ya basta!

Con los ojos muy abiertos, Danny miró a An, pero el otro esquivó su mirada.

—Esto voy a anotarlo en el informe —siseó Shin, que se volvió de nuevo hacia Chris y preguntó—: ¿Qué demonios hacemos aquí parados?

La furgoneta se puso en marcha y se alejó calle abajo.

• • •

Louisa volvió a acercarse a la ventana (ignorando las miradas de irritación de sus conciudadanos) justo cuando Zafar Jaffrey explicaba que, en una ciudad moderna, en una comunidad modelo, había espacio para todos: nadie debía sentirse excluido ni ser considerado un paria. «Sí, claro», pensó ella, «hasta que un puñado de individuos se presenten armados hasta los dientes y pongan en marcha su propio proceso de exclusión», pero de inmediato se sintió avergonzada por haber formulado mentalmente esa respuesta facilona. «Gajes del oficio», se dijo: nada de eso implicaba que no hubiera personas con objetivos más nobles.

En la calle, Shirley había dejado los restos de su pícnic en el techo del coche y andaba calle abajo con aire decidido y el brazo rígido por la llave inglesa que llevaba en la manga. Se dirigía hacia la furgoneta, cuya puerta trasera se abrió de pronto...

«Aquí pasa algo», se dijo Louisa al tiempo que oía un murmullo creciente a sus espaldas. El público que había ido a escuchar a Jaffrey estaba reaccionando a algo que había tenido lugar en otra parte. Shirley hizo un gesto con el brazo y Louisa vio que la llave inglesa se deslizaba limpiamente hasta su mano. En paralelo, la puerta de la furgoneta volvió a cerrarse y el vehículo

cobró vida repentinamente y dio una sacudida. Shirley echó a correr hacia el furgón. Louisa seguía oyendo el ruido de las sillas que chirriaban contra el suelo a sus espaldas, secundado por exclamaciones de asombro:

—¡Por Dios santo!

—¡Joder!

Su teléfono empezó a zumbar y la furgoneta se puso en marcha mientras Shirley corría hacia ella como un rayo, gritando algo que Louisa no pudo oír. «Ay, Dios», pensó. En un santiamén, Shirley se había plantado en medio de la calzada y había lanzado la llave inglesa. La herramienta trazó un grácil arco en el aire y se estrelló contra la puerta trasera del vehículo antes de caer sobre el asfalto, donde rebotó un par de veces. Shirley terminó por detenerse y se llevó las manos a las rodillas, jadeando y soltando lo que sin duda eran maldiciones. Pero su presa se había esfumado. Toda la escena había durado unos cuatro o cinco segundos.

Louisa negó con la cabeza: si en esa furgoneta iban unos ciudadanos normales y corrientes, aquello traería cola, pensó.

—Ha salido cruz —le había dicho a River—. Tú vas con Coe.

No tendría que habérselo endosado: Coe no habría montado un follón como aquél, eso seguro.

Se volvió hacia la multitud a sus espaldas para ver qué demonios estaba pasando.

9

—No me jodas. Así que esto es lo que iba a pasar... —dijo Lamb.

En el portal de la BBC, un vídeo tomado en un callejón lleno de andamios mostraba a unas personas vestidas con monos blancos que iban y venían de un extremo a otro: o bien los suecos de Abba se habían reagrupado y estaban de gira por Slough o en esa población había aparecido un cadáver.

El de Dennis Gimball, según las redes sociales.

Catherine no podía creérselo:

—No hay confirmación oficial, pero...

—Pero el euroescéptico predilecto del pueblo ha consumado su propio Brexit, y para siempre jamás. —Como por arte de magia, Lamb hizo aparecer un cigarrillo de la nada y lo encendió, enrareciendo la atmósfera del despacho un poco más todavía—. Y yo que me he tomado la molestia de enviar a los tres cerditos y a un cuarto de propina justamente para evitarlo. —Negó con la cabeza como si estuviera agotado—. A veces me pregunto para qué me levanto de la cama por las mañanas...

—Supongo que para extender la bondad y el amor a tu paso. —Catherine estaba enviando un par de mensajes de texto a River y a Louisa para indicarles que ya podían volver a casa (sin usar la palabra «casa», por supuesto). Cuando terminó, dejó el móvil en el escritorio de Lamb para mostrarle las últimas noticias y, al levantar la vista, reparó en que éste estaba fulminando su iPad con la mirada. Consciente de su poca paciencia en lo referente a las nuevas tecnologías, se lo quitó de las manos y lo situó fuera de su alcance—. En fin, recapitulando —dijo—: Gimball ha muerto y los malos de esta película llevan las de ganar. No nos estamos luciendo precisamente.

Lamb arrugó la nariz.

—Bueno, ya, pero lo sucedido demuestra que nuestra hipótesis era correcta, así que no hay mal que por bien no venga.

—Los muertos sin duda se quedarán tranquilos al saberlo.

—Bueno, hoy por hoy Gimball duerme con los angelitos —repuso Lamb—, y en el cielo se está la mar de tranquilo.

Catherine salió a preparar un té y, cuando volvió con una taza en cada mano, Lamb estaba despatarrado y con los pies descalzos sobre el escritorio. Los cinco dedos al completo asomaban por uno de los calcetines; tres por el otro. «Lo más cerca que se puede estar de no llevar

calcetines en absoluto», pensó ella. Dejó una taza frente a Lamb y volvió a ocupar su propio asiento. El otro se pedorreó, meditabundo, y finalmente agregó:

—¿Y en qué lugar nos deja todo esto?

—Vamos a ver... —repuso ella—. Tenías varios indicios de que existía un plan para asesinar a Dennis Gimball, pero te has limitado a enviar a un par de oficinistas desarmados para que anduvieran por allí mientras se producía el atentado. Además, te has abstenido de informar a Regent's Park porque tenías miedo de que borraran la Casa de la Ciénaga de la faz de la tierra, algo que harían para encubrir el hecho de que esos asesinos en potencia estaban siguiendo un guión, escrito en su día por la propia gente de Regent's Park, para desestabilizar otros países del mundo. ¿Me he dejado algo?

Lamb se la quedó mirando.

—Tus palabras me han dolido, la verdad: los alcohólicos como tú no tenéis ni idea de lo que es el tacto y la delicadeza.

—Ah, sí, me he dejado algo —repuso ella imperturbable—: mientras todo esto sucedía has hecho que esposaran a Emma Flyte a una silla. —Bebió un sorbo de su té—. Cuando lo lean en el informe, no va a gustarles mucho.

—En eso te equivocas de cabo a rabo: si Flyte hubiera llamado a su jefe tan pronto como la hemos soltado, ahora mismo estaríamos sumergidos hasta el cuello en mierda de Perros. Pero no lo estamos, o no más de lo habitual al menos, lo que significa que Flyte no ha dicho ni pío ni ha escrito ningún informe, y eso a su vez significa que ha seguido mi recomendación: todo el que sepa lo que está pasando hará mejor en fingir que no se ha enterado porque todo este asunto es de lo más tóxico.

—Todos nuestros asuntos son de lo más tóxicos, Jackson.

Lamb la miró con cara de pocos amigos, pero ella no levantó la vista del té, como si esperara leer el futuro a través de él.

Su móvil zumbó. Miró la pantalla.

—Louisa y Shirley ya están volviendo.

—¿Qué más puede pedir nuestro país en este momento tan difícil?

—Sabes muy bien que Claude Whelan es un hombre sensato. Lo que tienes que hacer es puentear a Lady Di y hablarlo con él directamente: Whelan no va a encerrarnos en una remota cárcel secreta por el simple hecho de que sepamos más cosas de la cuenta. —Bebió un nuevo sorbo—. Los de Regent's Park ya no se quitan de encima a los agentes problemáticos así como así. Si lo hicieran, no llevarías tanto tiempo en el cargo.

—Eso depende de lo problemáticos que sean. Pero vamos a ver qué nos cuentan los Cuatro Fantásticos antes de tomar una decisión. Ya sabes: yo no me limpio el culo antes de soltar una cagada, ¿verdad que no?

—Prefiero no especular al respecto.

Lamb sonrió con malevolencia y aprovechó que había sacado el culo a colación para rascárselo vigorosamente.

—Supongo que podría ser peor —opinó—. Por lo menos, a ese cabronazo no lo ha matado uno de los nuestros, ¿verdad? —Dejó de rascarse y preguntó—: ¿Qué ha sido ese ruido?

Alguien acababa de entrar en la Casa de la Ciénaga.

Roderick Ho estaba inmerso en un sueño en el que Kim (su novia) le explicaba que los diversos reembolsos a su tarjeta de crédito que ella le había pedido que le arreglara formaban parte de una estrategia para reunir el dinero en efectivo suficiente y comprarle un regalo. Eso explicaba su pésima suerte a la hora de hacer compras por internet, pues no pasaba una semana sin que el vendedor de turno se quedara con el pago por la transacción sin enviarle el artículo prometido. Un caballero estaba obligado a desfacer tales entuertos, sobre todo si el caballero en cuestión (en este caso él mismo: el Rodillo) tenía la capacidad de moverse sin trabas tras el espejo digital del mundo, trasladando cifras de un lado a otro tal como le apeteciese. Aun así, sintió un placer muy especial al enterarse de la verdad y, de hecho, si el reloj que Kim acababa de entregarle no hubiese tenido la forma de un pequeño pulpo ni hubiera cerrado sus tentáculos alrededor de su muñeca produciendo un ruido metálico, sin duda habría seguido sumido en el sueño un rato más, pero abrió los ojos y se encontró con que el ruido había sido el de la puerta al abrirse.

La recién llegada era una mujer que estaba para chuparse los dedos.

Él se limpió las babas con el dorso de la mano y, mientras se secaba la mano en la camiseta, recibió a aquel bombón con su segunda mejor sonrisa, la que venía acompañada por un levísimo arquear de una ceja. No era de recibo desplegar toda la fuerza gamma en el Momento Uno de un encuentro: eso ella tendría que ganárselo, y todo apuntaba a que se las daba de inaccesible, porque permaneció impertérrita. Simplemente cruzó los brazos y apoyó la espalda en la pared. Era rubia y más alta que él, pero no más allá de los ocho o diez centímetros acostumbrados... De pronto se dio cuenta de que la conocía: esa tía había estado presente cuando se produjo todo aquel follón en la Ciénaga, el día en que había escapado por una ventana para no ser alcanzado por los disparos. Era Emma Flyte, la jefaza de los Perros. Una sabrosa perrita caliente, todo había que decirlo. Un par de veces había buscado fotos de ella en Google Images por simple curiosidad, pero sólo había encontrado unas cuantas imágenes de prensa correspondientes a su etapa en el cuerpo de policía. Casi seguro que había borrado las demás de la red, y por él, genial: le molaban las tías que iban de misteriosas.

—Esa tal Kim, tu novia —le dijo Flyte.

Roddy asintió como disculpándose: quizá era mejor dejarle claro desde el principio que no

estaba disponible.

—Empecemos por ella —ordenó Flyte.

River Cartwright estaba tan tenso como una cuerda en una raqueta de tenis.

—Por todos los santos —musitó.

—A veces me pregunto qué quiere decir esa expresión exactamente —repuso J. K. Coe—. ¿Estamos hablando de todos los santos del calendario, todos los santos de la historia...?

—Tú estás loco, ¿verdad?

Coe miró por la ventanilla. Estaban regresando a Londres y River conducía como si el coche de Ho fuese de cristal, ateniéndose a los límites de velocidad, observando el código de circulación al milímetro... No era el momento de pisar el acelerador, ahora que la mitad de los cuerpos policiales y de seguridad, así como casi todos los medios de comunicación, iban a tener mil ojos puestos en la actividad reciente en la zona.

Antes de subir al coche, Coe había llamado a un portal de noticias: una llamada anónima, hecha con su móvil de tarjeta prepago, sobre un callejón en Slough y un hombre muerto. A continuación había desmontado el móvil y, una vez en camino, había tirado la batería, la carcasa y la tarjeta SIM, que había partido en dos, al arcén de la autovía.

—Lo pregunto en serio —insistió River—. Tú estás loco, ¿verdad?

—En su día usaron otras palabras: que si ansiedad, que si trastorno de estrés postraumático... Nadie dijo que estuviera loco. —Coe frunció los labios al recordarlo—. Y estamos hablando de expertos en la materia.

—Lo pregunto porque, además de comportarte como un puto psicópata, últimamente estás acumulando una buena colección de fiambres. ¿Y ahora qué hacemos?

—Seguir por la autovía, supongo.

—¿Todo esto te parece gracioso?

—No —respondió Coe, aunque su tono más bien sugería esto: «Bueno, sí, un poquito.»

Un coche patrulla con las luces encendidas pasó por el carril opuesto como una exhalación seguido por otro y por otro más. River tenía la sensación de estar conduciendo hacia el ojo de un huracán del que esos vehículos estaban siendo despedidos a gran velocidad. Con sólo pensar en lo que les esperaba al final del viaje le entraban ganas de frenar en seco.

Pero, por otro lado, tenían que alejarse de aquel callejón, y volando, así que más le valía concentrarse en la conducción.

—¿Has mirado tu móvil? —preguntó Coe.

—¿Por qué lo dices?

—Por las noticias.

River pescó el móvil de su bolsillo y se lo arrojó. Con un poco de suerte, igual hasta le daba en un ojo o algo por el estilo.

—¿El PIN?

River se lo dictó, y el otro abrió Twitter.

—Aquí lo tenemos.

Siete personas acababan de tuitear anunciando, aventurando o especulando sobre lo que había pasado en Slough. Se les sumó una octava, y otras más. Parecía un proceso autopropulsado, la progresiva afirmación de unos hechos a partir del peso de los números.

—Ya, ¿y crees que eso de que la gente esté hablando de ello va a sernos de ayuda? —dijo River.

—Yo diría que cuanta más confusión, mejor, ¿no te parece?

Como norma general, eso no sería necesariamente cierto, pensó River, pero dadas las circunstancias quizá sí era lo mejor.

Nunca había visto a Coe con tanto color en las mejillas como en ese momento. Llevaba la capucha de la sudadera sobre los hombros y los auriculares colgando del cuello. No era la primera vez que mataba a una persona... ¿También en la primera ocasión le habría sentado tan bien como ahora?

River tenía la horrible sospecha de que así era.

—Hemos estado hablando al respecto, ¿no? Y me has dicho que no ibas a matar a nadie.

—He dicho que no le iba a disparar a nadie —repuso Coe.

—No creo que sea el momento de entrar en detalles semánticos.

—No lo he hecho a propósito.

—Pero has tirado una lata de pintura...

—No la he tirado, he tropezado con ella.

—...que pesaba lo suyo y...

—No tendrían que haberla dejado en el andamio.

—...que ha caído desde unos quince metros de altura...

—Diez como mucho.

—...en la cabeza de una persona.

—En mi defensa puedo decir que, si hubiera querido darle en la cabeza, seguro que no habría acertado —adujo Coe.

—Pues vaya defensa: más bien parece una admisión de culpabilidad.

—Bueno, tampoco es que se trate de una gran pérdida.

—Sigues sin entenderlo. —River advirtió que estaba empezando a conducir demasiado deprisa y se obligó a reducir la presión sobre el pedal—. Voy a refrescarte la memoria: hemos ido a ese lugar para aguarles la fiesta a los malos de esta película, no para hacer su trabajo.

—Bueno, la misión ha tomado un rumbo inesperado...

—Por favor, déjalo ya.

Si no fuera porque estaba conduciendo, se habría arrellanado en el asiento y habría cerrado los ojos, pero si cerraba los ojos, volvería a verlo todo: la maldita lata de pintura que caía de la nada girando sobre sí misma y que por poco le había arrancado la cabeza a Gimball, quien en ese momento no hacía más que tartamudear las mismas palabras como un loro:

—Espera, espera, espera...

Y de pronto se derrumbó y fue a dar contra uno de los contenedores como un muñeco descoyuntado. Luego, la lata chocó contra el suelo, rebotó y fue a golpear al matón con el que River estaba peleando. El tipo soltó un aullido (un grito agudo, incongruente tratándose de un individuo que parecía estar hecho de cemento armado) y salió por piernas en cuanto vio lo que le había ocurrido a Gimball. Por inaudito que resultara, la lata no se había abierto. Podrían haber usado toda la escena para un anuncio del fabricante, pensó River tontamente. Aunque quizá no sería buena idea, pues lo lógico sería que el usuario quisiera abrir la lata sin tener que sudar la gota gorda... y para pintar una pared, por ejemplo, no para dar muerte a un político, así que mejor olvidarse de campañas publicitarias sin sentido. Al fin y al cabo, daba igual.

Lo importante era que se habían largado del lugar de los hechos sin que nadie los viera.

Su agresor había desaparecido y él había logrado ponerse en pie y mirar a su alrededor, atónito y asustado cuando de repente había aparecido J. K. Coe.

—Será mejor que nos vayamos —había dicho entonces Coe y se lo había llevado del callejón.

Tras ellos quedaba una escena muda de muerte y destrucción: un fallecido (Gimball), una lata de pintura y los contenedores de basura agrupados en derredor como un corro de plañideras.

—No tendríamos que habernos ido —dijo River.

—Claro que sí —replicó Coe.

—Dices que ha sido un accidente, así que...

—Lo ha sido.

—Entonces, ¿por qué nos hemos ido? Sólo va a servir para que todos piensen que...

—Teníamos que irnos, River.

—Ahora todos pensarán que somos los culpables de lo sucedido, que nos han ordenado liquidarlo o algo así.

—Teníamos que irnos —repitió Coe. Miró a River un segundo y luego volvió a fijar la vista en el asfalto que se abría ante ellos, pródigo en reflejos y centelleos—. Piénsalo: estábamos en ese lugar de forma extraoficial y...

—¡Lamb nos ha enviado!

—Somos de la Casa de la Ciénaga, no de Regent’s Park —le recordó Coe—, y a los de la Ciénaga no nos envían a misiones sobre el terreno, no importa lo que diga Lamb.

—Acabamos de huir del escenario de un crimen.

—Del escenario de un accidente... que se ha llevado por delante al crítico más acérrimo y renombrado del MI5. Una pena, desde luego.

—Dios santo...

—Así que el servicio estará muy atento en borrar cualquier indicio que pueda relacionar al MI5 con esa muerte. ¿Entiendes lo que quiero decir? Los de Regent's Park taparán lo que haga falta... a cualquier precio. Y tú y yo... bueno, no les saldríamos muy caros, no sé si me explico.

—Todo esto es una puta pesadilla.

—Las cosas son como son —replicó Coe—, pero en fin... por suerte tenemos al perfecto cabeza de turco.

—¿Vas a colgarle el mochuelo a ese negro de los tatuajes?

—No me vengas con rollos raciales. El color de su piel da lo mismo: ese tipo ha ido al callejón para matar a Gimball, y si no lo ha hecho...

—Ha sido porque lo has hecho tú.

—Por accidente, sí, vale. Pero él podría haberlo hecho perfectamente. Por cierto, ¿te has fijado en que la tapa no se ha abierto?

—¿La tapa de la lata?

—Sí. Si llega a abrirse, habría sido un auténtico desastre.

—De todas formas es un auténtico desastre —señaló River—. ¿Crees que ese tipo era uno de ellos?

—¿Uno de los de Abbotsfield? —preguntó Coe—. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—El hecho es que iba desarmado, ¿no es cierto?

—Supongo que si hubiera llevado un arma encima la habría utilizado. ¿Piensas seguir conduciendo a paso de tortuga toda la noche?

—Dadas las circunstancias, creo que es mejor no llamar mucho la atención —masculló River.

—Pues si sigues yendo diez kilómetros por debajo del límite de velocidad acabaremos por llamar la atención.

Era una observación atinada, aunque no convenció del todo a River. En todo caso, pisó el acelerador hasta acariciar el límite. Por su parte, Coe cerró los ojos (por fin) y adoptó su postura habitual, aunque sin llegar a ponerse los auriculares. Entonces dijo:

—Claro: todos los santos del calendario.

River prefirió no replicar.

• • •

Kim quería que él le hablara de su trabajo, dijo Roderick Ho.

—¿Y por qué?

—Porque le interesaba, claro.

—¿Le dijiste que trabajabas en los servicios de inteligencia?

No: Kim pensaba que trabajaba para un banco, aunque enseguida había comprendido que no era un simple chupatintas.

—Imagíname todo el día revolviendo papeles. No. —Negó con la cabeza—. Pronto se dio cuenta de que lo mío era el desafío digital. —Toqueteó el tablero de la mesa con las puntas de los dedos—. De que lo mío eran los solos al teclado.

—¿Y cómo se dio cuenta?

—Eh... se lo dije yo, claro.

—Y cuando supo que eras un genio de la informática, ¿te pidió algo?

Bueno, de vez en cuando le pedía que la ayudase un poco, nada más. Y él lo hizo porque se trataba de su novia.

Flyte tenía que hacer un gran esfuerzo para no negar con la cabeza, para no suspirar, incluso para no romper a llorar.

—Te pidió que la ayudases, ¿no? ¿En qué?

En cosas sin importancia, como resolver problemillas con su tarjeta de crédito, porque siempre había alguna que otra complicación con su tarjeta o la habían engañado con la cuenta de algún restaurante, y él, de vez en cuando, se colaba en el portal indicado y, bueno... hacía lo necesario para resolver el contratiempo.

Al decir esto último, Ho hizo un gesto que sin duda pretendía ser una especie de sonrisa cómplice, pero a Flyte más bien le pareció que lo acababa de picar una avispa.

—¿Y no tenías ningún reparo en hacer todo eso?

Bueno, ya sabes, dijo él: las tías son así. Me entiendes, ¿no?

—¿Y en qué momento empezó a pedirte cosas que no tenían que ver con el dinero?

Bueno, el dinero era lo de menos: se trataba de una cuestión de principios y...

—¿En qué momento empezó a pedirte cosas que no tenían que ver con el dinero? —insistió Flyte.

Y a continuación se enteró de que, unos meses atrás, Ho se había despertado un poco atontado, seguramente por el tequila consumido durante la víspera, aunque no recordaba nada de lo sucedido. El caso es que aquella mañana Kim, su novia, estaba como loca y no paraba de decirle cuánto la excitaban todos aquellos secretos que él le había contado. Pero bueno, tampoco pasaba nada, pues la chica era prácticamente de la familia, ¿no? Por algo era su novia.

«Padre nuestro que estás en los cielos», pensó Flyte.

—Muy bien, hablemos de tu novia. Dejando aparte su nombre, la dirección falsa que te dio y el hecho de que es china, tú en realidad no sabes nada sobre ella, ¿me equivoco?

Por primera vez, Ho la miró con cara de desconcierto.

—¿China?

—Bueno, es china, ¿no?

—No —respondió Roddy—, es coreana.

—No lo entiendo —dijo Danny—. ¿Cómo puede Gimball estar muerto?

—Porque alguien lo ha matado —repuso Shin.

—Pero ¿quién? ¿Y por qué no hemos ido a por Jaffrey?

—Porque el plan establece que un político populista tiene que morir —aclaró An— y ya ha muerto.

—¡Pero no porque lo hayamos matado nosotros!

—Eso da igual.

Se habían alejado del lugar de los hechos a toda velocidad; la carrocería de la furgoneta seguía zumbando ligeramente tras el impacto de la llave inglesa lanzada por aquella loca.

—Lo fundamental es que Gimball ha muerto y nadie va a pensar que se trata de una coincidencia —siguió diciendo An—: todo el mundo dará por sentado que su muerte formaba parte del plan, lo que significa que el plan está funcionando a la perfección. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Danny miró a Shin y éste asintió, aunque sólo fingía que había estado a punto de decir exactamente lo mismo que An.

—Así que ahora toca mantener un perfil bajo —añadió.

Mantener un perfil bajo suponía estacionar cerca de la universidad, la zona con el mejor camuflaje natural posible. Todavía atónito por el súbito cambio de rumbo que había tomado la noche (e irritado por la sensación de que iba dos pasos por detrás de los demás), Danny se puso a pensar en Kim, aquella buscavidas de tres al cuarto que había estado trabajándose al objetivo. Kim tenía familia en Corea del Norte: unos parientes lejanos, pero no lo bastante como para que le diera lo mismo que el gobierno pusiera los ojos en ellos, o quizá tan sólo era lo suficientemente avispada para entender que había ofertas que era mejor no rechazar porque, al contrario de sus familiares en Corea, su propia cara, sus ojos o sus dientes eran fácilmente accesibles y podían convertirse en un daño colateral si hacía falta.

El Ministerio de Seguridad Estatal (MSE), que había reclutado a Danny y a sus compañeros cuando aún eran niños y había cubierto todas sus necesidades desde entonces, les había proporcionado el nombre de la chica y la misión de obligarla a plegarse a los designios del ministerio, que a su vez representaba la voluntad del Líder Supremo, cuyo destino era humillar a Sus enemigos y hacerlos huir despavoridos. Danny, al igual que sus cuatro (ahora tres)

compañeros, era un mero instrumento de ese destino y, al igual que los demás, había llegado a Inglaterra como estudiante y con un pasaporte de otro país asiático, aunque los estudios no eran más que la tapadera indispensable para cumplir una misión planificada a lo largo de varios años. El MSE les había proporcionado la furgoneta en la que vivían, el jeep que habían incinerado un par de días atrás y también las armas, todo lo cual había estado esperándolos en un depósito de automóviles en las afueras de Preston. Cada noche, mientras en la otra punta del mundo el Líder Supremo festejaba en Sus palacios, Shin le enviaba informes y cada noche recibía nuevas instrucciones: a través de Sus servidores, el Líder Supremo hablaba con ellos y dirigía la misión. Y muy pronto, otros grupos como el suyo entrarían en acción en otros puntos del planeta para sembrar el caos en las casas de Sus enemigos: el loco presidente estadounidense había despertado al tigre, y él y sus aliados lo pagarían tarde o temprano. El mundo aprendería que existen muchas formas diferentes de responder a las amenazas.

La gloria del Líder Supremo era reconocida por doquier, y Kim había comprendido enseguida que era absurdo rechazar Sus designios, así que había acatado las órdenes: se había encargado de poner las píldoras que le habían suministrado en la bebida del objetivo para que éste no se acordara de lo sucedido aquella noche y luego, por la mañana, lo había convencido de que durante la víspera le había revelado un montón de secretos. Si el objetivo pensaba que había desvelado la verdadera naturaleza de su ocupación, sería bastante fácil hacer que le brindase nuevos datos aparentemente triviales.

Una semana más tarde, el documento que necesitaban estaba en manos del equipo y se pusieron a trabajar.

Pasado un tiempo, una vez que los engranajes estuvieron en marcha, recibieron órdenes de borrar sus huellas, de librarse para siempre de la chica y también de Ho antes de que se hiciera patente la importancia del documento robado: como con cualquier truco, era imprescindible que la magia no se revelara antes de tiempo, por eso Shin había ido a la casa de la chica y la había liquidado allí mismo. Por desgracia, a la hora de acabar con Ho la operación no sólo se había complicado, sino que había fracasado dos veces seguidas. Aunque a Danny le costara reconocerlo, el tal Ho se había ganado su respeto: saltaba a la vista que era un agente hábil y escurridizo, adiestrado a la perfección para eludir el peligro; un enemigo de verdad en ese país de blandengues.

Aun así, Danny no las tenía todas consigo: les habían dicho que el plan era inalterable y ahora se había alterado. Por el momento iba a hacer lo que le dijeran pero, si se hacían nuevos cambios y modificaciones, se vería obligado a actuar.

Sin duda, era lo que el Líder Supremo esperaba de él.

—No lo entiendo —dijo Shirley—, ¿cómo es posible que Gimball haya muerto?

Louisa circulaba pegada al vehículo de un idiota que no pasaba de los ochenta por hora.

—Porque los malos de la película se lo han cargado.

—Sí, ya, pero los malos estaban en Birmingham, en aquella furgoneta: habían ido a por Jaffrey.

—Hasta que los asustaste y los pusiste en fuga.

—Claro.

—Con una llave inglesa.

Shirley asintió muy seria.

—¿Has llegado a verlos?

—Estaban en la parte trasera de la furgoneta.

—Entonces has llegado a verlos.

—Estamos hablando de una furgoneta, no de un escaparate.

—Entonces no has llegado a verlos, ¿es eso?

Shirley se encogió de hombros.

—Han abierto la puerta de pronto y entonces he ido a por ellos.

Corriendo por la calzada con una herramienta de bricolaje en ristre: era normal que aquellos tíos hubiesen puesto tierra de por medio.

Sobre todo si eran vecinos del barrio, pongamos por caso, y no una partida de psicópatas y asesinos armados hasta los dientes.

—¿Has visto cómo les he tirado la llave inglesa? —dijo Shirley—. He conseguido darle de lleno a la puerta: ha hecho un ruido de mil demonios.

—Lo he visto, sí.

—Es normal que salieran volando.

—Shirley, ¿de verdad crees que los de la furgoneta eran terroristas?

—Sí, claro.

—¿De verdad? ¿Terroristas armados?

—Pan comido para una superwoman.

Shirley intentó imitar el lanzamiento de la llave inglesa, pero la falta de espacio en el coche se lo dificultó: más bien dio la impresión de que estaba tirándole una pelota invisible a un perro que sólo existía en su imaginación.

—¿Te has planteado la posibilidad de que fueran, no sé, unos ciudadanos normales y corrientes que se han acobardado al verte?

—De eso nada —contestó Shirley.

—Entonces, si los terroristas estaban en esa furgoneta dispuestos a cargarse a Jaffrey...

—Hasta que les he metido el miedo en el cuerpo.

—Hasta que has echado a correr hacia ellos con una llave inglesa en la mano, ¿qué ha pasado en Slough? ¿Crees que hay dos células actuando en paralelo?

—Es posible que el grupo se haya dividido en dos.

Era posible, reconoció Louisa. Resultaba complicado rebatir una hipótesis sin información fiable ni conocimiento directo de los hechos... a no ser que estuvieras en un foro de internet, claro.

—¿Han dicho cómo ha muerto Gimball?

—Pues no, todavía no. —Shirley seguía leyendo en Twitter, donde abundaban los testigos «fiables» que daban todo tipo de detalles—. Pero supongo que le han disparado, o lo han apuñalado.

—O lo han envenenado, o lo han asfixiado —convino Louisa—. Sí, supongo que tienes razón...

Intentó rememorar la secuencia de los acontecimientos, más precisamente el momento exacto en que la noticia de la muerte de Gimball había empezado a difundirse en los medios como el viento entre las espigas.

—La furgoneta se ha puesto en marcha en cuanto se ha conocido la noticia —dijo—. Yo estaba mirando por el ventanal de la biblioteca en ese momento y la gente se estaba enterando de lo sucedido a través de Twitter.

—¿Y?

—Y es posible que los de la furgoneta se hayan ido por eso precisamente: han oído que los del otro grupo lo habían conseguido y han entendido que ya no era necesario que hiciesen su trabajo. Su propósito era matar a un político y ya lo habían logrado.

—O sea, que me crees —dijo Shirley.

—No lo sé, no sé qué es lo que está pasando.

—Pues creo que yo sí lo sé.

—Ah, qué bien —repuso Louisa—, cuéntame.

—Yo creo que aquí hay un follón que te cagas —respondió Shirley, y de repente su rostro se iluminó—. ¡Un coche amarillo!

Era más dorado que amarillo, pero Louisa lo dejó correr.

Al parecer, unos cuantos años atrás, un ministro un tanto despistado había decidido que lo que el servicio realmente necesitaba era documentar de una forma mucho más sistemática todas sus actuaciones. Obviamente, Regent’s Park pensaba lo contrario: que documentar sistemáticamente sus actuaciones era lo último que necesitaba un organismo que actuaba de forma solapada, pero por aquel entonces en Westminster estaban embelesados con palabras como «transparencia» y

«apertura», más que nada porque albergaban la esperanza de que, si contaban con ejemplos de tan elogiables cualidades a los cuales apuntar en caso de necesidad, la opinión pública quizá empezaría a pensar que, de hecho, siempre operaban ajustándose a la legalidad, por lo que dejarían de cuestionarlos sobre su trabajo. Así nació el Archivo del Servicio, «una herramienta para cotejar situaciones actuales con precedentes históricos» que indudablemente tendría un incalculable valor estratégico... si algún día hubiera llegado a ser operativa. Pero su situación recordaba la de tantísimos otros proyectos gubernamentales cuya gestación se alargaba hasta que alguien le ponía fin de manera oficial cuando los involucrados en su concepción ya ni siquiera se acordaban de ellos. En este caso particular, el avance del proceso (o el nulo avance de éste, más bien) se vio condicionado, sobre todo, por el hecho de que el servicio aceptó el encargo con el mismo ánimo con que les fue transmitido, como prueba el que asignaran la labor de «mantenimiento e incremento del archivo» a la Casa de la Ciénaga; en otras palabras, a Roderick Ho.

Hay que decir que ésa era la interpretación que Emma Flyte hacía de los hechos, no el relato del propio Ho.

—¿De manera que le diste acceso a los documentos con los que estabas trabajando a la tal... Kim?

—A mi novia Kim —aclaró Ho.

—¿Incluidos secretos de Estado?

Roddy se removió en el asiento.

—¿Secretos...?

• • •

El hombre que apareció en lo alto de las escaleras era negro y corpulento, e iba vestido con bastante estilo para los estándares de la Ciénaga, aunque Catherine Standish consideraba que eso habría podido decirse de cualquier hombre que se presentara con la bragueta cerrada.

Tardó unos segundos en reconocerlo porque llevaba el pelo más corto que la vez anterior, pero se trataba de Welles, uno de los Perros. Según creía recordar, tenía un nombre de pila bastante curioso... ¿Cómo era...? Ah, sí: Devon.

—Ya han limpiado las chimeneas, pero gracias por venir —dijo Lamb—, igual te llamamos el año que viene.

—Eres Lamb, ¿no? —repuso Welles—. He oído hablar de ti.

Lamb se volvió hacia Catherine y frunció el ceño.

—Ya has vuelto a escribir tonterías en Facebook, ¿verdad?

Welles entró en el despacho, echó un rápido vistazo a su alrededor y volvió a mirar fijamente a

Lamb.

—A ver, tengo entendido que existe algún que otro problema.

—Ya veo que tu jefa te ha puesto al día... —constató Lamb—, pero ahora la pelota está en vuestro tejado.

—Eso no es del todo exacto. De hecho, he venido a asegurarme de que no la tiréis por la ventana... —Welles miró a Catherine de arriba abajo—. Tú debes de ser Catherine Standish —añadió. Evidentemente no era una pregunta.

—En el despacho de al lado hay más sillas —informó ella—, y también tenemos té.

Sus palabras sonaron como una especie de apotegma filosófico, aunque no quedó claro si orientado al consuelo o al temor.

—Tan sólo he visto las escaleras y este despacho —contestó Welles—, pero me basta para no tener ganas de beber nada. Gracias de todas formas.

Lamb arqueó una ceja.

—Como sabes, me opongo a cualquier muestra de racismo —le dijo a Catherine—, pero esto empieza a oler a merienda de negros.

—¿Tu jefe siempre es así?

—Eso creo —repuso Catherine—; los fines de semana libro.

Welles encontró una silla oculta bajo lo que podría ser un abrigo viejo, aunque también podría tratarse de la piel de un antiguo inquilino desollado en su día. La acercó a la mesa y aceptó el pañuelo de papel que Catherine le tendió sin decir palabra. Limpió un poco la silla y se sentó.

—Y bien —dijo—, la Casa de la Ciénaga. He de decir que el lugar hace honor a su reputación.

Lamb fue el primero en responder.

—Si esperas que te elijamos como el visitante más impopular, te advierto que tienes una dura competencia, pero tú sigue intentándolo.

Welles contempló los pies de Lamb, que seguían encima del escritorio, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

—La señorita Flyte me ha explicado con todo lujo de detalles lo sucedido en este lugar —dijo en cambio.

—Y sin embargo vienes sin protección, sin que te acompañe la jauría. ¿Quién eres? ¿El amigo con derecho a roce de Flyte? —Volvió a fruncir el ceño—. ¿Hay algo que quieras contarnos al respecto?

El recién llegado hizo caso omiso del comentario y agregó:

—Se supone que estabais en cuarentena.

—Me suena que nos dijeron algo parecido.

—Y por lo visto teníais una pistola, ¿dónde está?

—En el cajón de los objetos perdidos, según creo recordar... —Lamb se llevó la mano a la

barbilla—. El problema es que ahora mismo no recuerdo dónde está ese maldito cajón... Qué cosas pasan, ¿eh?

Sin apartar la vista de Lamb, Welles le preguntó a Standish:

—¿Señorita Standish?

—Tendría que estar en algún cajón del escritorio de Lamb.

—¿Hasta qué punto pretende usted pasar un mal rato, señor Lamb?

—La última vez que me preguntaron eso, la chica de marras me cobró ochenta libras.

—¿Vamos a tener un problema?

—Tú sabrás. —Lamb sacó de la nada un cigarrillo ya encendido—. Tu jefa se ha marchado hace ya un par de horas y ahora has venido tú solo. Si pretendes convencerme de que has venido de visita oficial desde Regent's Park, me meo de risa hasta dejarlo todo perdido. —Dio una profunda calada—. Estás aquí para cubrirle las espaldas a tu jefa, ¿no? Porque la mujer se ha metido en un buen marrón... dicho sea sin ánimo de ofender, por supuesto. —Exhaló el humo—. Aun así, no acabo de entender qué pinto yo en todo esto.

—Has encañonado a la directora de seguridad interna y consideras que no tienes un problema —dijo Welles con lentitud.

—Bueno, igual antes tenía un problema, pero ahora mismo hay cuestiones más acuciantes que resolver —respondió Lamb—. Lo digo porque hace un par de horas le he hecho saber a la directora de seguridad interna que la vida de un miembro del Parlamento británico corría peligro, y el miembro en cuestión ahora es un fiambre en un callejón de Slough. Yo diría que eso se llama cagarla hasta el fondo; estarás de acuerdo, ¿no?

Se oyó un ruido en el piso de abajo.

—Y hablando de cagarla hasta el fondo... —añadió Lamb.

River y Coe entraron unos segundos después.

—¡Loor y gloria a los campeones! —los saludó—. Bueno, no cabe duda de que habéis hecho un buen trabajo. ¿Qué parte de «impedir un asesinato» no habéis entendido?

—Tan sólo éramos dos —se justificó River—, y desarmados.

—¿Y los otros cuántos eran?

River y Coe se miraron.

—No os vais a poner a deliberar ahora, ¿no?

—Sólo vimos a uno —respondió Coe.

Catherine entrecerró los ojos.

—Os sobrepasaban en número, lo entiendo —dijo Lamb. Luego se volvió hacia Welles—. En estas situaciones acostumbro a redondear las cantidades: hacia abajo para los míos, por supuesto, hacia arriba para el enemigo, así me anticipo con más probabilidades al resultado final... Huy, no os he presentado. —Se volvió hacia sus caballos lentos y señaló a Welles con el pulgar—. Uno

que acaba de llegar de Regent’s Park; dos capullos de por aquí, ahora mismo no recuerdo cómo se llaman.

—River Cartwright y Jason Kevin Coe —repuso Welles.

—Prefiero que me llamen J. K.

—Lo entiendo perfectamente. —Welles se volvió hacia Lamb una vez más—. Así que Dennis Gimball ha sido asesinado, ¿eh?

—Uno no sabe si reír o reír, ¿verdad?

—¿Y dónde está... eeeh...? —empezó a decir River.

—Hemos pensado que ya no hacía falta tenerla retenida —explicó Catherine.

—...así que le hemos quitado las esposas —completó Lamb. Luego miró a Welles a los ojos y agregó—: Maldita sea, eres realmente un hacha: acabas de conseguir que yo mismo me delate, ¿no es cierto?

—¿Cuándo está previsto que vuelvan las otras dos? —preguntó Welles dirigiéndose a Catherine.

—Están en camino, pero Louisa es de las que conducen con rapidez.

—Aquí, no sé cómo, se ha armado un lío de campeonato —observó Welles— y estamos obligados a deshacerlo como sea: es la única forma de que salgamos vivos de la quema.

Lamb abrió mucho los ojos, como si estuviera escandalizado.

—¿Estás sugiriendo que ocultemos el asunto de alguna manera? ¿Qué finjamos que no sabíamos lo que iba a pasar?

—Lo que quiero decir es que a ninguno de nosotros nos interesa que la opinión pública empiece a cuestionar la capacidad del servicio para proteger a los ciudadanos, algo que bien podría pasar en vista de... en fin, en vista de esta sucesión de acontecimientos.

—Lo que está claro es que el tipo que más duramente ha criticado al servicio no va a poder expresar su decepción simplemente porque está muerto, el pobre. Y lo cierto es que el hecho de que haya muerto bien podría poner en cuestión la capacidad del servicio para bla, bla, bla. —Miró a River—. Estoy acostumbrado a que el monje loco no diga ni media palabra, pero me escama que tú tampoco digas ni mu.

River se encogió de hombros.

—Ha muerto una persona.

—Tampoco esperaba que te pusieras a dar saltos de alegría, pero tú y el colega estabais en el lugar de los hechos, ¿no? ¿Quién era ese «uno» al que habéis visto?

Esta vez fue J. K. Coe quien respondió:

—Un negro con un tatuaje en la cara.

—¿Y es él quien ha matado a Gimball?

—Eso parece.

—Espero que no os estéis dejando llevar por prejuicios raciales. —Lamb se volvió hacia Welles y negó con la cabeza con pesar—. Mis más sinceras disculpas.

—¿Habéis visto a ese individuo con Gimball? —preguntó Welles.

—Hemos visto que lo seguía hacia un callejón —aseguró River— y Gimball ya no ha vuelto a aparecer.

—¿Y dónde está ese sospechoso?, ¿en el maletero de vuestro coche?

—Hemos pensado que lo más prudente era largarnos de allí: Gimball es famoso por sus constantes críticas al servicio y el hecho de que anduviéramos por la zona podía ser, eeeh... malinterpretado.

—Así que lo habéis dejado escapar.

—¿Tenía un tatuaje en la cara? —preguntó Catherine.

—Siempre vas unos pasos por detrás, querida —comentó Lamb. Acto seguido, se volvió hacia Welles e imitó el gesto de beber de una botella.

—¿El tatuaje te suena de algo? —le preguntó Welles a Catherine.

—He estado investigando un poco en internet sobre los dos políticos que podían estar en el punto de mira de esa gente —explicó ella.

—El otro es Zafar Jaffrey —aclaró Lamb.

—Y hay un tipo que trabaja para Jaffrey, un relaciones públicas o algo por el estilo, que sale en muchas fotos y...

—...y tiene un tatuaje en la cara —completó Welles—. Muy bien, por ahí tenemos algo.

—Tú también has sido policía, ¿verdad? —preguntó Lamb.

—¿Algún problema al respecto?

—No, a mí los de la bofia me caen bien: con ellos siempre sabes a qué atenerte. —Le hizo un gesto a Catherine—. ¿Tienes cinco libras por ahí? Igual podemos sobornarlo.

—Aunque pueda parecer que mi paciencia es infinita, tan sólo estoy fingiendo —dijo Welles —. Lo sabes, ¿no?

—Déjame aventurar una hipótesis —dijo Lamb por toda respuesta—, y agárrate, que vienen curvas. Tú en su momento trabajaste con Emma Flyte, ¿correcto? O por lo menos entraste en el servicio pegado a sus faldas. Y Flyte es la niña bonita de Whelan, o lo era hasta esta tarde porque, hablemos claro, si hubiera hecho bien su trabajo, estos cuatro majaderos a mis órdenes se habrían pasado el día tocándose las narices mientras el servicio se encargaba de proteger a Gimball como es debido. Pero tal como están las cosas, un parlamentario ha sido asesinado y a los niños pijos que están al frente de Regent’s Park se les ha quedado cara de tontos, de forma que la brillante carrera de Emma Flyte amenaza con irse al carajo en cualquier momento, y eso significa que a ti también te pueden poner en la calle: por eso estáis empeñados en echar tierra al asunto, ¿no? ¡Lo que queréis es cubriros el culo!

Welles miró uno a uno a los presentes y finalmente clavó la vista en Lamb.

—¿Y tú vas a darme lecciones de ética profesional?

—Ni por asomo —respondió Lamb, que no hizo nada por impedir que la ceniza le cayera sobre el regazo—. Actuar éticamente es como ponerle purpurina en el pubis a una monja: puede tener su gracia imaginárselo, pero ¿de qué iba a servir?

—Dejando de lado las coloridas imágenes del señor Lamb —terció Catherine—, encubrir este tipo de asuntos siempre es peligroso: recordemos lo que pasó con el Watergate.

—La gente siempre pone ese ejemplo —afirmó Lamb—, pero nadie se pregunta qué fue lo que realmente encubrieron cuando estalló el Watergate. Si llega a salir toda la mierda, habríamos visto fuegos artificiales.

—Lo más prudente es dar por hecho que está bromeando y seguir por donde íbamos —le dijo Catherine a Welles.

—Eso pensaba hacer —aseguró él, y se volvió de nuevo hacia Lamb—. Por lo que Flyte me ha contado, esta tarde no hacíais más que especular sin pruebas de ninguna clase. Que Emma no informara de vuestras conjeturas difícilmente podría considerarse un error de procedimiento, porque eso sería como informar de los chismorreos del supermercado de la esquina.

—Por desgracia, es más que posible que Flyte no te haya contado toda la película; o sea, cómo sabíamos lo que sabíamos. ¿Sigues en el despacho?

Esto último iba dirigido a J. K. Coe, que se limitó a asentir.

—Era para asegurarme. Cuéntale a este señor tan simpático lo de aquel documento tan interesante.

Welles no le dio tiempo a responder.

—Estoy enterado de lo del documento: acabo de deciros que Flyte me lo ha contado todo.

Lamb entornó los ojos.

—Así que Flyte confía en ti de verdad. Vaya, vaya...

—Tendrás que hacerte a la idea. En cuanto a ese documento, si existe realmente, tampoco demuestra nada: yo mismo podría redactar un listado de objetivos y...

Se oyeron nuevos ruidos por la escalera: Louisa y Shirley estaban de vuelta. La segunda fue la primera en entrar.

—¿Os habéis comido todas las gominolas?

Lamb le tiró algo que ella cogió al vuelo con gratitud, aunque resultó ser el envoltorio de un emparedado. Luego, Lamb se volvió hacia Louisa y le dedicó una pequeña reverencia.

—El que os tocaba vigilar sigue vivo: felicidades.

—Gracias.

—Por supuesto, cabe la posibilidad de que él mismo ordenara que se cargasen a Gimball —prosiguió—, lo que, como podéis suponer, complicaría bastante la situación.

—Lo que está claro es que Shirley y yo hemos cumplido... ¿Y éste quién es?

—Me llamo Devon Welles, y tú eres Louisa Guy.

Louisa se alisó el cabello.

—La misma.

River miró a Louisa, luego a Welles y finalmente puso los ojos en blanco.

—Y está claro que tú eres Shirley Dander —continuó Welles—: la banda está al completo.

—Falta Roderick Ho —recordó Catherine.

—Por lo general, cuando estamos juntos nos ponemos a cantar a coro —dijo Lamb—, pero dadas las circunstancias seguiremos con el tema, ¿os parece? Decías que tú mismo podrías redactar un listado de objetivos: el pueblo, el Abrevadero...

—Y nada me impediría decir que el listado viene del MI5. ¿Qué importaría? Sería un bulo como cualquier otro.

—A no ser que esta gente tenga otras cartas en la manga —comentó River.

—¿Qué querías decir con eso de que a lo mejor Jaffrey ha ordenado que se cargaran a Gimball? —preguntó Louisa.

—Vamos a ver —contestó Lamb—. ¿Hasta qué punto hemos de creer lo que esos dos titanes del humor acaban de contarnos? A Coe le brillan los ojos, lo que nunca es buena señal: igual él y Cartwright han aprovechado para meterse en un puticlub y echar un polvo antes de presentarse en Slough, o igual a Gimball se lo ha cargado otro. Pero en fin —de nuevo se volvió hacia Welles—, estoy desviándome del asunto, y algo me dice que no has terminado.

—Bueno, lo único que tenemos que hacer es ponernos todos de acuerdo en que habéis pasado la tarde en cuarentena, sin salir del edificio y sin que pasara nada raro, y aquí paz y después gloria.

—Ya —repuso Lamb—, pero para decirnos esto no hacía falta que vinieras, ¿verdad? La propia Flyte podría habérnoslo dicho; sin embargo, la chica no está aquí, y sospecho que está buscando ese documento que sería tan fácil falsificar.

—El documento del Abrevadero —aclaró Coe.

—Gracias, niño sabihondo —dijo Lamb, y después continuó—: Y seguramente lo está buscando porque está haciéndose exactamente la misma pregunta que yo.

—Es decir, cómo se explica que esa gente conociera el documento —añadió Louisa.

—Pero eso lo tenemos claro —intervino River—: porque engatusaron a Ho con una tía buena. Os acordáis, ¿no?

—Claro que nos acordamos —repuso Louisa—, pero no estaba refiriéndome a eso.

—De todas formas, gracias por el *mansplaining*, Cartwright —dijo Lamb, que se volvió hacia Louisa y, con suma claridad y lentitud, añadió—: el *mansplaining* consiste en que un hombre le cuenta a una mujer, de forma paternalista y condescendiente, algo que ella ya sabe.

—Ya, gracias.

—Si quieres, te lo repito.

—No, lo he captado.

—Excelente. —Lamb se volvió hacia Welles—. Podemos fingir que no tenemos ni idea de lo que está pasando, pero una vez que los Perros hayan terminado con Ho, nuestra trola no va a colar ni en broma. Entretanto, la pregunta del millón es: ¿cómo se entiende que estos payasos estuvieran enterados de la existencia del documento del Abrevadero?

—Ah, sí, claro... —murmuró River.

—De manera que, vale —continuó Lamb—, podemos hacer como los avestruces y fingir que aquí no pasa nada, como acabas de proponer... o podemos desenredar la madeja para determinar con precisión quiénes son nuestros enemigos; si puede ser, antes de que pasen a la siguiente fase de su programa.

Welles se volvió a mirar al equipo de la Ciénaga, cuyos integrantes estaban mirándolo a su vez, con la salvedad de Coe y Shirley Dander: el primero se estaba mirando los zapatos y la segunda escudriñando por los rincones, tal vez para localizar la tan codiciada bolsa de gominolas.

Finalmente, Welles lanzó un suspiro y preguntó:

—¿Y de qué siguiente fase estamos hablando?

Todos se volvieron hacia J. K. Coe.

Que susurró sin levantar la vista:

—Hacerse con los medios de comunicación.

Shirley soltó un bufido de desdén.

—Ya, como si eso fuera posible.

—Hasta ahora han estado ateniéndose al plan —recordó Louisa.

—¿Y qué van a hacer? ¿Secuestrar la BBC?

—Bueno, hay más de un presentador que parece haberlo conseguido.

—Cuando acabéis con los chascarrillos, igual podríais sugerir algo realmente útil —dijo Welles.

Lamb se inclinó hacia un lado en el asiento y, con excepción de Welles, todos torcieron el gesto ante lo que estaba por venir, pero Lamb los sorprendió hablando sin acompañamiento intestinal de ninguna clase:

—Sí, sugiero que os estrujéis el cerebro... porque necesito que os inventéis una buena historia.

—¿Para qué?

—Para justificar mi próxima visita a Regent’s Park —dijo Lamb—. Por algún motivo, no les gusta mucho que me acerque a saludarlos.

10

La oscuridad se había cernido ya sobre Regent's Park cuando llegó la noticia de que Dennis Gimball había muerto. El alba volvería a despuntar al día siguiente; lo de Gimball, en cambio, no tenía vuelta de hoja.

Claude Whelan estaba saliendo del edificio: pensaba que tendría tiempo de cambiarse la camisa antes de cenar con Claire. No era mucho pedir, pero apenas pudo demorarse un poco en las escaleras (lo suficiente para respirar hondo y disfrutar un instante del aroma estival de las hojas del parque de enfrente) antes de que lo llamaran por el busca. Tuvo que volver a entrar e, inevitablemente, se topó con Diana Taverner, que también se dirigía a la oficina central. A pesar de lo tardío de la hora y de las dificultades de los últimos días, Lady Di tenía buen aspecto y daba la impresión de estar bien despierta. Corría el rumor de que había un cuarto en uno de los pisos de arriba donde se hacía transfusiones de sangre, o quizá sacrificara vírgenes (en el supuesto de que los de seguridad las dejaran pasar). Esos días llevaba más corta que de costumbre la rizada melena castaña. ¿Sería su color natural? Seguro que ella pensaba que las canas transmiten una debilidad latente.

—Se trata de Gimball —le soltó Lady Di.

—No me digas —gruñó Whelan—. A estas alturas estará pronunciando su tan esperada charla, ¿no?

—Eso sería un milagro... porque está muerto, Claude.

—¡¿Que está qué?!

—Muerto. Lo han encontrado tirado en un callejón de Slough. Casi le han arrancado la cabeza.

—¿La cabeza? ¡Dios mío...! ¿Con qué? ¿Con un machete?

—No, con una lata de pintura... No me mires así: todavía no está claro qué ha sucedido exactamente, pero no hay duda de que se trata de él y tampoco de que está muerto. Lo raro es que nadie parece haber visto a sus agresores.

—¿Acaban de asesinar a Dennis Gimball con una lata de pintura y tú me dices que hay algo que te parece raro? —musitó Whelan.

—Porque lo sucedido no se ajusta al patrón habitual: los terroristas robot no liquidan a una persona y desaparecen, lo que quieren es cargarse a cuanta más gente mejor y abandonar este mundo cubiertos de gloria. El caso es que sólo tenemos una pista: un testigo anónimo que cree haber visto a un negro con un tatuaje facial. Con lo fiables que suelen ser esa clase de

informaciones, al final resultará que era una quinceañera con una mancha de nacimiento, y eso si no se trata de una pura cortina de humo.

—Salgamos del vestíbulo, ¿sí?

Bajaron por las escaleras y, al llegar al primer rellano, Whelan se detuvo.

—He hablado con él esta tarde.

—¿Con Gimball?

—Antes de que se fuera a Slough.

—Ya veo. Para recomendarle que se abstuviera de atacar públicamente a Zafar Jaffrey, ¿no?

—Porque eso provocaría unos cuantos dolores de cabeza.

—Sobre todo al primer ministro —señaló Lady Di.

—Digamos que el primer ministro es propenso a las jaquecas. Era un secreto a voces que Gimball se disponía a anunciar, esta noche, su regreso a las filas del partido, y casi seguro también iba a revelar cierta historia que había llegado a oídos de su mujer. Yo... le he sugerido que se abstuviera de hacerlo.

—O sea, que estabas haciéndole el trabajo sucio al primer ministro.

—Por el bien del país.

—¿Estás completamente seguro de eso?

—No me gusta que me hables en ese tono, Diana, y creo que no es el momento de ponernos a evaluar estrategias. Lo hecho, hecho está, y lo que importa ahora mismo es identificar cuanto antes a los responsables de este horrible crimen.

—Antes de que la gente empiece a pensar que hemos sido nosotros, ¿no?

—Ésa sería una hipótesis absolutamente descabellada.

—Claro, pero no por eso van a dejar de considerarla —aseguró Taverner—: Gimball era tu detractor número uno... nuestro detractor número uno, quiero decir... y esto de que te presentaras en su casa en plan matón pocas horas antes de su muerte, pues... en fin, no tiene muy buena pinta. —Alargó la mano y le sacudió una pelusa de la solapa—. Voy a ser franca, Claude: la gente va a pensar que hemos tenido algo que ver con su muerte.

Una horrorosa posibilidad iba tomando forma en la mente de Whelan como si fuera un negro nubarrón.

—¿Y hemos tenido algo que ver?

—No te sigo.

—Tú eres de operaciones, Diana. ¿Hemos tenido algo que ver con lo sucedido?

—Siempre es un latazo mirar la letra pequeña —respondió ella—, pero si le echas un vistazo a mi contrato con el servicio verás que no estoy autorizada a enviar a parlamentarios al otro mundo, ni con tu anuencia ni sin ella.

—Me quedo más tranquilo.

—Aun así, no voy a olvidar que has sentido la necesidad de hacerme esa pregunta, Claude: un poco de confianza no vendría mal, la verdad. —Enfiló el segundo tramo de escaleras seguida por Whelan. Llegaron al rellano del ascensor y, mientras esperaban, agregó—: ¿Y si todo esto está relacionado?

Whelan seguía dándole vueltas a la nueva información.

—¿Relacionado con...?

—Con todo lo demás: con Abbotsfield, con la bomba en el zoo...

—¿Y qué relación puede haber? Aquéllos eran ataques al azar, este último ha sido un asesinato selectivo.

—Es posible pero, en vista de que una célula terrorista está operando en suelo británico, tenemos que considerarla la sospechosa número uno tras el asesinato de un político en activo, y el hecho de que te reunieras o no con él unas horas antes de su muerte resulta del todo irrelevante: por algo eres el jefe del Servicio de Seguridad, Dios santo. ¿Quién podría demostrar que no fuiste a hablar con él para alertarlo de que su vida estaba en peligro?

—Bueno, sí, pero...

Llegó el ascensor. Diana Taverner entró la primera y, una vez dentro, comentó:

—Pero había alguien más con vosotros, ¿correcto?

—Su esposa, Dodie.

—La periodista —dijo ella en un tono de lo más inexpresivo.

—Eso mismo, la periodista.

—Mira que te gusta complicar las cosas, Claude. ¿No podías hablar con él por teléfono?

—Me ha parecido más prudente que en el Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno no estuvieran al tanto de la conversación.

Llegaron a la oficina central y se dirigieron al despacho de Lady Di.

—Flyte no ha logrado averiguar qué tipo de trapos sucios relacionados con Jaffrey había descubierto Gimball —dijo ella tras cerrar la puerta—. ¿Tú has descubierto algo?

—Dodie lleva meses escribiendo artículos que dejan por los suelos a Jaffrey. Los detalles concretos importan poco, lo fundamental es el control de los tiempos: cuándo tiene previsto hacer la próxima revelación.

—Ya, y seguramente vale la pena averiguarlo —indicó Taverner—. Si resulta que es algo real y consistente, igual nos viene bien para distraer a la opinión pública mientras localizamos a los terroristas de Abbotsfield.

—Me temo que al primer ministro no le gustará que Jaffrey se encuentre expuesto a un aluvión de críticas: es justamente lo que estábamos tratando de evitar.

—Sí, pero ahora el primer ministro tendrá que apechugar: o les entregamos nuestras cabezas a los chicos de la prensa o les damos la de Zafar Jaffrey. La elección está clara, ¿no? Sobre todo si

la mujer del propio Gimball puede hacer el trabajo por nosotros y sólo hace falta que la empujemos en la dirección correcta. Da igual lo que piense de ti, o de nosotros, lo importante es que odie con todo su corazón a Jaffrey.

Whelan contempló la oficina central. Todos los chicos y chicas (siempre eran «chicos» y «chicas», sin que importara que algunos también fuesen padres o madres) estaban absortos en su trabajo, casi enteramente centrado en el armamento utilizado en Abbotsfield. La bomba arrojada al foso de los pingüinos era de fabricación casera, el artefacto colocado en el tren procedía de un manual de instrucciones descargado de internet: cualquier psicópata medianamente competente podía haber fabricado ambos explosivos con sus propias manos y una conexión wifi. Pero las armas automáticas eran otra cosa porque indicaban que los terroristas contaban con un respaldo como Dios manda.

—¿Claude? —dijo Taverner.

—Dime.

—Vas a tener que decidir de qué lado estás: el MI5 no está pensado para favorecer los intereses del partido en el poder. Incluso puede argumentarse que el partido en el poder es nuestro enemigo natural en tanto tiene el control sobre los presupuestos, ¿no?

—Diana —zanjó Whelan—, estamos al servicio de la nación, y la nación ha elegido democráticamente al partido en el gobierno. —Se volvió de nuevo hacia el tabique de cristal y miró a las laboriosas hormigas que estaban al otro lado, pero continuó hablando—: Hace un rato he intentado contactar con Flyte, pero no han conseguido localizarla. Según me han dicho, la has enviado a solucionar algún asunto.

—Está en la Casa de la Ciénaga: los he puesto en cuarentena hasta que determinemos qué vinculación exacta hay entre Abbotsfield y ese friki de la informática al servicio de Jackson Lamb. Por cierto, ¿ha hablado ya?

—Lo he dejado sudando un rato para que se vaya ablandando —respondió Whelan—. Hemos enviado a un equipo a su casa y han requisado sus ordenadores y demás. Un montón de dispositivos, por lo visto. ¿Tenemos a alguien en Slough?

—Esperaremos hasta que la policía haga público un informe. Tampoco es que nuestros investigadores forenses sean mejores que los de ellos; de hecho, la mitad de las veces recurrimos a los mismos contratistas.

—Mantenme informado. Voy a hablar con Dodie Gimball.

—No, de eso me encargo yo.

—Diana...

—Si sospecha que fuiste tú quien dio la orden de matar a su marido, ¿crees que se alegrará de verte?

Whelan lo pensó mejor.

—Igual tienes razón. De acuerdo, pues. —Hizo amago de irse, pero de pronto se volvió hacia ella otra vez—. Eso de los «terroristas robot» me ha llamado la atención. ¿Ahora los llamamos así?

—Esos tipos son como autómatas: no tienen escrúpulos ni personalidad propia, por eso el mote es pertinente.

—Si al final toca echar a Jaffrey a los lobos —dijo Whelan—, prefiero estar completamente seguro de que se lo tiene merecido.

Taverner aguardó a que saliera del despacho para responder:

—Jaffrey no es uno de los nuestros, Claude; normalmente basta con eso.

A continuación, pulsó en su escritorio el interruptor que volvía opaco el tabique de cristal ocultándola de las miradas ajenas.

«Aparte de ese pequeño contratiempo, ¿qué le pareció la obra, señora Lincoln?»

Había que cuidar que ese viejo chiste no se le fuera a escapar en un momento inadecuado (y, para un político en ciernes, todos los momentos resultaban inadecuados).

«Y bueno, señora Kennedy, sin contar lo sucedido al final, ¿le gustó el paseo en coche por Dallas?»

Zafar Jaffrey se pasó la mano por el pelo cuidadosamente revuelto y negó con la cabeza, pese a que estaba a solas.

Dejando de lado la noticia del asesinato de Dennis Gimball, que había irrumpido a través de Twitter en medio de la velada, la charla en la biblioteca había salido razonablemente bien. En otras circunstancias, su respuesta a una pregunta del público sobre el eventual impacto del Brexit en la hostelería local habría dado que hablar, pero había quedado eclipsada por el imán de Twitter, que había atraído la atención de los presentes como si tuvieran la cabeza metálica. La confusión era absoluta. Como suele pasar con las redes sociales, los rumores circulaban por el carril preferente, y cuando por fin llegó la confirmación oficial (Gimball había muerto por causas aún no aclaradas) los comentaristas, algunos de los cuales se hallaban nada menos que en Texas, ya habían demostrado de forma irrebatible que el atentado había sido obra de terroristas suicidas con explosivos escondidos bajo los burkas. Los hechos podían esperar: a corto plazo, lo que prevalecía era una deliciosa sensación de aturdimiento ante las noticias y ante aquella nueva prueba de la siniestra conspiración política en marcha.

Jaffrey, por su parte, necesitaba saber dónde estaba Tyson, su recadero, y qué era lo que había hecho exactamente.

Se largó de la biblioteca (nada más fácil que alegar que lo esperaban en otro sitio), pero aguardó a llegar a casa para llamar a su colaborador.

—¿Estabas allí?

—Estoy en el coche, jefe.

—Ya lo sé, Tyson. —Podía oír el sordo zumbido del motor y el runrún del tráfico en la calle —. No te he preguntado eso. ¿Estabas allí?

—¿Que si estaba... dónde, jefe?

Jaffrey había reparado en un rasgo de los jóvenes que en su día habían coqueteado con la delincuencia y probado a adentrarse (en ocasiones de cabeza) en un ámbito donde estaba bien visto hacer caso omiso de las normas más básicas de la civilización: eran increíblemente pueriles; creían que abrir mucho los ojos al responder probaba su inocencia.

—Ven a verme a casa en cuanto estés de vuelta, Tyson.

—Estaba pensando que me iría mejor por la mañana, jefe.

—No, Tyson, quiero verte esta noche.

Seguía aguardando su llegada animándose un poco con una sucesión de gin-tonics (o más bien de gins-tonic, porque el alcohol sin duda admitía el plural, pero la tónica seguía procediendo de la misma botella de medio litro). Sabía que estaba obrando como un mal musulmán, pero uno no siempre podía ser fuerte y bueno.

Antes había estado hablando con su madre, que quería saber lo de siempre: cuánta gente había asistido a la charla, qué preguntas le habían hecho... si alguien había mencionado a Karim. Siempre acababa preguntándole por Karim, y él seguía sin saber exactamente por qué. ¿Se sentía inquieta por la posibilidad de que su hermano menor, el «mártir» caído en Siria, hubiera hundido su carrera política para siempre o simplemente quería comprobar que la gente no se había olvidado de su pequeño? Él a veces tenía ganas de decirle que, lejos de dificultarle el salto a la política, su hermano de hecho se lo había facilitado, pues la noticia de su muerte había sido lo que lo había animado a meterse en el ajo. Siempre había quienes le negaban toda credibilidad política a causa de lo que había hecho su hermano, igual que siempre había medios de comunicación que se encargaban de azuzar las llamas de aquel fuego en cuanto tenían la posibilidad; pero, en último término, la desastrosa elección vital de Karim había sido lo que lo había empujado a la arena política, no sólo porque se había sentido obligado a borrar esa mancha, sino porque se había sentido comprometido a demostrar que ser musulmán no implicaba ser un enemigo infiltrado en el propio país. Resultaba vergonzoso tener que demostrar esas cosas, pero el mundo era así.

A pesar de todo, nunca había imaginado que las reverberaciones de aquel misil Hellfire que había estallado en Siria fueran a durar tanto, que iban a seguir estremeciendo la tierra bajo sus pies muchos años después y a muchísimos kilómetros de distancia.

Tyson llegó por fin, lo bastante tarde como para dejar patente que venía de mala gana. Zafar le sirvió un refresco y le indicó que se sentara en el sofá como si fuera una entrevista de trabajo, tal

como había hecho la primera vez que se había reunido con él. Entonces lo había identificado como un joven prometedor a quien valía la pena salvar, cuando muchos otros no hubieran ido más allá del tatuaje.

—¿Has llegado a hablar con el señor Gimball?

—Más o menos.

—¿Más o menos sí o más o menos no?

Tyson estaba asustado. Era otro aspecto importante que debías tener presente en relación con los jóvenes: solían tener miedo, pues siempre contemplaban la posibilidad de ser engullidos por un abismo de cuya existencia estaban empezando a darse cuenta. Y aunque siempre hacían lo posible por esconder su terror, éste nunca desaparecía.

—Todo irá bien, Tyson. No sé qué ha pasado exactamente, pero podremos arreglarlo. —Esto último no era del todo cierto—. Aunque para arreglarlo primero tengo que saber qué es lo que ha pasado.

Zafar había terminado por convertirse en el faro que iluminaba las sombrías vidas de esos jóvenes, el único que tenía fe en ellos y les ofrecía apoyo sin exigir sus almas a cambio, pero eso implicaba que muchos de ellos lo creyeran capaz de hacer toda clase de cosas imposibles y remediar situaciones sin remedio.

—Te he pedido que fueras a Slough a observar. —Se sentía muy mal por recordárselo, pero tenía que dejar clara su propia inocencia de buen principio, y ahora que había empezado era preciso acabar—: Para que hablaras con él si se daba la oportunidad, pero sin forzar las cosas.

—Yo sólo quería averiguar qué era lo que tenía previsto decir.

Porque si Ed Timms estaba en lo cierto y Gimball se disponía a echarle mierda encima, él debía saberlo cuanto antes para ponerle fin al asunto con Blaine *el Bailarín* y luego borrar todas sus huellas.

—¿Y? ¿Qué ha pasado?

—He ido a aclarárselo todo... —explicó Tyson—, a decirle que dejara de meterse contigo, que mantuviera la boca cerrada.

Zafar sintió que el corazón se le encogía hasta convertirse en un inútil pedazo de goma enroscado y reseco. Veía lo sucedido tan claramente como si fuese una proyección en la pared de la sala de estar: Tyson encuentra a Gimball desprotegido y se le acerca con una arrogancia que hace que le entre pánico. Puños agarrando solapas, una pelea, un golpe...

—¿Y tú...?

¿Él qué? Zafar no sabía ni qué preguntar: nada que Tyson pudiera decirle sería un consuelo.

—Sólo ha sido una pequeña discusión, ni siquiera lo he tocado.

—¿Ni siquiera lo has tocado?

—Bueno, apenas. —Tyson movió los hombros—. Lo he sujetado un poco, nada más: el tío no

paraba de moverse.

Zafar tenía la sensación de estar hablando con un niño que acabase de apedrear un gato. Tan sólo le faltaba asegurar: «Yo no quería hacerle daño... ¡la culpa la tiene el gato!»

«Tyson tiene que desaparecer», se dijo. «Y a mí me toca terminar lo que él ha empezado.» Como sucedía cada vez que tomaba una decisión, nada más tomarla ya estaba planteándose los pasos a seguir: tenía que cancelar la reunión del día siguiente pretextando un resfriado o lo que fuera. Eso no sería un problema: las excusas de ese tipo se le daban bien.

Pero continuaba notando el temblor del suelo bajo sus pies, la reverberación de la tierra al estremecerse.

—Creo que ha llegado el momento de que expliquéis qué es lo que ha pasado, ¿no os parece? —planteó Catherine.

Lamb se había marchado con Welles pisándole los talones como un hombre al que le hubieran dado un puñetazo y luego le hubieran puesto una correa. No por primera vez, Catherine pensó que no estaría de más colocar un rótulo de advertencia en la puerta del despacho de Lamb. Le entraron ganas de irse también, pero se contuvo al pensar en la tentadora y peligrosa sucesión de pubs, bares y tiendas de licores que encontraría de camino a casa. Tal como estaban las cosas, una vez más le tocaba hacer el papel de madre de la camada.

Se habían reunido en el despacho de River. Shirley había encontrado por fin la bolsa de las gominolas, que procedió a engullir antes de que Catherine pudiera advertirle que Lamb había devuelto a la bolsa algunas que no le habían gustado después de masticarlas; Louisa, apoyada en el radiador con el ceño fruncido, pensaba en algo en particular o en todo en general; J. K. Coe se había sentado detrás de su escritorio con la capucha puesta. En cuanto a River, él también se había sentado en su silla, pero parecía incómodo porque Catherine le pedía explicaciones a él más que a ningún otro y no daba la impresión de que estuviera dispuesta a aceptar un silencio por respuesta.

—Ya os lo hemos explicado —dijo finalmente—: un hombre ha seguido a Gimball al callejón y Gimball ya no ha salido.

Catherine frunció los labios. Unos segundos después, River se volvió hacia Coe:

—Eso es lo que ha pasado, ¿no?

Cubierto con la capucha, Coe corroboró:

—Eso es lo que ha pasado.

—Los tipos chungos estaban en Birmingham —dijo Shirley.

—Pero no han atentado contra Jaffrey —puntualizó River—, ¿o sí?

—Se han presentado en una furgoneta y yo los he obligado a huir.

—En todo caso —repuso Catherine—, y cito de memoria: «Sólo hemos visto a uno.»

—¿A quién estás citando?

—Al señor Coe: es lo que ha dicho cuando habéis llegado.

—Bueno, pues queda claro que sabe contar.

—No lo dudo, lo que me llama la atención es que haya sido tan rápido en informarnos. Por lo general hay que emplearse a fondo para arrancarle la más mínima palabra. ¿O no es verdad, Coe?

Coe se encogió de hombros.

—Y como ha dicho Lamb, también se ha presentado más animado que de costumbre, y creo que todos recordamos cuándo fue la última vez que lo vimos así.

—No estarás pensando seriamente en que... —empezó a decir River, pero no terminó la frase.

—¿En qué? —quiso saber Catherine.

Por un instante, o quizá medio instante, en el despacho no se oyó otro ruido que el de una mosca que chocaba repetidamente contra el polvoriento cristal de la ventana: otro proyecto de fuga de la Ciénaga que estaba condenado al fracaso.

Y de pronto, a Louisa se le encendió la bombilla.

—¡Ay, Dios! —exclamó—. ¡No me digas que lo habéis matado vosotros!

—Ha sido un accidente.

Louisa, boquiabierta, miró a Catherine, que parecía contemplar un abismo insondable que acababa de abrirse en su mente; Shirley se quedó petrificada a media gominola, y su rostro adquirió el aspecto borroso de quien ha sido sorprendido entre dos expresiones. Los únicos dos hombres que había en el despacho, por su parte, después de intercambiar miradas volvieron a ponerse a la defensiva... y la mosca chocó otra vez contra el cristal y terminó vomitando microscópicamente.

Catherine fue la primera en hablar:

—¿Lo habéis matado?

La pregunta iba dirigida a Coe, que no respondió.

—¿Coe? Quítate la capucha y contesta a la pregunta.

Para sorpresa de todos, Coe obedeció.

—No exactamente.

—¿Quieres decir que lo habéis hecho de forma imprecisa? ¿Es eso? ¿Que lo habéis matado de una forma vaga, no específica, incluso onírica? Por favor, no me digáis eso.

—Le ha caído una lata de pintura en la cabeza.

—¿Y cómo ha podido ocurrir algo así?

—La lata estaba en un andamio y alguien le ha dado sin querer.

—¿Quién le ha dado?

—Querrás decir «a quién».

—No me vengas con ésas, haz el favor.

—Ha sido un accidente —repuso Coe.

—Sí, eso ya ha quedado claro —terció Louisa—, pero ¿quién ha provocado el puto accidente?

—Éste —indicó River.

Todos se volvieron hacia él.

—¡Pues sí: ha sido él! ¡Yo estaba abajo, pegándome con el tío de los tatuajes!

—Entonces, ¿el de los tatuajes no es una invención?

—No, por Dios —dijo River—; ese individuo se ha abalanzado sobre Gimball.

—Me voy a desmayar —musitó Catherine—. Hablo en serio, creo que voy a desmayarme.

—Ya os he dicho que estaban en la furgoneta —dijo Shirley.

—¿Quiénes?

—Los malos de verdad: lo ocurrido en Slough ha sido una cagada de proporciones cósmicas porque los malos de verdad estaban en Birmingham: yo misma los he hecho huir.

—Bueno, pues mil gracias —ironizó Louisa—. ¿Y ahora qué vamos a hacer? Aunque haya sido por accidente, acabamos de cargarnos a uno de los favoritos para ascender al cargo de primer ministro. Y cuando digo «acabamos», quiero decir «acaba» refiriéndome a Coe, porque yo no he tenido nada que ver con todo esto.

—Ni yo —se sumó Shirley.

—En tu caso no hay duda —convino Catherine— porque estabas ocupada en agredir a vete a saber quién.

—Gimball ha muerto porque el tipo del tatuaje se le ha echado encima —intervino River—. Ahora sabemos que era el hombre de Zafar Jaffrey. Esto es lo que hay; además de lo otro, quiero decir: de la campaña terrorista en todo el país.

—O sea, que el hecho de que tú y nuestro psicópata aquí presente...

—Louisa.

—...os hayáis cargado a Gimball no pasa de ser una minucia, ¿correcto?

Algo fue a dar en el pecho de Louisa, que lo cogió por reflejo.

Era un móvil.

—¿Quieres llamar a la policía? —preguntó Coe.

Louisa miró el móvil y luego a Coe.

—Es lo que quieres, ¿no? —insistió él—. Vamos, adelante. Vosotras no estabais allí. No tenéis nada que ver, ya lo habéis dicho. Lo habéis dejado clarísimo.

Catherine tardó sólo un segundo en intervenir:

—El protocolo señala que debemos informar a Regent’s Park, no a la policía.

—Y eso no está pasando, ¿verdad? A no ser que Lamb esté haciéndolo justo ahora.

—Lamb aún no se ha enterado...

—Claro, claro, será porque no sabe sumar dos más dos, ¿no es así?

Catherine fue a decir algo, pero cambió de idea.

—Si no informamos de lo que ha pasado —apuntó Louisa— podemos encontrarnos con la mierda hasta el cuello.

—Estábamos llevando a cabo una operación autorizada por nuestro jefe de equipo —repuso Coe—, de forma que lo informamos a él y sólo a él: informar a cualquier otra instancia supondría quebrantar la ley de secretos oficiales, y eso sí que sería estar con la mierda hasta el cuello.

Shirley susurró:

—Se nota que el amigo se fue de rositas la última vez.

Todos se la quedaron mirando.

—Bueno, es sólo un comentario.

—Vamos a esperar a que vuelva Lamb y después ya se verá, ¿de acuerdo? —propuso Catherine finalmente—. Y no estaría de más ir siguiendo las noticias de cerca.

—Tampoco estaría de más fingir que esta conversación nunca ha tenido lugar —añadió Louisa tirándole el móvil a Coe.

Welles entró en el recinto por el estacionamiento; anotó su llegada y mostró su pase al guardia de servicio. A Lamb lo inscribió con el nombre de «Lindsay Lohan»: el sobrenombre habitual para todos los visitantes desde que, hacía algunos años, a Lohan le había dado por presentarse en todas partes sin previo aviso. El guardia ni siquiera pestañeó. El nombre de Jackson Lamb seguramente impresionaba incluso a los novatos, pero sus apariciones en público eran tan raras y tan bienvenidas como una aleta de tiburón en una playa abarrotada de bañistas, de manera que su físico no le sonaba a casi nadie. En vista de su aspecto zarrapastroso, probablemente el guardia pensó que era un agente del montón trabajando de incógnito en la cola de un banco de alimentos.

Esa entrada de Regent’s Park estaba destinada a proveedores y visitantes ocasionales, por lo que no era de esperar que fuesen a toparse con Diana Taverner, Claude Whelan o similares. Mientras esperaban el ascensor que iba a conducirlos a las entrañas del edificio, Welles se volvió hacia Lamb.

—Recuérdame por qué estoy haciendo esto.

—Porque, si queremos averiguar cuál es el siguiente paso que va a dar ese grupo de asesinos, estamos obligados a saber quién está detrás, moviendo los hilos. Cuando le tendieron la trampa a Ho con el señuelo de la novia, estos sujetos sabían perfectamente qué era lo que andaban buscando, lo que significa que alguien les informó desde dentro... o que incluso tienen a un infiltrado en el servicio.

—¿Tú crees que hay un topo?

—No sería la primera vez. Pero si quieres que te diga la verdad, yo creo que alguien sencillamente la cagó. Es lo más habitual, por otra parte.

—Esto hay que hablarlo con los de arriba... —indicó Welles—. Está clarísimo que hemos de hablarlo con los de arriba...

—Sí, pero antes de hacernos el hare krishna, vamos a ver si tenemos cierto margen de escapatoria cuando llegue el momento de designar chivos expiatorios.

—El harakiri, querrás decir.

—Pues eso.

Se abrieron las puertas del ascensor: estaban en la planta de Molly Doran.

Y Molly ya estaba acercándose a recibirlos en su silla de ruedas, pues, como le explicó más tarde a Lamb, tenía un sexto sentido para detectar las situaciones desagradables inminentes: «Cuando andas cerca, es como si todo se pusiera más oscuro.» Él se limitó a parpadear ante esa afirmación, como si estuviera cansado de oír siempre lo mismo.

Molly era una mujer de corta estatura que habría sido aún más bajita en caso de encontrarse erguida, pues tenía las dos piernas amputadas por debajo de las rodillas. Esa minusvalía le confería cierto aspecto esférico, subrayado, de algún modo, por un maquillaje a todas luces excesivo que, en otros casos, habría suscitado comentarios burlones, pero que a ella le confería un aspecto desafiante. Llevaba las mejillas empolvadas y los labios de un acentuado color escarlata. Su silla de ruedas era de color rojo cereza y tenía unos gruesos reposabrazos tapizados de terciopelo.

Su expresión no se alteró al ver a Lamb y a Welles, si bien la luz de sus ojos cambió de tonalidad, del rojo oscuro al más oscuro todavía. Corrían toda suerte de rumores sobre ella (se decía que protegía su feudo como una leona protege la pieza que ha cobrado), y hacía lo posible por fomentar la extensión de esos rumores, pues si hay algo que todos adoran en la Calle de los Espías es que seas una leyenda, y todavía más que seas un mito (la distancia entre la leyenda y el mito es fina como el papel: el espacio exacto entre el último aliento de una persona y lo que sea que venga después). Welles tan sólo conocía a Molly Doran de pasada; en una ocasión, a última hora de la tarde, le había preguntado si necesitaba ayuda para entrar en un ascensor y, por toda respuesta, ella lo había fulminado con una mirada que habría podido formar parte del adiestramiento de los agentes novatos junto con otros métodos de combate sin armas.

—¡Jackson Lamb! —exclamó Molly—. No sé por qué, pero imagino que andas detrás de algo.

—¿Para qué iba a venir si no?

—Primero lo primero.

Lamb se agachó y la besó en la empolvada mejilla. Para Welles, aquel momento merecía ser conservado para la posteridad, pero no con una cámara ni con un teléfono: sólo Goya habría podido reproducirlo... con un trozo de carbón.

—Lamb nunca visita a la gente porque sí —le explicó Molly—, tan sólo mueve el culo de la poltrona cuando algo promete aliviar su aburrimiento.

—Vendría más a menudo —repuso Lamb—, pero las personas normales nos sentimos incómodas en presencia de los tullidos como tú.

—Hombre, por Dios —musitó Welles.

Molly Doran, por su parte, se echó a reír.

—A Lamb le gusta alardear de no tener pelos en la lengua —le dijo a Welles—, pero en realidad es pura comedia. ¿Cómo va todo, Jackson?

—Tengo las rodillas un poco fastidiadas —respondió él—, pero no espero que la gente se apiade de mí.

—¿Lo ves? —dijo ella mirando a Welles, y a continuación agregó—: No permito que los Perros accedan a mi planta.

—No sé si vas a poder impedirlo, la verdad —replicó él.

—Lo dices porque nunca has probado a ver qué pasa —dijo ella sonriendo con dulzura.

Un copo de colorete se desgajó de su mejilla como si hubiera estado esperando la contracción de aquellos músculos concretos.

Welles abrió la boca para decir algo, pero Lamb lo agarró por el codo.

—Es mejor que hagas lo que dice: Molly ha arrollado a más de uno con su silla de ruedas, y eran tipos más fuertes que tú.

—Y se tarda una eternidad en limpiar las marcas de las rodaduras —añadió Molly.

—Te estás pasando de la raya —le espetó Welles a Lamb sacudiendo el brazo para soltarse.

—Estoy segura de que eres un buen chico —intervino Molly—, pero en esta planta mando yo y, aunque estos días no hay muchas cosas que me den placer, todavía me pongo cachonda al defender mi parcela.

—Y hazme caso, Welles: no te conviene que Molly se ponga cachonda.

Welles los miró a ambos.

—Os doy diez minutos —dijo—. Ni uno más. Pasado ese tiempo, entro por esa puerta sin ningún reparo —añadió señalando el despacho de Molly.

Ella lo pensó un momento, sonrió ampliamente y le dijo a Lamb:

—Este chico nuevo no me cae mal del todo: está menos tarado que los de tu equipo.

—Dale tiempo y verás.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, puedes quedarte donde estás —le indicó Molly a Welles—. Pero sin silbar: no soporto que la gente silbe.

Viró en redondo con su silla y se dirigió a su despacho.

—Si veo que vamos a entretenernos más de la cuenta, pondré un calcetín en el pomo de la

puerta a modo de señal —informó Lamb con una sonrisa lasciva—. Uno de mis calcetines, por supuesto —aclaró mientras seguía a Molly a su madriguera.

Era una gran estancia flanqueada de altísimos armarios llenos de archivadores dispuestos sobre raíles, lo que permitía empujarlos y superponerlos para dar paso a los que estaban detrás. Como las estanterías de una biblioteca, proyectaban la sensación de que el conocimiento, la información, las «palabras», nunca morían, sino que se limitaban a permanecer agazapadas en una madriguera, protegidas del sol, a la espera de que la curiosidad las desenterrara otra vez. Allí reposaban los secretos más antiguos de Regent's Park, los de acuñación más reciente estaban almacenados de un modo mucho más accesible, naturalmente, lo que explicaba que algunos hubiesen disfrutado de sus quince minutos de gloria en las redes sociales.

Tras atravesar la estancia, Molly se introdujo, dando marcha atrás, en un cuchitril apenas lo bastante ancho para albergar su silla de ruedas y, una vez detrás de su escritorio, frenó en seco. Jackson Lamb reparó en un estrecho taburete de tres patas y frunció el ceño con disgusto, pero terminó por aposentar una nalga en él, decisión que, en la Casa de la Ciénaga, habría provocado nerviosismo y esperanza a partes iguales.

—He oído que David Cartwright ya no se acuerda de casi nada —comentó Molly.

—Mejor para él.

—Tiene que ser difícil para el joven River.

—Todo es difícil para el joven River, incluso vestirse por las mañanas —señaló Lamb—, así que prefiero no especular sobre su estado de ánimo.

—Bueno, el chico es muy listo, eso está claro, aunque tiene la desventaja de trabajar para un jefe de equipo como tú: con eso basta para que al más pintado le entren dudas sobre su propia valía.

—No me gusta que me consideren un jefe de equipo —repuso Lamb—, me gusta más el concepto de «deidad pagana». —Contempló la pared situada detrás de Molly y comentó—: Allí antes había un cuadro, ¿por qué has hecho que lo quitaran?

—Porque me gusta cambiar, supongo.

—A ti, cambiar te gusta tanto como a mí beber leche. —Escudriñó el cuchitril en busca de nuevas pistas y, finalmente, preguntó—: ¿Te trasladas a otro sitio?

—Me echan a la calle —respondió ella.

Lamb asintió.

—Claro. —Señaló la silla de ruedas con la barbilla—. Esperemos que sea una calle sin mucha pendiente.

—No espero que la gente me compadezca, Jackson, pero ahórrate los chistes. Llevo varias décadas aquí. Esta habitación la construyeron a mi alrededor, literalmente: es un lugar que

conozco bien y en el que estoy a gusto, pero por lo visto... estoy sobrecalificada para el nuevo perfil del puesto.

Lamb volvió a asentir. El cuchitril se encontraba fundamentalmente a oscuras, tan sólo el escritorio estaba iluminado, lo que a él ya le iba bien porque disfrutaba de la penumbra y los rincones inexplorados. Las hileras de carpetas encerraban secretos, algunos vinculados a su propia persona: informes redactados por él o sobre él, listados de supervivientes, recuentos de muertos... Molly Doran habitaba entre vidas pretéritas que él mismo se había cobrado y agentes de campo a los que él había conocido personalmente en los tiempos de la Guerra Fría, y formaba parte de ese lugar tanto como cualquiera de aquellas carpetas cerradas con un lazo negro. Acababa de entrar en el cuchitril dirigiendo la silla de ruedas hacia atrás sin la menor vacilación, de forma automática, como cualquier otra persona que hubiera cruzado el umbral andando.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó.

Si los caballos lentos hubieran estado allí en este momento, todos —con la salvedad de Catherine— se habrían preguntado a qué venía esa pregunta y por qué se había pronunciado en ese tono.

—No creo que vaya a serme fácil adaptarme a la vida de civil. Incluso si encuentro otro empleo, sólo me contratarán para cubrir el expediente: entrada en años, discapacitada, mujer... ¿A qué estás esperando? ¿No vas a soltarme alguno de tus desagradables chistes?

—No sé por qué siempre esperas que sea yo quien haga el payaso —repuso él—: tú misma serías una buena saltimbanqui si no hubiera razones obvias que te lo impiden.

El levísimo atisbo de ternura latente en su anterior pregunta se había esfumado de golpe.

—Mi vida no ha sido inútil —adujo ella—: mi labor ha sido decisiva, y ahora van a poner a una becaria en mi lugar. Que Dios nos coja confesados. ¿Y me preguntas qué voy a hacer? ¿Qué crees tú que puedo hacer, Jackson?

Lamb arrugó la nariz.

—¿Esto es cosa de Lady Di? ¿Otra de sus brillantes ideas?

—Es la que ha firmado los papeles.

—La cosa cae por propio su peso —concluyó Lamb—: Taverner es la que corta el bacalao en este lugar. A ver si me explico: Whelan hace lo que puede, pero la que mueve los hilos es ella. —Sacó un cigarrillo y esbozó una mueca de exasperación antes de que Molly pudiera decir nada —. No voy a fumármelo; me ayuda a pensar, eso es todo. ¿Cómo piensas hacerlo?

—¿Hacer qué?

Lamb se pasó el índice por la yugular.

—Marcharte al otro mundo una vez que te hayan puesto de patitas... bueno, una vez que te hayan puesto en la calle. Doy por hecho que es lo que piensas hacer.

—Ah, bueno. Supongo que recurriré a las pastillas. Es lo más indicado, ¿no?

Lamb se encogió de hombros.

—Siempre puedes escoger: las posibilidades son muchas. Das un paseíto por el borde de un precioso acantilado, llegas a lo más alto, y ¿quién sabe? Igual te las arreglas para batir el récord de vuelo sin motor, o al menos bates tu propia marca personal.

—Siempre consolando a tus amigos, ¿eh? Pero bueno, tampoco has venido para escuchar mis problemas.

—Caramba, por fin nos damos cuenta —convino él—. ¿Tengo cara de ser un puto asistente social?

—El reloj corre, y hemos dicho diez minutos. No me parece que tu amigo esté para conceder muchas prórrogas.

—Anoche unos tipos se presentaron en casa de Roderick Ho —explicó Lamb mientras se encajaba el pitillo tras la oreja—. Ho es el chaval que me lleva internet, las nuevas tecnologías y esas chorradas. Y cuando digo «se presentaron», quiero decir que se presentaron armados.

—Entiendo que no llegaron a salirse con la suya.

—Porque el muchacho tuvo la suerte de contar con el apoyo de una deidad pagana.

—Mejor para él —dijo Molly—. Sin embargo, por lo que he oído de ese tal Roderick Ho no necesitarás una lista de sospechosos, sino el censo electoral al completo.

—El chico es así —convino Lamb—, pero resulta que sabemos quiénes fueron: los mismos asesinos descerebrados que acribillaron a los vecinos de ese pueblo de Derbyshire.

—Ay, Dios. O sea que el amigo se tropezó con algo desagradable de verdad.

—Y desde entonces no hace más que extender la mierda a su paso. Y como siempre, es el último en darse cuenta.

—¿Y ahora dónde está?

Lamb se limitó a señalar los tablones del suelo.

—Pero tú no quieres esperar a que hayan terminado de exprimirlo, ¿no?

—El muchacho le entregó una cosa a alguien, eso lo sabemos: el documento del Abrevadero, como lo llama Coe.

—¿J. K. Coe? Me acuerdo de él, un joven atento y agradable.

—Ya, pero al parecer en un momento dado le hicieron un trasplante de personalidad. En fin, sea como sea, el documento de marras lo redactaron en la posguerra; se trata de un plan demencial, una especie de guión o modelo para desestabilizar a un país del tercer mundo, «en vías de desarrollo» o como sea que lo llamen ahora... ¿Agujero de mierda, pues?

—No es la expresión más políticamente correcta, pero entiendo por dónde vas. ¿De dónde salió ese documento?

—Estamos hablando de Ho: lo cogió del éter al vuelo.

—Entendido. Si en su momento lo digitalizaron, entonces aquí ya no está: esto de alimentar a

la Bestia sirve para que el papel no ocupe tanto espacio. Lo más probable es que el documento original haya sido destruido hace tiempo.

Molly englobaba bajo el apelativo de «la Bestia» las diferentes bases de datos que manejaba el servicio. Se le notaban las ganas de que, algún día, todo aquel gigantesco tinglado formara un remolino como el agua del váter y a continuación desapareciera, convirtiendo su propio reino de papel en el único banco fiable de recursos a disposición de Regent's Park.

—Es lo que pensaba —indicó Lamb—, salvo por un detalle. —Se rascó la oreja y se tropezó con el cigarrillo, que contempló un momento y devolvió a su lugar—. Yo creo que hay más de una versión. El original lo redactaron hace un montón de años, como ya te he dicho, pero en algún momento posterior alguien lo repescó y le quitó el polvo, razón por la que está en la base de datos. Es posible que no llegaran a ejecutar el plan, pero por lo visto se plantearon hacerlo por lo menos una vez en las últimas décadas.

—De manera que consideras la posibilidad de que el original continúe existiendo, ya que el documento que tu muchacho le arrebató a la Bestia de hecho era una versión actualizada. —Molly hizo una mueca de desagrado y el maquillaje de su nariz se llenó de surcos—. Podría ser —dijo en un susurro—. Sobre todo si el que puso al día el documento no quería que se enterasen de que, en realidad, era una copia de un trabajo anterior.

—Excelente —dijo Lamb—. ¿Me harías el favor de buscarlo?

—Claro, cómo no. Tampoco tengo nada mejor que hacer.

—Los asesinos que cometieron la masacre en Abbotsfield están usando ese documento como pauta de actuación.

—Por Dios —murmuró Molly.

—Lo digo para que te hagas cargo de la situación. Así que, andando, por favor.

Ella tomó aire al oír ese «andando», pero cuando parecía que estaba a punto de estallar exhaló de nuevo, parpadeó y negó con la cabeza.

—Es superior a tus fuerzas, ¿verdad, Jackson?

—Bueno, seamos justos —dijo él—: tú eres un blanco fácil...

Alguien apareció en el umbral y ambos se volvieron dando por hecho que era Welles.

Pero era Emma Flyte.

—Estás empezando a tocarme las narices de verdad —le espetó a Lamb.

• • •

Por el momento, ninguno de ellos podía salir del edificio, pero eso tampoco significaba que tuvieran que quedarse donde estaban. Louisa, Shirley y Catherine se marcharon a sus propios

despachos a la espera de que Lamb volviera, repasando mentalmente los negros nubarrones que tal vez (o con toda certeza) se cernían sobre la Casa de la Ciénaga.

Lo primero que hizo Shirley fue sacar la papela de coca del bolsillo y ponerse a pensar en el subidón del que disfrutaría si se la tomaba, al tiempo que trataba de dar con una razón de peso para no hacerlo. Tan sólo se le ocurrió una: si empezaba a esnifar ahora, después no le quedaría, y era posible que después la necesitara más.

Louisa, por su parte, se puso a navegar por la red. Entró en unos cuantos foros poco fiables para revisar la cháchara sobre el atentado de Abbotsfield, pero al final lo dejó correr y entró en otras páginas para comprarse unas botas. Encontró unas que le gustaban, si bien eran algo puntiagudas (había oído decir que no había botas «demasiado puntiagudas», pero ese comentario no procedía de alguien que le mereciera confianza). Estuvo sobrevolando el botón de compra durante tanto rato que empezó a pensar que había contraído la parálisis consumista, una enfermedad que siempre había achacado al otro sexo. ¡Pero qué demonios! ¡Si no era más que dinero! Hizo clic y disfrutó de una pequeña dosis de endorfinas en el cerebro.

En el piso de arriba, Catherine estaba limpiando y ordenando rincones que ya estaban limpios y ordenados. Su despacho era como una cámara de su propia mente: todo estaba donde tenía que estar, pero porque la vigilancia era constante. Al otro lado del rellano, la puerta del despacho de Lamb estaba perezosamente entreabierta, y en el cajón del escritorio había una botella de whisky. No tenía que esforzarse para recordar a la perfección cuánto whisky quedaba. Era como si lo hubiese anotado, como si siempre estuviera preparada para tomar esa salida: «En caso de emergencia, servirse un buen vaso, o mejor olvidarse del vaso y beber directamente de la botella.»

Sentados en su propio despacho, River y Coe estaban repasando los sucesos de la noche.

—Creía que habías tirado tu móvil por la ventana del coche —comentó River.

—¿Tú sólo tienes un móvil? ¿En serio?

—Mientras que tú tienes uno de repuesto para los momentos melodramáticos, ¿no es así? —Estaba acordándose del instante en que Coe le había tirado el móvil a Louisa: «¿Quieres llamar a la policía? Vamos, adelante.» Sin duda prefería acordarse del gesto melodramático de Coe antes que detenerse a pensar en lo que habría ocurrido si Louisa hubiera optado por llamar a la policía. Miró a Coe y añadió—: Todo el país está pendiente de lo sucedido en un callejón de Slough, ¿y tú crees que no van a deducir qué es lo que ha pasado exactamente? Alguien nos ha visto, seguro. Incluso si no hay imágenes de cámaras de seguridad, alguien ha tenido que vernos, y está claro que las cámaras han grabado el coche de Ho al entrar y salir de la ciudad.

—Entre cientos de coches más —precisó Coe—. Y otra cosa: en el callejón había un tipo chungo de verdad. Nosotros estábamos allí para proteger a Gimball.

—Y lo hicimos de maravilla.

—Deja ya de lloriquear. Está claro que las cámaras, si es que las hay, también han grabado al del tatuaje, y ese tipo no tiene la ventaja de pertenecer al servicio secreto. Nosotros estábamos allí para proteger a Gimball y él se ha presentado para hacerle daño.

—Igual el hombre tiene su propia versión de los hechos, ¿no crees?

—Bueno, ya se verá —repuso Coe—. Eso depende de si llega a contarla o no.

—¿Hablas en serio?

—Sin duda es un tipo duro de pelar. No nos engañemos: un poco más y acaba contigo. De manera que, cuando los de la brigada antiterrorista echen abajo la puerta de su casa, lo más probable es que les plante cara y la emprenda a puñetazos.

Coe frunció el ceño más de lo habitual. River nunca lo había visto hacer un gesto tan expresivo, que en este caso, sin duda, quería decir: «la partida se habrá terminado».

—Sea como sea, se llevará a cabo una investigación —insistió River—. Incluso si envían al del tatuaje al otro barrio, las cosas no quedarán ahí. Acabarán atando cabos...

—Tú no llevas mucho tiempo en este trabajo, ¿verdad? Lo que harán será ofrecer una versión oficial de todo lo sucedido, como siempre. Y echarán tierra sobre los detalles inconvenientes.

—Ya, pero nosotros no somos unos meros detalles inconvenientes: somos de la Casa de la Ciénaga. Si necesitan un par de chivos expiatorios, estamos hechos que ni a medida... Eso por no hablar de que realmente te has cargado a ese tipo. Me explico, ¿no? No es que se trate de un montaje.

—Tú y yo somos del servicio trabajemos en la Ciénaga o no —subrayó Coe—. Si se les ocurriera divulgar lo sucedido, la noticia correría como la pólvora, y no tan sólo en nuestro país: medio mundo sospecharía que lo hemos hecho cumpliendo órdenes. Y la otra mitad lo daría por hecho.

—Insistes en hablar en plural —observó River.

—Hay una razón para eso, ¿no crees?

River volvió a acordarse, por segunda vez en los últimos días, de la época en que compartía ese espacio con Sid Baker. Desde entonces, en ese lugar no se había producido una conversación tan prolongada; una discusión, mejor dicho.

—Si seguimos por estos derroteros, acabaré por tirar cosas por la ventana —aseguró mientras decía para sus adentros: «Empezando por ti»—. Ya que estás tan empeñado en construir un relato más favorable, ¿qué piensas hacer al respecto?

—¿Un relato?

—Yo leo *The Guardian* —respondió River—. Bueno, a veces... En fin, las tiras cómicas...

—Lo que ha pasado hoy forma parte de una serie de acontecimientos que comenzó en Abbotsfield —dijo Coe—: ése es el «relato», como tú lo llamas. Y el tipo de los tatuajes, el

recadero de Zafar Jaffrey, está metido de lleno en el asunto. Nosotros estábamos allí para desbaratar sus planes.

River advirtió que Shirley estaba en el umbral. Tenía la mano derecha apoyada en el marco de la puerta y empuñaba algo en la izquierda.

—¿Ya se os ha ocurrido algún plan? —preguntó.

—Se me ha ocurrido que podemos rezar —respondió él.

—Es lo mejor que podéis hacer —convino ella—. Aunque igualmente estáis jodidos.

—Ya, pues gracias por los ánimos.

—¿Queréis una gominola?

—¿Así es como piensas ayudar a tus compañeros? Lo digo porque...

—Tenéis que encontrar a Kim —dijo ella.

—¿A la novia de Ho?

—Ho le pasó el documento del Abrevadero y ella está vinculada a la gente de Abbotsfield: supongo que, si la encontráis, encontraréis a los otros.

—Ho lleva toda la tarde en Regent's Park —repuso Coe—: a estas alturas ya les habrá contado todo lo que sabe sobre Kim. Por lo tanto, una de dos: o ya le han echado el guante a la chica o bien no la han encontrado... probablemente porque ya está muerta.

—Al final va a resultar que es verdad —observó Shirley.

—¿A qué te refieres?

—A que después de matar a alguien estás más contento y animado. —Se metió lo que sea que tuviera en la mano izquierda en el bolsillo de los vaqueros—. No me extrañaría que Lamb lo convierta en una política de la oficina.

—Esos tipos trataron de matar a Ho —dijo Coe mirando a River e ignorando el comentario de Shirley—. Es de suponer que a estas alturas ya se habrán ocupado de eliminar el otro cabo suelto.

—Es lo que tú habrías hecho, ¿verdad? —aventuró Shirley.

—¿Que habría hecho qué? —preguntó Louisa pasando junto a Shirley y entrando en el despacho.

—Nada, nada —respondió River—. Sólo estábamos discutiendo sobre cómo nos organizamos en la oficina. Ya sabes, a quién le toca limpiar esta semana, quién va a ser la próxima víctima de Coe... chorradas de ese tipo.

—Anoche estuvimos observando a Kim —recordó Shirley—. La chica está hecha una lagarta.

—¿Me lo traduces, por favor?

—Lo que quiero decir es que esa gentuza intentó liquidar a Ho sin conseguirlo, y eso que el amigo apenas es capaz de atarse los cordones de los zapatos, por eso creo que no les habrá resultado tan fácil darle el pasaporte a Kim. A mí me pareció que era muy... en fin, muy lista.

Coe acababa de descubrir un titular: «La policía encuentra a una mujer muerta en una casa de Londres.» Lo leyó en voz alta y añadió:

—Dicen que es una mujer negra.

—Entonces no es Kim —indicó Shirley.

—Lo que estáis pensando —terció Louisa— es que, si damos con la chica, podremos rastrear a la gentuza de Abbotsfield.

—O como mínimo hacernos una idea de lo que piensan hacer a continuación —matizó River.

—«Hacerse con los medios de comunicación» —recordó Shirley—. Lo que puede significar cualquier cosa. Tal como está la prensa hoy en día, con comprar un periódico en el kiosco ya casi te llega.

Catherine se sumó a la pequeña reunión.

—¿Habéis probado a ver si hay algo en el móvil de Ho?

—Supongo que el móvil está en Regent's Park —respondió River—; Ho debe de llevarlo en el bolsillo.

—Creo recordar que tiene dos —dijo Coe lanzándole a River una mirada que parecía significar «te lo tengo dicho».

—Sí, tiene dos —convino Shirley—, pero seguro que uno está medio roto.

—Si todavía lleva la tarjeta SIM, nos sirve igualmente —aseguró Louisa.

Pero el teléfono medio roto de Ho, que Shirley había tirado por los aires el día anterior («salvándole la vida», según les recordó), no les dio pista alguna tras localizarlo en el cajón del escritorio de Roddy, y cuando probaron a llamar al número de Kim, anotado como «Kim (Novia)», tan sólo oyeron el silencio de la ausencia.

—Ya os dije que la chica era lista —comentó Shirley.

—Si es que no está muerta —observó Coe.

—En cualquier caso —añadió Louisa—, lo tenemos mal para encontrarla, tan mal como un cojo en un concurso de patear culos.

—Siempre me he preguntado quién organiza esos concursos y por qué no endurece un poco los criterios de participación —se quejó Shirley.

—¿Alguna otra idea brillante? —preguntó Catherine con el aire de una maestra de primaria voluntariosa que tiene que vérselas con un alumnado imposible.

—Esa gentuza tiene prisa —dijo River al cabo de un segundo—: todo ha sucedido de forma muy rápida.

—Porque no tienen ningún apoyo —opinó Louisa.

Todos se la quedaron mirando y Coe asintió con la cabeza.

—Están operando contra reloj con la idea de completar el plan antes de que les echen el guante —añadió Louisa—. Porque, si no lo hacen ellos, nadie más va a hacerlo.

—Eso explicaría por qué operan de esa forma tan chapucera —reflexionó Catherine—. Acordémonos de la bomba que no llegó a explotar en el tren. Lo que les interesa es cumplir uno a uno con los puntos enunciados en el documento, aunque sea a medias.

—Entonces, si tienen pensado hacerse con los medios de comunicación de la forma que sea, es de esperar que den el golpe cuanto antes.

—Está claro que ya han fijado un día y una hora —terció J. K. Coe.

—Respecto de los cuales no tenemos ni la mínima idea —recordó River.

A Shirley volvió a iluminársele el rostro.

—Ya hemos sido capaces de encontrarlos una vez, sin duda podemos hacerlo de nuevo —dijo.

—¿Y puedes recordarme dónde los hemos encontrado la primera vez?

—Metidos en una furgoneta en Birmingham.

—¿Estás segura de que habéis llegado a Birmingham? La verdad es que habéis vuelto volando.

—Porque conducía Louisa.

La aludida se encogió de hombros con modestia.

—Supongamos que Kim efectivamente sigue viva —especuló Catherine—, que se ha dado cuenta de que los otros tienen previsto matarla y se ha escondido. La chica es muy lista, como dice Shirley. ¿Dónde podría haberse escondido?

—En el último lugar donde la buscarían —respondió Louisa.

—¿Y qué lugar sería ése?

—En casa de Ho —respondió River.

11

En el arcén quedaban algunas astillas de cristal que destellaban si se las observaba desde el ángulo correcto, pero la casa estaba a oscuras, y la puerta, sellada con cinta de la policía. Habían cubierto el gran ventanal roto con paneles de madera, pero el resultado recordaba un ojo a la funerala y la vivienda en general daba la impresión de estar sucumbiendo a la dejadez más absoluta. A River le pareció que en una semana como muy tarde estaría cubierta de pintadas y ocupada por vagabundos, perros callejeros y ratones.

Una vez más habían formado las mismas parejas y se habían desplazado en los mismos coches: el de Louisa y el de Ho.

—¿Para qué deshacer una combinación ganadora? —había bromeado Louisa.

River había pasado todo el viaje pensando en una respuesta ingeniosa, pero cuando ya estaban a punto de llegar se había dado cuenta de que el juego de llaves pegado bajo el escritorio de Ho no incluía la de la puerta de la calle. Se lo dijo a Shirley, pero ella se encaminó como si nada hacia la puerta: parecía que fuera a abrirla con un patadón o un cabezazo demoledor. Sin embargo, tras desgarrar el precinto policial, se limitó a sacar un manojo de llaves y a probarlas una a una. La tercera funcionó.

—No me digas que tenías las llaves de la casa de Ho.

—Son las que dejó Marcus.

—¿Y Marcus tenía las llaves de la casa de Ho?

—No, hombre. —Meneó el llavero en el aire—. Es un juego de ganzúas.

Así que Marcus no siempre echaba las puertas abajo: a veces las abría de forma civilizada.

Entraron en tropel y empezaron a hablar en murmullos.

—Los Perros han estado aquí —susurró River.

Saltaba a la vista porque por todas partes había indicios de una inquisitiva presencia oficial: cajones abiertos, espacios vacíos allí donde antes había electrodomésticos o equipos electrónicos... Se daba por sentado que cualquier cosa enchufada a la corriente era susceptible de transmitir datos, ni la tostadora había quedado libre de sospecha. Roderick Ho tenía un montón de dispositivos y, en consecuencia, ahora había una gran cantidad de estantes y rincones desocupados.

—Bueno, pues menos mal que han estado por aquí —comentó Louisa—; es su trabajo, ¿no?

—Si Kim estaba escondida en la casa, es de suponer que los Perros se la habrán llevado.

—A no ser que esperase a que terminaran y se fueran.

River estuvo tentado de decir que Kim no era más que una chica, una buscona de discoteca especializada en embaucar a imbéciles como Ho. ¿Cómo iba a conocer trucos de espía? Sin embargo, volvía a notar una opresión en el pecho, como si le hubieran atornillado un poco más las vísceras, así que se las arregló para decir:

—Yo me encargo de mirar arriba.

—Vale, voy contigo —indicó Louisa—. Shirley, tú echa un vistazo por aquí. Coe, vigila la puerta.

River estuvo tentado de preguntar a qué venía que ahora Louisa les diera órdenes, pero su ángel de la guarda le aconsejó que se callara. Había motivos de sobra, recientes y convincentes, para que ni a él ni a Coe se les permitiera manipular por su cuenta ni siquiera un abrelatas, y en cuanto a la posibilidad de que fuera Shirley, y no Louisa, la que diera las órdenes... bueno, mejor ni preguntarle al ángel de la guarda.

Louisa fue por delante y se separaron en el rellano. Ella abrió la puerta del dormitorio de Ho con cara de horror y River se dirigió a la sala de estar con su gran ventanal roto.

Alguien acababa de entrar en la habitación, por lo que Kim se quedó más quieta que nunca: era una chaqueta colgada en una percha, una sudadera doblada, cualquier cosa que uno esperaría encontrar en el interior de un armario; de modo que, si alguien abría, se limitaría a echar una ojeada rápida y luego volvería a cerrar. Y entonces ella se encontraría de nuevo a solas en la oscuridad y podría respirar otra vez.

El truco estribaba en ocupar un espacio un poco más pequeño que tu propio cuerpo y en no mover ni un músculo hasta que terminaras por volatilizarte, de tal forma que nadie te encontrara nunca más.

Los tablones del suelo crujieron levemente. Algo se abrió y se cerró. Una persona deseosa de ocultarse tan sólo podía esconderse en unos pocos sitios, justo aquellos donde cualquiera se pondría a buscar. No le quedaban más que unos segundos cuya progresión le resultaba casi tangible, como si estuvieran colándose por debajo de la puerta: unos segundos palpitantes, ruidosos se diría, muy capaces de delatarla.

Eso de esconderse en la casa de Roddy no había sido una buena idea; habría sido preferible seguir en la calle.

Cerró el puño, envuelto en una percha de alambre retorcida, y siguió a la espera.

• • •

Shirley tenía clarísimo que la cocina de Ho no se usaba muy a menudo.

Junto a la puerta posterior se alzaba una torre de cajas de pizza, y al lado de ésta había una bolsa rebosante de botellas de plástico: bebidas energéticas, Coca-Cola y refrescos de otras marcas que no le sonaban... La nevera era descomunal, pero estaba infrautilizada, si bien el congelador albergaba más pizzas y dos grandes bolsas de patatas para hacer al horno que enseguida la transportaron a un mugriento supermercado de esquina un domingo por la noche. La verdad era que su propia nevera tampoco era ninguna maravilla: la única cosa verde que contenía era el cristal de las botellas de cerveza. Pero, en fin, era un alivio cerciorarse de que Ho era tan desastre como todos suponían: si al final hubiera resultado que, en la intimidad, era todo un gourmet con verduras exóticas y botellines de aceite de trufa blanca, el trauma sería difícil de superar.

Ya había examinado todos los lugares donde una persona podía esconderse: las alacenas y debajo de las mesas, y no había ni rastro de Kim. Por otro lado, era lo que cabía esperar. Tarde o temprano la encontrarían metida en una bolsa de basura tan deforme como la que contenía las botellas de plástico, pero más blanda y maloliente.

Ella esperaba que no fuese el caso, pero una cosa era la esperanza y otra muy distinta la cruda realidad, y no hacía falta ser un caballo lento para saberlo.

Abrió una de las alacenas confiando en encontrar tazones, platos, especias o harina, pero dentro había un montón de latas de judías, pero un montón de verdad.

Notaba el peso del llavero de Marcus en el bolsillo. Hasta aquel día, nunca había usado el juego de ganzúas, una suerte de trofeo con el que había arramblado tras encontrarlo en el cajón del escritorio de su antiguo compañero. Lo que de verdad había estado buscando era la pistola de Marcus, pero Lamb era rápido como el rayo a la hora de rapiñar tonterías legadas por un muerto. Al principio, ella pensó que Lamb había dejado el llavero en el cajón porque no había advertido que se trataba de un juego de ganzúas, hasta que encontró una explicación más plausible: no se había tomado la molestia de cogerlo porque tenía su propio juego. Y por ella, perfecto. Lástima de la pistola, eso sí.

Como Marcus solía decir, a veces venía bien tener una pistola a mano.

Por mala que fuese la situación (su corazón latía desbocado hasta tal punto que el armario seguramente vibraba al ritmo de los latidos), las cosas siempre podían ser peores: en lugar de estar dentro de un armario, bien podría estar metida en un féretro, se dijo Kim.

Cuando estaba de pie frente a la ventana en su propia casa y ya era demasiado tarde para escapar por allí, no había tenido, como ahora, la sensación de que el tiempo transcurría segundo a segundo, sino más bien de que se detenía por completo. Fue Shin el que entró por la puerta

empuñando una pistola. Ella sintió que estaba a punto de mearse encima y en ese momento comprendió que no bastaba con tener preparado un bolso para salir volando en caso de emergencia, lo que necesitaba era una segunda vida: una segunda vida en la que nada de todo aquello hubiera ocurrido nunca... No era una buena persona, cierto, pero lo achacaba a las circunstancias: vivía rodeada de víctimas propiciatorias, ¿y quién tenía la culpa? Hacía mucho tiempo que tenía clara una cosa: en la vida había dos clases de hombres. Por un lado, los que podías utilizar como cajeros automáticos; con el tiempo, éstos aprendían la lección y dejaban de hacer el primo por la vida. Y por otro, los que escupían sangre y venían a por ti. Uno o dos la habían encontrado, y no iba a salir viva de muchos encuentros más de ese tipo.

Pero Shin y su gente eran distintos. Sabían perfectamente quién era y a qué se dedicaba, y estaba claro que dicha información provenía de instancias superiores. Había oído hablar sobre jóvenes reclutadas por los servicios de inteligencia: el chantaje sexual estaba a la orden del día y las chicas como ella eran un señuelo idóneo. Pero estaba convencida de que todo aquello era una leyenda urbana creada por las propias chicas para hacerse las interesantes, porque así dejaban de ser unos meros señuelos para convertirse en participantes de un juego de alto riesgo. Lo último que esperaba era tropezarse con un espía de carne y hueso, y lo más asombroso había sido descubrir que el espía de marras era ese tal Roderick Ho al que llevaba meses desplumando sin despeinarse. Habría sido divertido, incluso, de no ser porque la gente de Shin le había dejado claras las consecuencias de negarse a obedecer sus órdenes. Tenía familia en Corea del Norte: unos tíos y tías a los que nunca había visto, una prima con dos bebés... Los tipos le habían enseñado fotos, pero éstas podían ser de cualquiera y, en lo concerniente al parentesco, digamos que los familiares a los que sí conocía tampoco la habían ayudado mucho, así que se dijo que podría vivir con la idea de que unos desconocidos lo pasaran mal por su culpa. Pero entonces los tipos le enseñaron un espejo: su propia cara, sus propios rasgos menudos y perfectos.

Había sido muy sencillo persuadir a Ho de que robara a las compañías de tarjetas de crédito, pero lo fue todavía más manipularlo para que se hiciera con documentos secretos. Para cuando le dio el código del documento que ella quería, Roderick ya estaba convencido de que esas rapiñas furtivas habían sido idea de él.

Ella, por supuesto, tenía claro que entregar ese documento a Shin no iba a suponer el final de la historia: después de utilizar un dulce señuelo, alguien tendría que limpiar los restos de azúcar. Y la pillaron a contrapié cuando trataba de escapar por la ventana. Habría tenido que escapar antes, correr a esconderse en otro lugar hasta que la tormenta escampara, pero era una chica de Londres y en otra ciudad sería una presa, y no una cazadora, como allí. Y además, tan sólo había dos clases de hombres, y ella había aprendido a manejarse con unos y otros.

De pie junto a la ventana, con el bolso para las emergencias convertido en un bulto en el

césped de abajo, puso morritos para recibir a Shin, que acababa de entrar por la puerta pistola en mano.

—¡Gracias a Dios que eres tú! —exclamó antes de lanzarse a abrazarlo.

Un coche avanzaba por la calle a una velocidad normal, y aunque Coe aferró con fuerza el mango del cuchillo en el bolsillo de la sudadera, no reaccionó de un modo visible. Sin embargo, el conductor estudió su rostro medio iluminado por la farola cercana. Los vecinos sin duda estaban al corriente de que en la casa de Ho había pasado algo raro: la noche anterior, un hombre había caído por la ventana, y se habían oído disparos. Esa misma mañana, unas furgonetas negras se habían presentado para llevarse un montón de objetos de la casa, y si alguien había sido lo bastante cotilla para acercarse a los Perros, seguro que se había llevado una buena dentellada.

No, un incidente de ese tipo no pasaba precisamente desapercibido.

«Y aun si los rumores no se han extendido», pensó Coe, «yo soy un tipo peligroso: acércate bajo tu propio riesgo».

«Mierda... ¡mierda!», había pensado al ver que la lata de pintura le caía en la cabeza a Gimball. No había sido agradable, desde luego, pero ahora estaba pensando, más bien, en la rapidez con la que había recobrado la serenidad: casi tan deprisa como el tipo de los tatuajes había salido por piernas. Él mismo no se quedó atrás, pese a que tuvo que bajar por dos escaleras de mano. Recogió a Cartwright, que estaba viendo las estrellas como un personaje de tebeo, y lo llevó al coche en un abrir y cerrar de ojos. Estaba casi seguro de que nadie los había visto salir del callejón, lo cual no significaba que estuvieran fuera de peligro, pero sí que podían contar con un pequeño respiro.

Cartwright estaba convencido de que ambos tenían los días contados, pero él sabía que el servicio hacía todo lo posible por encubrir las cagadas de este tipo. Las reglas de Londres dictaban construir una muralla alrededor e ir tirando a los tuyos desde las almenas en un orden inverso a su utilidad; así que, mientras él siguiera siendo más útil que Cartwright, no sería el primero en ser arrojado muro abajo. No le hacía mucha gracia ver las cosas de este modo, pero se sentía vivo, y ésa era la prioridad número uno. Todos estaban en el mismo barco hasta que dejaban de estarlo: ésa era otra de las reglas de Londres.

Luego se acordó de que le habían dicho que lo veían más animado y contento. ¿Era posible? ¿De verdad?

Había entrado en el servicio como miembro del Departamento de Evaluación Psicológica. Una de sus funciones consistía en valorar estrategias operativas destinadas a producir un impacto psicológico (sobre individuos-diana y también sobre agentes) y otra hacer evaluaciones individuales: quién estaba estresado, a quién le iría bien un cambio de puesto y quién era un

psicópata. En todas las organizaciones hay unos cuantos de estos últimos, sobre todo en los puestos directivos, y nunca está de más saber quiénes son en caso de emergencia o si se organiza una fiesta en la oficina. Él era un experto en reconocer los síntomas, pero quizá debería haberse mirado al espejo con más atención, sobre todo después del trauma que había sufrido. Aquel incidente posiblemente había abierto una puerta a su faceta más oscura, una puerta que desde entonces no se había cerrado. Por eso cogía el cuchillo automáticamente cada vez que se sobresaltaba por algo, por eso se sentía más contento y dueño de sí mismo cada vez que se cargaba a alguien. De haber escrito un informe de evaluación psicológica sobre sí mismo, la mitad de los párrafos estarían subrayados en rojo.

Pero se decía que probablemente nada de eso fuera tan grave como parecía a simple vista: todo el mundo necesita sentirse al límite de vez en cuando, justo como él se sentía ahora.

El coche acababa de irse; la calle estaba a oscuras y en silencio; el cuchillo estaba donde tenía que estar.

A sus espaldas, en la casa de Ho, algo chocó contra el suelo y alguien soltó un alarido.

Crujió otro tablón y Kim se preparó para salir corriendo.

Cuando había vuelto a pasar por la casa de Ho, había visto mucho movimiento: unos hombres con cara de pocos amigos estaban cargando ordenadores y periféricos en una furgoneta negra. En la acera había trozos de cristal, así como un par de cascotes procedentes de la pared de ladrillo.

La noche anterior había llamado a Shin desde el asiento trasero del taxi: «Está solo en casa. Sólo una cosa: que sea rápido, ¿de acuerdo? El chico es inofensivo.»

¿De veras se había creído que iba a ser indoloro? En todo caso, de momento ella se había librado de aquellos tipos. Eran las reglas del juego: antes que nada, ponerse a salvo uno mismo.

Recordaba cómo se había camelado a Ho desde el principio: «Tú eres quien manda, ¿no es así?», «Los otros tienen que hacer lo que tú les digas», «Tú no eres como los demás»...

A ningún hombre le gusta ser como los demás: les encanta oír que son únicos.

Se había alejado de la casa de Ho y de la furgoneta negra para ir a refugiarse en un café durante toda la tarde y había vuelto ya de noche.

Había entrado con la llave que le había dado el propio Roderick y se había tumbado en la cama a meditar sobre lo que debía hacer.

Lo más probable era que Roddy estuviera muerto, que se lo hubieran cargado. Y lo mismo le habría pasado a ella si no llega a camelarse a Shin. «Tú eres quien manda, tú no eres como los demás...» Se había sentido obligada a engatusarlo, entre otras cosas, porque el tal Danny tenía una forma de mirar que te metía el miedo en el cuerpo. Y al final había valido la pena porque Shin la había dejado escapar: se había quedado mirándola mientras ella escapaba por la ventana

del dormitorio, inflamado de amor por las promesas que ella le había hecho. En cuanto todo acabara, estarían juntos. Ella lo esperaría, comerían perdices y follarían como locos por siempre jamás.

Pero los trucos y camelos tenían su lado oscuro, de ahí que ahora estuviera encogida dentro de un armario mientras alguien al otro lado de la puerta registraba la casa.

Alguien o unos cuantos.

Si se trataba de Shin y su tropa, sus juegos y trucos no iban a funcionar una segunda vez. A solas, Shin era tan maleable como la plastilina, pero con los otros delante las cosas serían muy distintas.

Sin embargo, no creía que fueran Shin y su gente los que estaban registrando la casa de Ho.

A la espera, preparada, blandió la percha de alambre dispuesta a golpear; la había retorcido hasta convertirla en una especie de puño americano, y había enderezado el gancho, que sobresalía como un punzón.

Si para sobrevivir tenía que sacarle un ojo a alguien, por ella no habría ningún problema.

Los paneles de madera que cubrían el ventanal no acababan de encajar en el marco, y en el salón se percibía cierta corriente de aire. River arrancó uno de los paneles y dejó que la brisa nocturna le acariciara el rostro. Si hubiera tenido la sensatez de contar con unos padres ricos, como Ho, seguramente a esas alturas también tendría una casa propia, con su propio portal y unos vecinos a los que vería de vez en cuando durante el día. Con todo, la idea de que su madre pudiera dejarle en herencia una casita normal y corriente en una calle normal y corriente casi le daba risa: «De eso nada, monada.» Su único apoyo familiar era el Viejo Cabrón, un apoyo que estaba ya pudriéndose, que se había podrido ya y que en cualquier momento iba a desmoronarse como un busto hecho de madera podrida: una cosa aparentemente sólida y consistente que siempre estaba ahí... hasta que dejaba de estarlo. Por suerte, el Viejo Cabrón no iba a enterarse de que su nieto había estado implicado en la cagada monumental de aquel día, pensó. Las cosas tenían que estar muy mal para que el declive mental de su abuelo supusiera un alivio.

Se alejó de la ventana. Ahora que los Perros se habían llevado los juguetes de Roddy, el salón estaba prácticamente vacío. Habían sido rápidos y eficientes en su labor, y era bueno saberlo porque pronto iban a hacer otro tanto con él. Muy bien: que les aprovechara. Si todas sus pertenencias acababan en un contenedor de basura, nadie lo consideraría un desperdicio. Allí, el único desperdicio era su carrera profesional, que había sufrido un cortocircuito. La situación era tan mala que ya ni pensaba en abandonar el trabajo de forma voluntaria; de hecho, esa posibilidad se le antojaba una quimera. En cuanto los de Regent’s Park hicieran la recapitulación de lo sucedido aquel día, ellos mismos se encargarían de ofrecerlo en sacrificio o de barrerlo bajo

una alfombra. Volvió a notar, tras las costillas, aquel temor paralizante. No osaba abrir el móvil para ver las últimas noticias, y al mismo tiempo ansiaba escuchar la voz de alguien, de alguien que estuviera de su parte. ¿Su madre? Mejor no. ¿Su abuelo? No existía un teléfono tan potente como para comunicarse con él. ¿Quién más quedaba? ¿Frank, su padre? Frank era un renegado, un tipo con las manos manchadas de sangre al que probablemente mataría si se le presentaba la oportunidad.

De forma que tan sólo le quedaba el aquí y ahora: aquel momento preciso.

Hasta que todo se viniera abajo y los Perros llegaran para llevárselo a rastras, seguiría con el asunto que tenía entre manos, buscando a una persona que igual estaba muerta: más o menos lo mismo que llevaba haciendo a lo largo de toda su vida. Se arrodilló y miró bajo el sofá. El espacio era demasiado estrecho para usarse como escondite, pero así al menos tenía la sensación de estar haciendo algo...

Y de pronto oyó un estrépito y un alarido procedente del otro lado del rellano: ¡Louisa!

En el dormitorio de Ho imperaba un olor acre e indefinido, tan desagradable que, convenientemente embotellado, habría podido usarse para eliminar ratones o incluso ancianos. Louisa respiraba con cuidado. Si hubiera tenido que hacer una lista de los dormitorios que nunca visitaría, ése ocuparía el segundo lugar tras el de Benedict Cumberbatch, aunque por razones diametralmente opuestas. Eso sí, por lo menos Ho no estaba allí. Tan sólo había rastros de su persona: los carteles de anime en las paredes, la pila de tazones sucios esparcidos por el suelo con restos de chocolate en los bordes...

Y mejor no fijarse en los pañuelos de papel usados que florecían entre ellos cual intentos de origami fallidos y desechados.

La cama era amplia, con sábanas azul oscuro y una colcha marrón. «A quién se le ocurre», pensó. Se arrodilló y miró debajo de la cama: más pañuelos de papel desechados... y las suficientes bolas de polvo como para desecar un lago de tamaño mediano. La lámpara de la mesita de noche había desaparecido, como si los Perros estuvieran montando a escondidas un mercadillo de objetos de segunda mano. Se fijó en los cajones de la mesita y le entró el impulso de abrirlos. Era evidente que Kim no iba a estar oculta en uno de ellos, pero no todos los días tenía la oportunidad de curiosear en casa de un compañero de trabajo. Claro que Ho tampoco iba a esconder nada interesante en un cajón: su vida, más bien, estaba compuesta de píxeles y bits repartidos por los portátiles y discos duros que los Perros se habían llevado y de los que tan sólo quedaban los contornos sobre las superficies polvorientas. Estarían en Regent’s Park, igual que Ho, a punto de ser desmantelados. No era de esperar que volviesen a ensamblarlos, y a saber si Ho volvería a ser el mismo... Aunque Louisa no se paró a pensarlo, fue consciente de una

inopinada punzada de empatía por su compañero. En ocasiones, Ho resultaba útil, si bien pocas veces resultaba simpático y agradable... «Mira quién habla», se dijo: tampoco era que ella se hubiera desvivido por hacer de la Ciénaga un lugar mejor. Bueno, había hecho algunos esfuerzos con River, pero, por Dios, después de lo sucedido aquel mismo día, el Muchacho Prometedor de antaño se había convertido en un cero a la izquierda. Lo que estaban haciendo en ese momento, perder el tiempo buscando a una testigo que probablemente había muerto, en el fondo no era más que una forma de cubrir el expediente hasta que llegara el momento de la verdad. River y Coe estaban jodidos, y haría falta un milagro para que el resto del equipo sobreviviera a la bronca que iba a caerles por la mañana.

Pensando en esas cosas, abrió otro cajón, esta vez del armario... y un demonio salió del oscuro interior como una centella, empuñando una fina punta de metal que pretendía clavarle en la cara.

Lo último que Louisa iba a ver con el ojo izquierdo era a una bruja con un puño afilado que daba aullidos. No llegó a suceder por un pelo, y durante las siguientes semanas iba a tener pesadillas con el tema, pero en este momento ladeó la cabeza justo a tiempo mientras daba un paso hacia atrás hasta posar el pie izquierdo sobre uno de los tazones sucios que Ho había dejado tirados por ahí y que se hizo añicos bajo su peso. Desequilibrada, cayó al suelo con un grito y entonces vio (desde un ángulo demencial que lo hacía parecer una pieza de un rompecabezas) a River en el umbral del dormitorio.

No había tiempo para estrategias, sólo para la acción. La mujer que había abierto la puerta del armario ya estaba fuera de combate; al cabo de un segundo, un hombre llegó tras ella. Kim lo golpeó con saña en la cabeza, en el estómago... El tipo parecía fibroso (no te quedaba la sensación de estar propinándole un cabezazo a una almohada), pero ella tenía la cabeza más dura, y llena de malos pensamientos. El fulano reculó atontado y ella aprovechó para colarse bajo su brazo extendido y bajar las escaleras de cuatro en cuatro (más que bajarlas, gestionó un despeñamiento), pero otra figura surgió de la nada antes de que llegase abajo y la agarró por el cuello de la chaqueta, alzándole los pies del suelo. Ambos se desplomaron hechos un lío y ella soltó unos tajos furiosos hacia atrás con el arma improvisada hasta que hendió carne y oyó que el ser en forma de barril que la tenía aprisionada soltaba una suerte de graznido escandalizado y sintió que la mano en su cuello se aflojaba. Se levantó rápidamente y abrió la puerta de la calle. Llegaron unos ruidos de arriba: la número uno y el número dos acababan de enderezarse también y venían en pos de ella, pero ya estaba fuera, en la acera, donde se tropezó con otro más: un sujeto con una sudadera con capucha, un tipo que olía a peligro. El fulano llevó la mano al

bolsillo de la prenda y eso ella no podía permitírselo porque sabía qué era lo que los de su calaña siempre sacaban a relucir; lanzó un nuevo tajo y la percha de alambre destelló en la noche como una centella en diagonal. El otro se echó hacia atrás, pero el alambre le rajó la barbilla y unas gotas de sangre terminaron besándola en la cara. No había que confiarse, pues el tipo acababa de recobrar la iniciativa: la agarró por el brazo y ella por un instante pensó que todo había terminado. Los tres que estaban dentro de la casa se reagrupaban y el cuarto la tenía bien sujeta. No tuvo ni que pensar en lo que hizo a continuación: clavarle un rodillazo en los cojones; un truco muy visto, pero todavía efectivo, pues el otro al momento se dobló. Tras soltarse del tipejo, salió por piernas calle abajo.

«Tengo que desaparecer, esconderme donde sea y no moverme de allí. Lo primero que tengo que hacer es quitarme esta percha de la mano o alguien va a quedarse con mi cara.»

Sin dejar de correr, meneó la mano y se libró de la percha, que fue a parar a la acera como una corona de espinas desechada. Cruzó la calzada, corrió en paralelo a una hilera de vehículos estacionados y llegó a la esquina, pero cuando iba a torcer a la izquierda la portezuela de un coche se abrió de golpe ante sus narices y chocó, salió rebotada y fue a estrellarse contra el suelo con tanta fuerza que todos los huesos del cuerpo se le encendieron como una guirnalda de luces.

Algo (alguien) gordo y pesado salió del auto y la miró desde lo alto: una bestia asquerosa que se disponía a hacer pedazos a su víctima.

—Todo el mundo sabe que soy un enemigo acérrimo del machismo —dijo aquel monstruo—, pero no puedo evitarlo: me gusta abrirle la puerta a una señorita.

Ella ya ni escuchaba.

12

Whelan hizo unas cuantas llamadas y, mientras hablaba, mientras escuchaba, dejó que su mirada se posara en los chicos y chicas de la oficina central. Una chica en particular le llamó la atención, de forma puramente paternal, claro: sólo porque se parecía a Claire de jovencita... Pero no podía dejar de observarla mientras se inclinaba levemente sobre su escritorio para hablar con un compañero, cuando se agachaba para abrir un cajón...

En su memoria había un pequeño espacio en blanco, y él prefería que siguiera así, completamente en blanco. Si alguien le hubiera preguntado los detalles de aquella noche tan lejana (la conversación con la joven plantada en la esquina, la aparición de un policía de paisano, las horas que pasó en comisaría hasta que otros se ocuparon de que todo quedara en nada), se habría quedado sinceramente boquiabierto, incapaz de recordar si aquello le había sucedido a él o si lo había leído en alguna parte, hasta tal punto se había esforzado en borrar ese episodio de su mente. «Fue un lapsus», habría respondido en caso de insistencia, un desliz lamentable que había quedado enterrado para siempre. Era feliz con Claire, con su matrimonio perfecto, y si el interés de ella por la faceta carnal de su relación había ido de muy poco a nada, ése era el precio que debía pagar por el apoyo constante de su mujer.

Por supuesto, Jackson Lamb se había enterado del asunto. Quién sabe cómo, pero se había enterado, y evidentemente no desaprovechó la oportunidad de hacérselo saber presentándose como un can con la gallina recién cobrada entre los dientes. Aunque, por lo visto, lo único que quería era que lo dejara en paz, a él y a los suyos.

Y no había más remedio que hacerlo, al menos por el momento.

Habló con el director del periódico que publicaba la columna de Dodie Gimball, luego con el abogado del periódico y, poco después, con un abogado del servicio; finalmente, llamó al director del diario una vez más. Esa segunda conversación fue tirando a breve. Tras hacerse con la información que necesitaba, marcó el número que el director accedió a darle a regañadientes y conversó con un tipo de apellido Barrett cuya voz de barítono era un placer escuchar. Barrett, antiguo agente de policía, hacía labores de investigación para el periódico a fin de llenar los huecos en el proceso de acopio de noticias ahora que la mayor parte de los periodistas rara vez se aventuraban más allá de Twitter y la máquina de Nespresso más próxima. El antiguo agente le relató sin vacilación, redundancia ni digresión los pormenores de su trabajo para Dodie Gimball.

Cuando terminó, él le dio las gracias, colgó y dejó que su mirada volviera a perderse al otro lado del tabique de cristal.

El señor primer ministro no se pondría nada contento al enterarse.

La noche se mantiene agazapada durante el día, pero sigue estando ahí, siempre a la espera, y hay quienes le abren la puerta antes que otros, dejando que entre furtivamente y se eche a reposar en un rincón. Molly Doran era una de esas personas: se había convertido en un ser nocturno y la única luz que toleraba bien era la de la hora azul.

Hacía un rato ya que el atardecer había tomado posesión de su reino sin ventanas, ubicado unas cuantas plantas por debajo de donde Claude Whelan hablaba por teléfono. Su hogar nominal era un apartamento en el primer piso de un anodino edificio moderno a veinte minutos en taxi, pero no pasaba de ser una caja en la que se escondía durante unas horas cuando no le quedaba más remedio. Allí, en Park, era donde se sentía viva de verdad, sobre todo a esa hora, durante el último turno, cuando la noche salía de su cesta y merodeaba a sus espaldas mientras ella iba y venía ante las estanterías con su silla de ruedas.

En su archivo había hileras e hileras de carpetas, y en todas ellas se acurrucaban diferentes vidas. Había minuciosos datos de operaciones cuyos detalles nunca serían de dominio público, lo que a ella le parecía bien: por algo se llamaba servicio secreto, ¿no? Los grupos de presión podían desgañitarse todo lo que quisieran hablando de transparencia y apertura, pero ella sabía que gran parte de lo que nos mantiene a salvo debe permanecer oculto. Los apetitos que mantienen viva la democracia pueden ser indecorosos, y algunas de las historias que escondían aquellas carpetas podían hacer a los liberales entrar en combustión espontánea, y aunque ella pensara a veces que un poco de calor no vendría mal, un incendio como el que podría desatarse no sería nada fácil de controlar; de hecho, previsiblemente se saldría de madre.

De vez en cuando hablaba con sus carpetas. «Y bien, queridas mías», decía en voz alta, «¿qué vais a mostrarme esta noche?».

Las carpetas no le respondían, claro: no estaba loca. Sencillamente conversaba con lo que la rodeaba como un cautivo habla con las paredes de su celda: era otra forma de hablar consigo misma, de subrayar su presencia en ese lugar.

—«Abrevadero» —susurró—, vaya palabra pintoresca.

«Pintoresca», en este caso, quería decir «vieja»; de la posguerra, seguramente, pero viejísima al fin.

La silla de ruedas apenas hacía ruido. Molly a veces se preguntaba si, en caso de ponerse a cuatro patas (era sólo una forma de hablar), se encontraría con unos largos surcos en el suelo, de tanto rodar por aquellos pasillos.

Llevaba tantos años allí...

Pero eso ahora daba igual: pronto iban a ponerla en la calle. Dentro de seis semanas. «No hace falta que siga trabajando hasta entonces», le habían dicho. «¿Por qué no aprovecha para tomarse unas vacaciones?» ¿Unas vacaciones? A la mierda con ellos. ¿Qué pensaban, que se iría a una playa a surfear?

Llegó a plantearse la posibilidad de negarse en redondo, de encerrarse y hacerse fuerte en el archivo, pero eso sería tan poco digno como para empañar su leyenda irremisiblemente.

No, mejor irse por su propio pie, por decirlo de algún modo.

—Vamos a ver, ¿y si empezamos por aquí...?

«Aquí» significaba a finales de los cincuenta, en los estantes que albergaban unos cuantos planes de contingencia jamás llevados a la práctica, estrategias y «aventuras» puestas en el papel cuando el imperio británico todavía estaba dando sus últimos estertores.

No hace falta decir que la cacería en la que estaba embarcándose era motivo suficiente para el despido inmediato y sin contemplaciones: Lamb era una *persona non grata* hasta tal punto que Regent's Park podría definirse como un club en el que no se admitía a personas de nombre Jackson. Por lo demás, incluso si Lamb no estuviera metido en el ajo, había un protocolo muy estricto, y eso de que uno viniera y te pidiese un favorcillo no era de recibo. De modo que estaba poniendo en peligro las seis semanas que le quedaban y la posibilidad de tomarse unas vacaciones en una estación de esquí o algo parecido: un desliz y podían darle la patada sin pensárselo dos veces. Eso si tenía la suerte de no acabar en la cárcel... Y ella no tenía ningunas ganas de acabar en la cárcel.

Pero tampoco le gustaba que Diana Taverner hubiera tramitado su cese sin que le temblara el pulso. Por supuesto, no había dado la cara de forma oficial, pero sus huellas estaban por todas partes. Lady Di desconfiaba de los excéntricos y consideraba como tales a todos aquellos que tuviesen una visión distinta a la suya, aunque, de haber pasado algo de tiempo en ese archivo, sabría perfectamente que los excéntricos, los soñadores y los medio chiflados en general eran, desde siempre, los que habían conseguido plantar en lo más alto la bandera del servicio.

Y además estaba Jackson Lamb: la tentación de brindarle la soga con la que él mismo acabaría ahorcándose era casi irresistible. Porque, más tarde o más temprano, iba a balancearse en el aire colgado de ella: nadie podía ser Jackson Lamb eternamente sin pagar un precio. De todas formas, a ella le bastaba la certeza de que a Lady Di le daría algo cuando se enterase de que lo había estado ayudando en sus maquinaciones: esa recompensa era más que suficiente.

De pronto le pareció ver el cadáver de Lamb oscilando sobre un patíbulo. El hedor que desprendería su cuerpo vaciaría los edificios cercanos, pero ella sabía que eso le encantaría a Lamb, quien, tras haberse pasado media vida combatiendo las fuerzas de la opresión, había dedicado la siguiente mitad a vengarse de un mundo que estaba yéndose al carajo de todos

modos. Si las cosas hubieran sido distintas, tal vez habría podido convertirse en una figura digna de ser contemplada; tal como estaban las cosas, sin embargo, era todo un espectáculo, pero no del tipo que atrae miradas de admiración.

Era fácil dejarse llevar por la espiral descendente de tales pensamientos: se había pasado años y años allí abajo, perdida en ensoñaciones y fantasías a pesar de las ruedas que tan firmemente la conectaban con la tierra. Se diría que aquellas carpetas habían ido filtrando sus contenidos poco a poco, impregnando el aire de historias ocultas, de aventuras secretas...

—Esto es Regent's Park —se regañó—, no el puñetero Hogwarts.

Dicho lo cual, alargó el brazo hacia una estantería y sacó el primero de los tesoros de la noche.

Sentada en el coche a solas, pensó que el dolor era precisamente eso: el dolor consistía en estar sentada a solas en un coche.

¿Se acordaría de la frasecita o haría mejor en anotarla para usarla cuando llegara el momento?

Estrictamente hablando, Dodie Gimball no se encontraba a solas, porque el chófer también contaba, pero el arte no siempre tenía que reflejar los detalles prosaicos de ese tipo. Su marido había muerto y ella estaba a solas en el coche. Iba a estarlo para siempre. El compañero de su vida había sido eliminado. Un momento antes estaba con ella y luego ya no.

¿Qué iba a hacer ahora?

Unas luces la seguían y precedían. Los dos coches de la escolta policial no llevaban la sirena puesta, pero sí habían encendido las centelleantes luces azules que iban tiñendo de color el interior del BMW, un color que de vez en cuando se difuminaba un poco cuando se le empañaban los ojos, aunque el torrente de lágrimas se resistía a brotar: era como si una válvula se hubiera atascado de pronto obstruyendo el libre flujo del agua.

Dennis se había ido para siempre. Ellos lo habían asesinado. Y tarde o temprano lo iban a pagar.

Nadie había sido capaz de decirle todavía qué había pasado exactamente: lo sucedido estaba «bajo investigación», «era demasiado pronto para saberlo».

Habían acordonado la zona y, cuando su pequeño convoy se fue de Slough, también habían situado un puesto de control, pero ni por asomo iban a decirle algo. En cualquier otra circunstancia, se vengaría poniendo en su punto de mira las carreras de todos aquellos espantajos, pero esa noche se sentía impotente. Eso era el dolor: el dolor era estar a solas en un coche, pero también era otra cosa, algo que aún no terminaba de comprender.

Lo último que le había dicho a Dennis había sido:

—Si alguien te sorprende fumando, olvídate de calzarte mis Manolo Blahnik nunca más.

Punto.

Pero eso también sería mejor reescribirlo: «Al abrazarme a él, tuve un extraño presentimiento, el mismo que había tenido sólo otra vez en el pasado, cuando mi tan querida abuela...» No, mejor «abuelo»; «abuela» era demasiado... En fin, ya se vería, que las becarias se ocuparan del asunto. «Te quiero, mi amor. Me queda el consuelo de saber que ésas fueron las últimas palabras que yo...»

De pronto, las luces azules de delante fueron ralentizándose hasta detenerse.

Y su coche se detuvo tras ellas.

Se encontraban en Western Avenue. A lo lejos, las luces de la ciudad iluminaban el edificio Hoover, que estaba en reconstrucción. En la autovía, rojas luciérnagas convergían en dirección al centro de Londres, pero a proa y a popa de donde se encontraba ella las luces azuladas giraban lentamente. Se habían detenido entonces en un área de descanso y el chófer estaba diciéndole algo que incluía la palabra «señora»...

—¿Qué?

—Me han indicado que pare, señora.

—¿Qué?

—Tiene usted una visita.

Y de pronto, el chófer salió del vehículo y ella se quedó a solas en el coche. A solas de verdad.

—¿Cómo sabías dónde encontrarnos?

Lamb suspiró.

—Un respeto, por favor: estaba claro que ibais a buscar a la chavala, ¿no? ¿Y dónde iba a estar, sino en casa de Ho?

—Bueno, probablemente también cuenta que yo te llamara para decírtelo... —repuso Catherine.

—En momentos como éste los tecnicismos están de más, Standish.

Kim, la novia de Roddy, estaba tumbada boca arriba en el suelo del despacho rodeada por todo el equipo. El rango de emociones entre los presentes era muy amplio: iba de la preocupación de Standish a la indiferencia de Lamb, y estaban tan alejados el uno del otro que, para Lamb, Standish resultaba prácticamente invisible.

—El control de los tiempos —volvió a decir Lamb—, ¿os ha quedado clara la importancia del control de los tiempos?

—Hombre, igual podrías haber ido a por la chica de forma menos expeditiva.

—Sí, claro... —Examinó a los congregados: J. K. Coe tenía un profundo corte en el mentón; Shirley Dander, un lóbulo de una oreja retorcido e informe; Louisa y River parecían tener dificultades para moverse...—. En vista de la puta maestría con que le habéis hecho frente.

Catherine lo había llamado justo cuando se encontraba en el coche de Welles tras salir de Regent's Park. Flyte y Welles estaban sentados delante; Lamb, despatarrado detrás.

—Tenemos que encontrar a la chica —había afirmado Flyte.

—Claro.

—Si es que aún no la han matado...

El tráfico era fluido y Londres lucía sus galas nocturnas: brillantes lentejuelas y cartera rebosante. Algunas noches daba la impresión de ser una emperatriz vestida con harapos, pero en esta ocasión parecía una vagabunda envuelta en ropas de diseño.

—Yo la habría matado ya —dijo Lamb—, pero os recuerdo que esos mamarrachos trataron de despachar a Ho dos veces con resultados lamentables, y teniendo en cuenta que un niño de cinco años podría hacer ese trabajillo con un matamoscas, no me siento precisamente deslumbrado. —Antes de que Flyte o Welles pudieran decir nada, movió las posaderas y el asiento crepitó ruidosamente—. Vaya, no consigo olvidarme de que vais en el coche.

—Lo mismo que tú —respondió Flyte, que se había tapado brevemente la nariz por precaución.

—Bueno, pues yo no voy a ir andando a casa. ¿Y vosotros? ¿Cuál es vuestra excusa?

—¿Te parece que debería volver haciendo footing?

—Lo que me parece es que deberías estar en tu despacho redactando el informe pertinente, y sin embargo aquí estás... —Lamb se rascó la oreja y, cuando se dio por satisfecho, tenía un cigarrillo en la mano—. Porque estás metida hasta el cuello en todo esto, lo mismo que tu colega de Cornualles, aquí presente.

—Devon.

—Pues eso. Lo que está claro es que la cagaste bien cagada y el colega ha venido a cubrirte las espaldas en el momento equivocado. —Miró a Welles de soslayo—. Estás pensando que no tendrías que haber respondido a esa llamada, ¿verdad?

Welles hizo caso omiso.

—Gimball ha muerto, Lamb —dijo Flyte.

—Huy, qué pena. ¿Nos ponemos un lacito en la solapa en señal de duelo?

—Me avisaste de que Gimball estaba en peligro; si te hubiera hecho caso, a lo mejor no habría muerto.

Lamb se arrellanó en el asiento.

—Cuando te asignen a la Ciénaga, me ocuparé de emparejarte con Cartwright. Si no recuerdo mal, ya chocasteis en su día.

—Antes me pego un tiro.

—Tengo una pistola. Si quieres, te la dejo.

El móvil de Lamb sonó en ese momento: era Catherine Standish con las últimas noticias de la

Ciénaga.

Mientras él hablaba, Flyte se volvió hacia Welles:

—Cuando te pedí ayuda no tenía ni idea de que las cosas fueran a salirse de madre de esta forma. Te recuerdo que estás fuera de servicio: puedes irte ahora mismo si quieres.

—Antes de entrar en Regent's Park —le recordó él—, he firmado la entrada de este Lindsay Lohan de ahí detrás, y van a hacerme preguntas al respecto.

Flyte lo pensó unos instantes y finalmente respondió con la palabra estándar:

—Mierda.

—A mí me sobra un poco más, si queréis: acaban de decirme que las cagadas siguen sumándose —dijo Lamb tras cortar la llamada.

—A ti todo esto te divierte, ¿verdad?

—Es el poder del pensamiento positivo —contestó él—. Mirad y aprended. Ah, y otra cosa, Hampshire, no vamos donde íbamos. Hay cambio de planes. Mis chicos creen que la chavala está en casa de Ho.

—¿Viva?

—Aún es pronto para saberlo: la última operación de rescate no les salió muy bien que digamos, pero vale la pena que nos acerquemos a ver.

Welles se detuvo en un área de descanso.

—Lo que tenemos que hacer es volver a Regent's Park y explicárselo todo a Whelan... o a quien sea.

—Es una idea pésima —repuso Lamb—, eso ya ha quedado claro antes, ¿os acordáis?

Flyte miró al cielo con exasperación.

—¿Y qué hacemos entonces?

Esta vez fue Welles quien respondió:

—A la hora de hacerse con el plan del Abrevadero, esa gente sabía perfectamente qué documento preciso necesitaban, lo que supone que alguien los informó desde dentro.

—Mierda —repitió Flyte.

—Y eso supone que en la cesta del servicio hay una manzana podrida —convino Lamb—. No estaría de más averiguar quién es antes de presentarnos llamando a la puerta como Caputecita Roja.

—Caperucita.

—Está claro que vimos dos películas distintas. —Miró a Welles y añadió—: ¿Piensas seguir ahí sentado toda la noche?

—Depende de lo que diga mi jefa.

—¿Has estado adiestrándolo con un palo o lo enviaste al cole?

—Si alguien los informó desde dentro —dijo Flyte—, ¿para qué necesitaban a Ho?

—Es otra de las cosas que no vamos a averiguar aquí sentados.

—Me equivoqué, de acuerdo —reconoció ella—. Eso es lo que suele pasar cuando uno está demasiado cerca de tu equipo, ¿no? Porque lo tuyo es contagioso. El caso es que asumiré las consecuencias, pero no voy a pasarme el resto de la noche metida en una sala con Roderick Ho, no mientras tengamos la oportunidad de dar con esos cabrones.

Así que pusieron rumbo a la casa de Ho, donde, con un impecable control de los tiempos (como Lamb seguía insistiendo en recalcar), llegaron en el momento idóneo.

De nuevo en la Casa de la Ciénaga, Catherine se arrodilló para darle otro pañuelo de papel a Kim, que lo cogió y se lo llevó a la nariz. Shirley, Louisa y River le habían puesto un nueve sobre diez la noche previa, pero en ese momento, después de que la puerta de un coche le diera en los morros al abrirse, seguramente no le darían más de un tres y medio («Un cuatro como mucho», pensó Shirley) si te iban ese tipo de cosas (traducción de «ese tipo de cosas»: la cara hinchada y llena de moratones). Shirley ya había tomado nota mental de que nunca convenía pegársela con la nariz por delante, ni siquiera cuando una era bajita. Porque la corta estatura era el único rasgo en común entre Kim y la propia Shirley. Bueno, y el ansia de medicarse, aunque en el caso de Kim fuese temporal, y no permanente.

—¿La muchacha ha dicho algo? —preguntó Lamb.

—Tú llevas el mismo rato aquí que nosotros —le recordó Catherine.

—Sí, se me ha ido el santo al cielo, la verdad... Será porque esa falda abierta lo deja todo al aire.

Catherine le alisó la falda a Kim.

—No te lo tomes a mal —dijo Flyte—, por simple curiosidad, ¿tienes previsto encañonarla y esposarla a una silla?

—¿Dos veces en un día? No, por Dios: necesitaría supervisión médica.

Kim, todavía tumbada boca arriba, le lanzó una maldición. No había dejado de hacerlo desde que la metieron en el coche para trasladarla a la Ciénaga.

—Deberíamos llevarla al hospital —dijo River una vez más, aunque su tono indicaba que no tenía muchas esperanzas de que le hicieran caso.

—Sí, podríamos hacer eso —repuso Lamb—, o podrías callarte de una vez.

—Es más de medianoche —terció Louisa.

—Si quisiera un servicio de reloj parlante habría llamado a tu número.

—Lo digo para recordaros que ha empezado otro día y, al paso que vamos, igual es peor que el anterior.

—No sabía que fueses admiradora de Gimball.

—Lo que me dejaría admirada es que no nos arresten hoy mismo.

—Vaya, vaya. Aquí empieza a oler a mala conciencia... —Lamb miró a River y después a Coe

—. ¿De quién podría tratarse?

—Si la chica ha estado en contacto con la gentuza de Abbotsfield, deberíamos interrogarla —dijo Welles—, no limitarnos a ver cómo se desangra.

—Igual me he equivocado al juzgarte, Dorset —repuso Lamb—. Aunque, en cuanto a deportes-espectáculo, he visto cosas peores. —Se arrodilló junto a Kim—. Voy a hablarte con claridad —dijo en un susurro, aunque todos pudieron oírlo perfectamente—. Sabemos lo que has hecho y lo que ha pasado después. O nos cuentas todo lo que aún no sabemos y queremos saber o ésta va a ser tu última noche en libertad. ¿He sido lo suficientemente claro?

—Que te jodan —masculló ella.

—Vaya, ésa iba a ser la segunda opción...

—Jackson... —lo reprendió Catherine.

—Vale, vale. Por Dios, últimamente basta con hacer un chiste para que te pongan una querella criminal. —Se levantó y se volvió hacia Emma Flyte—: Ahí la tienes, ya te la he ablandado un poco.

—¿Vas a dejar que me encargue de esto?

—Se supone que la especialista eres tú.

Flyte lo conocía lo bastante como para no felicitarlo por el repentino arrebato de sentido común.

—En tal caso —dijo—, los demás podéis marcharos de aquí.

Todos miraron a Lamb, que confirmó sus palabras con un gesto.

Y el equipo entero salió del despacho.

Mientras se acercaba al coche de Dodie Gimball, el móvil de Diana Taverner empezó a sonar. Se detuvo al borde del área de descanso y cogió la llamada. El tráfico era fluido, pero copioso, por lo que se vio obligada a hablar y a escuchar con el ruido de los coches de fondo.

—Nos han confirmado que había una cara conocida en Slough —le dijo una de las Reinas, las encargadas de la base de datos de Regent’s Park.

—Cuéntame.

—Una cámara de seguridad del centro ha captado su imagen pocos minutos después de la noticia del asesinato.

—Cuánta rapidez.

—El programa de reconocimiento facial se ha fijado en él porque iba pintarrajeado como una puerta.

—¿Es un pintor de brocha gorda?

—No: un antiguo presidiario con la cara llena de tatuajes.

Un salvaje pasó con el coche a toda velocidad, superando todos los límites. Probablemente intentaba batir un récord local.

Taverner esperó hasta que el ruido se perdió a lo lejos.

—Mejor déjate de jueguecitos de palabras y cíñete a los hechos, ¿de acuerdo?

Las Reinas eran proclives a los adornos y fantasías verbales: ésa era la forma que tenían de aliviar la tensión, según decían.

—Discúlpeme, señora.

—¿Quién es ese individuo?

—Se llama Tyson Bowman, trabaja al servicio de Zafar Jaffrey, que es...

—Ya sé quién es Zafar Jaffrey. ¿Cómo se explica que ese tipo estuviera en Slough esta noche? ¿Alguna idea al respecto?

—Aún no. La policía apenas ha comenzado a revisar las imágenes. La grabación nos ha llegado antes porque Jaffrey y la gente que lo rodea están marcados como «personas de interés». Eso dispara las alarmas.

Las grabaciones de las cámaras habían llegado a Regent's Park al momento, bajo el supuesto de que cualquier información adicional sería compartida de inmediato. Todo el mundo sabía que eso raras veces pasaba, no tanto por afán de ocultación, sino más bien porque las jurisdicciones no siempre estaban claras del todo, con el consiguiente desbarajuste burocrático.

—Entendido —dijo Taverner—. ¿Jaffrey también estaba en Slough?

—No. Se encontraba en Birmingham, en un pequeño mitin.

—Muy bien. Veamos si somos capaces de organizar una recogida sin que los vecinos se pongan nerviosos. Seguramente es una coincidencia, pero mejor asegurarnos.

—Voy a ver quién está disponible en el sector. Es una pena que el aviso no nos llegara antes, porque teníamos a dos agentes sobre el terreno.

Taverner, que ya se disponía a cortar la llamada, levantó un dedo al oírlo.

—¿Cómo?

—Había un par de agentes en Slough. También nos llegó el aviso.

—Ya veo... —dijo ella lentamente—. Qué lástima, sí. ¿Cómo has dicho que se llamaban esos dos?

Vista de cerca, la chica no se parecía tanto a Claire de jovencita: tenía los rasgos más finos y el rostro algo picado por las crueles señales de la adolescencia. Pero incluso si eliminabas todos los demás puntos de referencia, seguía siendo verdad que era mujer y que era joven, al menos lo suficiente como para que ciertos recuerdos acudieran a la mente de Whelan. Y aún había más: él había hecho que la llamaran, y ella había acudido *ipso facto*.

A veces, eso era todo lo que se necesitaba.

—¿Señor?

—Josie, ¿verdad?

La muchacha se mantuvo a la espera.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó finalmente.

Whelan parpadeó y recuperó la compostura.

—Hay un hombre llamado Blaine, alias *el Bailarín*, que tiene una papelería o librería cerca de la catedral de San Pablo. La usa de tapadera para... en fin, para otras actividades, o eso es lo que me han dicho. ¿Lo tenemos fichado?

—Puedo averiguarlo.

—Buena chica... quiero decir: gracias.

La observó a través del tabique acristalado mientras volvía a su mesa al trote y se aprestaba a cosechar información cual hoz o rastrillo digital. Reparó en la forma en que su blusa protestaba cuando ella se erguía un poco en el asiento; en su forma de morderse el labio inferior al concentrarse... y tragó saliva.

Había alguien en el umbral.

—¿Sí?

—Esto es para usted, señor.

«Esto» era la transcripción del interrogatorio de Roderick Ho. Whelan frunció el ceño al ver el nombre en el encabezado: ¿Emma Flyte...? Se suponía que estaba asignada a la Casa de la Ciénaga, ¿no? Se dispuso a preguntarlo, pero entonces se dio cuenta de que estaba a solas otra vez: el portador de la transcripción había desaparecido para volver a sumirse en el anonimato.

Hojeó los papeles. Ho era un caballo lento. Todas las ramas del servicio tenían un sobrenombre extraoficial u otro (él mismo era una de las comadrejas), pero los caballos lentos eran distintos porque de ellos se hablaba con desprecio. Como pasaba con sus compañeros de manada, la breve biografía de Roderick Ho era una pequeña crónica de su caída de Regent’s Park a la Casa de la Ciénaga, distanciadas por sólo treinta minutos a paso rápido, si bien el trayecto de vuelta nunca había sido cronometrado por la simple razón de que nadie lo había recorrido nunca. Sin embargo, por extraño que pudiera parecer, en su historial no constaba ningún motivo concreto que justificara su expulsión. Por lo general, el exilio venía precedido de algún fracaso catastrófico en el desempeño del trabajo, mientras que a Ho sencillamente lo habían desterrado a la Ciénaga como si su destino inicial hubiera sido un error y su reasignación la simple corrección de ese error.

Aunque ese detalle importaba bien poco, la verdad. No se sabía por qué lo habían enviado a la Ciénaga, pero era evidente que ése era su lugar, porque la encerrona en la que había caído era ridículamente consabida. Si Regent’s Park se planteara algún día editar un manual de

adiestramiento en forma de cómic, el caso de Ho constituiría un ejemplo perfecto: por instrucciones de unos tíos determinados, una chica se camelaba, en un bar, a un guerrero de la informática cuya vida sexual sin duda dependía de que la conexión wifi fuese buena y, una vez conseguido lo que andaban buscando, los instigadores decidían eliminar al objetivo. En ese punto, el guión se salía de lo previsible, porque Ho había desafiado todas las probabilidades al escapar con vida, seguramente por un golpe de suerte. Pero, en todo caso, ¿qué demonios andaban buscando aquellos tipos?

Josie estaba de vuelta, jadeando un poco, pero él apenas se fijó en ese detalle: acababa de reparar en dos de los datos incluidos en el informe que tenía delante. El primero tenía que ver con la chica. Era ciudadana del Reino Unido, sí, pero de origen norcoreano.

El segundo se centraba en la naturaleza precisa del documento que Ho había entregado a la joven.

—¿Señor?

Whelan necesitó un par de segundos para volver al aquí y ahora.

—Me ha pedido usted información sobre Blaine *el Bailarín*... —dijo Josie.

—¿Sí?

—¿Se encuentra bien, señor?

—Entre usted y yo... —repuso Whelan—, creo que no.

—Te llamas Kim Park y eres la novia de Roderick Ho, o finges serlo. Ho te facilitó unos archivos que tú luego entregaste a ciertos elementos peligrosos, peligrosos de verdad. Eres cómplice de terrorismo, Kim. ¿Sabes cuántos años de condena te pueden caer por eso?

—Que te jodan.

La chica tenía la nariz hecha un desastre y los ojos negros e hinchados, pero su boca estaba intacta y a todas luces funcionaba bien. Sin embargo, Emma Flyte se daba cuenta del miedo que se escondía debajo de aquella hostilidad: por muy dura de roer que fuese, esa chica era muy joven y estaba asustada y herida. A ella no le gustaba hurgar en las heridas pero, por otra parte, esa jovencita había contribuido a propiciar una serie de acontecimientos espeluznantes que habían dejado al país tambaleándose. Que le dieran con la portezuela de un coche en toda la cara era lo menos que podía esperar, en vista de las circunstancias.

—No voy a estar contigo mucho rato: si no me das las respuestas que quiero en menos de cinco minutos, yo me lavo las manos y el equipo que vendrá a ocuparse de ti... porque vendrá todo un equipo, eso te lo aseguro... te tratará con menos miramientos. Cuando ven a una jovencita como tú callándose cosas, se encienden como los jugadores de rugby cuando los

llaman mariquitas. Pareces lista y creo que entiendes lo que te estoy diciendo. Hay diferentes formas de hacer esto, pero todas terminan contigo soltando todo lo que sabes. Tú decides.

—Estamos en Inglaterra. No pueden hacer eso. Así que jódete.

—Estamos en Inglaterra y hace pocos días los cabrones con los que has estado tonteando entraron en un pueblo y acribillaron a los vecinos a tiros. Quizá tuviste tus razones para tontear con ellos, quizá te amenazaron o amenazaron a tu familia, pero voy a dejarte una cosa clara de antemano porque luego vas a oírla igualmente, y muchas veces: da lo mismo con qué te amenazaran, eso no le importará a nadie. Para nosotros es como si hubieras estado allí en persona, Kim; como si hubieras estado allí apretando el gatillo.

—Yo ni me acerqué.

—Da igual. En términos legales siempre ha dado igual, y más aún en la situación en la que estamos. Ahora mismo, lo único que puedes hacer es cooperar. Tal vez así consigas que las cosas sean un poco menos desagradables para ti. Dime que lo entiendes...

—Que te jodan.

??Cuatro minutos. El tiempo corre, Kim.

—Que te jodan.

Pero su miedo era cada vez más sonoro.

Dodie Gimball estaba en el coche a solas, pero a los pocos segundos dejó de estarlo. La portezuela se abrió y una mujer subió y se sentó a su lado. Tendría más o menos la misma edad que ella, pero llevaba los años a cuestas sin apoyo quirúrgico visible. Su corta melena era de color castaño y vestía un traje de chaqueta de Chanel negro o azul oscuro combinado con una blusa escarlata. Saludó con un leve asentimiento y dijo algo, pero ella tuvo que pedirle que lo repitiera.

—Mis condolencias por lo sucedido, señora Gimball.

—¿Y usted quién es? ¿Qué hace en mi coche?

—Me llamo Diana Taverner.

Hizo una pausa, se diría que a la espera de que Dodie la reconociese.

—Siento interrumpir su vuelta a casa, pero es importante que hablemos.

—¿Es de la policía? —En el mismo momento en que formuló esa pregunta, Dodie se respondió que no. Negó con la cabeza, rabiosa, y agregó—: No, nada de eso, ¿verdad? Usted es del MI5.

—No estoy autorizada a dar detalles concretos sobre mi trabajo, pero sí, soy de los servicios de seguridad. —Mostró un carnet en un visto y no visto, tan rápidamente que bien hubiera

podido tratarse de una tarjeta de cliente de unos grandes almacenes—. Y tenemos que hablar sobre lo que acaba de pasar.

—Han asesinado a mi marido.

—Su marido ha muerto, sí, y es algo que lamento muchísimo, aunque la causa de la muerte está por determinar y no le conviene a nadie, usted incluida, que empiecen a circular rumores.

—¡Pero si ya están corriendo! —Dodie no pretendía gritar, pero de pronto parecía tener tan poco control sobre su voz como sobre sus conductos lagrimales—. ¡Véalo usted misma!

Le mostró la pantalla del móvil a esa mujer, esa tal Taverner: varios hilos de Twitter, un *hashtag* que corría como la pólvora, un coro de lamentaciones ante aquel asesinato ruin.

—¿Lo ve?

—Sí, lo sé. —Diana se acomodó en el asiento, pero sin apartar la vista de Dodie—. Es como tratar de informarse metiendo la nariz en un avispero. Lo que ha sucedido esta noche tal vez haya sido un accidente o quizá se haya producido por causas naturales, pero por el momento nadie lo sabe. Lo único que está claro es que se ha abierto la veda sobre la vida y la carrera profesional de su esposo. Si quiere honrar su memoria... y que su propia carrera siga prosperando... será mejor que tenga mucho cuidado a la hora de ponerle la cola a según qué burros.

—¡Mi Dennis fue un hombre cabal! ¡Su recuerdo va a ser celebrado y...!

—Y se verá acompañado por fotos no precisamente favorecedoras, Dodie. Ya sabe a cuáles me refiero.

Junto al coche aparcado, el tráfico londinense parecía silbar en señal de desaprobación.

—Así que de esto se trata... —susurró ella—. Mi marido ha muerto hace apenas unas horas, pero vuelven a la carga con sus sórdidas amenazas. ¿Sabe usted cuántas personas son...? ¿Sabe cuántas personas tienen los mismos gustos que Dennis? ¿Cree que eso importará lo más mínimo?

—Ya que me lo pregunta: no tengo ni la más mínima idea. Pero para la gente que lee su columna sí que tendrá importancia, incluso para los que la leen tras haberse puesto la lencería de su señora. Supongo que Claude Whelan se lo advirtió: da lo mismo que sea un mero pasatiempo que no le hace daño a nadie o que a nadie le importa, un periódico como el suyo tan sólo va a verlo desde un ángulo: como la oportunidad de desvelar un secretillo repugnante en titulares de primera plana. ¿Sabe qué diferencia hay entre un pervertido muerto y otro vivo? Que el muerto no puede poner querellas por difamación.

—¡Mi marido no...!

—De manera que esto es lo que va a hacer, señora Gimball: va usted a publicar las revelaciones sobre Zafar Jaffrey que pensaba escribir. Incluso puede mencionar que Dennis tenía previsto denunciar esas mismas cosas en su comparecencia de esta noche. Pero en su artículo va a omitir toda referencia a la intervención del MI5 en este caso. ¿Le ha quedado claro?

No le había quedado claro.

Las luces azules continuaban girando sin fin por delante y por detrás de su BMW, y sus haces teñían el rostro de la mujer que estaba sentada a su lado de distintos colores: índigo, púrpura, un repentino blanco espectral... Se dio cuenta de que, apenas diez minutos antes, había estado pensando que los coches de la policía estaban allí para protegerla, mientras que ahora parecía claro que, desde el primer minuto, su idea había sido entregarla a otra torturadora cuyo único objetivo era sembrar la confusión.

Ya empezaba a sentir nostalgia por el dolor que la había embargado, por el tiempo pasado a solas en el coche.

—Pero... Whelan vino a vernos precisamente para que no hablásemos de Zafar Jaffrey... —dijo, y notó que su voz sonaba apagada.

—Las cosas cambian y los aliados pasan a ser otros —repuso Taverner—. Le aconsejo que lo tenga presente, Dodie. Por la razón que sea, da la impresión de pensar que somos el enemigo y nada podría ser más incierto. No somos perfectos, desde luego: a veces no nos damos cuenta de según qué cosas, pero otras veces... todas las demás veces... estamos ahí, haciendo nuestro trabajo. —Apartó la mirada de los ojos de Dodie Gimball y contempló el tráfico unos segundos, como si estuviera considerando que todos aquellos coches también estaban bajo su protección, luego volvió a la carga—: Su marido no va a volver, Dodie, pero si quiere que la gente lo recuerde como una figura heroica, podemos ayudar en ese sentido cuando llegue el momento oportuno. Si usted toma el camino adecuado, sus secretillos nunca saldrán a la luz. —Abrió la portezuela del coche—. Tengo que irme. Una vez más, mis condolencias por lo sucedido. Pero si quiere que el legado de su marido sea el que lo hubiera enorgullecido, acuérdese de lo que acabo de decirle y olvídese de mencionar al servicio en ningún caso. Estoy segura de que nos entendemos.

Salió del coche y se alejó caminando. Otra vez a solas, Dodie volvió a concentrarse en la calzada que tenía ante sus ojos y en la sucesión de luces rojas que se adentraban en la ciudad. Casi ni se dio cuenta de que el chófer volvía a ocupar su asiento y de que la pequeña comitiva se ponía en marcha de nuevo.

13

El amanecer había vuelto a presentarse y a colarse de forma subrepticia, y en la Casa de la Ciénaga se encontró con un espectáculo inesperado: seres humanos vivos y despiertos. Era verdad que algunos de ellos muy humanos no parecían. Tanto River Cartwright como J. K. Coe tenían los ojos cerrados; en el caso de Coe, porque estaba esforzándose en recuperar un recuerdo, la forma exacta de una emoción, la precisa geometría de un momento particular: cuando había disparado tres balas al pecho de un hombre esposado; River, por su parte, estaba visualizando una serie de horrores tras los párpados: la interminable caída en espiral de una mortífera lata de pintura, su repetida colisión con la cabeza de un hombre...

Tanto él como Coe estaban sentados en el suelo. De hecho, Louisa Guy era la única de los presentes que se encontraba de pie, con la espalda recta contra la pared y la pierna derecha levantada. Mantuvo esa postura durante treinta segundos, bajó la pierna y levantó la otra. Jackson Lamb estaba mirándola con sus ojos de cocodrilo y la mente puesta en otras cosas. Shirley Dander también estaba sentada en el suelo, acurrucada y muy quieta, aunque tampoco dormía: estaba ocupada en agregar un día más al recuento, preguntándose cuándo iba a terminar esta secuencia numérica. Una hora antes, Catherine Standish la había cubierto con un abrigo y ella había reaccionado con un ligero temblor: no estaba acostumbrada a que la arroparan.

Una vez cumplidas sus funciones de gallina clueca, Catherine se había sentado en una de las sillas de la oficina, al otro lado del escritorio en el que Lamb estaba despatarrado. Era como si ambos estuvieran reproduciendo la postura que solían adoptar en el despacho del propio Lamb, y se diría que el uno y la otra seguían embarcados en el mismo baile sin que la ubicación importara demasiado. Catherine daba la impresión de seguir alerta y tranquila; llevaba el pelo recogido, como era habitual en ella, y su vestido se veía tan liso e impecable como si se lo hubiera puesto una hora antes. Lamb había ido al piso de arriba a coger su botella, que ahora reposaba medio vacía frente a él, como un centinela apostado en el escritorio sobre el cual, sin embargo, sólo había un vaso, en el que la mirada de Catherine no se había posado ni un solo segundo.

Se encontraban en el despacho de Roderick Ho, que llevaba ya un par de días en otro lugar. Únicamente dos de ellos lo tenían más o menos presente, y una de esas personas era Catherine. Del otro lado del rellano les llegaba un sordo murmullo iniciado por la voz de Emma Flyte en solitario y sólo interrumpido por algún exabrupto ocasional de la otra voz. Ahora, el contrapunto ya era constante, aunque siempre en voz baja. Y lo que al principio había sido un intercambio

vacilante, como el gotear de un grifo averiado, poco a poco se fue haciendo más regular hasta convertirse en un reguero interminable capaz de llenar cualquier recipiente. Siempre pasaba lo mismo: cuando te decidías a sincerarte con alguien, al final no te callabas ni a tiros. Era una de las razones por las que a Catherine no le gustaban las reuniones de Alcohólicos Anónimos.

Estaba pensando en la cara de aquella pobre muchacha, en su nariz hecha polvo, en sus ojos amoratados e hinchados... y a continuación pensó en las imágenes de televisión tomadas en Abbotsfield, aquel reducto de Derbyshire que había sido arrasado por las armas en parte como consecuencia de las acciones de esa chica. Era extraño que la mirase con compasión a pesar de lo que había hecho, o que incluso siguiera preocupándose por Roddy, cuando, pensándolo bien, ya hacía tiempo que deberían haberlo reducido entre todos para luego colgarlo de una ventana cogido por los pies. Sólo así se daría cuenta de que existía una cruda realidad más allá de la burbuja de su propio ego; la acera de abajo, sin ir más lejos.

Lamb se removió en la silla.

—Aquí se está muy a gusto, ¿eh?

—Yo ya habría conseguido que la chica hablase... —indicó Shirley con la voz amortiguada por su propio brazo.

—Habrías conseguido que se pusiera a gritar, lo cual es muy distinto.

—¿Y si no sabe nada? —preguntó Louisa.

—Bueno, si resulta que es otra puta ignorante, siempre puede unirse al equipo —repuso Lamb.

Catherine encendió el iPad y echó un vistazo a los portales de noticias. Todos se hacían eco de la misma historia: la muerte de Dennis Gimball en un callejón de Slough. Algunos afirmaban que se trataba de un asesinato cometido por los partidarios de seguir en la Unión Europea (una hipótesis tan improbable como inevitable), mientras que otros hablaban de una conspiración planeada desde Downing Street. Los medios más serios no daban pábulo a esta última teoría, que sin embargo estaba extendiéndose como la pólvora entre los usuarios más imbéciles de las redes sociales. Por otra parte, en los últimos tiempos eran los imbéciles de las redes sociales quienes habían estado dictando los principales acontecimientos del mundo, y estaba claro que iban a seguir haciéndolo.

También continuaba hablándose de la masacre de Abbotsfield. Un portavoz del Ministerio del Interior declaraba que la investigación proseguía y que pronto habría detenciones. La falta de detalles concretos se justificaba por la necesidad de no comprometer las operaciones en marcha, una necesidad que, según interpretaron la mayoría de los lectores, podría obviarse en cuanto los detalles concretos estuvieran disponibles. A todo esto, esa misma tarde iba a celebrarse un servicio religioso para honrar la memoria de las víctimas civiles de la guerra y, aprovechando las circunstancias, también la de los vecinos muertos en Abbotsfield. El servicio tendría lugar en la abadía de Westminster con la asistencia de los miembros más jóvenes de la realeza, del primer

ministro y de todos los que ansiaban que sus lágrimas fueran recogidas para la posteridad. En el propio Abbotsfield iba a celebrarse otro servicio, no tan plagado de estrellas, aunque sí con unos cuantos intrusos. Catherine encontró un vídeo del pueblo grabado por un aficionado con mano algo temblorosa: la iglesia, un cementerio deteriorado por el paso del tiempo, unas vidrieras multicolores que se veían opacas porque las habían enfocado desde el lado menos indicado... El pórtico estaba ornado con coronas funerarias y pequeñas ofrendas que los vivos consagraban a los muertos: cintas y juguetes, flores, fotografías... Aunque Catherine notó un nudo en la garganta, se tranquilizó al pensar que aquéllos no eran sus muertos.

—Hacerse con los medios de comunicación —murmuró Lamb de repente.

Tenía la mandíbula desplazada hacia delante: daba la impresión de estar haciendo pucheros, lo que podía indicar que estaba sumido en profundos pensamientos o a punto de soltar una flatulencia.

Shirley se sentó. En el hombro derecho de la camiseta tenía salpicaduras de sangre procedentes del desgarro de la oreja; había intentado limpiarlas sin quitársela, pero eso sólo había servido para empeorar las cosas. Su oreja tampoco tenía buena pinta. En el botiquín de primeros auxilios no había tiritas del tamaño indicado y, aunque Catherine había recortado una, ella había optado por recurrir a la cinta adhesiva, lo que, ciertamente, había detenido el sangrado, pero le confería el aspecto de una muñeca reparada de cualquier manera por una niña.

—La televisión —dijo—, ése va a ser el siguiente objetivo: la sede de la BBC o algo por el estilo. ¿Dónde está la central de Sky?

—No van a tratar de hacerse con el control de una cadena de televisión —intervino Louisa—, seamos serios.

—¿Ah, no? —repuso River—. ¿Y por qué no?

—Porque ni siquiera son capaces de poner una bomba en un tren como es debido, lo cual, seamos sinceros, no es mucho más difícil que olvidarse el paraguas en el asiento.

—Esos individuos fueron a Dobsey Park e hicieron saltar por los aires un montón de pingüinos —recordó River.

—Exacto, un montón de pingüinos: no creo que opusieran mucha resistencia.

—Ya, pero lo que quiero decir es que esos tipos entraron y salieron del zoológico sin que nadie se diera cuenta.

—Porque estamos hablando de un zoológico, no de una prisión de máxima seguridad: basta con comprar unas entradas. Un estudio de televisión tiene controles de acceso, guardias y vigilantes; hacen falta unos pases especiales para entrar... uno tiene que saber lo que hace, y esa gentuza ya se ha hecho la picha un lío dos veces.

—Tres —corrigió Shirley.

—Las que sean. Queda claro que no son el Equipo A. Cualquiera puede liarse a pegar tiros en

un pueblo de jubilados. A estos tipos lo que mejor se les da es caerse por las ventanas.

—Bueno, vale, olvidémonos de la televisión —convino River.

—Y en cuanto a la redacción de un periódico... en fin, yo creo que es lo mismo —añadió Louisa—: no hay forma de entrar sin pasar por una serie de controles, y mejor que sea así porque...

—¿Y una emisora de radio? —preguntó River.

—Hombre, por mí podrían ametrallar a unos cuantos locutores —comentó Shirley.

—Una emisora de radio no...

—¿Esto es lo que llaman una lluvia de ideas? —preguntó Devon Welles, que había aparecido en el umbral—. Siempre he tenido curiosidad por saber en qué consiste.

—Hacerse... con... los medios de comunicación —repitió Lamb. Todos se volvieron hacia él —. En ningún momento se habla de un edificio físico.

J. K. Coe fue el primero en reaccionar:

—El plan original...

—El plan del Abrevadero —apuntó River.

—...fue ideado para aplicarse en un país del tercer mundo... —Coe hablaba con lentitud, como si estuviera leyendo unas notas— antes de que existieran satélites o internet, un país del tercer mundo con un solo canal de televisión, con una sola emisora de radio, por lo que resultaría sencillo «hacerse con el control de los medios de comunicación».

—Bastaría con un par de fusiles de asalto —indicó Shirley.

—A eso me refiero, más o menos.

—Pero en una gran ciudad como Londres no es tan fácil: aquí las cosas funcionan de otra manera.

Coe se frotó el mentón, lo que provocó que el arañazo infligido por Kim volviera a abrirse.

A pesar de su broma inicial, Welles estaba empezando a mostrar interés.

—Recapitulemos un poco, si os parece. ¿Cómo tenían pensado sabotear la infraestructura de transporte?

—Con una bomba que no estalló —respondió Shirley.

—Colocada en un tren —dijo Welles—. Ésa es la clave: pusieron una bomba en un tren.

—Creo que sé por dónde vas... —dijo Louisa.

—Una bomba que no estalló —repitió Shirley—. Ya hemos establecido que son unos ineptos, ¿a qué viene tanta letra pequeña?

—Da igual que no estallase —aclaró Louisa—: lo fundamental es que la pusieron en un tren.

—En efecto, porque hacer saltar un tren por los aires, incluso si la bomba hubiera explotado, no es más que hacer saltar un tren por los aires —explicó Welles—. No es lo mismo que destruir toda la infraestructura de transporte, ¿lo pilláis?

—Esa gente se limita a cubrir el expediente, a ir tachando tareas de la lista —dijo Louisa—. Bien pensado, Devon.

—Huy, la amiga está poniéndose cachonda —observó Lamb.

—¿Y qué van a hacer ahora? —dijo Shirley—. ¿Poner una bomba en un televisor? ¿Prenderle fuego a un kiosco?

—No tienen previsto hacerse con el control de los medios de comunicación —indicó River—, con un evento mediático les basta y les sobra.

Emma Flyte apareció en el rellano y entró en el despacho.

—¿La chica ha hablado? —preguntó Welles.

—Sí, ha hablado.

Claude Whelan tiró de un hilo suelto de su camisa... y al momento se arrepintió. A veces, cuando tiras de algo, sólo consigues empeorar las cosas.

«Por Dios», se dijo: la mañana no había hecho más que empezar, era demasiado temprano para andarse con metáforas. Si el mundo fuera otro, la noche anterior habría hecho lo que tenía previsto hacer: irse del trabajo, llegar a casa, cenar con Claire... Algunas noches compartían cama, aunque no con frecuencia, y siempre castamente. No era de extrañar que... En fin, más le valía no aventurarse por ese camino: quería a su mujer, la había llamado a medianoche para advertirle que no iría a casa. Estaban haciendo progresos, le dijo, tenía la situación controlada. Mientras hablaba con ella, le vino a la mente la imagen de la joven Josie, una imagen donde él estaba en lo alto, controlando la situación, mientras el cuerpo de ella se agitaba. ¿Qué culpa tenía él? Bueno, seguramente eso dependía de a quién se lo preguntaras.

Josie acababa de volver a su despacho con la información sobre Blaine *el Bailarín*.

—Un delincuente de poca monta, señor. Se dedica a falsificar documentos de identidad. A veces proporciona pisos francos y en ocasiones trapichea con armas de fuego, pero lo principal son los documentos falsos.

—¿Y luego nos pasa la información a nosotros?

—No nos lo cuenta todo, señor; si lo hiciera, hace tiempo que habrían encontrado su cadáver en el río. Pero sí nos ayuda algunas veces.

Josie se había presentado con unas cuantas hojas impresas. Una lectura superficial dejaba claro que Blaine había facilitado el encarcelamiento de una decena larga de sujetos peligrosos (aunque ninguno de ellos muy destacado), con lo que había logrado que le permitieran mantener su sórdido negocio a la sombra de la catedral de San Pablo. «Un pez pequeño», se dijo Whelan mientras hojeaba los documentos, «de esos que devolvemos al agua». ¿No sería mejor tirarlo al

contenedor de la basura de una vez por todas? Porque estaba claro que los peces gordos seguían campando a sus anchas, y que hacerles favores a los pequeños no cambiaba las cosas...

Pero ya era tarde para eso, y la situación resultaba demasiado peliaguda. «Una vez que una partida está en marcha, ya es tarde para cambiar las normas del juego», si la memoria no le fallaba, ésa era una de las máximas predilectas de Lady Di.

—¿Señor?

Seguramente llevaba demasiado tiempo absorto en aquellos papeles.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

No, por Dios, ¡qué pregunta! Mejor no responder.

Josie volvió a su escritorio. Todos en la oficina central se habían quedado a trabajar hasta tarde. La perspectiva había cambiado ahora que tenían claro que no se enfrentaban a unos terroristas islámicos; la red que habían lanzado tenía unos agujeros demasiado grandes. El ISIS había reivindicado los atentados, muy bien, ¿y qué? Un grupo de fundamentalistas anclados en la Edad Media y adoradores de la muerte había dejado de decapitar rehenes un rato para contar una sarta de mentiras, y ya está. Aunque más le valía no decir nada parecido en público o tendría problemas... Reconocer algo así resultaba inaceptable... No era de extrañar que se sintiera exhausto: contemplar cómo el mundo enloquecía resultaba agotador.

Diana Taverner había entrado en el despacho y estaba mirándolo fijamente.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Perdona. —Se pasó la mano por el cabello pensando, mientras lo hacía, que era más un gesto histriónico que otra cosa—. Hay novedades.

—Nunca deja de haberlas.

Era verdad: el día anterior le habían encargado asegurarse de que Zafar Jaffrey estuviera limpio de polvo y paja, y en lugar de cumplir con esa misión había ordenado exactamente lo contrario, hecho que significaba que el primer ministro no iba a estar muy contento. Por otra parte, el primer ministro tenía los días contados, de modo que los trapos sucios de Jaffrey no serían más que un clavo suplementario en un ataúd ya pródigo en remaches.

—Oficialmente, tú ayer no estuviste en casa de los Gimball —indicó Lady Di.

Se había quitado la gabardina, que colgó en el respaldo de la silla para las visitas. No se sentó, pero tampoco se puso a pasear por el despacho; prefirió permanecer de pie con una mano apoyada en el respaldo como quien posa para una sesión de fotos.

—Gracias —repuso Whelan.

—Estamos en el mismo barco —dijo ella.

Lo estarían mientras a ella le viniera bien, pensó Claude: no era un buen momento para que su jefe se hundiera bajo las olas porque ella estaba en el mismo barco. Taverner quería que él siguiese a su lado hasta que apareciese la oportuna lancha salvavidas.

—Y bien, ¿de qué novedades estamos hablando?

Whelan se levantó, fue a cerrar la puerta y tomó asiento de nuevo. A continuación pulsó el interruptor que volvía opaco el tabique separador convirtiendo a Josie y a los demás chicos y chicas en unas formas borrosas sentadas ante sus ordenadores.

—Estos atentados... no tienen que ver con el ISIS, sino con Corea del Norte.

Taverner asintió. Su constante negativa a reconocer que la habían sorprendido era uno de sus rasgos más irritantes.

—Entendido, aunque diría que ya sospechábamos que no estaban relacionados con el ISIS. ¿El primer ministro está al corriente?

—Aún no. Hay más.

Pues claro, pensó ella, aunque no dijo nada.

Whelan le habló del documento filtrado por Ho.

Al otro lado del tabique, las formas difusas seguían moviéndose vagamente mientras que a este lado sólo se percibía el paso del tiempo mientras Taverner iba asimilando las implicaciones de lo que acababa de escuchar.

—Mmm... Esos tipos están siguiendo nuestro propio guión —dijo por fin.

—Bueno, no exactamente...

—Están siguiendo nuestro propio guión —volvió a decir Lady Di.

Claude se limitó a asentir.

—Eso no va a gustar —sentenció ella.

—Tus opiniones siempre son bienvenidas, pero ya había llegado a esa conclusión por mí mismo.

—Una operación encubierta de los norcoreanos... en nuestro propio país... ¡Por Dios!

Al menos se había permitido esa exclamación, aunque su rostro permaneció imperturbable. Él se preguntó si eso se debía a que usaba bótox, y hasta pensó en preguntárselo directamente, pero le pareció que en aquel momento no era lo prioritario.

—¿Y cuál es la próxima jugada? —preguntó Lady Di.

—¿Cómo?

—Esa gente está siguiendo una lista, ¿qué es lo que viene a continuación?

—No lo he comprobado.

—¿Y no te parece que vale la pena? —dijo ella al cabo de un segundo.

—Me parece mejor eliminar todo tipo de registro oficial al respecto —respondió él—, así siempre podremos decir que no sabíamos lo que iba a pasar.

Taverner hizo un gesto de asentimiento.

—Como dije el otro día, vas aprendiendo. ¿Qué están haciendo esos chicos y chicas de ahí al lado?

—Están intentando ubicar a todos los nacidos en Corea y a los étnicamente similares: no es momento de andarse con tonterías de corrección política.

—Claro que no. Pero es una buena noticia: ahora que al menos sabemos quiénes no son, estamos más cerca de cazarlos...

—Y también sabemos que sus planes van más allá de cometer unas cuantas carnicerías en suelo británico: lo que quieren es provocar un escándalo internacional utilizando nuestro propio pasado imperial como combustible. Se trata del golpe propagandístico definitivo.

—Pero sólo lo lograrán si consiguen completar la misión —subrayó Lady Di—. La matanza de pingüinos... ¿también fue cosa de ellos?

—Y la bomba en el tren, o al menos eso creo. Incluso la muerte de Gimball podría formar parte del plan, aunque aún no lo tenemos claro.

—Ya: también podría ser otro resto del naufragio en el que vivimos. Bienvenidos a 2017.

Se acercó al tabique escarchado. Aquello era como contemplar el mundo a través de un velo de gasa, como si los que estaban al otro lado fueran fantasmas... o como si ellos dos fueran los fantasmas y la realidad se hallara al otro lado.

—Todo esto parece un plan ideado por un sujeto con delirios de grandeza que sigue viviendo con su madre, así que sólo tenemos que encontrar a esos individuos antes de que sigan adelante con lo que están haciendo. Tenemos que hacer que se desvanezca su preciosa pompa de jabón... —Era difícil saber si Taverner estaba hablando con el tabique o consigo misma—. De modo que, si el Líder Supremo se desgañita diciendo que su tropa ha estado siguiendo unas pautas de actuación procedentes de nuestro propio país, de nuestro servicio de inteligencia, nosotros podremos responder: «Claro, claro, y el hecho de que vosotros estéis lanzando misiles al mar del Japón ya lo predijo Nostradamus.»

—Sacarán a relucir el documento.

—Y nosotros diremos que es una falsificación —replicó Diana—. Por favor, Claude. Se trata de una simple guerra de propaganda: ganará el que tenga más morro.

—¿«El que tenga más morro»?

—Son las dos de la madrugada. ¿Qué quieres? ¿Lenguaje diplomático?

—¿Y si esa banda de asesinos reaparece y dice: «Mirad lo que hemos hecho.»?

—Bueno, eso es justamente lo que no puede pasar. —Apartó la vista del tabique y se volvió hacia él—. Tienen que morir, Claude. Creía que no sería necesario decirlo.

—No debe parecer que los hemos ejecutado.

—Eso da lo mismo: ¿tú crees que la gente va a inquietarse por semejante detalle? Quizá dentro de un año, cuando alguno de los periódicos serios investigue en profundidad... pero, tres días después de la matanza de Abbotsfield, la gente va a celebrarlo descorchando champán junto al

Támesis y haciendo cola para ver los cadáveres. Y si cuatro rojillos protestan por lo sucedido, tendrán que protegerse la cabeza con un casco.

—Se supone que antes de tomar una decisión de ese tipo debemos consultarlo con el Ministerio del Interior.

—A la mierda con eso —repuso Lady Di—: esa gentuza se lo ha buscado. Que hubieran hecho testamento antes de meterse con nosotros. Son las reglas de Londres, Claude. —Negó con la cabeza—. Esto vamos a resolverlo por nuestra cuenta, y que los putos norcoreanos del MSE digan lo que quieran. Para entonces, ya les habremos roto los cojones a sus chicos.

Taverner volvió a su despacho y Whelan trató de echar una cabezada que acabó convirtiéndose en un febril combate de lucha libre de diez minutos de duración. Despertó con una erección pasmosamente parecida a un hurra triunfal. Con cierto dolor en la entrepierna, se refrescó la cara con agua y se puso a patrullar por la oficina, revoloteando en torno al escritorio de Josie. En un momento dado, esforzándose por mostrarse paternal, le preguntó a la chica si nunca se iba a casa. Ella se echó a reír y respondió que lo mismo podía decirse de él. Había algo en el aire: el ozono que chisporrotea durante una emergencia.

Hacia las cinco, dos nombres aparecieron en las pantallas de forma casi simultánea, los de dos estudiantes con sendos pasaportes chinos que habían desaparecido sin dejar rastro el fin de semana anterior.

—Vamos a averiguar dónde están —dijo Whelan como si el mero hecho de decirlo fuera una garantía de éxito. A su alrededor, los chicos y chicas ya estaban concentrados en la tarea.

«Esos hilos sueltos», pensó entonces. «Empecemos a tirar de ellos.»

—Blaine *el Bailarín* —le dijo a Josie.

—¿Señor?

—Llámelo —dijo Whelan—. Creo que ha llegado el momento de tener una charla con él.

—Son sólo unos chicos —dijo Flyte.

—¿Unos chicos?

—Dos estudiantes de diecinueve o veinte años infiltrados en el país desde hace mucho. ¿Puedo tomar un té?

Catherine hizo amago de levantarse, pero Devon Welles fue más rápido y salió por la puerta en dirección a la cocina.

Emma Flyte se dejó caer en la silla recién desocupada. Aunque se sentía agotada, su rostro continuaba estando resplandeciente. El fluorescente del techo les daba a los presentes (todos menos Welles y Shirley) un aspecto macilento, pero cuando esa luz caía sobre Flyte, revelaba dorados y grises ocultos.

—¿Y esa gente viene de Oriente Medio? —aventuró River.

—De Corea del Norte.

Louisa lanzó un silbido.

—Esto es muy gordo.

—Pero no tiene nada de nuevo —indicó Lamb mientras vertía en el vaso las últimas gotas de la botella—: ese gordinflón que manda en el país ha financiado tantos atentados terroristas como para nombrarlo patrocinador oficial. ¿Has encerrado a la chica bajo llave?

—La chica no va a ir a ninguna parte, de eso puedes estar seguro —respondió Flyte.

Welles volvió con un tazón de té que ella aceptó con gratitud.

—Gracias, Devon... Por lo visto, la abordaron hace un par de meses. Estaba en un club y fueron a hablar con ella. Le dijeron que sabían que tenía familia en el país, le enseñaron algunas fotos...

—Pues lo más probable es que sus familiares ya estén muertos —dijo Coe, y cuando los demás se volvieron para mirarlo se encogió de hombros y añadió—: Es lo que suele hacer el MSE.

—El Ministerio de Seguridad del Estado —aclaró River.

—Gracias. Si vuelto a tener problemas con otras siglas, cuento con tu ayuda.

—Por entonces, la chica ya llevaba tiempo relacionándose con Ho —prosiguió Flyte—. Estaba desplumándolo, lisa y llanamente.

—Os lo dije —terció Shirley.

—Y la reclutaron para el MSE: querían hacerse con ese archivo, ese documento, ¿cómo lo llamáis...?

—El plan del Abrevadero.

—Ya lo conocían, sabían que existía —dijo Lamb como si hablara solo—, lo que no deja de ser interesante...

—Me alegra que prestes atención a lo que digo —apuntó Flyte.

—¿Y por qué no la mataron? —quiso saber Louisa.

—Porque la muchacha hizo lo que mejor sabe hacer: camelarse al más indicado.

—¿Ahora lo llaman «camelarse al más indicado»?

—Es la versión para menores. El tipo se llama Shin y los demás están convencidos de que la mató después de que fueran a por Ho.

—Estaban limpiando la casa, por decirlo lisa y llanamente —apuntó Welles.

Como su silla estaba ocupada por Flyte, se había quedado de pie, apoyado en la pared junto a Louisa, que ya había dejado de hacer ejercicios gimnásticos.

—Claro. Porque ya tienen el asunto casi cerrado...

Lamb intervino de nuevo:

—¿Y en algún momento le contó cuál iba a ser el último acto de la obra? Quiero decir, cuando

dejó de retozar con ella como dos gatitos.

Todas las miradas convergieron en Flyte.

—No llegó a ese extremo —respondió ella—, pero sí le contó un par de cosas: que el mundo entero iba a quedarse boquiabierto y algo así como que la serpiente iba a morderse la cola.

Todos se quedaron callados.

—Maldita sea... —murmuró Louisa.

—Siento no poder aportar nada más: eso es todo lo que sabe esa chica.

—¿Y eso de la serpiente de dónde sale? ¿Del gran estratega Sun Tzu?

—Más bien parece salido de Kung Fu Panda —indicó River.

—A veces me olvido de que sois un hatajo de memos —observó Lamb.

La catedral de San Pablo estaba bañada en una luz celestial, o al menos costaba no percibirlo así. En el fondo, Zafar Jaffrey sabía que no se trataba de una luz divina, y habría pensado lo mismo si se tratase de una mezquita. De hecho, la catedral se parecía un poco a una mezquita, aunque era mejor no decirlo en voz alta.

En el tren interurbano, rodeado de hombres de negocios y de posibles votantes, había hecho lo posible por pasar desapercibido fundiéndose en la lóbrega atmósfera matinal del vagón. Sólo buscaba el anonimato, ser otro ciudadano más sometido al peregrinaje cotidiano; arrastrado a la calle al amanecer, depositado en un andén, escupido por una boca de metro...

Aún no habían salido de Birmingham cuando un desconocido se inclinó para mirarlo y le tocó el brazo.

—Viajando en primera clase, ¿eh? —El hombre soltó una risita—. Menudo defensor de los pobres estás hecho.

—Vete a la mierda —replicó Zafar.

Un voto perdido, un respiro ganado.

La noche anterior le había dado a Tyson todo el dinero que tenía a mano y le había sugerido que se fuera lo más lejos posible lo antes posible. Era un consejo cortoplacista, pero Tyson no era capaz de seguir recomendaciones de otro tipo porque el largo plazo constituía un inquietante misterio para él. ¿Qué podía ser más importante que el aquí y ahora? En realidad, si lo hubiera querido ayudar de verdad, debería haber llamado a un abogado, pero había preferido ganar tiempo simplemente; otra vez: darse un respiro.

Se había aprendido de memoria la dirección a la que se dirigía.

—¿Una papelería? —le había preguntado a Tyson.

—Sí, una tienda donde venden bolígrafos y demás.

Le resultaba casi gracioso que un delincuente usase una papelería como tapadera («Póngame

unos rotuladores, un cuaderno y un bloc de notas adhesivas, y deme también unos cuantos pasaportes falsos y un carnet de conducir... Ah, y ya puestos, me llevaré una pistola»).

—El de la papelería necesita el resto de la pasta —había dicho Tyson—. Ese tío es un bicho raro, un verdadero friki.

«Y eso lo dice un tipo que lleva la cara tatuada», había pensado él.

El caso es que Tyson se había ido con el bolsillo rebosante de dinero en efectivo y él se había quedado ahí, preguntándose durante cuánto tiempo más conseguiría seguir en libertad. «Porque pronto van a empezar a buscarlo, si es que no habían empezado ya», había pensado. Y Tyson Bowman no pasaba precisamente desapercibido: parecía haber hecho lo posible para que la gente se quedase con su cara. Estaba claro que era un enemigo jurado del sentido común: tras años sumido en la delincuencia juvenil, había convertido su cara en una especie de anuncio publicitario, como si pretendiera facilitarle las cosas a cualquiera que anduviese buscándolo.

Se preguntó si ésa era la razón por la que en su momento lo había contratado como colaborador, no para redimirlo, sino por precaución, por si un día necesitaba delinquir con la ayuda de un profesional. Y había sido Tyson quien había dado con la solución para el problema de Jaffrey, y también quien le había hablado de la papelería de Blaine *el Bailarín*.

En fin, el mundo era así: si metías el pie en las aguas del delito, siempre podías volver a secártelo, pero si te tatuabas el rostro ya nadie iba a creer en tu inocencia nunca más.

Localizó la papelería sin dificultad, pero aún no estaba abierta, de modo que se puso a deambular por los callejones adyacentes contento de posponer su cometido. ¿Qué era lo que debías decir exactamente en estos casos? «Hola, me llamo...» No, ni hablar. «Creo que tiene algo para mí, ¿verdad?...»

Cuando se dirigía a los jóvenes que tonteaban con el delito, solía decirles que optar por la delincuencia era la salida más fácil, que debían ser capaces de elegir otras salidas no tan sencillas; ahora se preguntaba hasta qué punto era cierto: hasta donde había alcanzado a ver, el negocio de la delincuencia estaba lleno de complicaciones insospechadas y seguía unas normas que eran nuevas y desconocidas para él.

Londres continuaba desperezándose y volviendo a la vida. La gente que corría para no llegar tarde al trabajo había dado paso a una segunda oleada, la de los que no tenían prisa, los que disponían de tiempo para mirar los escaparates o detenerse en la acera a consultar el móvil.

Llegó a la tienda otra vez. Estaba abierta. Entró.

Sólo había un hombre tirando a joven a la vista. Estaba detrás del mostrador, leyendo algo en el móvil. En un estante al lado había un tazón humeante, aunque su aroma no era lo bastante intenso como para enmascarar el dulzón olor a marihuana que impregnaba la ropa del tipo. Éste no dio señas de haber reparado en su llegada, y apenas alzó la vista cuando le dijo:

—Estoy buscando al señor Blaine.

—No me suena de nada.

«Vale», se dijo Jaffrey. «¿Y ahora qué?» ¿Era cuestión de comprar un paquete de folios y volver a la estación de Euston andando?

Metió la mano en el bolsillo y sacó el sobre que llevaba encima desde hacía días por miedo a que desapareciese si lo dejaba en algún sitio: una escalofriante porción de sus ahorros. La segunda mitad del pago a Blaine *el Bailarín*. Lo puso en la mesa dando un fuerte manotazo: el inconfundible sonido del dinero.

El hombre tirando a joven levantó la vista.

—¿Y ahora te suena? —dijo Jaffrey.

• • •

El cadáver estaba empezando a apestar.

Bueno, en realidad no estaba del todo claro que el cadáver fuera el responsable de aquel hedor. Para empezar, estaba envuelto en papel film, por lo que en teoría tenía que mantenerse relativamente fresco, y además había otras posibles fuentes: Shin, para empezar, y An y Chris seguro que también. La parte posterior de la furgoneta era un horno móvil y todos llevaban días sin ducharse, así que Joon igual no tenía ninguna culpa: quizá fuera el único que no propiciaba aquel olor a rancio, pero a la vez era el único que estaba muerto, así que lo más fácil era culparlo de todo.

Además del olor corporal, la tensión impregnaba el ambiente.

—Habrá policías armados —indicó Shin.

—Eso no lo sabemos —repuso An.

—Y helicópteros.

—Eso tampoco lo sabemos —insistió An.

Danny asintió mirándolo y, al verlo, Shin torció el gesto.

Pero Shin había perdido autoridad de la noche a la mañana y su presencia no tenía más peso que la del propio Joon. Ya no creían en él. Shin aún no había amenazado con mencionarlo en su famoso informe de cada día, pero Danny estaba convencido de que eso sólo se debía a que no quería que sus superiores se dieran cuenta de que había perdido la confianza del equipo. Fruncía el ceño de vez en cuando, sobre todo si se sentía frustrado o algo le daba rabia, pero prefería fingir que lo que le molestaba era el cuello de la camisa, demasiado ceñido, o el cinturón, demasiado suelto, y se toqueteaba para disimular.

En todo caso, lo que de verdad lo enojaba era que Danny y An fueran conscientes de su debilidad y de su fracaso como líder del equipo.

Hacía una hora que se habían ido de Birmingham. Como siempre, Chris estaba al volante. De

todos ellos, era el único que no parecía sentirse afectado por los acontecimientos. Parecía contento de conducir, de mantenerse a la espera, de seguir órdenes.

—Ahora ya saben que somos capaces de todo —dijo Shin.

An estaba en cuclillas, una postura que, en opinión de Danny, sin duda era de lo más incómoda en un vehículo en movimiento, sobre todo con uno de los fusiles automáticos en el regazo, la palma de la mano abierta sobre el seguro del arma y el cañón apuntando a la puerta trasera.

—Y cabe suponer que estarán esperando a que demos el próximo paso —añadió.

—Pero no saben dónde vamos a darlo —repuso An acariciando el fusil.

—A estas alturas ya tendrán claro que estamos siguiendo lo estipulado en el documento porque Ho se lo habrá dicho —insistió Shin—. Ya no estamos operando en las sombras.

—Pero Ho no está al corriente de nuestros planes concretos, de manera que no va a poder decirles nada.

—Aun así, es posible que la chica... —Shin se interrumpió de golpe.

La furgoneta pasó por un bache. En las carreteras había baches por todas partes: el país entero estaba desmoronándose pedrusco a pedrusco sin remisión.

—¿Qué es lo que acabas de decir? —preguntó Danny.

—Nada, no he dicho nada.

—Has dicho algo de la chica.

—Iba a decir que la chica tampoco estaba al corriente de nuestros planes.

—La chica está muerta, ¿no? —indicó Danny.

—Sí —respondió Shin.

—Entonces, ¿por qué ibas a decir que ella tampoco estaba al corriente de los planes?

—Porque, incluso si estuviera viva, tampoco podría ayudarlos —repuso Shin—: eso es lo que quería decir.

—Nos aseguraste que la habías matado.

—Y es lo que hice: matarla.

—Cuando saliste de la casa, nos dijiste que estaba muerta, que la habías liquidado.

—Sí.

—Pero nadie más ha visto el cadáver.

—Yo sí lo vi.

Danny miró a An a la espera de que su compañero llegara a la conclusión evidente: Shin mentía. Los había traicionado.

Pero An no dijo nada.

—¿A qué vienen todas estas preguntas? —le espetó Shin—. ¿Has olvidado quién está al mando?

Nadie había olvidado quién estaba al mando.

En la furgoneta hacía cada vez más calor porque el sol ya estaba en lo alto. Hacía varios días que se pasaban las horas ahí metidos, y sus antiguas vidas habían quedado atrás, como cuando una serpiente muda de piel. Todos sabían que ya no estaban operando en las sombras (a esas alturas, los agentes estarían llamando a una puerta tras otra, revisando las bases de datos, recopilando nombres y descripciones), pero ya sólo les quedaba una cosa por hacer y lo único que importaba era que la hiciesen de una vez por todas.

Porque ellos eran soldados. Cuando Danny había llegado, como estudiante, a aquel mundo nuevo y extraño, se había quedado atónito al reparar en las palabras y las ridiculeces de aquellas gentes convencidas de que podían hacer lo que quisieran con sus vidas sin darse cuenta de que todo cuanto creían desear, todo cuanto creían ansiar, no era más que una simple imposición de fuerzas superiores, y de que tan sólo era posible alcanzar la verdadera libertad aceptando el papel desempeñado por esas fuerzas. Un ejemplo: al enterarse de que el Líder Supremo había hecho ejecutar a Su propio tío con un cañón antiaéreo, Danny comprendió que tal medida había sido necesaria para castigar la disidencia, y cuando, más tarde, descubrió que esa historia no era más que una invención de los medios de comunicación occidentales, tuvo claro que el Líder Supremo era un ser bondadoso al que Sus enemigos insistían en vilipendiar: su fe en el Líder Supremo no se vio alterada por ninguna de esas dos posibles realidades.

Como si estuviera leyendo sus pensamientos, An dijo:

—Da lo mismo que estén esperando que demos el siguiente paso o no. Por nuestra parte, vamos a cumplir con los designios del destino.

Y dicho esto, cogió el transistor que colgaba de una correa (un aparato pequeño, barato y aparentemente indestructible, que ni se inmutaba al chocar contra el lateral del vehículo cada vez que tomaban una curva o tropezaban con un bache). Hizo girar el interruptor y el aparato chirrió de pronto y cobró vida. La locutora estaba hablando del servicio religioso que aquella misma tarde iba a tener lugar en la abadía de Westminster, con asistencia de príncipes y políticos, entre ellos el primer ministro, una ceremonia que iba a desarrollarse ante las cámaras llegadas del mundo entero.

—Yo no tengo miedo —aseguró Shin—, tan sólo digo que hemos de andarnos con cuidado, eso es todo.

Danny no respondió. Shin había dejado que la joven escapara con vida, Shin los había puesto en peligro. Era un traidor y un cobarde, y eso no iba a quedar sin castigo. Trató de comunicarse con An, pero éste tenía los ojos cerrados y la mirada punzante de su compañero le pasó por encima sin afectarlo lo más mínimo.

Y el furgón continuó avanzando mientras el día transcurría ante ellos.

14

Zafar Jaffrey se dijo que, al salir al aire de la mañana y poner los pies en la firme acera otra vez —con el día por delante, tan diáfano y estable como una pista de carreras—, uno volvía a sentirse vivo de nuevo. Como cuando se salía de la consulta del dentista, por ejemplo, o de una entrevista de trabajo.

Dejó atrás el laberinto de callejones y, cuando sus ojos entrevieron la catedral de San Pablo, experimentó una momentánea sensación de pureza que lo estremeció por entero. En el bolsillo de la chaqueta llevaba el paquete que acababa de recoger. Era posible que todo siguiera valiendo la pena: incluso con el lío en el que Tyson se había metido, con la muerte de Dennis Gimball, ninguna ley establecía que las cosas no pudieran salir bien.

Como Tyson le había comentado, Blaine *el Bailarín* era un tipo bastante friki. Llevaba el pelo cano recogido en una coleta con una goma sucia, y sus ojos marrones de ardilla se escondían detrás de unas gruesas gafas redondas. Durante la breve conversación que mantuvieron, el hombre le dejó claro que su sobrenombre estaba justificado, pues parecía tan ágil como una pulga. Él se había limitado a asentir educadamente, aunque de hecho no podía dejar de imaginarse a ese individuo flotando unos centímetros por encima de la pista de baile y hasta ejecutando unos complicados pasos de ballet. Lo que no alcanzaba a visualizar era qué clase de mujer iba a estar dispuesta a ser su pareja. Más allá de la sucia goma elástica con que se recogía el cabello, bajo la piel ajada y grasienta de su rostro afloraba un leve olor a podredumbre: olía como las uñas de sus pies cuando llevaba demasiado tiempo sin cortárselas.

Pero eso daba lo mismo. Blaine *el Bailarín* era un delincuente, un experto en amaños y chanchullos, y había hecho lo que hacen los tipos de su calaña: solucionar su problema. De manera que, a pesar de todo lo que había tenido que soportar (o mejor dicho: gracias a todo lo que había tenido que soportar), ahora se sentía libre y liviano, y volvía a creer que casi todo era posible. Tenía ganas de dar saltos de alegría, se sentía hambriento y también profundamente aliviado.

Vio una cafetería con mesas en el exterior, a pesar de lo angosto de la acera, y se sentó, pidió un café y dos cruasanes y extendió las piernas a placer. El peso del paquete en el bolsillo aligeraba el peso de su propio corazón. Llamó a su madre y le contó cualquier cosa, luego la escuchó hasta que le sirvieron el café y entonces le dijo que debía dejarla, que iba a entrar en una reunión.

Estaba muerto de hambre. Más que comer, engulló el primero de los cruasanes, y pidió un segundo café antes de acabarse el primero.

Cerró los ojos y volvió a ver a Blaine *el Bailarín* ante él.

—Es un placer hacer negocios contigo —le había dicho.

Él no había sabido qué responder. En su caso, el placer consistía en no tener que volver a cruzarse con aquel tipo.

De pronto, una sombra se posó sobre él.

Zafar no abrió los ojos porque, mientras no los abriera, sería más fácil hacer caso omiso de esa nueva realidad. Seguramente era la camarera, que llegaba con el segundo café, o el encargado, para preguntarle si todo estaba bien. Mientras continuara con los ojos cerrados, era muy posible que se tratara de algo así, y todo seguiría resultando satisfactorio y luminoso.

—¿Señor Jaffrey?

También podía ser lo de siempre: alguien que lo reconocía porque salía en la tele. Incluso en la gran ciudad de Londres, donde imperaban unas reglas distintas.

—¿El señor Zafar Jaffrey?

—Estoy descansando —dijo.

—Me llamo Claude Whelan —repuso la sombra, y Zafar comprendió que se vería obligado a fingir que despertaba de su modorra.

—Emma Flyte.

—Señora.

—Tiene mal aspecto. ¿Ha tenido una mala noche?

—Bueno, no ha sido la mejor de mi vida.

Y tampoco la peor.

Habían coincidido en el vestíbulo del ascensor. Flyte acababa de volver a Regent’s Park, mientras que Diana Taverner salía de la oficina central para tomarse un respiro. En efecto, Flyte parecía exhausta. Por su parte, Taverner llevaba más horas despierta de las que era capaz de recordar, pero aun así se veía fresca. Incluso si la otra tuviera diez años menos, ella habría salido ganando porque florecía en las situaciones de emergencia y también porque por dentro echaba chispas. Pero no estaba tan loca como para pensar que podía eclipsar a Flyte: en el caso de ésta, decir que tenía mal aspecto era como afirmar que Trump proyectaba una imagen presidencial; ambas cosas eran imposibles por mucho que ansiaras que fuesen ciertas.

Fuera como fuese, ella ocupaba una Segunda Mesa y, por tanto, superaba en rango a cualquiera de los espejos del edificio, y Flyte no iba a ir a quejarse a los de recursos humanos.

—Claro, claro, has estado muy ocupada...

—Todos lo hemos estado, ¿no?

—En tu caso, has estado tan ocupada que te has olvidado de seguir las órdenes que se te dieron: se suponía que debías estar en la Casa de la Ciénaga.

—Sí.

—Y se suponía que la Ciénaga iba a estar en cuarentena, pero no lo está. ¿Hay alguna razón en particular que lo justifique?

—Las cosas se salieron de madre —respondió Flyte.

—Es lo que pasa cuando Jackson Lamb es parte del asunto —concedió Taverner—. Por eso te asigné esa misión. ¿O acaso no estás especializada en el control de multitudes?

—Bueno, Lamb tampoco es una multitud exactamente, más bien es como un accidente de tráfico en plena carretera.

—Tiene su gracia, pero no explica por qué has vuelto aquí ni por qué has interrogado a Roderick Ho.

—Me parecía importante poder averiguar qué es lo que sabe.

—Lo que sabe es que le filtró un documento confidencial a su amiguita y lo va a pagar con años de cárcel.

—¿Ah, sí?

—¿Perdón?

—Ho afirma que el documento no estaba clasificado como confidencial —indicó Flyte.

—¿Ésa es su defensa? Pues que le aproveche en el momento en que declare ante el juez. Lo cierto es que lo descargó de la base de datos del servicio. No estamos hablando de la sustracción de unos rotuladores. ¿Sabes para qué han estado usando ese documento?

—Sí.

—Pues mira, eso también me preocupa, porque saberlo va más allá de tus atribuciones. Y lo de interrogar a Ho sin autorización también escapa a tu jurisdicción. ¿Te importaría contarme qué es lo que te propones?

—Con todo respeto, señora, estoy autorizada a entrevistar a cualquier miembro del servicio a discreción.

Taverner guardó silencio unos segundos. Eso era cierto: en su condición de jefa de los Perros, Flyte tenía autoridad para interrogar a cualquier integrante del servicio, ella incluida... Aunque si esto último llegara a pasar, más le valía que hubiera otras personas delante y una ambulancia aparcada frente a la puerta.

—Pero no cumpliste mis órdenes relativas a la cuarentena. ¿También tienes autorización para eso?

—Como jefa de división, puedo delegar funciones según me convenga: hice que Devon me sustituyera.

—¿Devon?

—Devon Welles, señora. Seguro que lo ha visto alguna vez: entró en los Perros por el programa de diversidad racial.

—Se ve que no has podido sustraerte al influjo de Lamb con la necesaria rapidez, porque está claro que te ha contagiado. —Consultó su móvil a sabiendas de que la otra estaba pendiente del reloj: era evidente que traía noticias y que estaba impaciente por comunicarlas.

—Señora...

—Un momento... —Terminó de ojear el calendario de tareas y luego le mostró la pantalla a Flyte—. Aquí pone que Welles estaba fuera de servicio. Se supone que tenía un permiso de cuarenta y ocho horas.

—Así es. Pero, como acabo de decir, le pedí que me sustituyera.

—¿Y todavía está allí?

—Sí.

—En tal caso, ¿puedes afirmar de forma categórica que el equipo de Lamb no ha salido del edificio durante las últimas veinticuatro horas?

Flyte respiró hondo.

—Es posible que se diera una pequeña interrupción.

—En ese caso, estamos hablando de una falta disciplinar...

—Seguro que sí, pero ¿le importa que lo dejemos para otro momento? Tengo que ver al señor Whelan.

—Ha salido. Estás viéndome a mí.

—Igual no quiere oír lo que tengo que decir.

Taverner la miró fijamente.

—Mi trabajo consiste, precisamente, en oír lo que no quiero. Vamos a mi despacho.

Los chicos y chicas de la oficina central no levantaron la vista a su paso: estaban demasiado ocupados en rebotar unos contra otros como bolas en una máquina del millón. A veces ya ni parecían seres individuales, porque se movían en enjambre. Flyte se acordó de algo que había leído sobre un pueblo junto al Mar Negro que, un día al año, con la llegada del verano, se llenaba de mariposas. La imagen le vino a la mente al ver la actividad incesante en la oficina central. No era tan sólo que todos estuvieran ocupados con su trabajo, lo que los movía era la certeza de que algunos resultados empezaban a cobrar forma: aquellos chicos y chicas estaban pasando de crisálidas a mariposas.

Probablemente Taverner no lo veía de una forma tan poética, porque oscureció el tabique de cristal en cuanto entraron en su despacho.

—Más te vale que lo que vayas a decirme sea de interés —le advirtió a Flyte.

—Tiene que ver con el último apartado del documento del Abrevadero.

—¿El último apartado de qué?

—Así es como lo llaman: el documento del Abrevadero.

—Yo estoy haciendo mi propia lista... que cada vez es más larga —dijo Taverner—. ¿Cuál es ese último apartado?

—Hacerse con los medios de comunicación —respondió Flyte—, aunque en este caso no se trata de algo literal.

—Pareces estar muy enterada.

—De hecho, el que descubrió de qué se trataba fue Lamb. Este último apartado, el de los medios de comunicación, indica que se disponen a cometer algún tipo de atentado... con cámaras delante, con muchos periodistas y medios de comunicación. Y será pronto.

—En la abadía de Westminster —dedujo Taverner.

—En la abadía, sí —confirmó Flyte—: en el servicio religioso por las víctimas de Abbotsfield.

Le llevaron una pizza. Había pedido que fuera de carne, pero los muy inútiles se presentaron con una en plan queso y tomate con cuatro anchoas por encima. «Malditos», pensó apartando las anchoas con una mueca de asco. «Ya verán cuando...»

Luego volvieron a dejarlo a solas.

Lo habían machacado prácticamente durante toda la noche. Después del interrogatorio de Emma, en el que él se había encargado de dejarle unas cuantas cosas claras, se habían presentado estos otros, así que se había visto obligado a contarles el mismo rollo otra vez. «¿Es que no os comunicáis entre vosotros?», estuvo tentado de decir, pero sabía cómo funcionaban estas cosas porque Kim (su novia) funcionaba exactamente igual: en cuanto llevaban juntos más de diez minutos, afirmaba que estar a su lado era demasiado intenso y que necesitaba un poco de espacio, estar a solas un rato. Las tías eran así, ya se sabía: de vez en cuando necesitaban ir a su aire. ¿Tenía razón o tenía razón?

Por lo demás, el hecho de que lo retuvieran en esa habitación indicaba que seguía habiendo una amenaza de alto nivel. Tenía sentido que lo pusieran entre algodones, pues lo último que el servicio necesitaba era que los malos de la película se apuntaran el tanto propagandístico de cargarse al incomparable Roddy el Rodillo. Al mismo tiempo, cabía suponer que todos los involucrados en ese asunto ya tenían clara una cosa: que si alguien podía conseguir acabar con sus enemigos, ese alguien era él mismo: Roddy Ho.

Porque su carismática forma de andar por el mundo era la propia de un felino. Sí, ésa era la imagen justa. Sólo tenías que fijarte en los gatos: nunca daban un paso en falso y, si lo hacían, era por pura casualidad. Los gatos siempre aterrizaban de pie, era un hecho, y lo mismo le pasaba

al carismático Roderick Ho. De vez en cuando, para divertirse un poco, se metía en algún follón como el de la noche anterior, pero siempre estaba claro quién saldría vencedor.

Y también sabía hacer fintas y esfumarse. Iba por libre. Las dos cosas se le daban inmejorablemente.

Como se había encargado de aclararles a esos individuos de antes:

—Sí, por supuesto. Como era de esperar, enviaron a uno para que me matara. Y ya veis cómo acabó la cosa. La próxima vez será mejor que envíen a dos.

Al oírlo, los agentes intercambiaron miradas.

Terminó de comerse la pizza (excepto las anchoas, por supuesto) y, mientras se chupaba los dedos sentado en la silla, cayó en la cuenta de que en ningún momento le habían contado qué había pasado con Kim (su novia). Él les había explicado que el documento que le había entregado no estaba clasificado como confidencial: ¿a quién se le ocurría que Super-Roddy fuera a filtrar secretos de Estado? ¡Por favor! Seguro que la habían exculpado de todo; como mucho, la habrían acusado de ser curiosa, y ¿desde cuándo eso era un delito? Pero el hecho era que no habían despejado sus dudas sobre Kim.

Quizá porque...

Pero prefería no detenerse demasiado en algunos rincones de su mente. En esos rincones, sus decisiones habrían sido distintas y habrían tenido consecuencias distintas, una de las cuales habría sido sentirse un poco más caballo lento y un poco menos Super-Roddy. Hacerse más preguntas cuando Kim apareció en su vida, consultar a otros al respecto... pero ya no había vuelta atrás. Estaba donde estaba y Kim era su novia, ¿entendido? Kim era su novia. Y si no le habían aclarado qué había pasado con ella, pues bueno, era comprensible: por algo operaban en el ámbito de lo secreto, un mundo que en gran parte era demasiado... secreto.

Pero prefirió no darle más vueltas. Ya habría tiempo de enterarse de todo, pensó. Entretanto, allí lo tenían, deseosos de protegerlo a toda costa. Sonrió para sí mismo: sin duda alguna alucinaban con él. Era como la suma de Bond y Q: durante el día surfeaba a sus anchas en la *Dark Web* y por la noche salía de marcha con una tía que estaba buenísima. Y si llegaban los malos, los tiraba por la ventana y punto.

¿Quién era ese *crack*?

Sí, estaba claro que alucinaban con él.

En la habitación de al lado, los dos agentes estaban compartiendo una pizza de carne. Apenas decían palabra hasta que uno de ellos dejó de masticar y dijo:

—Yo alucino con este tío.

Negaron con la cabeza al unísono y siguieron comiendo.

Claude Whelan estaba en Downing Street, sentado en una de las diminutas «incubadoras». El señor primer ministro lo había hecho esperar (mala señal), pero no había estado ocioso, pues acababa de recibir una llamada de Diana Taverner con las últimas noticias de la oficina central. Finalmente, el primer ministro hizo acto de presencia vestido como el director de una empresa de pompas fúnebres y con la cara enrojecida por el esfuerzo.

—Llevo toda la mañana en el consejo de ministros... Por cierto, este traje me queda terriblemente ajustado. ¿No le parece que me hace gordo?

—Mire, ahora no... —Whelan se obligó a callar: era mejor seguirle la corriente porque no iban a centrarse en el asunto hasta que hubieran cruzado este puente—. El negro adelgaza, la verdad.

—Eso dicen, pero cuando me veo de perfil ante el espejo... A nadie le gusta que le llamen gordinflón, y algo he oído al respecto.

—Pues yo lo veo... muy ministerial.

Más bien lo veía como un cochinillo al horno al que sólo le faltaba la manzana en la boca, pero mejor no decirlo.

—Tendría que hacer más ejercicio —añadió el primer ministro—. Antes jugaba al tenis con algunos conocidos, pero... en fin... —Adoptó la expresión de un actor shakespeariano—. Al final, los que siempre discutían si la bola había entrado o no han resultado ser unas auténticas víboras. Era de esperar, ¿no cree?

—Lo que creo es que tenemos cosas más importantes de que hablar.

El señor primer ministro suspiró en un nuevo alarde de histrionismo.

—¿Cree que no me doy cuenta? —se desabrochó el botón inferior de la americana y soltó aire —. Zafar Jaffrey está detenido. Aún es un rumor, pero es verdad, ¿no?

—Eso me temo.

—Yo quería asegurarme de que Zaf no iba a crearme complicaciones y al final resulta que está conchabado con un delincuente experto en chanchullos. ¿Es eso, Claude? —Lo dijo como si Whelan fuera el responsable—. Esto parece sacado de una película de Michael Caine; una de las malas, quiero decir.

Técnicamente, el primer ministro era demasiado joven para recordar alguna que no lo fuese, pero no era el momento adecuado para discutir de cine.

—No le digo que no, pero la noticia de la muerte de Gimball va a eclipsar todo lo demás, por lo menos hoy. Ahora mismo está usted en situación de tomar la iniciativa. Haga una declaración oficial cuanto antes, así será el primero en comunicar la noticia.

—¿Una declaración pública? Si ni siquiera sé en qué estaba metido Jaffrey. ¿De qué se trata? ¿Acaso apoya en secreto al ISIS? Yo no me lo creo, Claude: a ese hombre le gusta el críquet y...

—El problema es su hermano.

—Ya. El hermano al que se cargaron en Siria, donde acudió por propia voluntad y porque era imbécil, dicho sea de paso. ¿Y ahora qué va a contarme? ¿Que Zaf se ha convertido a la causa?

—Su hermano no murió.

—Ay.

—Jaffrey fue a recoger un pasaporte falso... para su hermano.

—Vaya... —El primer ministro respiró hondo y volvió a abotonarse la americana—. Todos creíamos que había muerto.

—Su propia familia lo creía víctima de un misil Hellfire disparado desde un dron en agosto de 2016. El objetivo no era él, pero se sabía que andaba cerca del blanco y después nadie encontró su cadáver. —Whelan negó con la cabeza—. La efectividad de estos misiles es del noventa y cinco por ciento, sólo fallan en contadas ocasiones, y eso fue lo que ocurrió con Karim. Puede pasar.

—¿Y qué hizo después? ¿Se largó de Siria y ya está?

—No estamos seguros. Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que hace cuatro meses entró en contacto con su hermano mayor. Por entonces se encontraba en Francia y dormía en la calle. Le vino con el cuento del hijo pródigo. Lo único que quería era volver a ser el de siempre, pues había visto con sus propios ojos que la yihad no era el chollo prometido.

—Claro. Yo mismo se lo podría haber dicho, cualquiera se lo podría haber dicho.

—Y Zafar accedió a ayudarlo.

—Llámeme pedante, pero tenía la impresión de que a los del ISIS no les gusta mucho que cambies de idea. Pasa lo mismo cuando un jugador de fútbol ficha por el eterno rival.

—No les gusta nada, de ahí que Jaffrey recurriera a ese individuo que trafica con documentación falsa.

—Ah. Ya veo... O sea que Jaffrey estaba tratando de proporcionar una nueva identidad a su hermano para que pudiese volver a Inglaterra sin que nadie lo detectara. ¿Y Karim qué pretendía? ¿Recuperar su vida anterior fingiendo ser otro para que no lo castigaran por sus pecados?

—Más o menos sí —convino Whelan.

—¿Y cómo es que Zafar no vino a verme?

—Porque usted habría hecho lo posible para que el joven Karim compareciese ante un juez, quien sin duda le habría impuesto una condena de cárcel... y lo habría abocado a ser asesinado en prisión.

—Es verdad.

—Y eso es justo lo que Jaffrey quería evitar.

—Las familias son un latazo, no hay duda. Perdóneme, porque supongo que tendrá hermanos,

¿no? —El primer ministro no esperó a oír su respuesta—. En fin, menos mal que me he enterado de todo esto antes de ponerme a desmentirlo. Ya sabemos que no conviene mentir en el Parlamento: cuando te han pillado haciéndolo cuatro o cinco veces, la gente empieza a irritarse.

—Hay más.

—Siempre hay más. —El primer ministro se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una latita de caramelos de menta—. ¿Quiere uno...?

—Gracias. —Whelan se lo metió en boca y prosiguió—: Es posible que esta tarde se cometa un atentado en la abadía de Westminster.

—Durante el servicio religioso.

—Durante el servicio religioso. No tenemos datos concretos al respecto, más bien se trata de una suposición fundamentada.

—¿Y de dónde sale esta suposición?

—De Diana Taverner.

—Ah, la bella Lady Di... —El primer ministro se toqueteó el nudo de la corbata—. Bueno, quizá ya no es tan bella, pero se conserva muy bien. Es una yegua guapetona y no me importaría montarla algún día. Aunque si se le ocurre contarle lo que acabo de decir, le aseguro que haré que lo maten.

—Bueno, eso tendría que encargárselo precisamente a ella, lo cual podría ser contraproducente —apuntó Whelan—. Volviendo a lo que nos ocupa, Taverner considera que se trata de una amenaza plausible porque, según parece, los terroristas han hablado sobre una serpiente que se muerde la cola. O sea, que tienen previsto cerrar el círculo de la campaña de terror y piensan hacerlo en un servicio religioso en memoria de las víctimas del primer atentado. Por lo demás, está claro que esa gente sabe quién va a asistir: algunos miembros de la realeza, usted, la jefa de la oposición...

—Por Dios, no quiero ni oír hablar de ella.

—...un montón de parlamentarios destacados, el alcalde, etcétera. Sobra decir que habrá fuertes medidas de seguridad, pero esa gente puede hacer mucho daño. Como suele decirse, basta con que tengan suerte una vez.

Los que criticaban al primer ministro se complacían en acusarlo de cobardía política pero, de vez en cuando, cuando nadie miraba, era un hombre valeroso.

—Bueno, pues no vamos a cancelar, ni tampoco vamos a entrar en Westminster al estilo romano, en formación de tortuga. Eso sí, debemos asegurarnos de que la multitud se mantenga un poco más atrás de lo habitual, ¿entendido? Por si pasa algo, lo que sea... por si hay metralla, por ejemplo.

—Claro.

—No hay tiempo para montar una reunión COBRA de urgencia, pero voy a hablar con la junta

del Estado Mayor para que refuercen la presencia militar, aunque tampoco podemos hacer mucho más de lo que ya tenemos previsto: como mínimo tres mil efectivos en las calles, y tiradores... Ahora los llamamos «tiradores», ¿no? Ya no se usa lo de «francotiradores»...

—Eso tengo entendido.

—En fin, tiradores en todos los tejados. Por Dios, amigo mío, ¿hasta dónde hemos llegado? Antes en Londres te sentías seguro, había reglas.

—No somos inmunes a los problemas del mundo, nunca lo seremos. —Whelan trasladó el caramelo de menta de una mejilla a la otra—. Como es natural, habrá que advertir a palacio.

El primer ministro soltó un bufido.

—A ver quién es el guapo que los avisa. Pero bueno, vamos a hacerlo todo según lo previsto. Hoy en día, todos los eventos públicos constituyen un riesgo, ¿qué se supone que debemos hacer? ¿Escondernos en un sótano?

—No, claro que no.

—No quiero poner en riesgo más vidas de las estrictamente necesarias. Dicho esto, quiero que cojan vivos a esos cabrones. Quiero verlos bajo custodia y en el banquillo de los acusados. Quiero que recurran a abogados, que se declaren no culpables y que apelen al Tribunal Supremo: que hagan uso de todos los derechos que garantizamos. Quiero que el mundo entero los vea suplicar clemencia a un sistema que desprecian y quiero ver cómo los encierran y cómo se pudren en la cárcel por el resto de sus putas vidas de mierda. No quiero mártires: ya hemos tenido bastantes mártires entre comillas, maldita sea.

Whelan mordisqueó el caramelo de menta y notó cómo se resquebrajaba. Por un segundo, con el corazón encogido, pensó que lo que se había resquebrajado era una muela, por lo que juntó los trozos en la lengua y fue evaluándolos uno a uno hasta quedarse tranquilo. Casi tranquilo. Probablemente había sido el caramelo. El primer ministro seguía hablando:

—Éste puede ser mi último gran día, ¿sabe? Los lobos están agolpándose frente a la puerta, por usar una maldita frase hecha. Gimball era el líder de la manada, pero ¿sabe una cosa? Ahora que ya no está, otros se atreverán a salir del bosque. Ninguno de ellos tenía previsto hacer movimiento alguno porque él se había asegurado el voto popular, pero ahora todo vale porque todo el mundo sabe quién ostenta el voto impopular; o sea, yo mismo.

—Eso nunca se sabe, señor —dijo Whelan, aunque estaba convencido de que en ese caso sí era posible saberlo.

—No, tengo los días contados. Pero voy a decirle una cosa: atrape a esos asesinos de mierda durante mi mandato y me daré por satisfecho. Será mi canto del cisne. Luego haré que me instalen un cobertizo en el jardín de casa y me pondré a escribir mis memorias. —Volvió a mirarse la barriga y pareció resignarse a la idea de que no por mirarla iba a perder kilo y medio

en los treinta minutos siguientes, así que asintió con firmeza y añadió—: Vivimos tiempos interesantes, Claude. La reunión también lo ha sido.

Y dicho esto, salió del cubículo.

Whelan se tragó los últimos trozos de caramelo y comprobó el estado de sus molares con la lengua. «Estos últimos días no me he lucido», pensó. Seguro que a esas alturas Jaffrey ya tenía un abogado, pero su carrera política se había acabado para siempre: jamás podría ganar las elecciones a la alcaldía, lo que no era una buena noticia para la ciudadanía de Birmingham y alrededores. Habría sido un buen alcalde, y lo que se había interpuesto en su camino no eran la codicia o el odio, ni ninguna de las infinitas tentaciones que acechaban a los políticos en activo, sino el amor por su hermano. Ojalá ese misil lo hubiera reducido a cenizas. Aunque quizá no se trataba de amor, sino de simple lealtad. No siempre hacía falta querer a una persona para serle leal. ¿Lo contrario también era cierto? Quién podía saberlo.

En cuanto a Dennis Gimball, por muchos defectos que tuviera, lo cierto era que él se había comportado de manera abominable aprovechándose de una afición inofensiva para presionarlo. «Como si yo estuviera en condiciones de tirar la primera piedra», pensó. Pero aquello ya no tenía vuelta de hoja: le habían dado una orden y él había hecho todo lo posible por cumplirla. Había habido damnificados, pero siempre los había, igual que había en juego unos intereses de mayor alcance, y su deber era tenerlos en cuenta. Si esperaba obtener el perdón de todas las personas a las que había perjudicado y perjudicaría, ya podía ir olvidándose de mantenerse en el cargo.

Además, tenía otros problemas. A veces uno estaba obligado a asegurarse de que tenía las espaldas cubiertas. Eran las reglas de Londres, como diría Diana Taverner.

Lo que significaba que el primer ministro ya podía irse despidiendo de que los terroristas compareciesen en un juicio con luz y taquígrafos, para empezar.

Salió del edificio y sacó el teléfono. Esa tarde iba a haber más soldados armados en las calles de Londres que en cualquier otro momento desde la última guerra. Lo más urgente era asegurarse de que todos iban a seguir las mismas órdenes, pero antes necesitaba hablar unos minutos con su mujer, cuya voz siempre resonaba en sus oídos como una suerte de absolución. Y en ese instante necesitaba que le perdonasen bastantes cosas.

Aparcaron a unos cuantos kilómetros de su destino y comieron lo poco que les quedaba: unos fideos ya estropeados, repescados de la nevera portátil que no cerraba bien. Danny notó un sabor asqueroso en la lengua, pero al tiempo saboreaba el momento: su boca seguía trabajando, su cuerpo seguía alimentándose. Era posible que no volviese a comer muchas veces más.

Por su parte, Shin estaba de un humor muy distinto. En cuanto probó los fideos, los escupió en un pañuelo de papel y dejó el resto en el plato.

Danny tenía claro que había diferentes maneras de ser un soldado, pero el caso de Shin podía resumirse en pocas palabras: era un cobarde, y en el fondo lo sabía. Por eso era incapaz de comer en momentos como ése, por eso había dejado a la chica con vida.

Esto último podría perdonárselo. Era un error y una traición, pero apiadarse de una mujer constituía una debilidad disculpable. No se habría alegrado de verlo morir sólo por eso. Al dejarla en libertad, sin embargo, Shin había puesto en peligro la misión, y sus posteriores mentiras al respecto habían sido una falta de respeto hacia todos sus compañeros de equipo, incluido él mismo. Por eso, cuando Shin muriera, él lo miraría a los ojos sin pestañear y se aseguraría de que tuviera claro que iba a mearse en su cadáver antes de prenderle fuego en una zanja.

Y si sobrevivían a este ataque final, iría a buscar a esa tal Kim y acabaría con ella también, porque eso formaba parte de la misión y no podían dejar ni un solo cabo suelto.

An consultó su reloj.

—Cuatro horas —indicó.

Al igual que Danny, se había puesto el rudimentario uniforme que habían usado en Abbotsfield; al igual que Danny, llevaba un revólver en una funda al cinto. No querían confundirse entre la multitud cuando llegase la hora y desataran una tormenta de sangre como si fueran las furias de la venganza.

—Todo parece tranquilo —dijo Shin con una nota de esperanza en la voz.

—Tranquilo o no, dentro de cuatro horas actuamos.

—Uno de nosotros debería adelantarse para informar, así nos aseguraremos de que podemos entrar sin problemas.

—No haces más que complicarte la vida —le soltó Danny—. Eres como un perro atado a su perrera: ladras cuando hay ruidos, ladras cuando no los hay.

—Si queremos tener éxito, hemos de proceder con cautela —replicó Shin—. Y actuaremos siguiendo mis órdenes, no las vuestras —agregó mirando a An.

—Tienes miedo —dijo Danny.

—No más que vosotros.

—Yo no tengo miedo.

Era verdad. No sabía exactamente por qué, pero lo cierto era que no tenía miedo. Quizá porque se sentía en un plano superior, con la gloria al alcance de la mano. Lo que iba a pasar a continuación, incluso si implicaba su propia muerte, constituiría una muestra de heroísmo, un privilegio al que no todos podían aspirar. Iba a convertir en realidad los designios del Líder Supremo y su nombre resplandecería para siempre, como una vela que nunca se apaga.

No le habían ofrecido muchos futuros durante su vida, pero éste iba a aprovecharlo al máximo.

Shin, sin embargo, se acobardaba ante cualquier futuro que fuera más peligroso que un fideo

estropeado.

—Dejaste escapar a la chica —lo acusó Danny.

—La maté.

—Mientes.

Shin se volvió hacia An.

—Danny es idiota, se ha vuelto loco... —Su voz, sin embargo, sonaba insegura.

—¿Has visto cómo le tiembla la voz? —replicó Danny—. Porque sabe que lo sé. Todos lo sabemos: dejó escapar a la chica.

—Ya basta —dijo An.

—¿La dejaste escapar? —preguntó Chris—. No tendrías que haberlo hecho.

—Ha puesto en peligro toda la misión —hizo hincapié Danny.

—¡Yo no he puesto en peligro la misión! —exclamó Shin.

Sus palabras reverberaron en el interior de la furgoneta como si una piedra acabara de dar en la carrocería.

—Antes de dejarla marchar —siguió diciendo Danny—, antes de desobedecer las órdenes recibidas... ¿le contaste lo que íbamos a hacer?

—No le conté nada.

—Pero dejaste que se fuera.

—¡No desobedecí ninguna orden! ¡El que está al mando soy yo!

—No mereces estar al mando.

—¿Y tú quién eres para...?

—En Abbotsfield disparaste al aire. Acribillaste el cielo a tiros. Te cargaste un corral de gallinas.

—En Abbotsfield cumplí con mi deber —dijo Shin con la voz estremecida por la rabia.

—¿Y hoy qué va a pasar? —preguntó Danny—. ¿Hoy sí podemos confiar en ti?

—¿Y en ti? ¿Acaso podemos confiar en ti? ¡Yo soy quien está al mando! ¡Cuando hablo, hablo en nombre del Líder Supremo!

—Me preocupa eso de que quizá dejaras escapar a la chica... —dijo Chris.

—Ya está bien —intervino An.

Pero Danny no tenía suficiente.

—Y esta vez, cuando nos pongamos en marcha para terminar nuestra misión, ¿qué vas a hacer? ¿Esconderte detrás de un contenedor de basura? ¿Levantar las manos y rendirte?

—¡Todo esto voy a incluirlo en el informe! —gritó Shin—. ¡Aquí el único traidor eres tú!

Danny se volvió hacia An.

—Está poniéndonos a todos en peligro.

—¡Yo soy el que está al mando!

—¿Quién sabe qué llegó a contarle a la chica? Es muy posible que ahora mismo ya estén buscándonos.

—Eres un traidor —dijo Shin—. Esto se llama insubordinación: estás rebelándote contra el Líder Supremo, escupiendo sobre Sus designios.

—Ya basta —repitió An.

—Sí, ya basta —convino Danny. Miró a Chris y luego a An—. No podemos confiar en él. Si queremos terminar nuestra misión, tenemos que hacerlo sin él. Acabará traicionándonos a todos.

—¡Eso es una calumnia! —chilló Shin.

An desenfundó el revólver y, sin pensárselo dos veces, le disparó a Danny en la cara.

Cuando el disparo dejó de retumbar, se volvió hacia Shin y le dijo:

—El Líder Supremo te puso al frente de esta misión. Dudar de tu capacidad de mando es dudar de Él.

Shin asintió como un pelele.

—Nos pondremos en marcha dentro de cuatro horas —recordó An.

Y dicho esto, enfundó el revólver y siguió comiéndose los fideos.

15

El mediodía llega acompañado de un tañido de campanas porque estamos en Londres, una ciudad de campanas. Desde el corazón de la urbe hasta su periferia más cochambrosa, parten el día con repiques, volteos y redobles profundos. Resuenan en agujas y torres, en iglesias y ayuntamientos, superponiéndose las unas a las otras en su cotidiana celebración del paso del tiempo. Cuando hace calor, incluso es posible ver cómo su sonido se desplaza llevado por la neblina que brilla en la distancia. Y las campanas no están solas, pues las acompaña el resonar de los relojes colgados en las esquinas y en los escaparates de las joyerías, que dan la hora de forma escalonada, un poco por detrás o por delante del sol, aunque siempre (siempre) hay un momento en que resuenan al unísono. O al menos eso es lo que nos gusta pensar: que dos veces al día, en torno al mediodía y la medianoche, la ciudad habla con una sola voz. Pero incluso si fuera cierto, esa unanimidad duraría sólo un instante, y luego volvería a imponerse la cacofonía habitual: voces que discuten, que reprenden, que consuelan y cuentan ocurrencias; que suplican un helado o el regreso de un amante; que ofrecen cambio y buscan apoyo, tropezando entre sí en un coro constante de alegría y quejas, de éxtasis y traición, de dolores insondables, pequeñas penas y placeres inesperados. Todos los días son como éste: familiares y únicos al mismo tiempo. El hoy, como el mañana, siempre es distinto y siempre es igual.

Y hoy, Londres está en pie de guerra. Por desgracia, esto conlleva que las calles estén llenas de policías armados, pero se supone que uno debe pagar un precio por las libertades cotidianas: la libertad de los ciudadanos para andar por las calles, para llevar las caras descubiertas, para cogerse de la mano en público... Pueden pasar varios meses sin que nadie vea una pistola, pero las lecciones de los últimos días han resultado dolorosas, y la gente no olvida los muertos en la capital o en las ciudades hermanas, y de ahí que las calles estén llenas de policías armados. En las inmediaciones de la abadía de Westminster hay vallas metálicas en la acera. Tras ellas, londinenses y visitantes se agolpan para participar en el homenaje a los muertos de Abbotsfield, porque lo de Abbotsfield podría haber ocurrido en cualquier otro lugar, incluida la propia ciudad de Londres. Esto es lo que Londres y sus ciudades hermanas han aprendido: que los crímenes inspirados por el odio contaminan el alma, pero tan sólo el alma de quienes los cometen. Cuando los dolientes se mantienen unidos, cuando las campanas distantes entre sí resuenan al unísono aunque sólo sea por unos instantes, sus almas permanecen impolutas. De manera que la gente se

congrega y espera mientras los policías armados examinan a los que van llegando, y el mediodía viene y se va en un estrépito de campanas y empieza la tarde.

Todos llevaban horas sin dormir. De regreso en Regent's Park, Claude Whelan se sintió aliviado al sentarse otra vez frente al escritorio; por lo menos allí podía fingir un mínimo grado de control sobre los acontecimientos. Diana Taverner también se hallaba en el edificio, si bien ahora mismo estaba deambulando por la oficina central, escudriñando lo que estaban haciendo los chicos y chicas bajo su mando. Se detuvo más de lo habitual al llegar a un escritorio en particular, ocupado por una joven llamada Josie, que llevaba una camiseta marinera a franjas horizontales que le acentuaba los pechos y que tenía la costumbre de parpadear con timidez cuando se dirigían a ella. Un observador cualquiera encontraría imposible adivinar qué estaba pensando Taverner en aquel instante, pero quienes la conocían bien darían por sentado que estaba tomando nota de algo, almacenando información que valía la pena retener.

—Informe de situación —ordenó.

Josie parpadeó y leyó lo que ponía en la pantalla:

—Está previsto que los miembros de la familia real lleguen a la abadía dentro de cincuenta minutos. El premier, dentro de cuarenta. Se ha producido un pequeño alboroto en Great Smith Street, pero ya está controlado: eran unos cuantos borrachos que se habían desmadrado.

—Aquí no decimos ni «borrachos» ni «desmadrado» —señaló Taverner—. A ver si nos atenemos a los protocolos establecidos, ¿de acuerdo?

—Discúlpeme, señora.

—¿Cómo está la situación a pie de calle?

—Cernícalo Uno está en Millbank, Cernícalo Dos, en el puente de Westminster. Ninguno informa de movimientos sospechosos. Tres, Cuatro y Cinco están desplegados en paralelo a Whitehall. Según indican, la multitud en general se muestra tranquila, sólo ha habido algunos estallidos de rabia aislados: unos cuantos que se han puesto a corear consignas sobre Dennis Gimball, seguramente orquestados por algún grupo de extrema derecha.

Taverner no se sorprendió al saber que algunos veían una conexión entre la matanza de Abbotsfield y la muerte de Dennis Gimball: las teorías conspiratorias florecían a razón de ciento cuarenta caracteres por segundo.

—¿Alguna detención? —preguntó.

—Unas pocas, señora. Al menos que sepamos.

Taverner se apoyó en el borde del respaldo de la silla de Josie, la tela estaba caliente.

—¿Está manteniendo informado al señor Whelan?

—Sí, señora.

—¿Por correo electrónico o...?

—Prefiere que vaya a su despacho.

Taverner asintió como si estuviera pensando en otras cosas.

—Pues vaya con cuidado —indicó, y volvió a su propio despacho.

Kim Park, la novia de Roderick Ho, se encontraba «abajo» en estos momentos. Flyte y Welles la habían llevado hasta allí. Cuando empezaron a interrogarla, no dijo mucho más de lo que ya le había contado a Flyte, pero iban a proseguir con el interrogatorio el tiempo que hiciera falta. Kim había demostrado que era consciente de sus derechos: sabía que no podían retenerla mucho tiempo si no había una acusación formal, pero en ese mismo momento estaba descubriendo que esas formalidades tan sólo eran aplicables en caso de detención, y ella no estaba detenida. Hablando en términos legales, sencillamente la habían secuestrado. «Y más le valdrá no plantear problemas al respecto», pensó Taverner. Al menos había colaborado en la elaboración de unos retratos robot de los sospechosos, y, como siempre que veía este tipo de retratos, Diana no pudo dejar de pensar en unos autómatas sin las pilas incluidas. Algo le decía que sus equivalentes en la vida real tampoco serían muy distintos: ella misma los había llamado poco antes «los terroristas robot». Todos los que estaban dispuestos a asesinar por sus creencias carecían de empatía, era inevitable; el brillo de humanidad en sus ojos se opacaba hasta hacerse indistinguible por completo. De vez en cuando, también ella sentía cierta indiferencia por la suerte de los demás, había que reconocerlo, pero hasta ahora nunca había declarado la guerra a las niñas que parpadeaban con timidez, por poner un ejemplo.

«Aunque siempre hay una primera vez», se dijo pensando en Josie. Porque si la chica tenía la costumbre de sentarse en el regazo de Claude cada vez que lo ponía al día, pronto iba a descubrir el significado de la expresión «daño colateral».

Se acomodó y entrecerró los ojos un instante. Las emergencias ponían a prueba todos los sistemas, incluido su propio cuerpo. Cuando todo esto se hubiera acabado, iba a dormir cuarenta y ocho horas seguidas, pero ahora no.

Encendió el televisor, puso un canal informativo y en la pantalla aparecieron unas vistas aéreas de Londres. Diez años atrás, la ciudad tenía un aspecto muy distinto, sin la torre Heron ni la Aguja. Y si uno retrocedía veinte años atrás, sin el Pepinillo, el Ojo ni la mitad de los rascacielos. A saber qué pinta tendría dentro de veinte años; igual habría trenes monorraíl tendidos entre edificios de cien pisos... En cualquier caso, Londres seguiría siendo Londres porque así lo dictaban las reglas de la ciudad. Bajo el oropel y los vestidos de fiesta, latía un mismo corazón.

Entretanto, a ras de suelo, eran los policías de Scotland Yard quienes se encargaban de hacer cumplir la ley. Aunque Diana también había desplegado agentes en la calle: allí tenía a los Cernícalos, del Uno al Cinco, acechando y tomándole el pulso a la ciudad. Si se producía un

atentado, era poco probable que los terroristas fueran capturados vivos, y el despliegue de agentes por la zona lo hacía aún más improbable.

Y pronto todo habría acabado, de una forma u otra, y entonces habría que ocuparse de otros asuntos. De castigar a Emma Flyte, por ejemplo, y también a su chico de los recados, ese tal Devon Welles. Por el momento, ambos tenían prohibido salir de Regent's Park. Taverner veía conspiraciones en el setenta por ciento de los casos y, aunque probablemente lo de Flyte no fuera más que una cagada, no estaría de más castigarla con dureza... Y los de la Casa de la Ciénaga también iban a enterarse: ya hacía mucho tiempo que se lo había advertido a Jackson Lamb; cuando volvieran a doblar las campanas, algunas doblarían por él.

Ahora y siempre, proteger el servicio era la prioridad número uno para Diana Taverner: si una quería mantener el árbol sano, debía cortar las ramas muertas sin contemplaciones, como sabe cualquier agricultor.

En la pantalla, ambos canales mostraban ahora imágenes del gentío que iba apiñándose en los alrededores de la abadía. Los londinenses estaban saliendo a la calle como muestra de solidaridad por los muertos de Abbotsfield. Era una reacción predecible, admirable, que los asesinos sin duda esperaban. Ella confiaba en que al día siguiente no hubiera más víctimas que lamentar... Aunque si uno desmenuza a una multitud y examina a sus componentes uno a uno, siempre encontrará alguna que otra víctima entre ellos, eso era un hecho contrastado.

River Cartwright se encontraba entre la multitud, abriéndose paso entre un grupo de personas y el siguiente. La mayoría tenían la expresión seria y sombría; eran conscientes del significado de la jornada y sabían que era preciso proyectar una convicción: «No tenemos miedo.»

Abbotsfield estaba en boca de todos. También se hablaba mucho de la muerte de Dennis Gimball, y había quienes relacionaban lo uno y lo otro. Cada vez que River miraba el portal de la BBC, esperaba encontrarse con su propio rostro mirándolo desde la pantalla, al lado del de Coe: «La policía busca a estos dos hombres...»

Pero, por el momento, nada.

Tuvo que mostrar su identificación del servicio dos veces para poder atravesar un puesto de control protegido por vallas metálicas. No recordaba haber visto nunca tanta vigilancia en Londres, pero era comprensible. Un atentado durante el funeral en honor a las víctimas de Abbotsfield sería algo más que un golpe propagandístico: se convertiría en una daga clavada en el corazón de la clase dirigente británica, incluso si los terroristas no lograban acercarse a la abadía. Y no lograrían acercarse, estaba claro: cualquier elemento hostil que circulase armado por el centro de Londres duraría apenas unos segundos. Lo que no implicaba que el elemento

hostil no fuese a llevarse a decenas de ciudadanos por delante, dando lugar a unos titulares de prensa que causarían conmoción en el mundo entero.

«La serpiente que se muerde la cola...», pensó River.

Estaba exhausto, pero ya ni se acordaba de lo que era cerrar los ojos y dormir un poco. Todos los nervios de su organismo crepitaban como una línea telefónica.

Llamó a Louisa.

—¿Por dónde andas?

—Estoy en Storey's Gate, ¿y tú?

—Bastante cerca, ¿te quedas ahí?

—¿Me lo preguntas o me lo indicas?

—Te lo pregunto.

—Entonces sí.

River cortó la llamada y echó a andar calle arriba. Normalmente habría hecho ese trayecto en un par de minutos, pero ahora iba a necesitar diez.

Unas horas antes todos los caballos lentos estaban en la Casa de la Ciénaga. Flyte y Welles se habían ido, llevándose a Kim con ellos. Se encontraban en el despacho de Ho, la sala común desde que su ocupante habitual había sido desalojado de la Ciénaga. Harían bien en desprenderse del mobiliario y sustituirlo por una máquina del millón y una gramola, aunque no tendrían mucho tiempo para disfrutar de tales distracciones: el creciente rumor que se oía a lo lejos no era el tráfico que se enseñoreaba de Londres, era el destino, que se cernía sobre ellos.

Catherine levantó la vista de la pantalla del iPad.

—Se espera que acudan miles de personas, decenas de miles. Suele pasar cuando se ha producido una tragedia como ésta: la gente quiere mostrar su solidaridad.

—No sé por qué se molestan en mover el culo, la verdad. Harían mejor quedándose en casa —dijo Lamb—. Los muertos no se lo echarían en cara.

—Esto es importante —repuso ella con brusquedad—. Cuando mueren inocentes, estamos obligados a mostrar que estamos unidos. De lo contrario, es como si viviéramos atrincherados detrás de las barricadas.

—¿Y tú sabes por qué mueren inocentes? —preguntó Lamb—. Porque hay demasiado capullo suelto por el mundo.

—Bueno, pues gracias por esta profunda reflexión filosófica. —Catherine miró en derredor—. Todos estamos agotados, y tampoco podemos hacer nada. ¿Por qué no os vais todos a casa?

—Creo que tendríamos que ir allí —indicó Shirley—, a la abadía.

—¿Para hacer qué? —apuntó Lamb—. ¿Para tirarle una grapadora en la cabeza al terrorista de turno?

—Una grapadora puede hacer mucho daño —murmuró ella.

—Flyte habrá informado a los de Regent’s Park, que habrán puesto al día a Scotland Yard —dijo River—. En la zona habrá policías y militares, además de los agentes desplegados por el servicio. Yo creo que pueden arreglárselas sin nosotros.

—Es de suponer que ya se habrán planteado que el servicio religioso constituye una situación de riesgo —dijo Catherine—, no van a dejar que los príncipes asistan sin desplegar fuertes medidas de seguridad.

—Una sospecha corroborada se convierte en una hipótesis de trabajo —sentenció Coe.

—Gracias, Confucio —dijo Lamb, y se volvió hacia River—. «El gato escaldado de la leche fría huye», ¿eh? O algo por el estilo.

—Ni siquiera entiendo lo que significa ese refrán, la verdad —respondió River.

—Significa que la pequeña aventura de anoche te ha dejado un poco asustado. ¿Qué te pasa? ¿No quieres andar cerca de allí por si se producen nuevos... ejem, accidentes?

—Lo único que quiero es dormir un poco.

—Como todos —intervino Catherine—. Lo que deberíamos hacer es irnos a casa —repitió—. Pase lo que pase hoy, no es nuestra responsabilidad.

Lamb ignoró sus palabras.

—No sé qué fue lo que pasó en Slough, pero está claro que vosotros dos measteis fuera del tiesto, y es perfectamente posible que todos salgamos salpicados.

Louisa se desperezó teatralmente.

—Bueno, lo que dice Catherine tiene sentido: si mañana también vamos a salir salpicados, será mejor que hayamos dormido un poco.

—No estoy segura de haber dicho eso exactamente.

Coe estaba mirando por la ventana.

—Apenas he mencionado Slough y todo el mundo quiere irse a casa —observó Lamb—. Si yo fuera de natural suspicaz, lo encontraría un poco raro.

—Ellos dos fueron a Slough —recordó Louisa—, yo fui y volví en coche a Birmingham, y no he podido pegar ojo.

—Entiendo que no quieres ir a dar la lata en las inmediaciones de la abadía —dijo él.

—¿Tal como estoy? Sería tan efectiva como Donald Trump júnior.

—¿Existe un Donald Trump júnior? Dios mío, yo pensaba que las cosas ya no podían ir a peor.

Sonó un móvil, pero nadie se llevó la mano al bolsillo.

—¿Y si apagamos ese maldito cacharro de una vez? —ordenó Lamb.

—Es el tuyo —indicó Catherine.

—En tal caso, ¿qué tal si os vais a tomar por culo un rato?

Todos salieron del despacho y fueron al de Shirley.

—Ahora es buen momento —dijo Catherine—: marchaos todos de aquí cuanto antes.

—Lamb sabe lo que pasó, ¿verdad? —preguntó River.

—Eso sería lo mejor para vosotros —opinó ella—: si la gente se entera de lo que ha pasado, la Casa de la Ciénaga va a tener serios problemas. Lo que significa que Lamb estará de vuestro lado, al menos hasta que las cosas se arreglen.

River dudaba de que Lamb tuviera el poder de hacer resucitar a un muerto, y si no lo tenía, las cosas no iban a arreglarse así como así.

Shirley había desaparecido y Coe acababa de ponerse otra vez los auriculares. Imposible saber si iba a escuchar un informativo o la consabida banda sonora jazzística.

—De acuerdo —convino River—, yo me largo.

Y dicho esto, salió del despacho y luego del edificio. Una vez en Aldersgate Street, se detuvo en la esquina para esperar a Louisa.

—¿Te vas a casa? —preguntó cuando ella apareció.

—Ésas son las órdenes, ¿no?

—Entonces, ¿te vas a casa? —insistió él.

—No, joder.

—Yo tampoco.

—Lo suponía. Por mucho que hayas dicho que pueden arreglárselas sin nosotros...

—Lo último que quiero es que vuelvan a emparejarme con Coe, o con Shirley —indicó River.

—¿Crees que también van hacia allí?

—Coe es impredecible. En todo caso, haga lo que haga, cuanto más lejos, mejor. En cuanto a Shirley, sí, yo creo que ya habrá ido hacia allí.

—Seguramente tienes razón. ¿Cogemos el metro?

River se había olvidado las llaves del coche de Ho en el escritorio. Y además, el atasco de tráfico en el centro de Londres iba a ser monumental.

—Sí, cojamos el metro.

Al llegar se separaron y empezaron a patrullar por unas calles que iban transformándose conforme crecía la multitud, al principio poco a poco, después rápidamente. Lo que Louisa y River estaban haciendo no tenía ningún sentido, pero estaban programados para hacerlo: antes de que ambos mancharan sus respectivos historiales, los habían adiestrado para eso justamente, y los dos mantenían viva aún una minúscula chispa de esperanza que, bien alimentada, incluso habría podido iluminarles el camino de regreso a Regent’s Park. Al cabo de dos horas, se reunieron para beber unas Coca-Colas y enseguida volvieron a mezclarse con la gente.

Noventa minutos después, cuando la una del mediodía en punto se disponía a entonar su canto antifonal y la ceremonia religiosa a dar comienzo, River divisó a Louisa al pie de una farola, sosteniendo dos vasos de café en una mano al tiempo que miraba la pantalla del teléfono.

—¿Alguna novedad? —preguntó arrebatándole uno de los vasos.

—Ninguna, ¿y tú?

—Tampoco.

Unos coches pasaron de largo a cierta distancia. El único tráfico era el de los vehículos que trasladaban a los vip a la abadía y, dado que la cosa estaba a punto de empezar, River dedujo que podía tratarse de los príncipes o el primer ministro.

—¿Has visto a Shirley?

—Pues no, ni tampoco a Coe.

—Espero que se hayan ido a la cama.

Louisa escupió su café.

—Por Dios, Louisa —dijo River—, no me refería a eso...

—No, si te he entendido, pero es que...

—Ya.

—¿Te imaginas a esos dos juntos en la cama? —Louisa se metió el móvil en el bolsillo y preguntó, ya en serio—: ¿Crees que saldremos de ésta?

—¿Te refieres al servicio religioso?

—A todo. —Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba, pero bajó la voz igualmente—. A lo de Coe, a lo de Gimball. Joder, River, es una maldita barbaridad.

—No sé qué es lo que va a pasar —repuso él esforzándose en no levantar la voz.

Echaron a andar dejando atrás una hilera de coches aparcados.

—¿Has pensado en hablar con los de arriba?

—Sí.

—¿Y? —preguntó ella.

—No sé de qué podría servir. Yo también estaba allí, igual que Coe, y ambos sabemos lo que eso supone si los de Regent’s Park tienen que emitir un veredicto: pueden tener sus razones para echar tierra sobre lo sucedido, pero sin duda tienen muchas otras para no hacerlo. Una de ellas, y no la menor, es que no pueden ni vernos. —El café estaba demasiado caliente, sobre todo para un día así de caluroso, pero era mejor que nada—. ¿Quieres que te cuente algo divertido?

—Por favor.

—Justo antes de todo este follón, estaba pensando en dejarlo. Pensaba que ya había tenido bastante, que había llegado el momento de tirar la toalla y empezar una nueva vida, disfrutar un poco más...

Se echó a reír, pero sin ninguna alegría. Louisa le posó la mano en el hombro.

—Últimamente estás un poco tenso por lo de tu abuelo y demás. Tenlo en cuenta.

—Sí, puede ser.

—Yo en tu lugar no tomaría ninguna decisión importante. No hasta que... ¡eh, un coche

amarillo!

—¿Qué?

—Nada, olvídalo. Te decía que es mejor posponer ese tipo de decisiones hasta que las cosas se hayan calmado un poco. Lo que tenemos que hacer es echarles el guante a esos sujetos y convertirnos en los héroes del día. Esto cambiaría el panorama. Y bueno, luego está Lamb, que suele terminar por arreglar las cosas, aunque sea a su manera.

—Pero todo tiene un límite —opinó River—. Y, en fin, yo creo que no vamos a echarles el guante a esos tipos. Hay que ser realistas. Incluso si al final aparecen por aquí... ¿qué quieres que te diga? Más que para ser los héroes del día, tenemos todos los números para que nos peguen cuatro tiros.

Louisa tiró el vaso en una papelera.

—No seas derrotista, hombre. —Repescó el teléfono del bolsillo—. No acabo de entender que no hayamos visto a Shirley.

—Hay mucha gente, y Shirley es bajita.

—Pero se las arregla para destacar. Voy a llamarla.

—Lo más seguro es que la despiertes.

—Eso también tendría su gracia, ¿no? —apuntó Louisa, e hizo la llamada.

Aunque sin sonido, los dos televisores fijados en la pared mostraban imágenes de la abadía de Westminster. El primer ministro entraba en el recinto justo en ese momento: las sombras del pórtico se lo tragaron sin compasión, igual que tarde o temprano lo engulliría la historia. Aunque también era cierto que la gente llevaba mucho tiempo dándolo por hecho y él seguía allí. La otra pantalla mostraba a las multitudes que abarrotaban las calles. Podía parecer que se trataba de algún tipo de celebración, con la diferencia de que había pocas banderas al viento. Los planos cortos de las cámaras recogían expresiones de seriedad y algunas lágrimas.

—¿Habías visto alguna vez a tantos policías uniformados en las calles? —dijo Emma Flyte.

—¿Tal vez durante las bodas reales?

—Ni siquiera entonces. Por no hablar de los soldados uniformados: yo creo que hay dos regimientos enteros, como si en el centro de Londres fuera a estallar una guerra.

—¿Te preocupa que pueda pasar algo o que no pase nada? —preguntó Welles.

Se encontraban el cuartel general de los Perros (la Perrera, claro). Taverner les había ordenado que no se movieran de allí por el momento, pero Flyte pensaba que ese «por el momento» quizá no sería muy largo. El día anterior estaba en la Casa de la Ciénaga, esposada a una silla y escuchando a todos aquellos idiotas debatir quién iba a morir, si Gimball o Jaffrey. De haberlo

comunicado a Regent’s Park nada más llegar allí, Gimball quizá seguiría vivo. Dadas las circunstancias, parecía que su propia carrera tampoco duraría mucho más.

Pero bueno, allí estaba, y había arrastrado a Devon con ella, aunque él no se lo había reprochado en ningún momento.

—Esos terroristas de Abbotsfield, ¿cuántos eran? —le preguntó—. Cinco, ¿no es cierto? Y lo más probable es que el tipo que salió volando por la ventana haya muerto.

—Son un comando suicida —respondió Welles.

—Vale. Pero, por muy suicidas que sean, ¿hasta qué punto van a poder acercarse a la abadía? El tráfico está cortado en cuatrocientos metros a la redonda, y está claro que no van a poder recorrerlos a pie con todos esos efectivos desplegados para detectar a posibles sospechosos.

—Tampoco tienen que acercarse mucho —consideró Welles—. No estamos hablando de una guerra convencional: cualquiera que pase cerca de ellos puede ser un blanco. A esta gentuza le basta con acribillar a unos cuantos peatones que estén esperando en un paso cebra para cantar victoria; a los que sean, en cualquier calle. Lo único que tienen que hacer es abrir fuego.

—Ya —convino ella—, pero eso tampoco implicaría hacerse con los medios de comunicación, ¿verdad?

—Te recuerdo que la zona está llena de equipos de informativos.

—Esto no me gusta.

—No le gusta a nadie. —Welles se levantó trabajosamente de la silla. Una cafetera antediluviana parecía estar hablando sola en una mesa situada en un rincón—. ¿Quieres un poco?

—Estoy de cafeína hasta arriba —respondió Flyte—. Si tomo una taza más me pongo a dar vueltas por el techo.

—Tampoco sería la primera vez. —Welles llenó un vaso de cartón—. Por mi parte, ni tendría que estar aquí —recordó—: estoy fuera de servicio.

—Estás negro, ya lo veo.

—Cuidado, que te meto una querella por injurias raciales.

—Nunca olvidas que eres negro, ¿eh? —dijo ella—. Pues ya verías si fueses rubia. Entonces sabrías de verdad lo que es la discriminación.

Welles se echó a reír.

La imagen cambió en una de las pantallas y Flyte se puso tensa: un alboroto, gente empujando, una valla metálica derribada...

—¿Dev?

Devon había dejado su café en la mesa con tanta precipitación que el vaso rodó por la superficie y fue a parar al suelo.

En la pantalla aparecieron unos policías. Ayudaron a la gente a levantarse y movieron la valla metálica para que nadie tropezase.

Welles suspiró con alivio.

—Cuánta gente en la calle... —murmuró Flyte—: parece una coronación.

—«No tenemos miedo» —citó Welles—: quieren estar ahí, dejarles claro a esos cabrones que no van a ganar la batalla, que nunca la ganarán.

—Pero algunos saldremos perdiendo igualmente.

En la pantalla apareció una persona que había resultado herida: una joven con el rostro contraído por el dolor. ¿Una pierna rota? Algo roto tendría. Dos policías se habían puesto en cuclillas a su lado, uno de ellos le puso la mano en la frente.

—¿Acaso preferirías que no hubiera nadie en la calle? ¿Que nadie hubiera acudido a la ceremonia? —preguntó Welles.

—Hasta ahora esos tipos han elegido blancos fáciles, pero hoy van a llevarse un buen susto.

—No creo que muchos sintamos lástima por ellos.

—No, pero me pregunto por qué se han vuelto tan ambiciosos de repente. Ni por asomo van a poder acercarse a la abadía.

—«La serpiente que se muerde la cola»... Hoy no habría multitudes por toda la zona si no hubieran cometido la matanza de Abbotsfield: han hecho lo posible por sacar a la gente a la calle... —Devon se interrumpió—. ¿Qué pasa?

De pronto, Emma Flyte estaba blanca como la cera.

Jackson Lamb se encontraba a la espera en un cruce situado cerca de Regent’s Park, bajo las ramas de un árbol frondoso. Por allí no había mucha gente. Lejos de la abadía de Westminster, en Londres imperaba cierto silencio, como si el cielo azul fuese un gran cuenco puesto del revés que atenuara los sonidos. Lamb se las había arreglado para llegar tarde, aunque no tanto como se había propuesto: todavía tuvo que esperar un minuto antes de ver a Molly Doran acercándose en su silla de ruedas color rojo cereza como si la persiguieran los mosquitos. Encendió un pitillo y resiguió el cuello de su camisa con el dedo, que salió húmedo de sudor.

—¿Qué velocidad alcanza ese chisme? —preguntó cuando Molly llegó junto a él.

—Más de la que piensas.

Lamb soltó un gruñido.

—Igual me compro una así, con este calor no hay quien ande por la calle. Se te hinchan los pies que no veas.

—¿No hay ni siquiera una pequeña parte de ti que se haya hartado de estos juegos?

En la faz de Lamb se dibujó una sonrisa torcida.

—Yo no tengo partes pequeñas, ¿o ya lo has olvidado?

—Tiene que ser una delicia trabajar contigo, Jackson. —Molly dirigió la silla hacia la sombra

del árbol—. Háblame de Catherine Standish, anda.

Por un instante sucedió lo imposible: Lamb pareció desconcertado, pero estaba por encima del nivel de visión de Molly Doran y ella probablemente no se dio cuenta.

—Catherine es una borracha. Me hace el té, me pasa los papeles a máquina, ¿qué ocurre con eso?

—Ya nadie escribe a máquina.

—Bueno, tampoco soy de esos jefes que quieren controlarlo todo. A lo mejor utiliza el ordenador, yo qué sé, pero ¿a ti qué te importa?

—Me parece justo que me des alguna información a cambio.

—¿A cambio de qué? Aún no me has dicho nada.

—¿De verdad crees que voy a pasarte información antes de que tú lo hagas? ¡Venga ya, Jackson! Nunca he sido de las que se abren de piernas tan fácilmente, ni cuando las tenía. Esa Standish era la chica para todo de Charles Partner, ¿me equivoco?

—¿Nunca has hablado con ella?

—Catherine trabajaba en el nivel ejecutivo y yo no subía mucho al piso de arriba.

—Esa observación tendrías que habérmela dejado a mí: da para un buen chiste.

—Su nombre aparece una y otra vez en los expedientes sobre Partner.

—Catherine es un caballo lento, igual que los demás —repuso Lamb.

—Con la salvedad de que ella fue la primera, ¿correcto? Tú mismo decidiste llevártela a la Ciénaga cuando te echaron de Regent's Park. ¿Por qué la escogiste? Eso es lo que tienes que contarme a cambio de mi información.

—La escogí porque necesitaba a alguien que me hiciera el té y me pasara los papeles a máquina —repuso él.

—Vete a la mierda, Jackson.

Lamb se quitó el cigarrillo de la boca y escudriñó la punta encendida. Sopló y la ceniza salió volando.

—La tía es una buena agente, y los tiene bien puestos —dijo finalmente.

Molly Doran soltó una risotada tan estridente que más bien pareció un graznido. Allí, en la calle, su presencia resultaba incongruente, como si no encajara con el día soleado.

—Standish hizo carrera sentada tras el escritorio de turno; eso cuando no estaba acostándose con cualquier fulano que se le pusiera a tiro. Lo sé porque soy buena leyendo entre líneas.

—Partner la utilizó con la idea de cargarle el mochuelo.

Molly suspiró.

La satisfacción se pintaba en su rostro como una segunda capa de maquillaje.

—Entonces, los rumores sobre Partner son ciertos.

—Bueno, mejor no divulgarlo por ahí. El tema sigue siendo bastante delicado.

—Así que, el suicidio de Partner...

—Ya basta —la cortó él.

Molly guardó silencio unos segundos.

—Pero el hecho es que él la utilizó, y eso, según tú, la convierte en una tía que los tiene bien puestos.

—Mi opinión es lo único que cuenta en la Casa de la Ciénaga. ¿Ya te has divertido bastante?

—Voy a echar de menos todo esto.

—Si finjo que me importa una mierda, ¿dejarás de darme la tabarra?

—Jackson, Jackson, Jackson... —Molly negó con la cabeza como si quisiera liberarse de unos cuantos pensamientos funestos y a continuación añadió—: Tengo novedades sobre Ho, sobre el documento que robó.

—¿Has encontrado el original?

—Ajá.

—¿Y hay constancia oficial de su origen?

—Huy —respondió Molly Doran—, ya lo creo que sí.

• • •

—Lo hemos entendido al revés —dijo Flyte—. Hemos metido la pata hasta el fondo...

—¿Qué quieres decir?

—Esos tipos van a atentar mientras se celebra el servicio en honor de las víctimas, sí, pero no van a hacerlo en Westminster... Van a volver a Abbotsfield.

—¿Tú crees que...?

Pero Flyte ya estaba corriendo en dirección al piso de arriba, hacia la oficina central.

—Ha llegado el momento de que des la orden —dijo An.

Acababan de dejar el cadáver de Danny encima del de Joon como dos troncos amontonados. El de debajo estaba envuelto en papel film y el de encima se veía cada vez más cerúleo. Los últimos pensamientos de Danny estaban desparramados por el panel lateral de la furgoneta como pintados con espray, pero estaban empezando a secarse y ya nadie los conocería.

Shin trató de decir algo, pero no fue capaz y agarró la botella de agua. Bebió un sorbo y lo intentó de nuevo.

—Vamos allá —dijo finalmente.

—Más alto, que no se oye.

—Vamos allá.

Sentado al volante, Chris puso el motor en marcha. La furgoneta salió del arcén dejando que los hierbajos y arbustos tronchados bajo su peso se las compusieran para enderezarse otra vez.

Colina abajo, Abbotsfield iba a recibir una segunda visita.

Shirley respondió al tercer timbrazo.

—Sí, ¿qué?

—¿Dónde estás?

—¿Y para qué quieres saberlo?

—Estoy en la abadía, Shirl, con River. Tú no andas por aquí, ¿no? No te hemos visto.

—No, claro, porque no estoy en la abadía —contestó Shirley—. Me explico, ¿verdad?

Louisa reprimió un suspiro de exasperación.

—¿Y dónde estás, entonces?

—En Abbotsfield.

16

En cuanto Lamb salió de la Ciénaga, Shirley había subido a su despacho y se había colado de puntillas. Bueno, «de puntillas» quizá no sea la expresión más correcta, del mismo modo que unos minutos antes tampoco había estado escondiéndose exactamente, pero era un hecho que no quería ser sorprendida registrando el escritorio de su jefe, así que dio un respingo casi hasta el techo cuando Coe preguntó desde el umbral:

—¿Estás buscando la pistola de Lamb?

Tardó un par de segundos en recuperarse del susto.

—La pistola de Marcus, querrás decir.

Coe se encogió de hombros.

Tras haber oído que la puerta posterior del edificio se abría y cerraba de forma repetida, Shirley estaba convencida de que se había quedado sola en la oficina, y también de que Coe había sido el primero en irse.

—No es asunto tuyo.

—No, no lo es.

El cajón inferior izquierdo estaba cerrado con llave. Shirley hurgó en el bolsillo de su pantalón y encontró el juego de ganzúas que le había legado Marcus.

—Pero creo que, si me quedo un rato más por aquí, terminarás por explicarme qué pretendes —añadió Coe.

—Me dispararon frente a la casa de Ho, ¿sabes? —repuso Shirley mientras se ponía en cuclillas para abrir el cajón—. Si vuelven a dispararme, quiero poder responder como es debido.

—¿En la abadía?

—Sí, eso mismo.

—Este día en particular, al primero que saque una pistola en las inmediaciones de la abadía lo convertirán en hamburguesa en cuestión de segundos.

Shirley no respondió. La menor de las ganzúas entraba. Abrió el cajón y se encontró con una caja de zapatos.

Coe agregó:

—Aun así, yo creo que no van a ir a la abadía.

—¿Louisa y River?

—La gente de Abbotsfield.

—¿Y por qué no?

—Porque esos tipos no pasan de ser unos aficionados, y la abadía es cosa de profesionales.

Shirley abrió la caja.

En el interior había dos pistolas encajadas. Una Heckler & Koch, que supuso que era de Lamb, y la Glock que había pertenecido en su día a Marcus.

—Y algo me dice que esos niñatos no van a atreverse con una ciudad como Londres. Yo creo que irán a por un objetivo más asequible.

—¿Y por qué no lo has dicho antes?

—Porque últimamente nadie me hace caso cuando hablo.

—Será porque te cargaste a Dennis Gimball con una lata de pintura.

La Glock estaba cargada, lo que era de agradecer; la otra pistola ni la miró: robarle la pipa a Lamb sería peor que afanarle el almuerzo, y a Lamb nadie le había afanado el almuerzo hasta la fecha.

Sacó la Glock de la caja de zapatos, volvió a poner la tapa y cerró el cajón.

—Por si te alegra que te lo diga —comentó—, yo creo que deberían hacerte un monumento.

—Gracias, muy amable.

—Pero no van a hacerte ningún monumento, lo que harán es meterte en la cárcel. Lo siento.

—¿Ya tienes lo que querías?

—Ajá.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Ir a la abadía?

Sin duda alguna, Louisa y River ya estarían en la abadía de Westminster, pensó Shirley. Se habían marchado sin decirle nada, los muy cabrones. Y Coe probablemente tenía razón en lo de las hamburguesas, aunque ella tampoco tenía previsto sacar la pistola a lo loco: tan sólo la llevaría por si las moscas. La próxima vez que alguien le disparase, no se contentaría con esconderse tras un coche.

—Pensaba que te habías ido a casa —dijo incorporándose de nuevo.

—¿Tú crees que soy un psicópata?

—Eeeh... No me lo he planteado, la verdad —mintió Shirley—. Bueno... igual sí que lo eres. ¿Por qué lo dices?

—Porque me lo estaba preguntando, nada más.

—A ver, yo no soy una profesional de esas cosas... Es una simple opinión.

—Claro.

—Y ahora que lo pienso, el especialista en evaluación psicológica eres tú, ¿no? ¿Tú crees que eres un psicópata?

—No lo sé, pero no dejo de preguntármelo.

—Lo que está claro es que últimamente estás más hablador.

—Eso no necesariamente es un síntoma.

—No, supongo que no.

A Shirley le resultaba un tanto incómodo tener una pistola en la mano mientras mantenían una conversación como ésa: Coe podría pensar que no se sentía segura hablando a solas con él.

Por desgracia, la pistola no le cabía en el bolsillo de la chaqueta; tendría que llevarla en un bolso o algo por el estilo.

—No me has preguntado dónde creo que van a presentarse.

—¿Dónde crees que van a presentarse?

—En Abbotsfield —respondió Coe.

—¿En serio?

—Hoy van a celebrar un funeral en el pueblo a la misma hora que en la abadía de Westminster. Supongo que habrá medidas de seguridad, pero ni remotamente comparables a las de Londres. Y los medios de comunicación estarán presentes.

—¿Estás diciéndome que van a cometer otro atentado en el mismo lugar?

Coe asintió.

—Creo que nadie lo ha hecho hasta ahora.

—¡Por Dios y la virgen!

—Y todos los santos del calendar...

—¡Tienes que decírselo a alguien!

—Nadie me hace caso. —Coe se frotó la nariz y añadió—: Después de lo que pasó en Slough, todo el mundo me ignora.

—Ya, pero...

—Y es posible que esté equivocado.

—Ya, ya, pero...

—Por eso se me ha ocurrido ir allí por mi cuenta.

—¿Lo dices en serio?

—Son unas tres horas en coche, quizá un poquito más.

Coe lanzó unas llaves al aire y volvió a cogerlas al vuelo. Sólo podían ser las del coche de Ho, pensó Shirley.

—¿Y si al final resulta que tienes razón? ¿Y si efectivamente están allí?

—Ahora tienes una pistola, ¿no?

Shirley pensó que tenía que atenerse al plan A: todos estaban ateniéndose al plan A y no tenía ganas de probar un plan B mientras los demás se divertían.

—Claro que siempre puedes dirigirte a la abadía, como todo el mundo. —Coe volvió a lanzar las llaves al aire—. Tú decides.

—¿Por qué quieres que vaya contigo?

—Porque me iría bien contar con una adjunta.

Shirley pensó que Coe no necesitaba una adjunta, sino una domadora de gilipollas. Aunque tampoco había tanta diferencia.

¿Qué hubiera hecho Marcus? ¿Ir a la abadía o a Abbotsfield? Todo dios estaba en la abadía, lo que significaba que, si al final se producía un momento de gloria, tendría que compartirlo con un montón de gente y nadie se fijaría en ella en particular.

—Entonces, ¿vienes conmigo?

Decidió que Marcus haría lo posible por cubrir todas las posibilidades.

—Eh... sí, voy contigo.

Y ahora estaban en el pueblo.

El trayecto les había llevado tres horas y media, y apenas habían cruzado palabra en el coche. A medio camino, ella se había puesto al volante y habían reemprendido el viaje acompañados por el ocasional gorjeo del GPS. La pistola abultaba de lo lindo en el bolsillo de sus pantalones. En el otro bolsillo llevaba la papela de coca, y se le ocurrió de pronto que, si la policía les daba el alto y los registraba, esa combinación los metería en problemas. Llegó a la conclusión de que lo mejor era que no les dieran el alto ni los registraran: algunos problemas eran fáciles de resolver.

La sangre en el mentón de Coe se había secado y él no se había molestado en limpiársela. Por su parte, Shirley notaba un desagradable calor en la oreja, aunque la cinta adhesiva por lo menos evitaba que sangrara.

Cada hora en punto ponían la radio, pero no había novedades: el caso Dennis Gimball seguía en boca de todos (su afán de protagonismo se extendía más allá de la muerte) y había conexiones frecuentes con los periodistas desplazados a la abadía de Westminster, cuyos alrededores estaban atestados de dolientes.

«Espero que no estés haciéndome perder el tiempo, capullo», pensó, pero se lo guardó para sí, no porque Coe pudiera ser un psicópata, sino más bien por si resultaba no serlo: si de hecho tenía sentimientos, su futuro era lo bastante sombrío de por sí como para que ella se pusiera a hurgar en la llaga.

Llegaron a Derbyshire, un mundo completamente distinto, con colinas por todas partes y árboles junto a la carretera, setos que a veces terminaban en zanjas y ovejas y vacas por doquier.

La última vez que había estado en el campo había visto un pavo real: uno de los pocos seres que encontró por aquellos andurriales que no era un espía al servicio de los rusos.

La carretera empezó a descender por una ladera, y un poco más adelante se encontraron con un rótulo que decía: ABBOTSFIELD.

—Ha llegado a su destino —confirmó el GPS al instante.

Genial, al menos en eso había consenso.

—Oye, tú —dijo. No sabía cómo dirigirse a Coe. ¿Por su apellido? ¿Por sus iniciales? En todo caso, lo lógico hubiera sido decantarse por uno o por otras durante los doce meses previos. Con independencia de lo que J. K. Coe prefiriese, en ese momento estaba dormido, o como si lo estuviera. Le dio un puñetazo en el hombro, flojito, pero no tanto como para que él pudiese fingir no haberlo notado—. Hemos llegado.

Coe se quitó los auriculares y miró a su alrededor.

En el pueblo había algunos agentes de policía; bastantes, de hecho, aunque no parecía que fuesen armados. Estaban ocupados en dirigir el tráfico y controlar los accesos. Coe mostró el carnet del servicio, que el policía miró con cierta extrañeza. Había unos cuantos coches estacionados en la calle principal; al otro lado, dos periodistas de distintas cadenas de televisión hablaban a las cámaras de sus respectivos equipos. En las tres calles adyacentes, que se desvanecían unos cien metros más allá en la campiña desierta, había algunos coches más. La calle principal rodeaba la iglesia pasando por delante de lo que ella prefirió identificar como el jardín trasero, por más que estuviese lleno de lápidas, y luego junto a un alto muro que sin duda protegía un caserón señorial o algo por el estilo. El campo tenía sus propias reglas y, aunque ella no estaba segura del todo de en qué consistían, tenía bastante claro que probablemente procedían del otro lado de aquel muro o de uno parecido.

Una furgoneta de la policía estaba aparcada frente a la iglesia, junto a una especie de porche lleno de flores, juguetes y un sinfín de recortes de papel de distintos colores y formas, además de corazones y más flores. Otra furgoneta, de un tercer equipo de informativos, se encontraba estacionada directamente en el sendero que llevaba al pórtico de la iglesia, algo que se le antojó un tanto intrusivo, aunque ella se presentaba allí con una Glock en el bolsillo, lo que también parecía fuera de lugar.

Teniendo en cuenta los motivos, sin embargo, esperaba que no lo estuviera.

Siguió por la calle principal hasta rodear la iglesia, encontró una plaza libre en la que el coche de Ho cabía justito y se las arregló para aparcar. Apagó el motor y, por puro automatismo, se palpó la pistola en el bolsillo. ¿Dónde iba a estar, si no? Hizo un barrido visual de la zona: por detrás de la iglesia se extendía una hilera de casitas con macetas de vivos colores en las ventanas. En la calle había ramos de flores atados a los postes de las farolas, y en el asfalto había algo trazado con tiza. Quizá un dibujo infantil. Más colores; más flores, de hecho, según advirtió. Y entonces cayó en la cuenta: allí debía de haber caído acribillado uno de los vecinos. En aquel pueblecito, como en tantos otros, habría un monumento a los caídos en la guerra, pero ahora había un improvisado monumento funerario allí donde mirases.

—¿Se puede saber por qué estás haciendo esto? —le preguntó a Coe.

El otro respondió sin apartar la mirada del asfalto:

—Lo dices porque crees que irán a por mí después de lo sucedido con Gimball, ¿no?

—Exacto.

—Bueno, en tal caso no estará de más tener algo a mi favor.

«Es cierto que me cargué a un parlamentario», lo imaginó diciendo. «Pero luego me tomé la molestia de ir en coche a Derbyshire para ver si podía echarles el guante a unos tipos de cuidado...»

Le pareció que aquello no serviría de mucho como argumento en su defensa.

—¿Y ahora qué?

—La calle de enfrente está bastante vigilada —dijo Coe.

—Por policías desarmados —repuso ella.

—Por lo menos tres de ellos llevan armas: los dos de aquella esquina y otro que estaba apostado calle abajo. Hemos pasado por delante de él poco después del letrero de la entrada del pueblo.

Se diría que era ella la que había estado durmiendo.

—¿Llevan fusiles de asalto?

—Uno semiautomático y dos automáticos.

—Ya veo que esto se te da bien.

—Ser un poco paranoico tiene sus ventajas.

Shirley se preguntó si era un chiste, pero prefirió dejarlo correr.

—¿Y qué propones que hagamos?

Coe se encogió de hombros.

—Esto de venir aquí es lo único que se me ha ocurrido.

—Creo que yo voy a entrar en la iglesia —dijo Shirley.

—Igual no es buena idea, teniendo en cuenta lo que llevas en el bolsillo.

Shirley salió del coche y se encajó la Glock en el bolsillo posterior de los vaqueros. Luego se puso la chaqueta y se volvió hacia Coe mostrándole el trasero.

Él asintió: la pistola quedaba razonablemente oculta bajo el faldón de la chaqueta. Nada indicaba que fuera armada.

—Yo voy a echar un vistazo por ahí —dijo Coe señalando la calle principal.

Así cubrirían también el otro extremo de la calle, pensó ella, y más o menos habrían cumplido.

Cruzó la calzada. Las campanas que los habían recibido al llegar al pueblo habían dejado de repicar y el equipo de televisión estaba trasladándose del sendero de la iglesia a la acera de enfrente. La miraron un segundo, pero por lo visto decidieron que no valía la pena entrevistarla.

—¿Lleno hasta la bandera? —preguntó Shirley señalando el interior del recinto.

Uno de los miembros del equipo, de unos treinta años y vestido con una camiseta con la leyenda EN VIVO Y EN DIRECTO, la miró de arriba abajo.

—Pues sí —contestó finalmente.

—¿Hay mucha televisión?

El otro lo pensó un momento.

—Cuatro equipos de distintas cadenas, creo.

«Hacerse con los medios de comunicación», pensó ella.

—Y un par de equipos de radio que están entrevistando a la gente junto a la tienda —añadió una chica que pronunció la palabra «radio» como si dijera «sarampión»: una de esas cosas que a estas alturas de la historia deberían haber sido erradicadas.

La dejaron a solas en el sendero que serpenteaba por el camposanto hasta el pórtico de la iglesia. Allí había más flores: un montón de ramos dispuestos de cualquier manera. Se preguntó qué sentido tenía todo aquello: uno se gastaba quince o veinte libras en un gesto en el que nadie iba a reparar tan sólo para sumarse a esa orgía de sentimentalismo y sentirse, así, parte de la comunidad. La única persona que salía ganando era la florista... El aroma de las flores, sin embargo, le dio de lleno al acercarse, con tanta fuerza como el batiente de una puerta. Y, justo en ese momento, su móvil empezó a sonar.

Su primera reacción fue llevarse la mano a la pistola como si fuera una novata.

Por suerte, no había nadie alrededor. Del interior de la iglesia le llegó un murmullo comunal de respuesta ritualizada y luego una especie de frufrú que podía responder a cualquier cosa, aunque sospechó que era el ruido de los feligreses al coger los libros de himnos de las bancadas.

Respondió a la llamada al tercer timbrazo.

—Sí, ¿qué?

—¿Dónde estás?

—¿Y para qué quieres saberlo?

—Estoy en la abadía, Shirl, con River. Tú no andas por aquí, ¿no? No te hemos visto.

—No, claro, porque no estoy en la abadía —contestó ella—. Me explico, ¿verdad?

Louisa reprimió un suspiro de exasperación.

—¿Y dónde estás entonces?

—En Abbotsfield.

—¡¿Dónde?!

—En Abbotsfield, con Coe.

—¿Y qué demonios hacéis allí?

«Lo mismo que hacéis vosotros en las inmediaciones de la abadía», pensó ella, «estar en el lugar equivocado en el momento equivocado».

En la iglesia, los feligreses empezaron a cantar algo sacro, obviamente, y preñado de dolor. Shirley reconoció la melodía, pero no se acordaba del nombre.

—No mucho, la verdad —respondió por fin—. ¿Cómo están las cosas por allí?

Se mantuvo a la espera, pero Louisa no respondió. Entonces miró el móvil y se dio cuenta de que no tenía señal. Lo raro había sido que funcionase a la primera en un pueblo dejado de la mano de Dios.

Se metió el móvil en el bolsillo, abrió la puerta y entró en la iglesia. La nave central estaba llena y todos estaban de pie, cantando. El ambiente era caluroso y denso, la luz estaba teñida de colores. Algunas personas se volvieron hacia ella, pero no demasiadas. Cerró la puerta con cuidado, procurando no hacer ruido. En las hileras posteriores había espacio para sentarse, pero ella no sabía si quedarse, aunque tampoco era cuestión de dar media vuelta y salir de inmediato, eso sería una falta de respeto... Así que se quedó de pie junto a la puerta y echó un vistazo al recinto. ¿Cuánto hacía que no pisaba una iglesia? ¿Tenía algo que decirle a Dios, ya que estaba allí? Bueno, para empezar, podía preguntarle por qué había permitido que esos asesinos irrumpieran en ese lugar tranquilo y se dedicaran a vaciar sus armas... Aunque Dios llevaba milenios contemplando masacres como aquélla en pueblos y aldeas, de modo que, a estas alturas, o bien tenía preparada una respuesta ingeniosa a esa pregunta o le importaba un bledo.

El himno se convirtió en un coro multitudinario y la iglesia se llenó de música.

Pasaron unos cuantos minutos antes de que alguien se diera cuenta de que se oían disparos.

Al ver el rótulo de ABBOTSFIELD, con su recomendación de conducir con precaución, Chris aceleró a cincuenta por hora.

—¡Conduce con normalidad! —siseó Shin a sus espaldas.

—No —intervino An—, así está bien.

Shin tenía la camisa manchada de una sangre que no era la suya, sino la que Danny había rociado por todas partes al morir. En la tela, además, había otros restos parecidos a huevos revueltos, así que, cuando saliera a la luz del día, su estampa daría miedo.

Pero sería igual si llevara una camisa limpia, porque iban a irrumpir en las calles de Abbotsfield otra vez.

—En el pueblo habrá cámaras por todas partes —indicó An—, el mundo entero será testigo de nuestra victoria.

«¿Y entonces qué?», se preguntó Shin. El Líder Supremo en persona sería otro de los testigos de su victoria, pero después ¿qué ocurriría?

—Vamos a entrar en la iglesia —anunció An como si respondiera a los pensamientos de Shin —. Están todos ahí, rezando. Los rezos no van a servirles de mucho.

Cincuenta y cinco, sesenta por hora...

—Van a quedarse con nuestras caras para siempre.

La furgoneta dio una sacudida al pasar por un bache de la vieja carretera.

Un poco más adelante, una agente de policía apareció en la calzada de pronto y les hizo señas para que se detuvieran.

«Ojo con eso», pensó J. K. Coe cuando vio la furgoneta que se acercaba.

A estas alturas, cualquier vehículo puede convertirse en un arma. De hecho, cualquier cosa puede convertirse en un arma.

Tras llegar a uno de los extremos del pueblo, el lugar exacto donde se había producido la masacre, había dado media vuelta para volver a la iglesia y, al pasar por delante de la única tienda del lugar, un establecimiento con un pequeño patio delantero y una hilera de periódicos en un expositor de plástico, dos periodistas se le habían acercado, uno de ellos pertrechado con un micrófono, pero él se los quitó de encima con un simple gesto. Algo más allá, una agente de policía le dio el alto y él volvió a mostrar su identificación sin explicarle el motivo exacto de su presencia. ¿Qué iba a decirle? ¿«Estoy aquí porque, si me quedo en casa, no haré más que esperar a que llamen a mi puerta»? La agente examinó la identificación del MI5 como si fuera la primera vez que veía una, lo cual seguramente era el caso, y luego él siguió patrullando calle abajo con parsimonia. Medio minuto después, tras esquivar a los dos equipos de televisión, algo lo llevó a mirar hacia atrás y vio una furgoneta acercarse a toda velocidad.

«Ojo con eso...»

La agente salió a la calzada para darle el alto. No iba armada, pero dio igual porque la furgoneta la embistió haciendo que saliera despedida contra la pared de la casa más cercana, a la que se aferró una fracción de segundo antes de caer al suelo. Estremecido por el impacto, el vehículo rozó el costado de un coche aparcado y produjo un horrible chirrido, enderezó el rumbo y siguió avanzando calle arriba, en dirección a Coe.

Coe reaccionó de inmediato y se abalanzó hacia la acera, refugiándose tras uno de los coches estacionados.

Se oyeron gritos y carreras: un policía gritaba por la radio operativa enganchada a la solapa, los periodistas corrían hacia la agente caída. Cuando la furgoneta pasó junto a ellos, la portezuela trasera se abrió de pronto y Coe pudo oír el «pop-pop-pop» de las ráfagas de un arma automática. Uno de los reporteros salió despedido hacia un lado y fue a rebotar contra el capó de un automóvil.

Alguien gritó.

La furgoneta siguió avanzando a toda velocidad y otro agente apareció por una calle lateral, apuntó y disparó tres veces. Las balas impactaron en la portezuela trasera del furgón, que rebotó en sus bisagras y se volvió a cerrar. Un segundo después se abrió de nuevo mientras el vehículo saltaba como un canguro y avanzaba dando tumbos. Desde su posición, en cuclillas detrás de un

coche, Coe entrevió una figura vestida de caqui, de pie y armada con un rifle automático. Olió el miedo, el metal y el júbilo, y vio al policía intentar una pirueta y detenerse a medio camino. Su fusil se estrelló contra el suelo un segundo después que su cuerpo. Un poco más adelante, la furgoneta se bamboleó hasta detenerse.

Coe oyó que alguien gritaba a sus espaldas:

—¡¿Estás grabando?!

El conductor de la furgoneta saltó al exterior, levantó un subfusil y... murió en el acto, pues los dos policías que Coe había visto apostados en la esquina abrieron fuego a la vez.

En medio de la confusión, él se enderezó en la acera. Algo sorprendido, advirtió que su cuerpo estaba tomando decisiones por su cuenta de forma pausada pero eficiente. Por lo menos dos personas acababan de saltar de la trasera de la furgoneta. Uno de los policías corrió por el pórtico, cruzó el camposanto de la iglesia y comenzó a disparar parapetado tras el muro. El otro se había puesto a cubierto tras la furgoneta abandonada pero, en lugar de abrir fuego, estaba vociferando órdenes. ¿A quién se dirigía?, ¿a él?

Cruzó la calle y se agachó junto al policía caído. Hizo ademán de tomarle el pulso, pero la cosa no tenía remedio: al hombre le faltaba media garganta. Se preguntó qué sensación le inspiraba todo aquello y terminó por responderse que ninguna todavía, excepto tal vez que preferiría no estar allí. Entonces se dio cuenta de que tenía en las manos el fusil de asalto que el policía caído había dejado en la acera.

—¡Tíralo al suelo! ¡Tira el arma al suelo!

Estaba claro que, en esa ocasión, la orden iba dirigida a él, así que hizo lo que le indicaban y dejó el fusil en el suelo al tiempo que una nueva ráfaga cortaba dicha orden en dos:

—¡Tira el arma al sue...!

En ese momento, Coe ya no sabía dónde se habían metido los dos hombres armados... eso suponiendo que efectivamente fueran sólo dos.

Sí podía ver, en cambio, al policía que había estado gritándole unos segundos antes: no era más que un bulto informe en la calle. Pensó que los terroristas debían de haberse parapetado al otro lado de la iglesia, en la zona en la que Dander había aparcado. El conductor que los había llevado hasta el pueblo yacía junto a la furgoneta, que también estaba acribillada a balazos.

«Sólo quedan Bonnie y Clyde», se dijo él.

Un equipo de informativos se había apostado en mitad de la calle y estaba grabándolo todo.

Era urgente hacer algo al respecto, pensó, pero no pensaba ofrecerse voluntario para el papel protagonista. Aun así, cogió otra vez el fusil y lo sopesó como si supiera exactamente lo que estaba haciendo. Unos cien metros más allá alguien gemía, no había otra palabra para describirlo. Era extraño constatar que el día seguía siendo cálido y agradable y que el cielo era azul, igual que antes. Con el arma en las manos, se dirigió hacia la furgoneta.

«No es buena idea», pensó. Lo que tocaba era acurrucarse, esconderse, ponerse a cubierto... pero el que estaba disparando se hallaba al otro lado de la esquina y las balas no se llevaban bien con los ángulos rectos: mientras permaneciera en la calle principal, estaría a salvo.

Llegó a la esquina y se detuvo. ¿Estaba comportándose como un psicópata? No lo tenía muy claro, pero desde luego no estaba haciendo lo más sensato. Entonces se preguntó dónde demonios se habría metido Shirley, si iba a aparecer en cualquier momento disparando como una loca o si ya estaría muerta. Se había tirado gran parte de los últimos años esperando que no pasara nada, o que, si pasaba, él no estuviera cerca, así que ¿qué diablos estaba haciendo? Él no estaba hecho para estas cosas. La última vez que había matado a alguien (mejor dicho, la última vez que lo había hecho de forma deliberada), su víctima estaba desarmada y esposada a un radiador. Él no había corrido el menor riesgo y, aun así, el retroceso de la pistola le había torcido el pulgar.

Ahora, el equipo de televisión más cercano estaba grabándolo. No llevaban armas; tal vez debería dispararles.

En vez de eso, dio la vuelta a la esquina.

Al otro lado de la calle, el policía parapetado tras el murete de la iglesia se levantó y disparó dos rápidas ráfagas que tejieron una nítida sucesión de boquetes en una hilera de coches aparcados, entre ellos el Ford Kia de Roderick Ho. Detrás de él se agazapaba uno de los asaltantes con la espalda apoyada contra la puerta del conductor. Ocupado como estaba en insertar un nuevo cargador en el arma, no se dio cuenta de que Coe había aparecido por la esquina. Se puso de rodillas, apuntó apoyando el cañón en el capó del automóvil y envió una ráfaga hacia el agente de policía. Las vidrieras del lateral de la iglesia saltaron por los aires, hechas añicos. «¿Cómo era posible que ese tipo no mirase hacia él?», pensó Coe. Por su parte, no podía verlo con claridad, pero el otro ni siquiera se había percatado de que él estaba allí. Lo tendría a unos cincuenta metros: un blanco perfecto, de galería de tiro. Aun así, más le valía tener cuidado. El arma del otro era una semiautomática, de modo que podía efectuar más disparos que él si la cosa se ponía fea. Si él abría fuego y no acertaba a la primera, lo pagaría con algo más que un pulgar magullado.

Así que se fue acercando poco a poco, pero sin detenerse, sin dejar de apuntarlo con el cañón mientras lo hacía.

Los cánticos habían comenzado a acallarse antes de que los cristales estallaran en una lluvia multicolor.

A ojos de Shirley fue como una serie de explosiones: las vidrieras laterales de la iglesia se desintegraron a la luz del sol en cientos de partículas de colores que volaron bajo los espacios

abovedados antes de diseminarse sobre la congregación. Sonaron como carillones de viento, o de hielo, y las armonías del órgano también se desintegraron y dispersaron: el himno dejó paso a los gritos enloquecidos y la histeria colectiva. La gente se agachaba y se ponía a cubierto, hacía lo posible por protegerse y proteger a sus seres queridos del caleidoscópico chaparrón. Los que estaban sentados en los extremos de las filas se levantaron y echaron a correr hacia la puerta, justo donde estaba ella.

«No pueden salir», pensó entonces. «Ahí fuera están disparando...»

En la cerradura había una gran llave antigua. La hizo girar, la sacó y se volvió hacia el gentío con los brazos abiertos.

—¡No! —gritó.

O creyó gritar, porque todo se había resquebrajado de forma tan abrupta que no estaba segura de seguir teniendo voz. Los cristales habían dejado de caer, pero el brusco cambio de la luz del día filtrada en mil tonalidades a la cruda luz del día era como un puñetazo en pleno rostro. ¡Con qué rapidez aquellos pacíficos feligreses se habían transformado en una turba! ¡Con qué rapidez sus gritos habían inundado el aire! Un joven se desequilibró al encaramarse por uno de los bancos y acabó cayendo al suelo, y el hombre que venía detrás lo pisoteó sin contemplaciones en su afán por escapar.

—¡No! —volvió a gritar ella.

Pero el gentío ya se le había echado encima y estaba estrujándola contra la puerta, impidiéndole respirar. Las oraciones se habían convertido en gritos de pánico, otra fuerza unificadora, pero que no permitía pensar ni esperar. Alguien le pegó un pisotón y, aunque consiguió liberar el pie, era como hacer frente a una estampida. Los que estaban delante, como ella, enseguida quedaron atascados, pero los que llegaban por detrás, aún programados para la huida, empujaban y daban codazos como si con ello pudieran conseguir algo. Le pareció oír más disparos en el exterior, pero todo aquello quedaba muy lejos porque a este lado de la puerta, bajo la presión de los cuerpos que se le venían encima, la vista se le nublaba y el miedo se tragaba cualquier atisbo de racionalidad. Si esto seguía así, habría muertos; ella misma, sin ir más lejos. Alguien estaba pisándola otra vez, un codo se le clavó en el rostro y un tipo le dio con la cabeza en la nariz haciéndola sangrar.

En la parte posterior de la multitud, un hombre estaba arremetiendo contra todos los que le precedían. Engarzó el brazo en la garganta de una mujer y la tiró al suelo. Shirley cerró los ojos y notó que la puerta gemía. Si el portón acababa cediendo, una horda de zombis la aplastaría.

Debería haber dejado que se las apañaran con los terroristas, pensó. El griterío era cada vez más ensordecedor, el pánico no hacía más que crecer. Algo se apretó contra su estómago: una parte de otro cuerpo que no acertaba a identificar, y ésa iba a ser una de sus últimas sensaciones. El lento desaprendizaje de cómo respirar... Así se sentía ser enterrada en vida, enterrada en vida

bajo una multitud de personas. Tragó sangre, ésa iba a ser su última comida... Si pudiera empuñar la pistola, se pegaría un tiro en ese mismo instante, pensó, y al instante convirtió ese pensamiento en una plegaria: «Dios mío, déjame empuñarla. No le voy a disparar a nadie, sólo a mí misma...»

Y entonces se oyó una campana.

La gente continuaba chillando y empujando, y ella pugnando por respirar, aunque ahora una campana se alzaba por detrás del ruido; por detrás, por debajo, por los lados y, finalmente, por encima. El tañido de una campana... claro y musical, y su insistencia estaba haciendo que el griterío se atenuase. El codo se apartó de su cara, lo que fuese que apretaba su estómago disminuyó su presión y ella pudo respirar de nuevo. Tomó una larga bocanada de aire: un aire cargado, lleno de sudor, de miedo y del hedor de la muerte interrumpida, pero aire al fin y al cabo. Se dio cuenta de que estaba agarrando algo, un brazo probablemente, y lo soltó. La multitud retrocedió un poco, lo suficiente para que ella pudiera moverse un poco. Algunos seguían tumbados en el suelo, se oían sollozos y gemidos y otros sonidos generados por el miedo, pero había cesado el griterío y la campana continuaba tañendo.

Podía ver todo el pasillo hasta el altar, donde el pastor hacía sonar una campana de mano. Fue ralentizando el movimiento poco a poco hasta detenerse por completo. A sus espaldas, el rosetón permanecía intacto, pero en la pared que quedaba a su derecha los altos y estrechos vitrales habían saltado por los aires, y las historias que en su día contaban eran ahora simples fragmentos atrapados en los cabellos de los feligreses o tirados por el suelo y los bancos. Fuera de la iglesia, otra historia también había llegado a su fin: el fuego había cesado y lo reemplazaban el crepitar de las radios de la policía, las maldiciones y juramentos y las sirenas a lo lejos.

Y justo en ese momento, por el otro extremo del pasillo, junto al altar, apareció un joven con un subfusil en la mano.

La compacta masa humana se apartó de Shirley, que dio unos pasos al frente tratando de no pisar a los que seguían en el suelo. Poco a poco, el gentío iba dándose cuenta de la aparición del asaltante pero, en lugar de volver a sumirse en el pánico, en la iglesia se produjo un silencio cargado de desesperación. Los que continuaban sentados en los bancos agacharon la cabeza como si la negativa a ver lo que el recién llegado iba a hacer bastase para anular su efecto. Los que se agolpaban cerca de la puerta se escabulleron hacia los laterales para ponerse a cubierto en la medida de lo posible.

Algunos de ellos, sin embargo, permanecieron de pie donde estaban sin apartar la vista del desconocido.

«¿Cómo demonios había entrado?», se preguntó Shirley.

«Por la puerta trasera», se contestó a sí misma. Siempre había una puerta trasera...

Sin apenas darse cuenta, había sacado su propia arma, la pistola de Marcus, y encañonó al

asaltante con ambas manos.

—¡Suelta el arma! —exclamó.

El hombre se la quedó mirando, bajó la vista hacia el fusil y luego volvió a levantarla.

«Tengo que dispararle sin más», pensó Shirley. «Está armado, es peligroso y ya ha estado aquí antes con las mismas intenciones que ahora...» Había decenas de personas a su alrededor, todas inocentes, todas un blanco perfecto para él. Ese tipo podía masacrarlas en cuestión de segundos. Incluso herido de muerte, le bastaba con hacer presión con el dedo para llevarse por delante a un montón de gente. Tenía que dispararle sin pensárselo dos veces, meterle un balazo en la cabeza y ya está. Era una buena tiradora, podía matarlo fácilmente desde donde se encontraba...

A juzgar por su aspecto, aquel chico tenía como mucho dieciocho años, diecisiete a lo mejor. No resultaba fácil decirlo.

—¡Suelta el arma o acabo contigo ahora mismo! —volvió a ordenarle.

Su oponente no obedeció.

Shirley siguió avanzando hacia él. Era un blanco fácil, y a cada paso que daba lo era aún más.

Alguien estaba aporreando la puerta de la iglesia desde el exterior.

—Suéltala —insistió Shirley.

A su izquierda, un niño gimoteaba.

Más golpes en la puerta, que ahora parecían las embestidas de un ariete.

Por detrás del asaltante, en el altar, el pastor tenía los ojos cerrados y murmuraba una oración.

Al pistolero le temblaba el labio inferior.

—Ahora —ordenó Shirley.

Un solo disparo bastaría, y ella lo sabía: podía meterle una bala en cualquiera de los dos ojos. Todo dependía de él. Aún estaba a tiempo de soltar el arma, pero tenía que hacerlo ya.

Unos pasos más y podría tocarle la frente con el cañón de la pistola.

El chico volvió a mirar el subfusil que tenía en las manos y negó con la cabeza como si quisiera desmentir la realidad del arma, o quizá ese momento preciso, o tal vez su propia presencia allí.

«Tengo que matarlo ahora mismo», pensó Shirley. «Antes de que se acuerde de quién es y quiera enseñarle a la gente de Abbotsfield lo que es volver a morir.»

La Glock de Marcus besó la frente del asaltante.

—He disparado al aire —dijo él entonces.

Shirley llevó la mano al subfusil y el joven dejó que se lo arrebatara.

Detrás de ella, la puerta se astilló y cedió, y la iglesia volvió a llenarse de ruido una vez más.

• • •

Puede que fuera un día después, o el siguiente.

El atardecer se estaba adueñando de la Casa de la Ciénaga, envolviéndola con su calor. En su despacho, Louisa Guy estaba raspando la pintura del marco de la ventana con la esperanza de poder abrirla para que entrara un poco de brisa. River Cartwright cogió su móvil, que se había puesto a zumbar, mientras J. K. Coe observaba el tráfico por la ventana. En la escalera, sobre todo en los rellanos, flotaba un olor a humedad suficientemente fuerte como para ir despegando el papel pintado de las paredes. Tumbada boca arriba en el suelo, Shirley Dander escuchaba el rítmico tictac de un reloj preguntándose si el tiempo iba más rápido aquel día o si era ella la que iba más lenta. Tras una puerta cerrada, Catherine Standish se cepillaba el cabello: nueve, diez, once veces; cuando llegara a treinta, pararía. No se sabía por dónde andaba Roderick Ho, pero Lady Di Taverner estaba llegando al último rellano de las escaleras, esforzándose en no tocar nada, ni siquiera los escalones.

—Vete a cagar —gruñó Jackson Lamb desde el interior de su despacho cuando Taverner se disponía a llamar a la puerta.

—Voy a fingir que no te he oído —dijo ella entrando. Cerró la puerta a sus espaldas y cruzó la estancia para dirigirse directamente a la única ventana.

Lamb tenía los pies en el escritorio, un cigarrillo consumiéndose sobre una cajetilla vacía que hacía las veces de cenicero y otro pitillo encajado en la boca. A su camisa le faltaba un botón y por el hueco emergían unos pelos grisáceos que se rascó con aire distraído mientras contemplaba cómo la otra se peleaba con la ventana intentando abrirla.

—Te diría que estás perdiendo el tiempo —comentó él—, pero no te lo digo porque me divierte ver cómo te esfuerzas en balde.

Taverner se rindió.

—Aquí no se puede respirar. ¿Y si apagas ese maldito cigarrillo?

—Cómo no. —Lamb aplastó el pitillo en la cajetilla vacía y encendió otro—. ¿Es lo único que querías?

—Ya te gustaría. —Diana miró con cara de asco la silla para las visitas y la arrastró para alejarla del escritorio de Lamb, pero no se sentó, se limitó a apoyar las manos en el respaldo y dijo—: Tenemos que hablar de un miembro de esta oficina.

Lamb sonrió lascivamente.

—Estás hablando conmigo, no con una becaria —le dijo Diana—: soltar chistes de pollas no va a servirte de nada.

—Mira que eres malpensada.

—J. K. Coe. ¿Qué me dices de él?

—Según las últimas noticias, está hecho todo un héroe. —Bostezó—. Por desgracia, mi trato

cotidiano con él me indica que sigue siendo un completo capullo. Supongo que la verdad estará en un punto intermedio, como suele ocurrir.

—Gracias por tu profunda reflexión. El agente de policía que estaba en el lugar de los hechos asegura que Coe fue hacia el terrorista que estaba disparando con un arma automática y le pegó un tiro en la cabeza a quemarropa con un fusil de asalto.

—He visto las fotos, sí. Parecen un vómito de Jackson Pollock después de comerse una pizza.

—Han interrogado a Coe y le han preguntado cómo es posible que el terrorista no lo viera acercarse. ¿Y sabes qué ha dicho? Que se aproximó a él con mucho cuidado, sin hacer el menor ruido.

—Tendré que cerrar el despacho con llave —repuso Lamb—. Sólo con ver a Coe sentado a su escritorio y mirándose las uñas ya se me ponen los pelos de punta.

—A todo esto, Shirley Dander puso en peligro a un montón de gente congregada en una iglesia al sacar una pistola de dudosa procedencia: el terrorista al que estaba apuntando tenía un subfusil y más vale no pensar en el número de personas que habrían podido morir. Dander debería haberlo abatido desde el primer momento.

—La chica estuvo siguiendo un cursillo para el control de la agresividad. Queda claro que, a la larga, ha sido contraproducente. Pero hay que mirar el lado positivo: capturasteis a uno de esos sujetos con vida. Tus esbirros tienen que estar relamiéndose con sólo pensar en la información que van a sacarle... Aunque, ahora que caigo... he oído algunos rumores contradictorios sobre cómo terminó el asunto.

—Ese individuo resultó herido en el tiroteo antes de entrar en la iglesia —respondió Lady Di —. Lo llevaron al hospital más cercano, pero ingresó cadáver.

—Es curioso: Dander no mencionó que estuviera herido. —Lamb hizo una pausa, pero el rostro de Taverner permaneció inexpresivo—. En fin. Espero por su bien que lo mataran con un arma oficial. ¿Hemos terminado?

—Ni por asomo. Enviaste a dos de tus subalternos a Abbotsfield. ¿Es que estás mal de la cabeza?

—Hay opiniones para todos los gustos.

—Pues créeme que en Regent’s Park la opinión es unánime. Y luego está lo ocurrido en Slough. Coe también está involucrado: él y Cartwright estaban en Slough la noche de la muerte de Gimball.

—Cartwright y Coe —dijo Lamb—: suena a bufete de abogados, ¿verdad que sí?

—Se supone que estabais todos en cuarentena. Sin embargo, a no ser que ambos tengan hermanos gemelos, las cámaras de seguridad los grabaron deambulando cerca del lugar de los hechos.

—Inaudito. ¿Hay alguna explicación al respecto?

—Estoy segura de que Scotland Yard la encontrará, porque vamos a entregarles esas grabaciones. Y algo me dice que van a interrogar a tus dos muchachos... no sé, ¿veinte segundos después?

Lamb se quitó el cigarrillo de la boca y lo examinó sin dejar traslucir ninguna emoción.

—¿Vas a entregar a dos agentes de campo a Scotland Yard?

—Esos dos no son agentes de campo, Lamb: en la Casa de la Ciénaga no hay agentes de campo. Se te ha permitido que dirigieses este lugar por deferencia, en atención a lo que en su día hiciste por el servicio, pero...

—Sí, me acuerdo bien.

—...pero todo tiene un límite, incluida la paciencia, y llevas mucho tiempo pasándote de la raya.

—Nadie me dijo qué era lo que debía hacer: se contentaron con darme las llaves. Aún las tengo, por cierto.

—Sí, y pronto van a exigirte que las devuelvas. Todo esto se te ha ido de las manos, Lamb. Se supone que los inútiles a tu cargo tenían que estar encadenados a sus escritorios, no haciendo el payaso por todo el país. Y aún no hemos empezado a hablar de Roderick Ho. ¿Un traidor? ¿En la Ciénaga? El presupuesto no te llega ni para cambiar los colgadores de las paredes, pero puedes permitirte el lujo de contar con tu propio topo. ¿Cómo se explica?

Lamb volvió a insertarse el pitillo en la boca y sus labios se curvaron ligeramente al dar una calada, aunque tal vez estaba sonriendo, era difícil saberlo.

—De manera que a Ho tampoco vas a volver a verlo —indicó Taverner—. Algo me dice que se te ha acabado el chollo, Jackson.

—Excepto si... —repuso Lamb.

—¿Excepto si qué?

—Excepto si consigo convertir todos tus sueños en realidad.

Ella hizo amago de decir algo, pero guardó silencio.

Se oía el tictac de un reloj en la habitación, pero no fue capaz de ubicarlo. Finalmente dijo:

—¿Vas a venirme con más bromas ingeniosas sobre los miembros de tu equipo?

—Igual tienes suerte y lo hago, pero antes que nada hablemos del presunto traidor y del documento confidencial que tantos quebraderos de cabeza ha provocado. Me refiero a ese documento que ni loca quieres que sea de dominio público. —Soltó una bocanada de humo—. Y que resulta que no estaba clasificado como confidencial.

Ella se echó a reír.

—¿Otra vez con el mismo cuento? El documento estaba en la base de datos, y todo lo que está allí es confidencial.

—Este documento no. —Lamb abrió un cajón, sacó un papel y se lo pasó—. Es sólo una

copia, pero fíjate en el código que lleva.

Ella miró el papel entrecerrando los ojos.

—¿Se trata de un chiste?

—¿No estabas esperando mis bromas ingeniosas? Pero no, no es un chiste. —Llevó la mano al cajón entreabierto y sacó una botella y dos vasos que dejó en la mesa, pero lo pensó un segundo y devolvió uno de los vasos al interior. Luego llenó el otro de whisky hasta los topes—. ¿Quieres que te cuente una historia?

—Supongo que me la vas a contar de todas maneras.

—Sí, pero siéntate. —Taverner no se movió—. Lo digo en serio. Vas a escuchar lo que tengo que decir, y mejor que lo hagas sentada.

—En tu castillo mandas tú, ya lo veo. —Diana acabó sentándose con el papel todavía en la mano.

Lamb señaló el documento con un gesto de la cabeza.

—Hace diecinueve años que dejó de estar clasificado como confidencial, el código lo deja bien claro... y también la firma de Charles Partner, quien por entonces estaba a cargo de la Primera Mesa. Y quienes ostentan ese puesto tienen la potestad de desclasificar un documento.

—Cuéntame algo que no sepa.

—Partner no lo desclasificó por iniciativa propia, sino como parte de una operación llamada Cesta de la Compra, que se puso en marcha porque, en aquellos días, había un traidor en el servicio. Ojo, no un topo a lo grande como el propio Partner, de quien nos acordamos perfectamente; no, éste era un traidor de andar por casa cuyo nombre no tiene la menor importancia, un fulano que tenía cuantiosas deudas y que tuvo la idea de vender unos cuantos secretos para saldarlas.

Se llevó el vaso a los labios y dio un pequeño sorbo.

—Por desgracia para este Don Nadie, lo pillaron en cuanto se puso manos a la obra, de manera que no sacó ni un penique. Pero a un genio del servicio se le ocurrió explotar la idea para colgarse medallas, y así se inició la Operación Cesta de la Compra. Al parecer, el señor Don Nadie ya había empezado a buscar posibles compradores y había algunos elementos interesados en sus secretos, aunque, por supuesto, primero querían saber si aquellas golosinas valían la pena.

—Y entonces nosotros mismos le proporcionamos algunas al señor Don Nadie —adivinó Lady Di.

—Ya lo creo: el servicio le proporcionó unos cuantos secretos antiguos y desfasados, aunque retocados para que pareciesen nuevos y relucientes: no hay mayor placer que darle al enemigo un plato con caca de perro haciéndola pasar por caviar del bueno. Pero antes de hacer entrega de la mencionada caca de perro era obligado desclasificarla; de lo contrario, la Operación Cesta de la

Compra habría constituido un delito de alta traición porque está prohibido vender información confidencial aun cuando ésta no tenga ningún valor estratégico y se esté usando como señuelo.

—Como el documento del Abrevadero —dijo ella.

—Justamente: un plan estratégico sin ningún valor diseñado por algún nostálgico de la época de las colonias, cuando los salacots aún estaban de moda. Pero sobre el papel quedaba bien: indicaba cómo desestabilizar un Estado. Si ocultábamos el detalle de que el plan se remontaba a cincuenta años atrás, a más de un malo de la película se le caería la baba al verlo.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—Que el señor Don Nadie se mató, eso fue lo que pasó. Debió de sentirse incapaz de soportar los remordimientos, o yo qué sé, a lo mejor se pasó con la autoasfixia a la hora de hacerse la pajilla del viernes por la noche, el caso es que la Operación Cesta de la Compra nunca fue más allá de la fase inicial: la distribución de listas de mercancía entre los elementos interesados.

—Y así fue como el MSE terminó por enterarse de su existencia.

—Sí, claro, porque el papelucho estaba en circulación: había salido del almacén antes de que el servicio llegase a abrir la tienda y, mira tú por dónde, dos décadas después, esos pájaros del MSE decidieron que ese plan era justo lo que necesitaban, pues sin duda suscitaría un escándalo de tomo y lomo si lo ponían en práctica en nuestro verde y agradable país en el momento oportuno. De ese modo, lo que parecía una serie de atentados al azar de pronto iba a revelarse como un proyecto del propio servicio, plasmado en un documento que ahora parecía tener menos de veinte años. Y en ésas estamos.

—En ésas estamos, en efecto —convino ella—, pero sigo sin saber cómo vas a conseguir que mis sueños se hagan realidad.

—Verás —dijo él—, me bastaría con decirte el nombre del genio del servicio que puso en marcha todo esto.

Lady Di cerró los ojos un segundo y, cuando volvió a abrirlos, se habían llenado de una luz turbia.

—Claude Whelan —dijo.

—El mismo que viste y calza.

Taverner señaló con la cabeza el vaso de whisky.

—¿Me sirves otro igual?

—Ya sabes que soy generoso a más no poder —dijo él—, pero no voy a pagar tus putas copas.

—Ya. En fin... ¿quién más está al corriente de todo esto?

—¿Hasta ahora? Tú, yo y Molly Doran. Supongo que querrás comunicárselo tú misma a Claude, ¿no?

—¿Comunicarle qué? ¿Que su fantástica idea de bombero concebida hace dos décadas nos ha estado jodiendo a lo grande veinte años después? Sí, será un placer decírselo.

—Estupendo. Entonces, todos contentos.

Taverner se acomodó y cruzó las piernas.

—Pero ahora vas a pasarme factura, ¿qué es lo que quieres a cambio, Jackson?

—Lo mismo de siempre, Diana: quiero que me dejéis en paz.

—Por mí, de acuerdo.

—Y que dejéis en paz a mi gente. De manera que podéis echarle una buena bronca a Ho, pero me lo enviáis de vuelta cuando hayáis terminado: yo también tengo alguna que otra cosa que decirle. Y en cuanto a los otros dos...

—Es muy posible que tuvieran algo que ver con la muerte de Gimball.

—Huy, qué miedo. Pero no, yo creo que las cosas sucedieron de otro modo: Gimball salió a fumar y se apoyó en un andamio, con la mala suerte de que algún gilipollas había dejado una lata de pintura en lo alto. —Lamb hizo girar la mano en espiral—. La fuerza de la gravedad, otra vez.

—¿...hablas en serio?

Lamb se encogió de hombros.

—Todo el mundo me dice que fumar es malo para la salud; al final resultará que tienen razón, y si no la tienen, pues bueno, el recadero de Zafar Jaffrey también andaba por allí, y si no sois capaces ni siquiera de endosarle la muerte de Gimball a un negro con la cara tatuada que estuvo en el talego, ya no sé qué va a ser de este país. —Y con expresión santurrona, agregó—: Lo de endosárselo al negro es lo que a Gimball le hubiera gustado, qué duda cabe.

—Igual nos quedamos con lo del accidente —indicó Taverner—. ¿Y esto es todo lo que quieres? ¿Que tu gente pueda seguir aquí?

—Bueno, también está lo de Molly Doran. Molly me ha dicho que estáis a punto de echarla a la calle. —Negó con la cabeza—. Eso no puede ser, Diana.

Taverner se acomodó en la silla y volvió a cruzar las piernas.

—Si fuera de natural suspicaz, me preguntaría por qué quieres que Molly siga en la brecha. No te interesa que otros tomen posesión de su pequeño reino, ¿verdad? Quién sabe lo que podrían descubrir allí abajo. Seguro que por ahí tienes más secretos escondidos.

—Con lo que acabo de proporcionarte tienes la Primera Mesa al alcance de la mano. Si se descubre que Claude fue el arquitecto del atentado de Abbotsfield, ya puede darse por muerto, y eso sin mencionar la indignación por todos aquellos pobres pingüinos... y, a diferencia de otras cagadas recientes, ésta puedes endosársela sólo a él, sin que nadie os acuse de un fallo sistémico, y tú tendrás el camino libre y despejado. —Aplastó el cigarrillo del modo más desagradable posible—. De manera que vas a hacer lo que te he dicho, y con la mejor de tus sonrisas, como una profesional.

—¿Y qué pasa con Flyte?

—¿Qué pasa con ella? Flyte no es de los míos.

—Tú sigues tus propias normas, ¿no es así, Jackson? —Taverner se levantó—. Muy bien, entendido: voy a darte todo lo que quieres y hasta voy a sonreír aquí y ahora. Pero no me gustan las imposiciones, nunca me han gustado; sugiero que lo tengas en cuenta.

—Cuando se trata de ti, lo tengo todo muy en cuenta.

Diana se dirigió hacia la puerta y Lamb fue a coger otro pitillo. Pero el gesto desencadenó algo en su cuerpo y su rostro empezó a ponerse morado. Sacudido por un acceso de tos, se dejó caer en la silla y se puso una mano en el pecho mientras se sujetaba al escritorio con la otra, lo que hizo que el vaso de whisky cayera al suelo. Sus ojos se humedecieron por el dolor o por la alarma. El esfuerzo que tuvo que hacer a continuación para tomar aire habría bastado para derribar un árbol de buen tamaño.

Al oír sus salvajes gorgoteos, Diana se dijo que parecía un mamífero subacuático luchando por dar a luz y, mientras lo contemplaba, cumplió con su palabra y le dedicó una gran sonrisa.

Luego salió del despacho y cerró la puerta, cruzó el rellano, llamó una sola vez al despacho de Catherine Standish y entró sin esperar respuesta. Catherine estaba sentada al escritorio con el pelo bien cepillado. Tenía un montón de papeles en la mano y estaba ocupada en distribuirlos por el tablero cuidando de que los bordes estuvieran alineados a la perfección. Se detuvo al ver que Taverner entraba.

—¿Lamb está bien?

—A mí no me preguntes. —Se apoyó en la puerta del despacho—. Una cosa, Catherine: tan sólo por pura curiosidad, ¿Lamb llegó a contarte cómo murió realmente Charles Partner?

Cuando el crepúsculo llega al fin, viene de los rincones donde ha estado esperando durante todo el día, y se difunde por la Casa de la Ciénaga como la tinta al diluirse en el agua: primero en forma de pequeños zarcillos, luego convertido en una borrosa nube negruzca, y así hasta invadir todo el espacio, que es lo que siempre pretende, aunque es más tímido que su hermana mayor, la noche, que pisa fuerte y habla alto; él prefiere actuar de tapadillo. Merodea por las paredes de los despachos lamiendo los zócalos y metiéndose por las tuberías, y al llegar a los rellanos acaricia los pomos de las puertas, se cuela por las cerraduras y se siente muy contento. Se apoya con fuerza en la puerta delantera (que ni se abre ni se cierra) y empuja con mayor suavidad la posterior, que se atasca tanto si llueve como si no. Presiona todos los escalones a la vez sin que ninguno cruja, y escudriña por ambos lados cada ventana y cada puerta. Busca a sus hermanos pequeños en los cajones cerrados y, a medida que los va encontrando, se va tornando cada vez más oscuro. El crepúsculo es una criatura de naturaleza temporal, y siempre lo ha sido: cuanto más rápido se alimenta, menos tarda en dar paso a la noche.

Pero por el momento está allí, en la Casa de la Ciénaga, y mientras se desplaza y se hincha va

recogiendo los restos del día, a los que primero acuna en sus vaporosos dedos y luego estruja para que revelen sus secretos. Escucha las conversaciones que tuvieron lugar entre esas paredes, ahora reducidas a susurros inaudibles para los oídos humanos, y se da un festín con ellas. Agazapado tras un radiador en el despacho de Shirley Dander, se apodera de un recuerdo: Shirley desdobla una papela y esnifa parte de su contenido valiéndose de un billete de cinco libras. «De vuelta al kilómetro cero», dice en voz alta al terminar.

Y aunque el atardecer no tiene forma de saber lo que esas palabras significan (pues carece de todo vocabulario), capta el tono entre desafiante y arrepentido en la voz y lo mete en su monedero. Entra al despacho vacío de Roderick Ho y no encuentra nada, pero en el piso de arriba percibe cosas interesantes, instantes dignos de ser tenidos en cuenta: Louisa Guy ha dejado un rastro de perfume a sus espaldas. El atardecer no tiene sentido del olfato, pero la intención le resulta familiar, reconoce el propósito que sigue impregnando la atmósfera. El crepúsculo ha sido testigo de acciones similares en el pasado y valora el esfuerzo que la gente dedica a ese tipo de cosas.

Entra en el despacho de enfrente, donde remolonea un rato más saboreando los restos del día. Todavía puede oír lo que River Cartwright ha oído al teléfono un poco antes, cuando respondió a una llamada; se trata de una sola palabra: «¿River?» Luego la llamada se ha cortado y River se ha quedado sorprendido, intentando aferrarse a un espacio vacío. Quizá preguntara: «¿Sid?», pero las palabras no son, al fin y al cabo, más que un ruido que se pierde con facilidad entre otras sensaciones; por ejemplo, la de River al comprender que Lamb sólo va a protegerlo, si acaso, mientras siga siendo un caballo lento, porque Lamb haría lo que fuera necesario para proteger a sus agentes, pero se limitaría a sonreír de medio lado si el resto del mundo se ahorcara. River sabe que esto último puede no ser así (porque hay algunos rincones en la vida del jefe que él desconoce), pero ya ha decidido que no va a dimitir de su puesto, decisión que ha quedado flotando en el despacho cuando él por fin se ha marchado. J. K. Coe también se ha ido hace rato, pero antes de hacerlo se ha quedado de pie durante unos segundos y, cuando el atardecer ha asomado la cabeza por un agujero de la alfombra, le ha parecido ver una sonrisa en sus labios. El crepúsculo no está acostumbrado a tales recibimientos, así que se pregunta si Coe lo habrá tomado por su hermana mayor, la noche. Quizá ha llegado el momento de hacer las presentaciones, pero Coe ha salido precipitadamente, y quizá sea mejor así, porque quienes se encuentran con la noche en plano de igualdad raras veces salen bien parados del encuentro.

Hay más escaleras, por las que el crepúsculo ya ha subido en otras ocasiones. En el despacho de Catherine Standish se acuerda de un momento reciente, cuando estaba acurrucado tras un archivador mientras Diana Taverner describía los últimos suspiros de Charles Partner, su antiguo jefe; recuerda que Taverner le contó que Lamb había asesinado a Charles Partner mientras éste se encontraba en la bañera de su casa; un asesinato oficialmente aprobado, sí, pero un asesinato al

fin y al cabo: el crimen que precipitó el exilio de Lamb y lo llevó a la Casa de la Ciénaga. La vida que actualmente lleva Catherine se ha construido con base en las prebendas obtenidas por Lamb gracias a ese asesinato. Diana Taverner creía oportuno que ella lo supiese, y en cuanto se fue, el crepúsculo se quedó esperando a que Catherine se echara a llorar, a gritar o a dar rienda suelta a la rabia, pero no oyó nada. Y cuando llegó el momento de salir de sus escondrijos, el crepúsculo se encontró con un despacho vacío, pues Catherine Standish también se había ido.

Por último, el crepúsculo entra en el despacho de Jackson Lamb, estancia en la que, por supuesto, ya estaba también a la espera, y descubre que allí no hay nada que descubrir, porque Jackson Lamb lleva su propia oscuridad consigo y tiene buen cuidado de no dejar ni una mota de ella en ningún rincón. El único rastro de su presencia reciente (aparte de la ceniza y el whisky derramados por el suelo) es un pañuelo de papel manchado y arrugado que cuelga del borde de una papelera. El crepúsculo toma buena nota y agrega esa información a lo que ya sabe sobre esta jornada, un conocimiento que pronto va a dejar atrás porque es lo que mandan las reglas en Londres y en todas partes: el crepúsculo registra y absorbe todo lo que ocurre a lo largo del día, lo bueno y lo malo, y a continuación normalmente lo olvida porque, si se acordara de todo, el peso de tantos recuerdos le impediría moverse, poniendo fin a la eterna búsqueda de su hermano gemelo, el amanecer, al que nunca ha visto. Siempre es demasiado temprano para trabar relación con él, o quizá demasiado tarde; nunca ha llegado a dilucidar si es lo uno o lo otro.

Mientras tanto, su hermana mayor, la noche, lleva una hora planeando por encima de la ciudad y está empezando a impacientarse, así que comienza a caer. Muy pronto todo será distinto una vez más, igual que siempre. El crepúsculo echa una última mirada en derredor, pero la vista le falla y ya no oye bien. Ha estado en todas partes, lo ha visto todo, ha llegado la hora de irse, ya se ha ido. A su espalda, en la oscuridad, la Casa de la Ciénaga duerme, la Casa de la Ciénaga ronca.

Pero, sobre todo, la Casa de la Ciénaga se mantiene a la espera.

Agradecimientos

Mil gracias, como siempre, a mis amigos de John Murray, en Londres, y de Soho Press, en Nueva York, en particular a Mark Richards, Yassine Belkacemi, Emma Petfield y Becky Walsh de este lado del mar, y a Bronwen Hruska, Juliet Grames y Paul Oliver al otro lado del charco. Y a Juliet Burton, naturalmente, por hacer que todo vaya sobre ruedas.

Hace un tiempo tuve la suerte de estar presente mientras Helen Giltrow y Steph Broadribb discutían sobre el señor Tom Hiddleston. Espero haber representado sus puntos de vista con aceptable fidelidad. Por otro lado, las preguntas que me formularon Mark Billingham, Sarah Hilary y Will Smith me sugirieron unos cuantos caminos que, lleno de gratitud, estoy explorando en esta novela y la siguiente. Se lo agradezco a todos ellos.

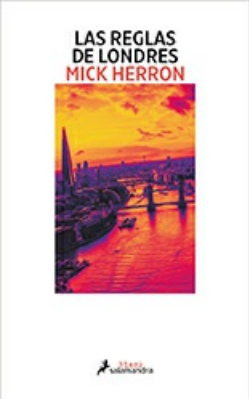
También doy las gracias a diferentes lectores por su entusiasmo, apoyo y amable corrección de algunos errores. Los comentarios de Aakash Chakrabarty y David Craggs han sido especialmente útiles, sin olvidar a todos los que me han escrito por correo electrónico, cuyos mensajes, por breves que sean, siempre me alegran el día. Estoy en deuda con el personal de la biblioteca Summertown de Oxford por tolerar mi presencia casi a diario para fisgonear en sus estantes, revolver entre sus dvd, leer sus periódicos y utilizar sus ordenadores. Van a llevarse una sorpresa al saber que, de vez en cuando, también trabajo un poco.

Las normas del juego del coche amarillo, a las que alude Louisa en el capítulo 7, las desgranó el señor John Finnemore en su delicioso programa de Radio 4 llamado *Cabin Pressure*. Gracias a él, llevo jugando al coche amarillo desde 2014 más o menos, y no parece que vaya a dejar de hacerlo en el futuro.

MICK HERRON

Oxford, septiembre de 2017

Londres arde por el Brexit y un complot terrorista, y Jackson Lamb y sus caballos lentos son la última esperanza.
Una serie que triunfa en televisión con Gary Oldman como protagonista.
«Mick Herron es el John le Carré de nuestra generación.» Val McDermid



El nuevo director del MI5, Claude Whelan, tendrá que aprender los trucos del oficio del modo más difícil. Encargado de proteger a un primer ministro acosado, se enfrenta a ataques del petulante parlamentario que orquestó el referéndum del Brexit y de su esposa, que escribe una columna en la prensa sensacionalista; del político favorito del primer ministro; y, sobre todo, de su segunda al mando, la ambiciosa lady Di Taverner. Además, el país se ve agitado por una serie de ataques terroristas en apariencia aleatorios.

En la Casa de la Ciénaga, sus miembros lidian con la sospecha de que su nuevo compañero es un psicópata y de que alguien está tratando de matar a uno de ellos. La situación es mala, pero siempre podremos contar con los caballos lentos para que sea mucho peor.

La crítica ha dicho:

Mick Herron es el John le Carré de nuestra generación».
Val McDermid

«El mejor escritor de suspense británico de la actualidad. [...] En una serie que nunca decepciona a sus seguidores, ésta es la mejor entrega».

Sunday Express

«Ingeniosa, emocionante y estimulante. [...] La mejor novela de Herron hasta el momento».
Daily Express

Mick Herron nació en Newcastle upon Tyne, estudió en el Balliol College y reside en Oxford. Autor de reconocido prestigio en el género negro (finalista de los afamados premios Macavity, Barry y Shamus), entre su amplia producción destaca la aclamada serie sobre Jackson Lamb y sus «caballos lentos», de la que ya han aparecido ocho novelas, se han vendido más de un millón de ejemplares, se halla en curso de traducción a más de veinte idiomas y se estrenará en televisión con Gary Oldman y Kristin Scott Thomas como protagonistas. Con *Caballos lentos* (Salamandra, 2018), la primera entrega, fue finalista del Silver Dagger Award de la Crime Writers' Association (CWA), un éxito que repitió con las siguientes, *Leones muertos*(Salamandra, 2020), que obtuvo el Gold Dagger Award de la CWA y fue considerada el mejor thriller del año por *The Times* y la mejor novela negra del año según Front Row (BBC), *Tigres de verda* (Salamandra, 2021), el mejor *thriller* de todos los tiempos según *The Times*, y *La calle de los espías* (Salamandra, 2022) que ganó el Ian Fleming Steel Dagger de la Crime Writers' Association (CWA) al mejor *thriller* del año



Título original: *London Rules*

Primera edición: septiembre de 2023

© 2018, Mick Herron
All rights reserved
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Antonio Padilla Esteban, por la traducci

Adaptación de la portada de Penguin Random House Grupo Editorial, basada en el diseño de David Litman
Ilustración de portada: © IStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19346-94-0

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraBlac
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Las reglas de Londres

Capítulo 1

Primera parte. Cool cats

- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Segunda parte. Perritos calientes

- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Mick Herron

Créditos